

Gustave Flaubert
Madame Bovary



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

MADAME BOVARY

GUSTAVE FLAUBERT

**PUBLICADO: 1857
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

DEDICATORIA

A Marie-Antoine-Jules Senard

MIEMBRO DEL COLEGIO DE ABOGADOS DE PARÍS, EX PRESIDENTE DE LA ASAMBLEA NACIONAL Y ANTIGUO MINISTRO DEL INTERIOR

Querido e ilustre amigo:

Permitidme inscribir vuestro nombre al frente de este libro y aun por encima de su dedicatoria; pues es a vos, sobre todo, a quien debo su publicación. Al pasar por vuestro magnífico alegato, mi obra ha adquirido para mí mismo como una autoridad imprevista. Aceptad, pues, aquí el homenaje de mi gratitud, que, por grande que pueda ser, jamás estará a la altura de vuestra elocuencia y de vuestra abnegación.

GUSTAVE FLAUBERT

París, 12 de abril de 1857

A Louis Bouilhet

PARTE I

I

Estábamos en el Estudio cuando entró el Director, seguido de un novato vestido de paisano y de un mozo de clase que llevaba un gran pupitre. Los que dormían se despertaron, y todos se levantaron como sorprendidos en su trabajo.

El Director nos hizo señas de que volviéramos a sentarnos; luego, volviéndose hacia el maestro de estudios:

— Señor Roger — le dijo a media voz —, aquí tiene un alumno que le recomiendo; entra en quinto. Si su trabajo y su conducta son meritorios, pasará a los mayores, adonde lo llama su edad.

Quedado en el rincón, detrás de la puerta, de modo que apenas se le veía, el novato era un mozo del campo, de unos quince años, y de más alta estatura que ninguno de nosotros. Llevaba el pelo cortado recto sobre la frente, como un cantor de aldea, con aire juicioso y muy azorado. Aunque no era ancho de hombros, su casacón de paño verde con botones negros debía de apretarle en las sisas y dejaba ver, por la abertura de las bocamangas, unas muñecas rojas acostumbradas a ir desnudas. Sus piernas, con medias azules, salían de un pantalón amarillento muy estirado por los tirantes. Calzaba zapatos fuertes, mal embetunados, guarnecidos de clavos.

Se empezó la recitación de las lecciones. Las escuchó con toda atención, atento como en un sermón, sin atreverse siquiera a cruzar los muslos ni a apoyarse en el codo, y, a las dos, cuando sonó la campana, el maestro de estudios tuvo que avisarle para que se pusiera con nosotros en las filas.

Teníamos la costumbre, al entrar en clase, de tirar las gorras al suelo, para tener luego las manos más libres; había que, ya desde el umbral de la puer-

ta, lanzarlas debajo del banco, de modo que fueran a golpear contra la pared levantando mucho polvo; ese era el estilo.

Pero, ya fuera porque no había advertido esa maniobra, ya porque no se había atrevido a someterse a ella, la oración había terminado y el novato aún tenía la gorra sobre las dos rodillas. Era uno de esos tocados de orden compuesto en los que se reencuentran los elementos del gorro de pelo, del chapska, del sombrero redondo, de la gorra de nutria y del gorro de algodón, una de esas pobres cosas, en fin, cuya fealdad muda tiene profundidades de expresión como el rostro de un imbécil. Ovoide y ahuecada con ballenas, empezaba por tres rodetes circulares; luego se alternaban, separados por una franja roja, rombos de terciopelo y de pelo de conejo; venía después una especie de saco que terminaba en un polígono de cartón, cubierto de un complicado bordado de trencilla, y del que colgaba, al extremo de un cordón largo y demasiado fino, una crucecilla de hilos de oro, a modo de borla. Era nueva; la visera brillaba.

—Levántese —dijo el profesor.

Se levantó; se le cayó la gorra. Toda la clase se echó a reír.

Se agachó para recogerla. Un compañero de al lado la hizo caer de un codazo; la recogió otra vez.

—Deshágase de una vez de su casco —dijo el profesor, que era hombre de ingenio.

Hubo una risa estrepitosa de los escolares que desconcertó al pobre muchacho, tanto que no sabía si debía quedarse con la gorra en la mano, dejarla en el suelo o ponérsela en la cabeza. Volvió a sentarse y la puso sobre las rodillas.

—Levántese —repitió el profesor— y dígame su nombre.

El novato articuló, con voz balbuciente, un nombre ininteligible.

—¡Repita!

Se oyó el mismo balbuceo de sílabas, cubierto por los abucheos de la clase.

—¡Más alto! —gritó el maestro—, ¡más alto!

El novato, tomando entonces una resolución extrema, abrió una boca desmesurada y lanzó a pleno pulmón, como para llamar a alguien, esta palabra: Charbovari.

Fue un estrépito que estalló de golpe, subió en crescendo, con estallidos de voces agudas (se aullaba, se ladraba, se pataleaba, se repetía: ¡Charbovari! ¡Charbovari!), y que luego rodó en notas sueltas, calmándose a duras penas, y que a veces se reanudaba de pronto a lo largo de un banco donde asomaba aún aquí y allá, como un petardo mal apagado, alguna risa sofocada.

Sin embargo, bajo la lluvia de castigos, el orden se fue restableciendo poco a poco en la clase, y el profesor, tras conseguir captar el nombre de Charles Bovary, habiéndoselo hecho dictar, deletrear y releer, ordenó de inmediato al pobre diablo que fuera a sentarse en el banco de los perezosos, al pie de la cátedra. Se puso en movimiento, pero, antes de partir, vaciló.

—¿Qué busca? —preguntó el profesor.

—Mi go... —dijo tímidamente el novato, paseando en torno a él miradas inquietas.

—¡Quinientos versos a toda la clase! —exclamado con voz furiosa, detuvo, como el *Quos ego*, una nueva borrasca. —¡Estense quietos de una vez! —continuaba el profesor indignado, secándose la frente con el pañuelo que acababa de sacar del bonete—: En cuanto a usted, el novato, me copiará veinte veces el verbo *ridiculus sum*.

Luego, con voz más suave:

—¡Bah! Ya encontrará su gorra; ¡no se la han robado!

Todo recobró la calma. Las cabezas se inclinaron sobre los cartapacios, y el novato permaneció durante dos horas en una compostura ejemplar, aunque de vez en cuando alguna bolita de papel lanzada con un plumín viniera a estrellarse contra su cara. Pero él se limpiaba con la mano y permanecía inmóvil, con los ojos bajos.

Por la tarde, en el Estudio, sacó sus manguitos del pupitre, puso en orden sus pequeñas cosas, rayó cuidadosamente su papel. Lo vimos trabajar a conciencia, buscando todas las palabras en el diccionario y tomándose mucho trabajo. Gracias, sin duda, a esa buena voluntad de la que dio muestras, se libró de bajar a la clase inferior; pues, si bien sabía bastante bien sus reglas,

apenas tenía elegancia en los giros. Había sido el cura de su pueblo quien le había empezado el latín, ya que sus padres, por economía, no lo habían enviado al colegio sino lo más tarde posible.

Su padre, el señor Charles-Denis-Bartholomé Bovary, antiguo ayudante de cirujano mayor, comprometido, hacia 1812, en asuntos de reclutamiento, y obligado, por esa época, a dejar el servicio, había aprovechado entonces sus prendas personales para atrapar al vuelo una dote de sesenta mil francos, que se le ofrecía en la hija de un mercero, enamorada de su figura. Buen mozo, fanfarrón, haciendo sonar bien alto sus espuelas, con las patillas unidas al bigote, los dedos siempre cargados de sortijas y vestido de colores llamativos, tenía el aspecto de un valentón, con la desenvoltura fácil de un viajante de comercio. Una vez casado, vivió dos o tres años a costa de la fortuna de su mujer, comiendo bien, levantándose tarde, fumando en grandes pipas de porcelana, sin volver a casa por la noche hasta después del espectáculo y frecuentando los cafés. El suegro murió y dejó poca cosa; él se indignó, se lanzó a la industria, perdió allí algún dinero, y luego se retiró al campo, donde quiso hacer producir la tierra. Pero, como no entendía de labranza mucho más que de indianas, y montaba sus caballos en vez de enviarlos a arar, bebía su sidra en botellas en lugar de venderla en barricas, comía las aves más hermosas de su corral y engrasaba sus botas de caza con el tocino de sus cerdos, no tardó en darse cuenta de que era mejor dejar de lado toda especulación.

Por doscientos francos al año, encontró pues en alquiler, en un pueblo, en los confines del país de Caux y de Picardía, una especie de vivienda mitad granja, mitad casa señorial; y, apesadumbrado, roído de pesares, acusando al cielo, celoso de todo el mundo, se encerró desde los cuarenta y cinco años, harto de los hombres, según decía, y decidido a vivir en paz.

Su mujer había estado loca por él en otro tiempo; lo había amado con mil servilismos que lo habían apartado de ella todavía más. Alegre antaño, expansiva y toda cariñosa, se había vuelto, al envejecer (a la manera del vino picado que se torna vinagre), de humor difícil, chillona, nerviosa. ¡Cuánto había sufrido, sin quejarse, al principio, cuando lo veía correr detrás de todas las mozuelas del pueblo y veinte malas casas se lo devolvían por la noche, hastiado y apestando a embriaguez! Luego el orgullo se había rebelado. Entonces había callado, tragándose la rabia en un estoicismo mudo, que guardó hasta su muerte. Estaba sin cesar en gestiones, en trámites. Iba a

casa de los procuradores, a la del presidente, recordaba el vencimiento de los pagarés, obtenía prórrogas; y, en casa, planchaba, cosía, lavaba, vigilaba a los obreros, saldaba las facturas, mientras que, sin preocuparse de nada, el señor, continuamente aletargado en una somnolencia hosca de la que solo despertaba para decirle cosas desagradables, se quedaba fumando junto al fuego, escupiendo en las cenizas.

Cuando tuvo un hijo, hubo que ponerlo a nodriza. De vuelta en casa, el chiquillo fue mimado como un príncipe. Su madre lo alimentaba con confituras; su padre lo dejaba correr sin zapatos, y, por hacer de filósofo, llegaba a decir que bien podía ir del todo desnudo, como las crías de los animales. En contra de las tendencias maternas, tenía en la cabeza cierto ideal viril de la infancia, según el cual procuraba formar a su hijo, queriendo que se le criara con dureza, a la espartana, para darle una buena constitución. Lo mandaba a acostarse sin lumbre, le enseñaba a beber grandes tragos de ron y a insultar a las procesiones. Pero, de natural apacible, el pequeño respondía mal a sus esfuerzos. Su madre lo llevaba siempre detrás de ella; le recordaba cartones, le contaba historias, conversaba con él en monólogos sin fin, llenos de alegrías melancólicas y de mimos parlanchines. En el aislamiento de su vida, volcó sobre aquella cabecita infantil todas sus vanidades dispersas, quebradas. Soñaba con altas posiciones; ya lo veía grande, guapo, ingenioso, establecido, en el cuerpo de ingenieros de caminos o en la magistratura. Le enseñó a leer, y hasta le enseñó, en un viejo piano que tenía, a cantar dos o tres cancioncillas. Pero, ante todo esto, el señor Bovary, poco amigo de las letras, decía que no valía la pena. ¿Acaso tendrían alguna vez con qué mantenerlo en las escuelas del gobierno, comprarle un cargo o un fondo de comercio? Además, con desparpajo, un hombre siempre triunfa en el mundo. La señora Bovary se mordía los labios, y el niño vagabundeaba por el pueblo.

Seguía a los labradores, y ahuyentaba a pedradas de terrones a los cuervos que emprendían el vuelo. Comía moras a lo largo de las cunetas, guardaba los pavos con una vara, henificaba en la siega, corría por el bosque, jugaba a la rayuela bajo el pórtico de la iglesia los días de lluvia, y, en las grandes fiestas, suplicaba al pertiguero que lo dejara tocar las campanas, para colgarse con todo el cuerpo de la gran cuerda y sentirse arrastrado por ella en su vuelo.

Así que creció como un roble. Adquirió manos fuertes, buen color.

A los doce años, su madre consiguió que se empezaran sus estudios. Se encargó de ello el cura. Pero las lecciones eran tan cortas y tan mal seguidas que apenas podían servir de gran cosa. Se daban en los ratos perdidos, en la sacristía, de pie, a toda prisa, entre un bautizo y un entierro; o bien el cura mandaba llamar a su alumno después del ángelus, cuando no tenía que salir. Subían a su cuarto, se instalaban: los mosquitos y las mariposas nocturnas revoloteaban alrededor de la vela. Hacía calor, el niño se dormía; y el buen hombre, adormeciéndose con las manos sobre el vientre, no tardaba en roncar con la boca abierta. Otras veces, cuando el señor cura, al volver de llevar el viático a algún enfermo de los alrededores, veía a Charles haciendo travesuras por el campo, lo llamaba, le echaba un sermón de un cuarto de hora y aprovechaba la ocasión para hacerle conjugar el verbo al pie de un árbol. La lluvia venía a interrumpirlos, o algún conocido que pasaba. Por lo demás, siempre estaba contento de él, y hasta decía que el joven tenía mucha memoria.

Charles no podía quedarse ahí. La señora se mostró enérgica. Avergonzado, o más bien cansado, el señor cedió sin resistencia, y se esperó todavía un año a que el muchacho hiciera su primera comunión.

Pasaron todavía seis meses; y, al año siguiente, Charles fue enviado definitivamente al colegio de Rouen, adonde lo llevó su propio padre, hacia finales de octubre, en la época de la feria de Saint-Romain.

A ninguno de nosotros le sería ahora posible recordar nada de él. Era un muchacho de temperamento moderado, que jugaba en los recreos, trabajaba en el Estudio, escuchaba en clase, dormía bien en el dormitorio, comía bien en el refectorio. Tenía por corresponsal a un ferretero al por mayor de la calle Ganterie, que lo hacía salir una vez al mes, el domingo, después de cerrada la tienda, lo mandaba a pasear por el puerto a mirar los barcos, y luego lo devolvía al colegio a las siete en punto, antes de la cena. La noche de cada jueves escribía una larga carta a su madre, con tinta roja y tres obleas; luego repasaba sus cuadernos de historia, o bien leía un viejo volumen de Anacarsis que andaba rodando por el Estudio. De paseo, conversaba con el criado, que era del campo como él.

A fuerza de aplicarse, se mantuvo siempre hacia la mitad de la clase; una vez incluso ganó un primer accésit de historia natural. Pero, al final de su

tercero, sus padres lo sacaron del colegio para hacerle estudiar medicina, persuadidos de que podría sacarse por sí solo el bachillerato.

Su madre le eligió una habitación, en el cuarto piso, sobre el Eau-de-Robec, en casa de un tintorero conocido suyo. Concertó los arreglos para su pensión, se procuró muebles, una mesa y dos sillas, hizo traer de su casa una vieja cama de cerezo silvestre, y compró además una pequeña estufa de hierro fundido, con la provisión de leña que debía calentar a su pobre hijo. Luego partió al cabo de la semana, tras mil recomendaciones de portarse bien, ahora que iba a quedar abandonado a sí mismo.

El programa de los cursos, que leyó en el cartel, le produjo un efecto de aturdimiento: curso de anatomía, curso de patología, curso de fisiología, curso de farmacia, curso de química, y de botánica, y de clínica, y de terapéutica, sin contar la higiene ni la materia médica, todos nombres cuyas etimologías ignoraba y que eran como otras tantas puertas de santuarios llenos de augustas tinieblas.

No entendió nada de aquello; por más que escuchaba, no captaba. Trabajaba, sin embargo, tenía cuadernos encuadernados, asistía a todos los cursos; no perdía una sola visita. Cumplía su pequeña tarea cotidiana a la manera del caballo de picadero, que da vueltas en el mismo sitio con los ojos vendados, ignorante de la faena que muele.

Para ahorrarle gastos, su madre le mandaba cada semana, por el recadero, un trozo de ternera asada al horno, con lo que almorzaba por la mañana, al volver del hospital, golpeando los pies contra la pared para entrar en calor. Después había que correr a las lecciones, al anfiteatro, al hospicio, y volver a casa a través de todas las calles. Por la noche, después de la magra cena de su casero, subía de nuevo a su cuarto y se ponía otra vez al trabajo, con la ropa mojada humeándole sobre el cuerpo, delante de la estufa enrojecida.

En las hermosas tardes de verano, a la hora en que las calles tibias están vacías, cuando las criadas juegan al volante en el umbral de las puertas, abría su ventana y se acodaba en ella. El río, que hace de este barrio de Rouen una especie de innoble Venecia pequeña, corría abajo, bajo él, amarillo, violeta o azul, entre sus puentes y sus verjas. Unos obreros, en cuclillas a la orilla, se lavaban los brazos en el agua. En pértigas que salían de lo alto de los desvanes, madejas de algodón se secaban al aire. Enfrente, más allá de los tejados, se extendía el gran cielo puro, con el sol rojo poniéndose.

¡Qué bien se debía de estar allá! ¡Qué frescor bajo el hayedo! Y abría las narices para aspirar los buenos olores del campo, que no llegaban hasta él.

Enflaqueció, su talle se alargó, y su cara adquirió una especie de expresión doliente que la hizo casi interesante.

Naturalmente, por dejadez, llegó a desligarse de todas las resoluciones que se había hecho. Una vez faltó a la visita, al día siguiente a su curso, y, saboreando la pereza, poco a poco, no volvió más.

Tomó la costumbre de la taberna, con la pasión de los dominós. Encerrarse cada noche en un sucio local público, para golpear allí en mesas de mármol pequeños huesos de carnero marcados con puntos negros, le parecía un acto precioso de su libertad, que lo realzaba en su propia estima. Era como la iniciación al mundo, el acceso a los placeres prohibidos; y, al entrar, ponía la mano en el picaporte de la puerta con un gozo casi sensual. Entonces, muchas cosas comprimidas en él se dilataron; aprendió de memoria unas coplas que cantaba en las bienvenidas, se entusiasmó por Béranger, supo hacer ponche y conoció por fin el amor.

Gracias a estos trabajos preparatorios, fracasó por completo en su examen de oficial de sanidad. Lo esperaban esa misma noche en casa para festejar su éxito.

Se fue a pie y se detuvo cerca de la entrada del pueblo, donde mandó llamar a su madre, le contó todo. Ella lo disculpó, achacando el fracaso a la injusticia de los examinadores, y lo animó un poco, encargándose de arreglar las cosas. Solo cinco años más tarde el señor Bovary conoció la verdad; era vieja ya, la aceptó, no pudiendo por lo demás suponer que un hombre salido de él fuera tonto.

Charles se puso, pues, otra vez al trabajo y preparó sin interrupción las materias de su examen, cuyas preguntas todas se aprendió de antemano de memoria. Fue aprobado con una nota bastante buena. ¡Qué hermoso día para su madre! Se dio una gran cena.

¿Dónde iría a ejercer su arte? A Tostes. Allí no había más que un viejo médico. Hacía tiempo que la señora Bovary acechaba su muerte, y el buen hombre aún no había liado el petate cuando Charles ya estaba instalado enfrente, como sucesor suyo.

Pero no bastaba con haber criado a su hijo, haberle hecho aprender medicina y haber descubierto Tostes para ejercerla: le hacía falta una mujer. Ella le encontró una: la viuda de un agente judicial de Dieppe, que tenía cuarenta y cinco años y mil doscientas libras de renta.

Aunque era fea, seca como un sarmiento, y llena de granos como una primavera, la señora Dubuc no dejaba de tener pretendientes donde elegir, desde luego. Para llegar a sus fines, la señora Bovary madre se vio obligada a apartarlos a todos, y hasta desbarató muy hábilmente las intrigas de un salchichero que contaba con el apoyo de los curas.

Charles había entrevisto en el matrimonio el advenimiento de una condición mejor, imaginando que sería más libre y podría disponer de su persona y de su dinero. Pero su mujer fue quien mandó; delante de la gente debía decir esto, no decir aquello, hacer abstinencia todos los viernes, vestirse como a ella le parecía bien, hostigar por orden suya a los clientes que no pagaban. Ella abría sus cartas, espiaba sus pasos, y lo escuchaba, a través del tabique, dar sus consultas en su gabinete, cuando había mujeres.

Le hacía falta su chocolate todas las mañanas, atenciones sin fin. Se quejaba sin cesar de sus nervios, de su pecho, de sus humores. El ruido de los pasos le hacía daño; si se iban, la soledad se le volvía odiosa; si volvían a su lado, sin duda era para verla morir. Por la noche, cuando Charles volvía a casa, sacaba de debajo de las sábanas sus largos brazos flacos, se los pasaba alrededor del cuello, y, después de hacerlo sentar al borde de la cama, se ponía a hablarle de sus penas: ¡la olvidaba, amaba a otra! Bien se lo habían dicho, que sería desdichada; y acababa pidiéndole algún jarabe para su salud y un poco más de amor.

II

Una noche, hacia las once, los despertó el ruido de un caballo que se detuvo justo a la puerta. La criada abrió la lucera del desván y parlamentó un rato con un hombre que se había quedado abajo, en la calle. Venía a buscar al médico; traía una carta. Nastasie bajó las escaleras tiritando, y fue a abrir la cerradura y los cerrojos, uno tras otro. El hombre dejó su caballo y, siguiendo a la criada, entró de pronto detrás de ella. Sacó de dentro de su gorro de lana de borlas grises una carta envuelta en un trapo, y se la presentó delicadamente a Charles, que se apoyó en el codo sobre la almohada para leerla. Nastasie, junto a la cama, sostenía la luz. La señora, por pudor, permanecía vuelta hacia la pared, dando la espalda.

Esta carta, sellada con un pequeño sello de lacre azul, suplicaba al señor Bovary que se trasladara inmediatamente a la granja de los Bertaux, para reducir una pierna rota. Y es que hay, de Tostes a los Bertaux, seis buenas leguas por caminos de través, pasando por Longueville y Saint-Victor. La noche estaba oscura. La joven señora Bovary temía los accidentes para su marido. Se decidió, pues, que el mozo de cuadra se adelantaría. Charles partiría tres horas más tarde, a la salida de la luna. Se enviaría a un mozalbete a su encuentro, para mostrarle el camino de la granja y abrirle las cancelas por delante.

Hacia las cuatro de la madrugada, Charles, bien envuelto en su capote, se puso en camino hacia los Bertaux. Todavía adormecido por el calor del sueño, se dejaba mecer por el trote pacífico de su montura. Cuando esta se detenía por sí sola ante esos hoyos rodeados de espinos que se cavan al borde de los surcos, Charles, despertándose sobresaltado, recordaba de golpe la pierna rota, y trataba de traer a la memoria todas las fracturas que sabía. La lluvia ya no caía; el día empezaba a llegar, y, en las ramas de los manzanos

sin hojas, unos pájaros permanecían inmóviles, erizando sus pequeñas plumas al viento frío de la mañana. El campo llano se extendía hasta perderse de vista, y los grupos de árboles en torno a las granjas formaban, a intervalos lejanos, manchas de un violeta negro sobre aquella gran superficie gris, que se perdía en el horizonte en el tono mortecino del cielo. Charles, de cuando en cuando, abría los ojos; luego, cansándose su mente y volviendo el sueño por sí mismo, entraba pronto en una especie de sopor en el que, confundiéndose sus sensaciones recientes con sus recuerdos, se percibía a sí mismo doble, a la vez estudiante y casado, acostado en su cama como hacía un momento, atravesando una sala de operados como antaño. El olor cálido de los cataplasmas se mezclaba en su cabeza con el verde olor del rocío; oía rodar sobre su varilla las anillas de hierro de las camas y a su mujer dormir... Al pasar por Vassonville, divisó, al borde de una zanja, a un muchacho joven sentado en la hierba.

—¿Es usted el médico? —preguntó el niño.

Y, ante la respuesta de Charles, cogió sus zuecos en las manos y se puso a correr delante de él.

El oficial de sanidad, mientras caminaba, comprendió por las palabras de su guía que el señor Rouault debía de ser un labrador de los más acomodados. Se había roto la pierna la víspera por la noche, al volver de celebrar los Reyes en casa de un vecino. Su mujer había muerto hacía dos años. No tenía con él más que a su señorita, que le ayudaba a llevar la casa.

Las rodadas se hicieron más profundas. Se acercaban a los Bertaux. El muchachito, deslizándose entonces por un hueco del seto, desapareció, y luego volvió al fondo de un corral a abrir la cancela. El caballo resbalaba en la hierba mojada; Charles se agachaba para pasar bajo las ramas. Los perros guardianes, en la perrera, ladraban tirando de su cadena. Cuando entró en los Bertaux, su caballo se asustó y dio un gran extraño.

Era una granja de buena apariencia. Se veían en las cuadras, por encima de las puertas abiertas, gruesos caballos de labor que comían tranquilamente en pesebres nuevos. A lo largo de los edificios se extendía un ancho estercolero, del que se alzaba vaho, y, entre las gallinas y los pavos, picoteaban encima cinco o seis pavos reales, lujo de los corrales del País de Caux. El aprisco era largo, el granero era alto, de paredes lisas como la mano. Había bajo el cobertizo dos grandes carretas y cuatro arados, con sus látigos, sus

colleras, sus arreos completos, cuyos vellones de lana azul se ensuciaban con el polvo fino que caía de los graneros. El patio iba en cuesta; plantado de árboles simétricamente espaciados, y el ruido alegre de una bandada de gansos resonaba cerca de la charca.

Una mujer joven, con un vestido de merino azul guarnecido de tres volantes, salió al umbral de la casa a recibir al señor Bovary, a quien hizo pasar a la cocina, donde ardía un gran fuego. El desayuno de la gente de la casa hervía alrededor, en ollitas de tamaño desigual. Ropas húmedas se secaban dentro de la chimenea. La pala, las tenazas y la boca del fuelle, todas de proporciones colosales, brillaban como acero pulido, mientras que a lo largo de las paredes se extendía una abundante batería de cocina, en la que centelleaba desigualmente la llama clara del hogar, unida a los primeros resplandores del sol que entraba por los cristales.

Charles subió, al primer piso, a ver al enfermo. Lo encontró en su cama, sudando bajo las mantas y habiendo arrojado bien lejos su gorro de algodón. Era un hombrecillo grueso de cincuenta años, de piel blanca, ojos azules, calvo en la parte delantera de la cabeza, y que llevaba pendientes. Tenía a su lado, sobre una silla, una gran garrafa de aguardiente, de la que se servía de vez en cuando para darse ánimos; pero, en cuanto vio al médico, su exaltación decayó, y, en lugar de soltar juramentos como había hecho durante doce horas, se puso a gemir débilmente.

La fractura era simple, sin complicación de ninguna especie. Charles no se hubiera atrevido a desear una más fácil. Entonces, recordando los modos de sus maestros junto al lecho de los heridos, reconfortó al paciente con toda suerte de buenas palabras; caricias quirúrgicas que son como el aceite con que se engrasan los bisturíes. Para tener tablillas, fueron a buscar, bajo el cobertizo de las carretas, un fajo de listones. Charles eligió uno, lo cortó en trozos y lo pulió con una esquirra de cristal, mientras la criada rasgaba sábanas para hacer vendas, y la señorita Emma se afanaba en coser cojinetes. Como tardó mucho en encontrar su estuche de costura, su padre se impacientó; ella no respondió nada; pero, mientras cosía, se pinchaba los dedos, que luego se llevaba a la boca para chupárselos.

Charles se sorprendió de la blancura de sus uñas. Eran brillantes, finas en la punta, más pulidas que los marfiles de Dieppe, y cortadas en forma de almendra. Su mano, sin embargo, no era hermosa, quizá no bastante pálida, y

algo seca en las falanges; era también demasiado larga, y sin blandas inflexiones de líneas en los contornos. Lo que tenía de hermoso eran los ojos; aunque eran castaños, parecían negros a causa de las pestañas, y su mirada llegaba francamente hasta uno con una osadía cándida.

Hecho ya el vendaje, el médico fue invitado, por el propio señor Rouault, a tomar un bocado antes de partir.

Charles bajó a la sala, en la planta baja. Dos cubiertos, con vasos de plata, estaban puestos sobre una mesita, a los pies de una gran cama con dosel revestida de una indiana de personajes que representaban turcos. Se sentía un olor a lirio y a sábanas húmedas, que escapaba del alto armario de madera de roble, frente a la ventana. En el suelo, en los rincones, estaban colocados, de pie, sacos de trigo. Era el sobrante del granero cercano, al que se subía por tres peldaños de piedra. Había, para decorar la estancia, colgada de un clavo, en medio de la pared cuya pintura verde se desconchaba bajo el salitre, una cabeza de Minerva a lápiz negro, enmarcada en dorado, y que llevaba abajo, escrito en letras góticas: «A mi querido papá.»

Se habló primero del enfermo, luego del tiempo que hacía, de los grandes fríos, de los lobos que corrían los campos, de noche. La señorita Rouault no se divertía mucho en el campo, sobre todo ahora que se ocupaba ella sola, casi por entero, de las faenas de la granja. Como la sala estaba fresca, tiritaba mientras comía, lo que dejaba al descubierto un poco sus labios carnosos, que solía mordisquear en sus momentos de silencio.

Su cuello salía de un cuello blanco, vuelto. Su cabello, cuyas dos bandas negras parecían cada una de una sola pieza, de tan lisas que eran, estaba separado en medio de la cabeza por una raya fina, que se hundía ligeramente siguiendo la curva del cráneo; y, dejando apenas ver la punta de la oreja, iba a confundirse por detrás en un moño abundante, con una ondulación hacia las sienes que el médico rural advirtió allí por primera vez en su vida. Sus pómulos eran sonrosados. Llevaba, como un hombre, pasados entre dos botones del corpiño, unos lentes de concha.

Cuando Charles, después de subir a despedirse del tío Rouault, volvió a la sala antes de partir, la encontró de pie, con la frente contra la ventana, mirando hacia el jardín, donde los rodrigones de las judías habían sido derribados por el viento. Ella se volvió.

—¿Buscas algo? —preguntó ella.

—Mi fusta, por favor —respondió él.

Y se puso a rebuscar por la cama, detrás de las puertas, bajo las sillas; había caído al suelo, entre los sacos y la pared. La señorita Emma la vio; se inclinó sobre los sacos de trigo. Charles, por galantería, se precipitó, y, como alargaba también el brazo en el mismo movimiento, sintió su pecho rozar la espalda de la joven, inclinada bajo él. Ella se enderezó, toda colorada, y lo miró por encima del hombro, tendiéndole su vergajo.

En vez de volver a los Bertaux tres días después, como había prometido, fue al día siguiente mismo cuando volvió, y luego dos veces por semana con regularidad, sin contar las visitas inesperadas que hacía de cuando en cuando, como por descuido.

Por lo demás, todo fue bien; la curación se estableció conforme a las reglas, y cuando, al cabo de cuarenta y seis días, se vio al tío Rouault ensayándose a andar solo por su casucha, se empezó a considerar al señor Bovary como un hombre de gran capacidad. El tío Rouault decía que no lo habrían curado mejor los primeros médicos de Yvetot ni siquiera los de Rouen.

En cuanto a Charles, no se preguntó siquiera por qué iba a los Bertaux con placer. De habérselo planteado, sin duda habría atribuido su celo a la gravedad del caso, o quizá al provecho que de él esperaba. ¿Era, sin embargo, por eso por lo que sus visitas a la granja constituían, entre las pobres ocupaciones de su vida, una excepción encantadora? Esos días se levantaba temprano, partía al galope, apuraba a su montura, y luego se apeaba para limpiarse los pies en la hierba, y se ponía los guantes negros antes de entrar. Le gustaba verse llegar al patio, sentir contra su hombro la cancela al girar, y el gallo que cantaba sobre el muro, los mozos que venían a su encuentro. Le gustaba el granero y las cuadras; le gustaba el tío Rouault, que le daba palmadas en la mano llamándolo su salvador; le gustaban los zuequitos de la señorita Emma sobre las losas fregadas de la cocina; sus tacones altos la hacían un poco más alta, y, cuando caminaba delante de él, las suelas de madera, levantándose deprisa, chasqueaban con un ruido seco contra el cuero de la botina.

Ella lo acompañaba siempre hasta el primer peldaño de la escalinata. Cuando aún no le habían traído el caballo, se quedaba allí. Ya se habían dicho adiós, ya no hablaban; el aire libre la envolvía, levantando en desorden los pequeños cabellos rebeldes de su nuca, o agitando sobre su cadera los cordones del delantal, que se retorcían como banderolas. Una vez, con un tiempo de deshielo, la corteza de los árboles rezumaba en el patio, la nieve sobre los tejados de los edificios se derretía. Ella estaba en el umbral; fue a buscar su sombrilla, la abrió. La sombrilla, de seda color pecho de paloma, que atravesaba el sol, iluminaba con reflejos móviles la piel blanca de su rostro. Ella sonreía debajo, al calor tibio; y se oían las gotas de agua, una a una, caer sobre el muaré tirante.

En los primeros tiempos en que Charles frecuentaba los Bertaux, la joven señora Bovary no dejaba de informarse sobre el enfermo, e incluso en el libro que llevaba por partida doble, había elegido para el señor Rouault una hermosa página en blanco. Pero cuando supo que tenía una hija, fue a informarse; y se enteró de que la señorita Rouault, educada en el convento, con las ursulinas, había recibido, como suele decirse, una hermosa educación, que sabía, en consecuencia, bailar, geografía, dibujo, hacer tapicería y tocar el piano. ¡Fue el colmo!

—¿Así que es por eso —se decía—, por lo que tiene la cara tan radiante cuando va a verla, y por lo que se pone el chaleco nuevo, a riesgo de estropearlo con la lluvia? ¡Ah, esa mujer! ¡Esa mujer!...

Y la detestó por instinto. Al principio se desahogó con alusiones, que Charles no comprendió; luego, con reflexiones incidentales que él dejaba pasar por miedo a la tormenta; por fin, con apóstrofes a quemarropa a las que no sabía qué responder.

—¿A qué venía que volviese a los Bertaux, si el señor Rouault estaba ya curado y aquella gente todavía no había pagado? ¡Ah, era que allí había una persona, alguien que sabía conversar, una bordadora, un espíritu refinado! Eso era lo que a él le gustaba: ¡le hacían falta señoritas de ciudad! —Y proseguía:

—¡La hija del tío Rouault, una señorita de ciudad! ¡Vamos, hombre! Su abuelo era pastor, y tienen un primo que por poco comparece ante el tribunal por una agresión, en una riña. No hace falta tanto rumbo, ni presentarse el domingo en la iglesia con un vestido de seda, como una condesa. Pobre

hombre, por lo demás, que, de no ser por las colzas del año pasado, se habría visto bien apurado para pagar sus atrasos.

Por cansancio, Charles dejó de volver a los Bertaux. Héloïse le había hecho jurar que no volvería, con la mano sobre su misal, tras muchos sollozos y besos, en un gran arrebató de amor. Obedeció, pues; pero la audacia de su deseo protestó contra la servidumbre de su conducta, y, por una especie de hipocresía ingenua, estimó que aquella prohibición de verla era para él como un derecho a amarla. Y además la viuda era flaca; tenía los dientes largos; llevaba en toda estación un pequeño chal negro cuya punta le bajaba entre los omóplatos; su talle duro iba embutido en vestidos en forma de funda, demasiado cortos, que dejaban al descubierto sus tobillos, con las cintas de sus zapatos anchos entrecruzándose sobre unas medias grises.

La madre de Charles venía a verlos de vez en cuando; pero, al cabo de unos días, la nuera parecía afilarla a su filo; y entonces, como dos cuchillos, se dedicaban a lacerarlo con sus reflexiones y sus observaciones. ¡Hacía mal en comer tanto! ¿Por qué ofrecer siempre la copita al primero que llegaba? ¡Qué obstinación la de no querer llevar franela!

Sucedió que, a comienzos de la primavera, un notario de Ingouville, depositario de fondos de la viuda Dubuc, se embarcó, aprovechando una buena marea, llevándose consigo todo el dinero de su notaría. Héloïse, es verdad, poseía todavía, además de una participación en un barco valorada en seis mil francos, su casa de la calle Saint-François; y sin embargo, de toda aquella fortuna de la que tanto se había hecho sonar, nada, salvo un poco de mobiliario y algunos trapos, había aparecido en el hogar. Hubo que aclarar el asunto. Resultó que la casa de Dieppe estaba carcomida de hipotecas hasta en sus pilotes; lo que ella había depositado en la notaría, solo Dios lo sabía, y la participación en el barco no excedía de mil escudos. ¡Así que había mentido, la buena señora! En su exasperación, el señor Bovary padre, rompiendo una silla contra los adoquines, acusó a su mujer de haber labrado la desgracia de su hijo al uncirlo a una jamelga semejante, cuyos arreos no valían ni la piel. Vinieron a Tostes. Se dieron explicaciones. Hubo escenas. Héloïse, llorando, arrojándose en los brazos de su marido, le suplicó que la defendiera de sus padres. Charles quiso hablar en su favor. Estos se enfadaron, y se marcharon.

Pero el golpe estaba dado. Ocho días después, mientras tendía ropa en su patio, le sobrevino un esputo de sangre, y al día siguiente, mientras Charles tenía la espalda vuelta para cerrar la cortina de la ventana, ella dijo: «¡Ay, Dios mío!», exhaló un suspiro y se desvaneció. ¡Estaba muerta! ¡Qué asombro!

Cuando todo hubo terminado en el cementerio, Charles volvió a casa. No encontró a nadie abajo; subió al primer piso, al dormitorio, vio su vestido todavía colgado a los pies de la alcoba; entonces, apoyándose contra el escritorio, se quedó hasta el anochecer perdido en un ensueño doloroso. Ella lo había amado, después de todo.

III

Una mañana, el tío Rouault vino a traerle a Charles el pago de su pierna re-
puesta: setenta y cinco francos en monedas de cuarenta sueldos, y un pavo.
Se había enterado de su desgracia, y lo consoló cuanto pudo.

—¡Ya sé lo que es eso! —decía, dándole palmadas en el hombro—; ¡yo
también he pasado por lo mismo! Cuando perdí a mi pobre difunta, me iba a
los campos para estar bien solo; me dejaba caer al pie de un árbol, lloraba,
llamaba al buen Dios, le decía tonterías; hubiera querido ser como los topos
que veía en las ramas, que tenían gusanos hormigueándoles en el vientre,
reventados, vamos. Y cuando pensaba que otros, en ese mismo momento,
estaban con sus buenas mujercitas, teniéndolas abrazadas contra ellos, daba
grandes golpes en el suelo con mi bastón; estaba casi loco, que ya no comía;
la sola idea de ir al café me daba asco, no se lo va usted a creer. Pues bien,
poco a poco, un día empujando al otro, una primavera sobre un invierno y
un otoño encima de un verano, aquello se fue yendo hebra a hebra, migaja a
migaja; se fue, se marchó, se hundió, quiero decir, porque siempre le queda
a uno algo en el fondo, como quien dice... ¡un peso, ahí, en el pecho! Pero,
ya que es nuestra suerte la de todos, tampoco hay que dejarse consumir, y,
porque otros se han muerto, querer morirse también... Hay que espabilarse,
señor Bovary; ¡ya se le pasará! Venga a vernos; mi hija piensa en usted de
cuando en cuando, ¿sabe usted?, y dice que la va usted olvidando. Ya viene
la primavera pronto; le haremos tirar a un conejo en la conejera, para dis-
traerlo un poco.

Charles siguió su consejo. Volvió a los Bertaux; lo encontró todo como la
víspera, es decir, como cinco meses atrás. Los perales ya estaban en flor, y
el buen hombre Rouault, de pie ahora, iba y venía, lo cual daba más anima-
ción a la granja.

Creyendo que era su deber prodigar al médico las mayores atenciones posibles, a causa de su dolorosa situación, le rogó que no se descubriera la cabeza, le habló en voz baja, como si él mismo estuviera enfermo, e incluso fingió enfadarse porque no se hubiera preparado en su obsequio algo un poco más ligero que el resto, como natillas o peras cocidas. Contó historias. Charles se sorprendió riendo; pero el recuerdo de su mujer, volviéndole de repente, lo ensombreció.

Trajeron el café; ya no pensó más en ello.

Pensó en ello cada vez menos, a medida que se acostumbraba a vivir solo. El nuevo placer de la independencia le hizo pronto más soportable la soledad. Podía ahora cambiar las horas de sus comidas, entrar o salir sin dar razones, y, cuando estaba muy cansado, estirar sus cuatro miembros, todo a lo ancho, en la cama. Así pues, se mimó, se regaló, y aceptó los consuelos que le daban. Por otra parte, la muerte de su mujer no le había perjudicado en su oficio, pues durante un mes se había repetido: «¡Pobre joven! ¡Qué desgracia!». Su nombre se había difundido, su clientela había aumentado; y además iba a los Bertaux a su entero gusto. Tenía una esperanza sin objeto, una felicidad vaga; se encontraba el rostro más agradable al cepillarse las patillas ante el espejo.

Llegó un día hacia las tres; todo el mundo estaba en el campo; entró en la cocina, pero al principio no vio a Emma; las contraventanas estaban cerradas. Por las rendijas de la madera, el sol alargaba sobre las losas grandes rayas finas, que se quebraban en el ángulo de los muebles y temblaban en el techo. Unas moscas, sobre la mesa, subían por los vasos que habían servido, y zumbaban ahogándose en el fondo, en la sidra que había quedado. La luz que bajaba por la chimenea, aterciopelando el hollín de la placa, azuleaba un poco las cenizas frías. Entre la ventana y el hogar, Emma cosía; no llevaba pañoleta, y se veían en sus hombros desnudos pequeñas gotas de sudor.

Según la costumbre del campo, le propuso beber algo. Él se negó, ella insistió, y por fin le ofreció, riendo, tomar una copa de licor con ella. Fue, pues, a buscar en el armario una botella de curasao, alcanzó dos copitas, llenó una hasta el borde, apenas vertió en la otra, y, después de brindar, se la llevó a la boca. Como estaba casi vacía, se echaba hacia atrás para beber; y, con la cabeza echada hacia atrás, los labios adelantados, el cuello tendido,

se reía de no sentir nada, mientras la punta de su lengua, pasando entre sus dientes finos, lamía a pequeños golpes el fondo de la copa.

Volvió a sentarse y retomó su labor, que era una media de algodón blanco a la que hacía zurcidos; trabajaba con la frente baja; no hablaba, ni Charles tampoco. El aire, colándose por debajo de la puerta, empujaba un poco de polvo sobre las losas; él lo miraba arrastrarse, y solo oía el latido interior de su propia cabeza, junto con el cacareo de una gallina, a lo lejos, que ponía en los corrales. Emma, de cuando en cuando, se refrescaba las mejillas aplicándose la palma de las manos; que enfriaba después sobre la bola de hierro de los grandes morillos.

Se quejó de sentir, desde el comienzo de la estación, mareos; preguntó si los baños de mar le serían útiles; se puso a hablar del convento, Charles de su colegio, las frases les vinieron solas. Subieron a su cuarto. Ella le enseñó sus antiguos cuadernos de música, los librillos que le habían dado como premio y las coronas de hojas de roble, abandonadas en el fondo de un armario. Le habló también de su madre, del cementerio, e incluso le mostró en el jardín el arriate del que cogía las flores, todos los primeros viernes de cada mes, para ir las a poner sobre su tumba. Pero el jardinero que tenían no entendía nada de aquello; ¡estaban tan mal servidos! Ella hubiera querido, aunque solo fuese durante el invierno, vivir en la ciudad, aunque la duración de los días hermosos hiciera quizá el campo aún más aburrido durante el verano; —y, según lo que decía, su voz era clara, aguda, o cubriéndose de languidez de repente, arrastraba modulaciones que acababan casi en murmullos, cuando se hablaba a sí misma—, tan pronto alegre, abriendo unos ojos ingenuos, como con los párpados entornados, la mirada anegada de tedio, el pensamiento vagando.

Por la noche, de vuelta, Charles fue repasando una a una las frases que ella había dicho, tratando de recordarlas, de completar su sentido, para hacerse una idea de la porción de existencia que ella había vivido en el tiempo en que aún no la conocía. Pero nunca pudo verla en su pensamiento de otro modo que como la había visto la primera vez, o tal como acababa de dejarla hacía un momento. Luego se preguntó qué sería de ella, si se casaría, y con quién; ¡ay!, el tío Rouault era bien rico, y ella... ¡tan hermosa! Pero el rostro de Emma volvía siempre a colocarse ante sus ojos, y algo monótono, como el zumbido de una peonza, le resonaba en los oídos: «¡Si te casaras, sin embargo! ¡Si te casaras!».

Por la noche no durmió, tenía la garganta apretada,

tenía sed; se levantó para ir a beber de su jarra de agua y abrió la ventana; el cielo estaba cubierto de estrellas, pasaba un viento cálido, a lo lejos ladraban perros. Volvió la cabeza hacia el lado de los Bertaux.

Pensando que, después de todo, no se arriesgaba nada, Charles se prometió hacer la petición en cuanto se presentara la ocasión; pero, cada vez que se presentaba, el miedo a no encontrar las palabras adecuadas le pegaba los labios.

Al tío Rouault no le habría disgustado que lo librasen de su hija, que apenas le servía de nada en la casa. La disculpaba para sus adentros, pensando que tenía demasiado talento para la labranza, oficio maldito del cielo, ya que en él nunca se veía a ningún millonario. Lejos de haber hecho fortuna con ella, el buen hombre perdía todos los años; pues, si sobresalía en los tratos, donde gustaba de las astucias del oficio, en cambio el cultivo propiamente dicho, con el gobierno interior de la granja, le convenía menos que a nadie. No sacaba de buen grado las manos de los bolsillos, y no escatimaba el gasto en todo lo que tocaba a su vida, queriendo estar bien comido, bien caldeado, bien acostado. Le gustaba la sidra fuerte, las piernas de cordero sangrantes, los glorias largamente batidos. Tomaba sus comidas en la cocina, solo, frente al fuego, en una mesita que le traían ya servida, como en el teatro.

Cuando advirtió, pues, que Charles tenía los pómulos encendidos junto a su hija, lo cual significaba que cualquiera de aquellos días se la pedirían en matrimonio, rumió de antemano todo el asunto. Lo encontraba un poco enclenque, y no era ese el yerno que él hubiera deseado; pero se decía que era de buena conducta, económico, muy instruido, y que sin duda no regatearía demasiado en la dote. Ahora bien, como el tío Rouault iba a verse obligado a vender veintidós acres de su hacienda, como debía mucho al albañil, mucho al guarnicionero, como el árbol del lagar había que reponerlo:

— Si me la pide — se dijo —, se la doy.

Por la época de San Miguel, Charles había venido a pasar tres días a los Bertaux. La última jornada había transcurrido como las anteriores, retrasando el momento cuarto de hora tras cuarto de hora. El tío Rouault lo acompañó; caminaban por un camino hondo, iban a despedirse; era el momento. Charles se dio de plazo hasta la esquina del seto, y por fin, cuando la hubieron pasado:

—Maese Rouault —murmuró—, quisiera decirle una cosa.

Se detuvieron. Charles callaba.

—¡Pero cuénteme su historia! ¿Es que no lo sé ya todo? —dijo el tío Rouault, riendo suavemente.

—Tío Rouault..., tío Rouault... —balbuceó Charles.

—Yo no pido otra cosa —prosiguió el granjero—. Aunque sin duda la pequeña sea de mi parecer, hay que pedirle, sin embargo, su opinión. Váyase, pues; yo me vuelvo a casa. Si es que sí, entiéndame bien, no hará falta que vuelva, a causa de la gente, y además, la turbaría demasiado. Pero para que no se coma usted la sangre, empujaré del todo la contraventana contra la pared: podrá verlo por detrás, asomándose sobre el seto.

Y se alejó.

Charles ató su caballo a un árbol. Corrió a colocarse en el sendero; esperó. Pasó media hora, luego contó diecinueve minutos en su reloj. De pronto se oyó un ruido contra la pared; la contraventana se había abatido, la aldabilla todavía temblaba.

Al día siguiente, desde las nueve, estaba en la granja. Emma se sonrojó cuando entró, esforzándose a la vez por reír un poco, por disimulo. El tío Rouault abrazó a su futuro yerno. Se dejó para más adelante hablar de los arreglos de intereses; tenían, por lo demás, tiempo por delante, ya que la boda no podía celebrarse decentemente antes de que terminara el luto de Charles, es decir, hacia la primavera del año siguiente.

El invierno transcurrió en esa espera. La señorita Rouault se ocupó de su ajuar. Una parte se encargó en Rouen, y ella misma se confeccionó camisas y gorros de noche, según figurines de moda que tomó prestados. En las visitas que Charles hacía a la granja, se hablaba de los preparativos de la boda; se preguntaban en qué estancia se daría la cena; se soñaba con la cantidad de platos que harían falta y cuáles serían las entradas.

Emma, por el contrario, hubiera querido casarse a medianoche, a la luz de las antorchas; pero el tío Rouault no entendió nada de esa idea. Hubo, pues, una boda, a la que acudieron cuarenta y tres personas, en la que se estuvo dieciséis horas a la mesa, que se reanudó al día siguiente y un poco los días siguientes.

IV

Los invitados llegaron temprano en coches, carricoches de un caballo, carros de banco de dos ruedas, viejos cabriolés sin capota, carromatos con cortinas de cuero, y los mozos de las aldeas más cercanas en carretas donde iban de pie, en fila, las manos apoyadas en los adrales para no caerse, yendo al trote y bien zarandeados. Vinieron de diez leguas de distancia, de Goderville, de Normanville y de Cany. Se había invitado a todos los parientes de las dos familias, se había hecho las paces con los amigos distanciados, se había escrito a conocidos perdidos de vista desde hacía mucho tiempo.

De cuando en cuando se oían chasquidos de látigo detrás del seto; pronto se abría la verja: era un carricoche que entraba. Galopando hasta el primer escalón de la escalinata, se paraba en seco y descargaba a su gente, que salía por todos lados frotándose las rodillas y estirando los brazos. Las señoras, con cofia, llevaban vestidos a la moda de la ciudad, cadenas de reloj de oro, esclavinas con las puntas cruzadas en la cintura, o pañoletas de color prendidas en la espalda con un alfiler, que les dejaban el cuello al descubierto por detrás. Los chiquillos, vestidos igual que sus papás, parecían incómodos con sus trajes nuevos (muchos hasta estrenaron aquel día el primer par de botas de su vida), y se veía junto a ellos, sin decir palabra dentro del vestido blanco de su primera comunión alargado para la ocasión, alguna muchachota de catorce o dieciséis años, prima suya o hermana mayor sin duda, colorada, aturdida, el pelo grasiento de brillantina de rosas, y con mucho miedo de ensuciarse los guantes. Como no había mozos de cuadra suficientes para desenganchar todos los coches, los señores se arremangaban y se ponían a ello ellos mismos. Según su distinta posición social, llevaban fracs, levitas, chaquetas, casacones: —fracs buenos, rodeados de toda la consideración de una familia, y que no salían del armario más que para las solemnidades; le-

vitas de grandes faldones flotando al viento, de cuello cilíndrico, de bolsillos anchos como sacos; chaquetas de paño grueso, que solían ir acompañadas de alguna gorra con la visera ribeteada de cobre; casacones muy cortos, con dos botones juntos en la espalda como un par de ojos, y cuyos faldones parecían haber sido cortados de un solo bloque a hachazos de carpintero. Algunos, todavía (pero éstos, sin duda, debían de cenar en el extremo inferior de la mesa), llevaban blusones de ceremonia, es decir, con el cuello vuelto sobre los hombros, la espalda fruncida en pliegues menudos y el talle sujeto muy abajo por un cinturón cosido.

¡Y las camisas se abombaban sobre los pechos como corazas! Todo el mundo iba recién trasquilado, las orejas se despegaban de las cabezas, se iban afeitados a ras; algunos, incluso, que se habían levantado antes del alba, por no haber visto claro al hacerse la barba, llevaban chirlos en diagonal bajo la nariz, o, a lo largo de las mandíbulas, peladuras de piel anchas como escudos de tres francos, que el aire fuerte del camino había inflamado, lo cual jaspeaba de manchas rosadas todas aquellas caras gruesas, blancas y lozanas.

Como el ayuntamiento estaba a media legua de la granja, se fue a pie, y se volvió del mismo modo, una vez celebrada la ceremonia en la iglesia. El cortejo, unido al principio como una sola banda de color, que ondulaba por el campo, a lo largo del estrecho sendero serpenteando entre los trigos verdes, no tardó en alargarse y se cortó en grupos distintos, que se rezagaban charlando. El músico iba a la cabeza, con su violín empenachado de cintas en la voluta; los novios venían después, los padres, los amigos a la buena de Dios, y los niños se quedaban atrás, entreteniéndose en arrancar las campanillas de las briznas de avena, o en jugar entre ellos, sin que nadie los viera. El vestido de Emma, demasiado largo, arrastraba un poco por abajo; de vez en cuando se paraba para levantárselo, y entonces, delicadamente, con sus dedos enguantados, quitaba las hierbas ásperas con los pinchos de los cardos, mientras Charles, con las manos vacías, esperaba a que terminase. El tío Rouault, con un sombrero de seda nuevo en la cabeza y las vueltas de su frac negro cubriéndole las manos hasta las uñas, daba el brazo a la señora Bovary madre. En cuanto al señor Bovary padre, que, despreciando en el fondo a toda aquella gente, había venido sencillamente con una levita de una sola hilera de botones y corte militar, iba dedicando galanterías de figón a una moza rubia. Ella saludaba, se ruborizaba, no sabía qué responder. Los

demás invitados de la boda hablaban de sus asuntos o se hacían bromas a espaldas unos de otros, animándose de antemano a la alegría; y, aguzando el oído, se seguía oyendo el chirriar del violín del músico, que seguía tocando por el campo. Cuando notaba que se habían quedado muy atrás, se paraba a tomar aliento, frotaba largamente el arco con colofonia para que las cuerdas rechinaran mejor, y luego se ponía de nuevo en marcha, bajando y subiendo por turnos el mástil de su violín, para marcarse bien a sí mismo el compás. El ruido del instrumento hacía echar a volar, desde lejos, a los pajarillos.

Fue bajo el cobertizo de los carros donde se puso la mesa. Había encima cuatro solomillos, seis fricasés de pollo, ternera en cazuela, tres piernas de cordero, y, en medio, un bonito cochinillo asado, flanqueado por cuatro embutidos de tripa a la acedera. En las esquinas se erguía el aguardiente en garrafas. La sidra dulce embotellada empujaba su espuma espesa alrededor de los tapones, y todos los vasos, de antemano, habían sido llenados de vino hasta el borde. Grandes fuentes de crema amarilla, que se bamboleaban solas al menor choque de la mesa, presentaban, dibujadas en su superficie lisa, las iniciales de los recién casados en arabescos de grageas. Habían ido a buscar a un pastelero a Yvetot, para las tartas y los turrones. Como era nuevo en la comarca, había puesto esmero en las cosas; y él mismo trajo, a los postres, una pieza de repostería que arrancó gritos de admiración. En la base, primero, había un cuadrado de cartón azul que figuraba un templo con pórticos, columnatas y estatuillas de estuco alrededor, en hornacinas sembradas de estrellas de papel dorado; luego se alzaba, en el segundo piso, un torreón de bizcocho de Saboya, rodeado de pequeñas fortificaciones de angélica, almendras, pasas y gajos de naranja; y por último, en la plataforma superior, que era una pradera verde con rocas, lagos de mermelada y barquitos de cáscara de avellana, se veía un pequeño Amor, columpiándose en un columpio de chocolate cuyos dos postes remataban, a modo de bolas, en dos capullos de rosa natural.

Se estuvo comiendo hasta el anochecer. Cuando alguien se cansaba demasiado de estar sentado, se iba a pasear por los corrales o a echar una partida al juego del tapón en el granero; luego se volvía a la mesa. Algunos, hacia el final, se durmieron allí mismo y roncaron. Pero, al llegar el café, todo revivió; entonces se entonaron canciones, se hicieron pruebas de fuerza, se levantaron pesos, se probó a colar el cuerpo por debajo del propio pulgar, se intentó cargar las carretas sobre los hombros, se contaron chanzas verdes; se

besó a las señoras. Por la noche, a la hora de partir, los caballos, hartos de avena hasta los ollares, tuvieron dificultad para meterse entre los varales; coceaban, se encabritaban, los arneses se rompían, sus dueños juraban o reían; y toda la noche, a la luz de la luna, por los caminos del país, hubo carricoches desbocados que corrían a galope tendido, dando botes en las cunetas, saltando por encima de los montones de piedra, enganchándose en los taludes, con mujeres que se asomaban fuera de la portezuela para agarrar las riendas.

Los que se quedaron en Les Bertaux pasaron la noche bebiendo en la cocina. Los niños se habían dormido debajo de los bancos.

La novia había suplicado a su padre que le ahorrasen las bromas de rigor. Sin embargo, un pescadero, primo de la familia (que incluso había traído, como regalo de bodas, un par de lenguados), empezaba a soplar agua con la boca por el ojo de la cerradura, cuando el tío Rouault llegó justo a tiempo de impedirselo, y le explicó que la grave posición de su yerno no permitía tales inconveniencias. El primo, sin embargo, cedió a duras penas a estas razones. Para sus adentros, acusó al tío Rouault de ser orgulloso, y fue a juntarse en un rincón con otros cuatro o cinco invitados que, habiéndoles tocado por casualidad varias veces seguidas en la mesa los peores trozos de las carnes, también encontraban que los habían recibido mal, cuchicheaban sobre su anfitrión y le deseaban la ruina con medias palabras.

La señora Bovary madre no había abierto la boca en todo el día. No la habían consultado ni sobre el atuendo de la nuera, ni sobre el orden del banquete; se retiró temprano. Su esposo, en lugar de seguirla, mandó a buscar puros a Saint-Victor y fumó hasta el amanecer, bebiendo a la vez grogs de kirsch, mezcla desconocida para la concurrencia, y que fue para él como el origen de una consideración todavía mayor.

Charles no era de temperamento jocosos, no había brillado durante la boda. Respondió sin gracia a las pullas, los retruécanos, las frases de doble sentido, los cumplidos y las bromas subidas de tono que todos se creyeron en el deber de dispararle desde la sopa.

Al día siguiente, en cambio, parecía otro hombre. A él, más bien, se le habría tomado por la virgen de la víspera, mientras que la novia no dejaba traslucir nada por donde se pudiera adivinar algo. Los más listos no sabían qué responder, y la miraban, cuando pasaba cerca de ellos, con una tensión

de espíritu desmedida. Pero Charles no disimulaba nada. La llamaba mi mujer, la tuteaba, preguntaba por ella a todo el mundo, la buscaba por todas partes, y a menudo se la llevaba a los corrales, donde se lo veía de lejos, entre los árboles, pasándole el brazo por la cintura y siguiendo caminando medio inclinado sobre ella, arrugándole con la cabeza el escote del corpiño.

Dos días después de la boda, los esposos se marcharon: Charles, por sus enfermos, no podía ausentarse más tiempo. El tío Rouault los hizo llevar en su carricóche y los acompañó él mismo hasta Vassonville. Allí besó a su hija por última vez, puso pie en tierra y reanudó su camino. Cuando hubo dado unos cien pasos, se detuvo, y, al ver el carricóche alejarse, con las ruedas girando entre el polvo, dejó escapar un gran suspiro. Luego se acordó de su propia boda, de sus tiempos de antaño, del primer embarazo de su mujer; también él estaba muy contento, el día en que se la llevó de casa de su padre a la suya, cuando la llevaba a la grupa, trotando sobre la nieve; porque era por Navidad y el campo estaba todo blanco; ella lo sujetaba de un brazo, del otro le colgaba su cesta; el viento agitaba los largos encajes de su tocado de Caux, que a veces le pasaban por la boca, y, cuando volvía la cabeza, veía cerca de él, sobre su hombro, su carita sonrosada que sonreía en silencio, bajo la placa de oro de su cofia. Para calentarse los dedos, ella se los metía, de vez en cuando, dentro de su pecho. ¡Qué viejo era todo aquello! ¡Su hijo, ahora, tendría treinta años! Entonces miró hacia atrás; no vio nada en el camino. Se sintió triste como una casa sin muebles; y, mezclándose los recuerdos tiernos con los pensamientos sombríos en su cerebro nublado por los vapores de la comilona, sintió un momento muchas ganas de ir a dar una vuelta hacia la iglesia. Pero, como tuvo miedo de que aquella vista lo entristeciera aún más, se volvió derecho a su casa.

El señor y la señora Charles llegaron a Tostes hacia las seis. Los vecinos se asomaron a las ventanas para ver a la nueva mujer de su médico.

La vieja criada se presentó, le hizo sus saludos, se disculpó de que la cena no estuviese lista, e invitó a la señora, mientras tanto, a que fuera conociendo su casa.

V

La fachada de ladrillo estaba justo a la alineación de la calle, o más bien de la carretera. Detrás de la puerta había colgados una capa de cuello corto, una brida, una gorra de cuero negro, y, en un rincón, en el suelo, un par de polainas todavía cubiertas de barro seco. A la derecha estaba la sala, es decir, la pieza donde se comía y donde se pasaba el tiempo. Un papel amarillo canario, realzado en lo alto por una guirnalda de flores pálidas, temblaba entero sobre su tela mal tendida; unas cortinas de calicó blanco, ribeteadas de un galón rojo, se entrecruzaban a lo largo de las ventanas, y en la estrecha repisa de la chimenea resplandecía un reloj con cabeza de Hipócrates, entre dos candelabros de plata chapada, bajo fanales de forma ovalada. Al otro lado del pasillo estaba el despacho de Charles, una habitación pequeña de unos seis pasos de ancho, con una mesa, tres sillas y un sillón de escritorio. Los tomos del Diccionario de las Ciencias Médicas, con las páginas sin cortar, pero cuya encuadernación en rústica había sufrido en todas las ventas sucesivas por las que habían pasado, llenaban casi por sí solos los seis estantes de una librería de madera de abeto. El olor de los guisos penetraba a través de la pared durante las consultas, del mismo modo que desde la cocina se oía a los enfermos toser en el despacho y contar toda su historia. Venía después, abriéndose directamente al patio donde estaba la cuadra, una gran habitación en ruinas que tenía un horno, y que servía ahora de leñera, de bodega y de trastero, llena de hierros viejos, de toneles vacíos, de instrumentos de labranza fuera de uso, con cantidad de otras cosas polvorientas cuyo uso era imposible adivinar.

El jardín, más largo que ancho, iba, entre dos tapias de tierra apisonada cubiertas de albaricoqueros en espaldera, hasta un seto de espinos que lo separaba de los campos. Había en medio un reloj de sol de pizarra, sobre un

pedestal de mampostería; cuatro arriates guarnecidos de rosales silvestres raquíuticos rodeaban simétricamente el cuadro más útil de las plantaciones serias. Al fondo del todo, bajo los abetillos, un cura de yeso leía su breviario.

Emma subió a las habitaciones. La primera no estaba amueblada; pero la segunda, que era el dormitorio conyugal, tenía una cama de caoba en una alcoba con colgadura roja. Una caja de conchas adornaba la cómoda; y, sobre el escritorio, cerca de la ventana, había, en una garrafa, un ramo de flores de azahar, atado con cintas de raso blanco. ¡Era un ramo de novia, el ramo de la otra! Lo miró. Charles se dio cuenta, lo cogió y lo fue a llevar al desván, mientras que, sentada en un sillón (le iban colocando sus cosas alrededor), Emma pensaba en su propio ramo de boda, que estaba embalado en una caja de cartón, y se preguntaba, soñando, qué harían con él si, por casualidad, llegaba a morir.

Se ocupó, los primeros días, en meditar cambios en su casa. Quitó los fanales de los candelabros, hizo pegar papeles nuevos, repintar la escalera y hacer bancos en el jardín, alrededor del reloj de sol; llegó incluso a preguntar cómo había que hacer para tener un estanque con surtidor y con peces. Por fin, su marido, sabiendo que le gustaba pasear en coche, encontró una charrete de segunda mano que, una vez que tuvo faroles nuevos y guardabarros de cuero picado, se pareció casi a un tílburí.

Era, pues, feliz y sin preocupación alguna en el mundo. Una comida a solas, un paseo por la tarde por la carretera, un gesto de su mano sobre los bandós, la vista de su sombrero de paja colgado de la falleba de una ventana, y otras muchas cosas más en las que Charles jamás había sospechado que hubiera placer, componían ahora la continuidad de su dicha. En la cama, por la mañana, y uno al lado del otro sobre la almohada, él miraba pasar la luz del sol entre el vello de sus mejillas rubias, que cubrían a medias las puntas festoneadas de su cofia. Vistos tan de cerca, sus ojos le parecían agrandados, sobre todo cuando ella abría varias veces seguidas los párpados al despertarse; negros en la sombra y azul oscuro a plena luz, tenían como capas de colores sucesivas que, más espesas en el fondo, se iban aclarando hacia la superficie del esmalte. La mirada de él se perdía en aquellas profundidades, y se veía a sí mismo, empequeñecido, hasta los hombros, con el pañuelo que le cubría la cabeza y lo alto de la camisa entreabierta. Él se levantaba. Ella se ponía a la ventana para verlo partir; y se quedaba aco-

dada en el alféizar, entre dos macetas de geranios, vestida con su peinador, que le quedaba suelto alrededor del cuerpo. Charles, en la calle, se abrochaba las espuelas sobre el guardacantón; y ella seguía hablándole desde arriba, mientras arrancaba con la boca alguna brizna de flor o de verdor que soplaban hacia él, y que, revoloteando, sosteniéndose, trazando en el aire semicírculos como un pájaro, iba, antes de caer, a engancharse en las crines mal peinadas de la vieja yegua blanca, inmóvil junto a la puerta. Charles, a caballo, le enviaba un beso; ella respondía con una seña, cerraba la ventana, él partía. Y entonces, por la carretera que desplegaba sin fin su larga cinta de polvo, por los caminos hondos donde los árboles se curvaban formando bóvedas, por los senderos cuyos trigales le llegaban hasta las rodillas, con el sol sobre los hombros y el aire de la mañana en las narices, el corazón lleno de las felicidades de la noche, el espíritu tranquilo, la carne satisfecha, se iba rumiando su dicha, como los que aún mastican, después de cenar, el sabor de las trufas que digieren.

Hasta entonces, ¿qué había tenido de bueno en la vida? ¿Había sido su época de colegio, cuando permanecía encerrado entre aquellas altas tapias, solo en medio de compañeros más ricos o más fuertes que él en sus clases, a los que hacía reír con su acento, que se burlaban de su ropa, y cuyas madres venían al locutorio con pastelillos en el manguito? ¿Había sido más tarde, cuando estudiaba medicina y nunca tenía la bolsa lo bastante llena para pagar el baile a alguna obrerita que se convirtiera en su amante? Después había vivido catorce meses con la viuda, cuyos pies, en la cama, estaban fríos como témpanos. Pero ahora poseía para toda la vida a aquella mujer bonita a la que adoraba. El universo, para él, no excedía el contorno sedoso de su enagua; y se reprochaba no amarla lo bastante, sentía ganas de volver a verla; regresaba deprisa, subía la escalera, con el corazón palpitante. Emma, en su habitación, estaba arreglándose; él llegaba con pasos silenciosos, la besaba en la espalda, ella soltaba un grito.

No podía dejar de tocar continuamente su peine, sus sortijas, su pañoleta; a veces le daba en las mejillas grandes besos con toda la boca, o eran besitos seguidos a lo largo de todo su brazo desnudo, desde la punta de los dedos hasta el hombro; y ella lo apartaba, medio sonriente y fastidiada, como se hace con un niño que se te cuelga encima.

Antes de casarse, había creído tener amor; pero como la felicidad que debería haber resultado de aquel amor no había llegado, debía de haberse

equivocado, pensaba ella. Y Emma trataba de averiguar qué se entendía exactamente en la vida por esas palabras de felicidad, de pasión y de embriaguez, que le habían parecido tan hermosas en los libros.

VI

Había leído Pablo y Virginia y había soñado con la casita de bambú, el negro Domingo, el perro Fiel, pero sobre todo con la dulce amistad de algún buen hermanito, que va a buscarte frutos rojos en árboles grandes más altos que campanarios, o que corre descalzo por la arena, trayéndote un nido de pájaro.

Cuando cumplió trece años, su padre la llevó él mismo a la ciudad, para meterla en el convento. Se alojaron en una posada del barrio de Saint-Gervais, donde tuvieron en la cena unos platos pintados que representaban la historia de la señorita de la Vallière. Las explicaciones legendarias, cortadas aquí y allá por el arañazo de los cuchillos, glorificaban todas ellas la religión, las delicadezas del corazón y las pompas de la Corte.

Lejos de aburrirse en el convento los primeros tiempos, se complació en la compañía de las buenas hermanas, que, para entretenerla, la llevaban a la capilla, a la que se entraba desde el refectorio por un largo corredor. Jugaba muy poco durante los recreos, entendía bien el catecismo, y era ella quien siempre respondía al señor vicario en las preguntas difíciles. Viviendo, pues, sin salir nunca de la tibia atmósfera de las clases y entre aquellas mujeres de tez blanca que llevaban rosarios con cruces de cobre, se adormeció suavemente en la languidez mística que exhalan los perfumes del altar, la frescura de las pilas de agua bendita y el resplandor de los cirios. En vez de seguir la misa, miraba en su libro las estampas piadosas orladas de azul, y amaba a la oveja enferma, el Sagrado Corazón traspasado de agudas flechas, o al pobre Jesús que cae al caminar bajo su cruz. Intentó, por mortificación, pasar un día entero sin comer. Buscaba en su cabeza algún voto que cumplir.

Cuando iba a confesarse, inventaba pequeños pecados para quedarse allí más tiempo, de rodillas en la penumbra, las manos juntas, el rostro contra la rejilla bajo el murmullo del sacerdote. Las comparaciones de prometido, esposo, amante celestial y matrimonio eterno que se repiten en los sermones le levantaban en el fondo del alma dulzuras inesperadas.

Por la noche, antes de la oración, se hacía en el Estudio una lectura religiosa. Era, entre semana, algún resumen de Historia sagrada o las Conferencias del padre Frayssinous, y, los domingos, pasajes del Genio del cristianismo, a modo de recreo. ¡Cómo escuchó, las primeras veces, la lamentación sonora de las melancolías románticas repitiéndose en todos los ecos de la tierra y de la eternidad! Si su infancia hubiese transcurrido en la trastienda de un barrio comerciante, quizá se habría abierto entonces a las invasiones líricas de la naturaleza, que, de ordinario, no nos llegan sino traducidas por los escritores. Pero conocía demasiado bien el campo; sabía del balido de los rebaños, de los lacticinios, de los arados. Habituada a los aspectos apacibles, se volvía, por el contrario, hacia lo accidentado. No amaba el mar sino por sus tempestades, ni la vegetación sino cuando crecía dispersa entre ruinas. Necesitaba sacar de las cosas una especie de provecho personal; y desechara como inútil todo cuanto no contribuía al consumo inmediato de su corazón —siendo de temperamento más sentimental que artista, buscadora de emociones y no de paisajes.

Había en el convento una solterona que venía todos los meses, durante ocho días, a trabajar en la lencería. Protegida por el arzobispado por pertenecer a una antigua familia de hidalgos arruinados durante la Revolución, comía en el refectorio a la mesa de las buenas hermanas y hacía con ellas, después de la comida, un ratito de charla antes de volver a subir a su labor. A menudo las internas se escapaban del Estudio para ir a verla. Se sabía de memoria canciones galantes del siglo pasado, que cantaba a media voz mientras movía la aguja. Contaba historias, traía noticias, hacía en la ciudad vuestros recados y prestaba a las mayores, a escondidas, alguna novela que llevaba siempre en los bolsillos del delantal, y de la cual la propia buena señorita se tragaba largos capítulos en los intervalos de su faena. No eran sino amores, amantes, amadas, damas perseguidas que se desmayaban en pabellones solitarios, postillones a los que matan en todas las postas, caballos que revientan en cada página, bosques sombríos, turbaciones del corazón, juramentos, sollozos, lágrimas y besos, barquichuelas a la luz de la luna,

ruiseñores en los sotos, señores valientes como leones, dulces como corde-
ros, virtuosos como no se es en realidad, siempre bien vestidos, y que lloran
como cántaros. Durante seis meses, a los quince años, Emma se manchó las
manos con aquel polvo de los viejos gabinetes de lectura. Con Walter Scott,
más tarde, se aficionó a las cosas históricas, soñó con arcones, salas de ar-
mas y juglares. Habría querido vivir en algún viejo caserón, como aquellas
castellanas de largo corpiño que, bajo el trébol de los ojivales, pasaban sus
días, el codo sobre la piedra y el mentón en la mano, mirando venir desde el
fondo de la campiña a un caballero de pluma blanca que galopaba sobre un
caballo negro. Tuvo por entonces el culto de María Estuardo, y veneracio-
nes entusiastas hacia las mujeres ilustres o desdichadas. Juana de Arco,
Eloísa, Inés Sorel, la bella Ferronnière y Clemencia Isaura se destacaban
para ella como cometas sobre la inmensidad tenebrosa de la historia, en la
que sobresalían aún, aquí y allá, pero más perdidos en la sombra y sin rela-
ción alguna entre sí, san Luis con su roble, Bayardo agonizante, algunas fe-
rocidades de Luis XI, algo de la Noche de San Bartolomé, el penacho del
Bearnés, y siempre el recuerdo de los platos pintados donde se ensalzaba a
Luis XIV.

En la clase de música, en las romanzas que cantaba, no se hablaba sino
de angelitos de alas de oro, de madonas, de lagunas, de gondoleros, pacífi-
cas composiciones que le dejaban entrever, a través de la simpleza del estilo
y las imprudencias de la nota, la atrayente fantasmagoría de las realidades
sentimentales. Algunas de sus compañeras traían al convento los álbumes
de recuerdo que habían recibido de aguinaldo. Había que esconderlos, era
todo un asunto; se leían en el dormitorio. Manejando delicadamente sus
hermosas encuadernaciones de raso, Emma fijaba sus ojos deslumbrados en
el nombre de los autores desconocidos que habían firmado, la mayoría de
las veces condes o vizcondes, al pie de sus composiciones.

Se estremecía al levantar con su aliento el papel de seda de los grabados,
que se alzaba a medio doblar y volvía a caer suavemente contra la página.
Era, detrás de la balaustrada de un balcón, un joven de capa corta que estre-
chaba entre sus brazos a una muchacha de vestido blanco, con una limosne-
ra en la cintura; o bien los retratos anónimos de las ladies inglesas de rizos
rubios que, bajo su sombrero de paja redondo, os miraban con sus grandes
ojos claros. Las había también recostadas en carruajes, deslizándose por en
medio de parques, donde un galgo saltaba delante del tiro que conducían al

trote dos pequeños postillones de calzón blanco. Otras, soñando en sofás junto a un billete abierto, contemplaban la luna por la ventana entreabierta, medio cubierta por una cortina negra. Las ingenuas, una lágrima en la mejilla, picoteaban una tórtola a través de los barrotes de una jaula gótica, o, sonriendo con la cabeza sobre el hombro, deshojaban una margarita con sus dedos puntiagudos, respingados como zapatos a la polaca. Y allí estabais también vosotros, sultanes de largas pipas, desfallecidos bajo los emparra-dos, en brazos de las bayaderas, giaures, sables turcos, gorros griegos, y vosotros sobre todo, paisajes lívidos de las comarcas ditirámicas, que a menudo nos mostráis a la vez palmeras, abetos, tigres a la derecha, un león a la izquierda, minaretes tártaros en el horizonte, en primer plano ruinas romanas, y luego camellos echados; — todo ello enmarcado por una selva virgen muy bien peinada, y con un gran rayo de sol perpendicular temblando en el agua, donde se recortan, en desolladuras blancas, sobre un fondo de acero gris, de trecho en trecho, cisnes que nadan.

Y la pantalla del quinqué, colgada de la pared encima de la cabeza de Emma, iluminaba todos aquellos cuadros del mundo, que pasaban ante ella unos tras otros, en el silencio del dormitorio y al ruido lejano de algún fiacre rezagado que rodaba aún por los bulevares.

Cuando murió su madre, lloró mucho los primeros días. Se hizo hacer un cuadro fúnebre con los cabellos de la difunta, y, en una carta que enviaba a Les Bertaux, toda llena de reflexiones tristes sobre la vida, pedía que la enterrasen más adelante en la misma tumba. El buen hombre la creyó enferma y fue a verla. Emma se sintió íntimamente satisfecha de verse llegada de golpe a ese raro ideal de las existencias pálidas, adonde jamás llegan los corazones mediocres. Se dejó, pues, deslizar por los meandros lamartinianos, escuchó las arpas sobre los lagos, todos los cantos de cisnes moribundos, todas las caídas de las hojas, las vírgenes puras que suben al cielo, y la voz del Eterno discurriendo por los valles. Se aburrió de ello, no quiso confesarlo, continuó por costumbre, luego por vanidad, y acabó por sorprenderse de sentirse apaciguada, y sin más tristeza en el corazón que arrugas en la frente.

Las buenas religiosas, que tan bien habían presumido de su vocación, se dieron cuenta con gran asombro de que la señorita Rouault parecía escapárseles de las manos. Le habían prodigado, en efecto, tantos oficios, retiros, novenas y sermones, predicado tan bien el respeto que se debe a los santos

y a los mártires, y dado tantos buenos consejos para la modestia del cuerpo y la salvación de su alma, que hizo como los caballos a los que se tira de la brida: se paró en seco y el bocado se le salió de los dientes. Aquel espíritu, positivo en medio de sus entusiasmos, que había amado la iglesia por sus flores, la música por las letras de las romanzas y la literatura por sus excitaciones pasionales, se rebelaba ante los misterios de la fe, del mismo modo que se irritaba cada vez más contra la disciplina, que era algo antipático a su constitución. Cuando su padre la sacó del internado, no lamentaron verla partir. La superiora encontraba incluso que se había vuelto, en los últimos tiempos, poco reverente con la comunidad.

Emma, de vuelta en casa, se complació primero en mandar a los criados, tomó luego aversión al campo y echó de menos su convento. Cuando Charles fue a Les Bertaux por primera vez, ella se consideraba ya muy desengañada, sin nada más que aprender, sin deber sentir ya nada.

Pero la ansiedad de un estado nuevo, o quizá la irritación causada por la presencia de aquel hombre, había bastado para hacerle creer que poseía por fin aquella pasión maravillosa que hasta entonces se había mantenido como un gran pájaro de plumaje rosado planeando en el esplendor de los cielos poéticos; —y no podía imaginarse ahora que aquella calma en que vivía fuese la felicidad que había soñado.

VII

Pensaba a veces que aquellos eran, sin embargo, los días más hermosos de su vida, la luna de miel, como se decía. Para saborear su dulzura, habría sido necesario, sin duda, irse hacia esos países de nombres sonoros donde los días que siguen a la boda tienen más suaves indolencias. En sillas de posta, bajo cortinillas de seda azul, se sube al paso por carreteras escarpadas, escuchando la canción del postillón, que se repite en la montaña con los cencerros de las cabras y el ruido sordo de la cascada. Cuando se pone el sol, se respira a la orilla de los golfos el perfume de los limoneros; luego, por la noche, en la terraza de las villas, solos y con los dedos entrelazados, se miran las estrellas haciendo proyectos. Le parecía que ciertos lugares de la tierra debían de producir felicidad, como una planta propia del suelo y que crece mal en cualquier otra parte. ¿Por qué no podría ella acodarse en el balcón de los chalets suizos o encerrar su tristeza en una cabaña escocesa, con un marido vestido de frac de terciopelo negro de largos faldones, y que llevara botas blandas, sombrero de punta y puños!

Quizá habría deseado confiar a alguien todas estas cosas. Pero ¿cómo decir un malestar inasible, que cambia de aspecto como las nubes, que se arremolina como el viento? Le faltaban, pues, las palabras, la ocasión, la osadía.

Si Charles lo hubiera querido, sin embargo, si lo hubiera sospechado, si su mirada, una sola vez, hubiese venido al encuentro de su pensamiento, le parecía que una abundancia súbita se habría desprendido de su corazón, como cae la cosecha de un espaldar cuando se le pone la mano encima. Pero, a medida que se estrechaba más la intimidad de su vida, se iba produciendo un desapego interior que la desligaba de él.

La conversación de Charles era plana como una acera de calle, y las ideas de todo el mundo desfilaban por ella con su traje ordinario, sin suscitar emoción, risa ni ensueño. Nunca había sentido curiosidad, decía él, mientras vivía en Rouen, por ir a ver en el teatro a los actores de París. No sabía nadar, ni practicar la esgrima, ni disparar pistola, y no pudo, un día, explicarle un término de equitación que ella había encontrado en una novela.

Un hombre, en cambio, ¿no debía saberlo todo, sobresalir en actividades múltiples, iniciarla en las energías de la pasión, en los refinamientos de la vida, en todos los misterios? Pero él no enseñaba nada, aquel hombre, no sabía nada, no deseaba nada. La creía feliz; y ella le guardaba rencor por aquella calma tan bien asentada, por aquella pesadez serena, por la felicidad misma que le daba.

Ella dibujaba a veces; y era para Charles una gran diversión quedarse allí, de pie, mirándola inclinada sobre su cartón, guiñando los ojos para ver mejor su labor, o formando, sobre el pulgar, bolitas de miga de pan. En cuanto al piano, cuanto más rápido corrían los dedos, más se maravillaba él. Ella pulsaba las teclas con aplomo, y recorría de arriba abajo todo el teclado sin interrumpirse. Así sacudido por ella, el viejo instrumento, cuyas cuerdas se rizaban, se oía hasta el otro extremo del pueblo si la ventana estaba abierta, y a menudo el pasante del agente judicial que pasaba por la carretera, con la cabeza descubierta y en zapatillas, se detenía a escucharlo, con su hoja de papel en la mano.

Emma, por otra parte, sabía llevar su casa. Enviaba a los enfermos la cuenta de las visitas, en cartas bien redactadas, que no olían a factura. Cuando tenían, los domingos, algún vecino a cenar, encontraba la manera de ofrecer un plato coquetón, sabía disponer sobre hojas de parra las pirámides de claudias, servía vueltos los tarros de mermelada en un plato, y hasta hablaba de comprar enjuagatorios para el postre. De todo ello se derivaba mucha consideración hacia Bovary.

Charles acababa por tenerse en más por poseer una mujer semejante. Mostraba con orgullo, en la sala, dos pequeños dibujos suyos, a lápiz, que había hecho enmarcar con marcos muy anchos y colgados contra el papel de la pared con largos cordones verdes. Al salir de misa, se le veía en su puerta con unas bonitas zapatillas de tapicería.

Volvía tarde, a las diez, a veces a medianoche. Entonces pedía de comer, y, como la criada se había acostado, era Emma quien le servía. Se quitaba la levita para cenar más a gusto. Iba diciendo, uno tras otro, todos los que había encontrado, los pueblos donde había estado, las recetas que había extendido, y satisfecho de sí mismo, se comía el resto del miroton, pelaba su queso, mordisqueaba una manzana, vaciaba su garrafa, y luego se iba a acostar, se tumbaba boca arriba y roncaba.

Como había tenido durante mucho tiempo la costumbre del gorro de algodón, el pañuelo no se le sostenía en las orejas; así que su pelo, por la mañana, quedaba caído de cualquier manera sobre la cara y blanqueado por el plumón de la almohada, cuyos cordones se desataban durante la noche. Llevaba siempre botas fuertes, que tenían en el empeine dos pliegues gruesos que se inclinaban hacia los tobillos, mientras que el resto del calzado seguía en línea recta, tenso como sobre un pie de madera. Decía que aquello era ya bastante bueno para el campo.

Su madre le daba la razón en esa economía; pues venía a verlo como año, cuando había habido en su casa alguna borrasca algo violenta; y sin embargo la señora Bovary madre parecía prevenida contra su nuera. Le encontraba un tono demasiado elevado para su posición de fortuna; la leña, el azúcar y la vela se gastaban como en una casa grande, y la cantidad de brasa que se quemaba en la cocina habría bastado para veinticinco platos. Ella ordenaba la ropa blanca en los armarios y le enseñaba a vigilar al carnicero cuando traía la carne. Emma recibía estas lecciones; la señora Bovary las prodigaba; y las palabras «hija mía» y «madre mía» se intercambiaban a lo largo de todo el día, acompañadas de un leve temblor de labios, lanzando cada una palabras suaves con voz trémula de cólera.

En tiempos de la señora Dubuc, la vieja se sentía todavía la preferida; pero, ahora, el amor de Charles por Emma le parecía una deserción de su ternura, una usurpación de lo que le pertenecía; y observaba la felicidad de su hijo con un silencio triste, como alguien arruinado que mira, a través de los cristales, a la gente sentada a la mesa en su antigua casa. Le recordaba, a modo de reminiscencias, sus penas y sus sacrificios, y, comparándolos con los descuidos de Emma, concluía que no era razonable adorarla de una manera tan exclusiva.

Charles no sabía qué responder; respetaba a su madre, y amaba infinitamente a su mujer; consideraba el juicio de una como infalible, y sin embargo encontraba a la otra irreproachable. Cuando la señora Bovary se había marchado, intentaba aventurar tímidamente, y en los mismos términos, una o dos de las observaciones más anodinas que le había oído hacer a su mamá; Emma, demostrándole con una palabra que se equivocaba, lo mandaba de vuelta a sus enfermos.

Sin embargo, siguiendo unas teorías que creía buenas, quiso procurarse amor. A la luz de la luna, en el jardín, recitaba todo lo que sabía de memoria de rimas apasionadas y le cantaba suspirando adagios melancólicos; pero se encontraba luego tan tranquila como antes, y Charles no parecía ni más enamorado ni más conmovido.

Cuando así hubo batido un poco el pedernal sobre su corazón sin sacar de él una chispa, incapaz, por lo demás, de comprender lo que no experimentaba, como de creer en todo aquello que no se manifestaba mediante formas convenidas, se persuadió sin esfuerzo de que la pasión de Charles ya no tenía nada de desmesurado. Sus expansiones se habían vuelto regulares; la besaba a ciertas horas. Era una costumbre entre las demás, y como un postre previsto de antemano, tras la monotonía de la cena.

Un guardabosque, curado por el señor de una fluxión de pecho, había regalado a la señora una pequeña galga italiana; ella la llevaba consigo para pasear, pues salía a veces, para estar sola un instante y no tener más ante los ojos el eterno jardín con la carretera polvorienta.

Iba hasta el hayedo de Banneville, cerca del pabellón abandonado que hace esquina con el muro, del lado de los campos. Hay en el foso, entre la hierba, largos juncos de hojas cortantes.

Empezaba por mirar en derredor, para ver si nada había cambiado desde la última vez que había venido. Encontraba en los mismos sitios las dedaeras y los alhelíes, los matojos de ortigas rodeando los grandes guijarros, y las placas de liquen a lo largo de las tres ventanas, cuyos postigos siempre cerrados se desmenuzaban de podredumbre sobre sus barras de hierro oxidadas. Su pensamiento, sin rumbo al principio, vagaba al azar, como su galga, que hacía círculos por el campo, ladraba tras las mariposas amarillas, daba caza a las musarañas o mordisqueaba las amapolas al borde de un campo de trigo. Luego sus ideas se iban fijando poco a poco, y, sentada en

la hierba, que hurgaba a golpecitos con la punta de su sombrilla, Emma se repetía:

— ¡Dios mío! ¿Por qué me habré casado?

Se preguntaba si no habría habido manera, por otras combinaciones del azar, de encontrar a otro hombre; y trataba de imaginar cuáles habrían sido esos sucesos no ocurridos, aquella vida distinta, aquel marido que no conocía. Pues no todos se parecían a este. Podría haber sido guapo, ingenioso, distinguido, atrayente, tales como sin duda eran los que habían desposado sus antiguas compañeras del convento. ¿Qué estarían haciendo ahora? En la ciudad, con el ruido de las calles, el bullicio de los teatros y las luces del baile, ellas llevaban vidas donde el corazón se dilata, donde los sentidos se despliegan. Pero ella, su vida era fría como un desván cuya claraboya da al norte, y el tedio, araña silenciosa, tejía su tela en la sombra por todos los rincones de su corazón. Recordaba los días de reparto de premios, en que subía al estrado a buscar sus coroncitas. Con el pelo trenzado, su vestido blanco y sus zapatos de prunela al descubierto, tenía un aire gentil, y los señores, cuando volvía a su asiento, se inclinaban para hacerle cumplidos; el patio estaba lleno de calesas, se despedían de ella por las portezuelas, el maestro de música pasaba saludando, con su estuche de violín. ¡Qué lejos quedaba todo aquello, qué lejos!

Llamaba a Djali, la tomaba entre las rodillas, pasaba los dedos por su larga cabeza fina y le decía:

— Vamos, bese a su ama, usted que no tiene penas.

Luego, contemplando el aire melancólico del esbelto animal que bostezaba lentamente, se enternecía, y, comparándolo consigo misma, le hablaba en voz alta, como a alguien afligido a quien se consuela.

Llegaban a veces ráfagas de viento, brisas del mar que, rodando de un salto sobre toda la meseta del país de Caux, traían, hasta muy lejos por los campos, un frescor salado. Los juncos silbaban a ras de tierra, y las hojas de las hayas susurraban con un rápido estremecimiento, mientras las copas, meciéndose siempre, continuaban su gran murmullo. Emma se apretaba el chal contra los hombros y se levantaba.

En la avenida, una luz verde tamizada por el follaje iluminaba el musgo raso que crujía suavemente bajo sus pies. El sol se ponía; el cielo estaba

rojo entre las ramas, y los troncos iguales de los árboles plantados en línea recta parecían una columnata parda que se recortaba sobre un fondo de oro; un temor se apoderaba de ella, llamaba a Djali, regresaba deprisa a Tostes por la carretera, se dejaba caer en un sillón, y en toda la noche no hablaba.

Pero, hacia finales de septiembre, algo extraordinario irrumpió en su vida: fue invitada a la Vaubyessard, a casa del marqués de Andervilliers.

Secretario de Estado durante la Restauración, el Marqués, buscando volver a la vida política, preparaba de antemano su candidatura a la Cámara de los Diputados. Hacía, en invierno, numerosos repartos de haces de leña, y, en el Consejo General, reclamaba con exaltación siempre más carreteras para su distrito. Había tenido, con los grandes calores, un absceso en la boca, que Charles le había aliviado como por milagro, dándole a tiempo un golpe de lanceta. El hombre de negocios, enviado a Tostes para pagar la operación, contó, por la noche, que había visto en el jardincillo del médico unas cerezas espléndidas. Ahora bien, los cerezos crecían mal en la Vaubyessard, y el señor Marqués pidió unos esquejes a Bovary, se creyó en el deber de agradecersele él mismo, vio a Emma, la encontró de talle gracioso y advirtió que no saludaba como una campesina; de modo que en el castillo no se creyó traspasar los límites de la condescendencia, ni tampoco cometer una torpeza, al invitar al joven matrimonio.

Un miércoles, a las tres, el señor y la señora Bovary, montados en su charrete, partieron hacia la Vaubyessard, con un gran baúl atado por detrás y una sombrerera colocada delante, sobre el delantal. Charles llevaba, además, una caja de cartón entre las piernas.

Llegaron al anochecer, cuando empezaban a encender farolillos en el parque, para iluminar los carruajes.

VIII

El castillo, de construcción moderna, a la italiana, con dos alas avanzadas y tres escalinatas, se desplegaba al pie de una inmensa pradera donde pacían algunas vacas, entre grupos de grandes árboles espaciados, mientras que unos macizos de arbustos, rododendros, jeringuillas y bolas de nieve abombaban sus matas de verdor desigual sobre la línea curva del camino de arena. Un río pasaba bajo un puente; a través de la bruma se distinguían edificios de techo de paja, esparcidos por la pradera, que bordeaban en suave pendiente dos colinas cubiertas de bosque, y por detrás, entre la espesura, se alzaban, en dos líneas paralelas, las cocheras y las cuadras, restos conservados del antiguo castillo demolido.

La charrete de Charles se detuvo delante de la escalinata central; aparecieron unos criados; el Marqués se adelantó y, ofreciendo el brazo a la mujer del médico, la condujo al vestíbulo.

Estaba empedrado de losas de mármol, era muy alto de techo, y el ruido de los pasos, junto con el de las voces, resonaba en él como en una iglesia. Enfrente subía una escalera recta, y a la izquierda una galería que daba al jardín conducía a la sala de billar, donde se oía, ya desde la puerta, el carambolear de las bolas de marfil. Al atravesarla para ir al salón, Emma vio en torno al juego a unos hombres de rostro grave, la barbilla apoyada en altas corbatas, todos condecorados, que sonreían en silencio mientras empujaban su taco. Sobre el oscuro entablado del artesonado, grandes marcos dorados llevaban, al pie de su moldura, nombres escritos en letras negras. Leyó: «Jean-Antoine d'Andervilliers d'Yverbonville, conde de la Vaubyessard y barón de la Fresnaye, muerto en la batalla de Coutras el 20 de octubre de 1587.» Y en otro: «Jean-Antoine-Henry-Guy d'Andervilliers de la Vaubyessard, almirante de Francia y caballero de la Orden de San Miguel, herido en

el combate de la Hougue-Saint-Vaast el 29 de mayo de 1692, muerto en la Vaubyessard el 23 de enero de 1693.» Luego apenas se distinguían los que seguían, pues la luz de las lámparas, recogida sobre el tapete verde del billar, dejaba flotar una sombra en la estancia. Al oscurecer los lienzos horizontales, se quebraba contra ellos en finas aristas, siguiendo los resquebrajos del barniz; y de todos aquellos grandes cuadros negros bordeados de oro salían, aquí y allá, alguna porción más clara de la pintura, una frente pálida, dos ojos que le miraban a uno, pelucas que se desenrollaban sobre el hombro empolvado de las casacas rojas, o bien la hebilla de una liga en lo alto de una pantorrilla rolliza.

El Marqués abrió la puerta del salón; una de las damas se levantó (la propia Marquesa), fue al encuentro de Emma y la hizo sentarse a su lado, en un confidente, donde se puso a hablarle con familiaridad, como si la conociera desde hacía tiempo. Era una mujer de unos cuarenta años, de hermosos hombros, nariz aguileña, voz cansina, y que llevaba, aquella noche, sobre su cabello castaño, un sencillo pañuelo de guipur que le caía por detrás, en triángulo. Una joven rubia estaba sentada al lado, en una silla de respaldo alto; y unos señores, que llevaban una florecilla en el ojal de la casaca, conversaban con las damas, todos alrededor de la chimenea.

A las siete se sirvió la cena. Los hombres, más numerosos, se sentaron a la primera mesa, en el vestíbulo, y las damas a la segunda, en el comedor, con el Marqués y la Marquesa.

Emma se sintió, al entrar, envuelta por un aire cálido, mezcla del perfume de las flores y de la ropa blanca, del olor de las carnes y del aroma de las trufas. Las velas de los candelabros alargaban sus llamas sobre las campanas de plata; los cristales facetados, cubiertos de un vaho mate, devolvían pálidos reflejos; había ramos alineados a lo largo de toda la mesa, y, en los platos de ancho borde, las servilletas, dispuestas a modo de mitra de obispo, sostenían entre el bostezo de sus dos pliegues, cada una, un panecillo de forma ovalada. Las patas rojas de las langostas sobresalían de las fuentes; frutas grandes en cestillos calados se escalonaban sobre el musgo; las cordoncillos conservaban sus plumas, subían humaredas; y, con medias de seda, calzón corto, corbata blanca y chorrera, grave como un juez, el maestresala, pasando entre los hombros de los comensales las fuentes ya trinchadas, hacía saltar de un golpe de cuchara el trozo que uno elegía. Sobre la gran estu-

fa de porcelana con moldura de cobre, una estatua de mujer, cubierta con un paño hasta la barbilla, contemplaba inmóvil la sala llena de gente.

La señora Bovary observó que varias damas no habían metido los guantes en su copa.

Sin embargo, en la cabecera de la mesa, solo entre todas aquellas mujeres, inclinado sobre su plato lleno, y con la servilleta atada a la espalda como un niño, un anciano comía, dejando caer de la boca gotas de salsa. Tenía los ojos inyectados en sangre y llevaba una pequeña coleta enrollada con una cinta negra. Era el suegro del marqués, el viejo duque de Laverdière, el antiguo favorito del conde de Artois, en los tiempos de las partidas de caza en Vaudreuil, en casa del marqués de Conflans, y que había sido, según se decía, amante de la reina María Antonieta entre los señores de Coigny y de Lauzun. Había llevado una vida bulliciosa de disipación, llena de duelos, apuestas, mujeres raptadas, había devorado su fortuna y aterrado a toda su familia. Un criado, detrás de su silla, le nombraba en voz alta, al oído, los platos que él señalaba con el dedo tartamudeando; y sin cesar los ojos de Emma volvían por sí solos hacia aquel anciano de labios colgantes, como hacia algo extraordinario y augusto. ¡Había vivido en la Corte y dormido en el lecho de las reinas!

Sirvieron vino de Champaña, bien frío. Emma se estremeció de la cabeza a los pies al sentir aquel frío en la boca. Nunca había visto granadas ni comido piña. Hasta el azúcar en polvo le pareció más blanco y más fino que en cualquier otro sitio.

Después, las damas subieron a sus habitaciones a prepararse para el baile.

Emma se arregló con la meticulosidad de una actriz que debuta. Se dispuso el cabello siguiendo las indicaciones del peluquero, y se puso el vestido de barés, extendido sobre la cama. El pantalón apretaba a Charles por el vientre.

—Las trabillas me van a molestar para bailar —dijo él.

—¿Bailar? —repitió Emma.

—¡Sí!

—¡Pero si has perdido la cabeza! Se reirían de ti; quédate en tu sitio. Además, es más conveniente para un médico —añadió ella.

Charles calló. Iba y venía por la habitación, esperando a que Emma acabara de vestirse.

La veía por detrás, en el espejo, entre dos candelabros. Sus ojos negros parecían más negros. Sus bandós, suavemente combados hacia las orejas, relucían con un brillo azulado; una rosa en el moño temblaba sobre un tallo móvil, con gotas de agua ficticias en la punta de sus hojas. Llevaba un vestido de azafrán pálido, realzado con tres ramilletes de rosas pompón mezcladas con verdor.

Charles se acercó a besarla en el hombro.

—¡Déjame! —dijo ella—, me arrugas.

Se oyó un ritornelo de violín y el sonido de una trompa. Bajó la escalera, conteniéndose para no correr.

Las cuadrillas ya habían empezado. Seguía llegando gente. Se empujaban unos a otros. Ella se colocó cerca de la puerta, en un banco.

Cuando terminó la contradanza, el suelo quedó libre para los grupos de hombres que conversaban de pie y los criados de librea que traían grandes bandejas. En la fila de las mujeres sentadas, se agitaban los abanicos pintados, los ramilletes ocultaban a medias la sonrisa de los rostros, y los frasquitos con tapón de oro giraban entre manos entreabiertas cuyos guantes blancos marcaban la forma de las uñas y apretaban la carne en la muñeca. Los adornos de encaje, los broches de diamantes, las pulseras con medallón se estremecían en los corpiños, centelleaban en los pechos, susurraban sobre los brazos desnudos. Las cabelleras, bien pegadas sobre las frentes y retorcidas en la nuca, llevaban, en coronas, en racimos o en ramilletes, miosotis, jazmín, flores de granado, espigas o acianos. Pacíficas en sus asientos, unas madres de rostro ceñudo llevaban turbantes rojos.

A Emma le latió un poco el corazón cuando, sosteniéndola su pareja por la punta de los dedos, fue a colocarse en la fila y esperó el golpe de arco para empezar. Pero pronto se le pasó la emoción; y, meciéndose al ritmo de la orquesta, se deslizaba hacia delante, con leves movimientos del cuello. Le asomaba una sonrisa a los labios ante ciertas delicadezas del violín, que tocaba solo, a veces, cuando los demás instrumentos callaban; se oía el sonido claro de los luises de oro que se derramaban al lado, sobre el tapete de las mesas de juego; luego todo volvía a empezar a la vez, la corneta de pis-

tones lanzaba un destello sonoro, los pies caían al compás, las faldas se ahuecaban y se rozaban, las manos se daban, se soltaban; los mismos ojos, que se bajaban ante los de uno, volvían a fijarse en los propios.

Algunos hombres (una quincena) de veinticinco a cuarenta años, dispersos entre los bailarines o conversando a la entrada de las puertas, se distinguían de la multitud por un aire de familia, fueran cuales fuesen sus diferencias de edad, de atuendo o de rostro.

Sus casacas, mejor cortadas, parecían de un paño más flexible, y su cabello, peinado en bucles hacia las sienes, lucía brillante con pomadas más finas. Tenían el cutis de la riqueza, ese cutis blanco que realza la palidez de las porcelanas, los tornasoles del satén, el barniz de los muebles hermosos, y que mantiene en su lozanía un régimen discreto de manjares exquisitos. Su cuello se movía a sus anchas sobre corbatas bajas; sus patillas largas les caían sobre los cuellos vueltos; se enjugaban los labios con pañuelos bordados con una ancha cifra, de donde salía un olor suave. Los que empezaban a envejecer tenían aspecto joven, mientras que algo de madurez se extendía por el rostro de los jóvenes. En sus miradas indiferentes flotaba la placidez de las pasiones satisfechas a diario; y, a través de sus modales suaves, se traslucía esa brutalidad particular que comunica el dominio de las cosas a medias fáciles, en las que la fuerza se ejerce y la vanidad se recrea, el manejo de los caballos de raza y el trato con las mujeres perdidas.

A tres pasos de Emma, un caballero de casaca azul hablaba de Italia con una joven pálida que llevaba un aderezo de perlas. Ponderaban el grosor de las columnas de San Pedro, Tívoli, el Vesubio, Castellammare y las Cassines, las rosas de Génova, el Coliseo a la luz de la luna. Emma escuchaba con el otro oído una conversación llena de palabras que no entendía. Rodeaban a un hombre muy joven que había vencido, la semana anterior, a Miss Arabelle y Romulus, y ganado dos mil luises saltando un foso, en Inglaterra. Uno se quejaba de que sus caballos de carrera engordaban; otro, de las erratas de imprenta que habían desnaturalizado el nombre de su caballo.

El aire del baile se hizo pesado; las lámparas palidecían. La gente refluía hacia la sala de billar. Un criado se subió a una silla y rompió dos cristales; al ruido de los vidrios rotos, la señora Bovary volvió la cabeza y distinguió en el jardín, pegadas a los vidrios, caras de campesinos que miraban. Entonces le vino el recuerdo de los Bertaux. Volvió a ver la granja, la charca ce-

nagosa, a su padre en blusón bajo los manzanos, y se vio a sí misma, como antaño, desnatando con el dedo las terrinas de leche en la lechería. Pero, ante los fulgores de la hora presente, su vida pasada, tan nítida hasta entonces, se desvanecía por completo, y casi dudaba de haberla vivido. Ella estaba allí; y en torno al baile ya no había más que sombra, extendida sobre todo lo demás. Comía entonces un helado de marrasquino, que sostenía con la mano izquierda en una concha de plata dorada, y entornaba los ojos, con la cucharilla entre los dientes.

Una dama, cerca de ella, dejó caer su abanico. Pasaba un bailarín.

— ¡Qué amable sería usted, caballero — dijo la dama —, si tuviera la bondad de recoger mi abanico, que está detrás de ese canapé!

El caballero se inclinó, y, mientras hacía el ademán de extender el brazo, Emma vio la mano de la joven dama que echaba dentro de su sombrero algo blanco, doblado en triángulo. El caballero, recogiendo el abanico, se lo ofreció a la dama, respetuosamente; ella le dio las gracias con una inclinación de cabeza y se puso a aspirar el aroma de su ramillete.

Después de la cena, en la que hubo muchos vinos de España y vinos del Rin, sopas de bisque y de leche de almendras, puddings a la Trafalgar y toda clase de carnes frías rodeadas de gelatinas que temblaban en las fuentes, los coches, unos tras otros, empezaron a marcharse. Apartando por una esquina la cortina de muselina, se veía deslizarse en la sombra la luz de sus faroles. Los bancos fueron quedando despejados; algunos jugadores se quedaban todavía; los músicos se refrescaban en la lengua la punta de los dedos; Charles dormitaba, con la espalda apoyada contra una puerta.

A las tres de la madrugada empezó el cotillón. Emma no sabía valsar. Todo el mundo valsaba, hasta la señorita d'Andervilliers y la marquesa; ya no quedaban más que los huéspedes del castillo, una docena de personas aproximadamente.

Sin embargo, uno de los bailarines de vals, al que llamaban familiarmente vizconde, y cuyo chaleco muy escotado parecía moldeado sobre el pecho, vino una segunda vez a invitar a la señora Bovary, asegurándole que él la guiaría y que saldría airoso.

Empezaron despacio, luego fueron más deprisa. Giraban: todo giraba a su alrededor, las lámparas, los muebles, los artesonados, y el suelo, como un

disco sobre un eje. Al pasar junto a las puertas, el bajo del vestido de Emma rozaba el pantalón de él; sus piernas se entrelazaban; él bajaba los ojos hacia ella, ella levantaba los suyos hacia él; una especie de torpor se apoderó de ella, y se detuvo. Volvieron a empezar; y, con un movimiento más rápido, el vizconde, arrastrándola consigo, desapareció con ella hasta el fondo de la galería, donde, jadeante, estuvo a punto de caer, y, por un instante, apoyó la cabeza en su pecho. Y luego, girando siempre, pero más despacio, la acompañó de vuelta a su sitio; ella se recostó contra la pared y se llevó la mano ante los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, en medio del salón, una dama sentada en una banqueta tenía delante a tres bailarines de rodillas. Ella eligió al Vizconde, y el violín volvió a empezar.

Los miraban. Pasaban y volvían, ella con el cuerpo inmóvil y la barbilla baja, y él siempre en la misma postura, el talle arqueado, el codo redondeado, la boca adelantada. ¡Ésa sí que sabía valsar! Continuaron largo rato y cansaron a todos los demás.

Se conversó todavía unos minutos, y, tras las despedidas, o más bien los buenos días, los huéspedes del castillo se fueron a acostar.

Charles se arrastraba agarrado a la barandilla, las rodillas se le doblaban bajo el cuerpo. Había pasado cinco horas seguidas, todo el tiempo de pie ante las mesas, mirando jugar al whist sin entender nada. Por eso lanzó un gran suspiro de satisfacción cuando se hubo quitado las botas.

Emma se puso un chal sobre los hombros, abrió la ventana y se acodó en ella.

La noche estaba negra. Caían algunas gotas de lluvia. Aspiró el viento húmedo que le refrescaba los párpados. La música del baile todavía le zumbaba en los oídos, y hacía esfuerzos por mantenerse despierta, para prolongar la ilusión de aquella vida lujosa que dentro de poco tendría que abandonar.

Apuntó el alba. Miró las ventanas del castillo, largo rato, tratando de adivinar cuáles eran las habitaciones de todos aquellos que había observado la víspera. Habría querido conocer sus vidas, penetrar en ellas, confundirse con ellas.

Pero tiritaba de frío. Se desnudó y se acurrucó entre las sábanas, junto a Charles, que dormía.

Hubo mucha gente en el almuerzo. La comida duró diez minutos; no se sirvió ningún licor, cosa que asombró al médico. Después, la señorita d'Andervilliers recogió unos trozos de brioche en una cestita, para llevárselos a los cisnes del estanque, y se fueron a pasear por el invernadero, donde unas plantas extrañas, erizadas de pelillos, se escalonaban en pirámides bajo unos jarrones colgantes que, semejantes a nidos de serpientes demasiado llenos, dejaban caer por sus bordes largos cordones verdes entrelazados. El invernadero de naranjos, que se hallaba al fondo, conducía a cubierto hasta las dependencias del castillo. El Marqués, para distraer a la joven, la llevó a ver las cuadras. Encima de los pesebres en forma de cesta, unas placas de porcelana llevaban en negro el nombre de los caballos. Cada animal se agitaba en su cuadra cuando pasaban cerca de él, chasqueando la lengua. El suelo de la guarnicionería relucía a la vista como el parquet de un salón. Los arneses de los coches estaban dispuestos en el centro sobre dos columnas giratorias, y los bocados, los látigos, los estribos, las barbadas alineados a todo lo largo de la pared.

Charles, entretanto, fue a pedir a un criado que enganchara la charrete. La trajeron delante de la escalinata, y, metidos ya todos los paquetes dentro, los esposos Bovary hicieron sus cumplidos al Marqués y a la Marquesa, y partieron de vuelta a Tostes.

Emma, silenciosa, miraba girar las ruedas. Charles, colocado en el borde extremo del asiento, conducía con los dos brazos abiertos, y el caballejo trotaba de amblador entre los varales, que le venían demasiado anchos. Las riendas flojas le golpeaban en la grupa, empapándose de espuma, y la caja atada detrás de la charrete daba contra la carrocería grandes golpes regulares.

Iban por las alturas de Thibourville, cuando delante de ellos, de repente, pasaron unos jinetes riendo, con puros en la boca. Emma creyó reconocer al Vizconde: se volvió, y no distinguió en el horizonte más que el movimiento de las cabezas bajando y subiendo, al compás desigual del trote o del galope.

Un cuarto de legua más allá, hubo que parar para arreglar, con una cuerda, la retranca, que se había roto.

Pero Charles, echando un último vistazo al arnés, vio algo en el suelo, entre las patas de su caballo; y recogió una petaca toda ribeteada de seda verde y blasonada en el centro como la portezuela de un carruaje.

—Si hasta hay dos puros dentro —dijo—; serán para esta noche, después de cenar.

—¿Así que fumas? —preguntó ella.

—A veces, cuando se presenta la ocasión.

Se guardó el hallazgo en el bolsillo y azotó al jaco.

Cuando llegaron a casa, la cena no estaba lista. La señora se encolerizó. Nastasie respondió con insolencia.

—¡Váyase! —dijo Emma—. Esto es tomarme el pelo; la despido.

Para cenar había sopa de cebolla, con un trozo de ternera a la acedera. Charles, sentado frente a Emma, dijo frotándose las manos con aire feliz:

—¡Da gusto volver a estar en casa!

Se oía a Nastasie, que lloraba. Él le tenía cierto cariño a la pobre muchacha. Ella le había, en otro tiempo, hecho compañía muchas noches, en los ocios de su viudez. Era su primera clienta, su más antigua conocida del país.

—¿De verdad la has despedido para siempre? —dijo él por fin.

—Sí. ¿Quién me lo impide? —respondió ella.

Luego se calentaron en la cocina, mientras les preparaban el dormitorio. Charles se puso a fumar. Fumaba adelantando los labios, escupiendo a cada momento, echándose hacia atrás a cada bocanada.

—Te vas a hacer daño —dijo ella con desdén.

Dejó el puro, y corrió a beberse, en la bomba, un vaso de agua fría. Emma, agarrando la petaca, la arrojó vivamente al fondo del armario.

¡Qué larga fue la jornada del día siguiente! Se paseó por su jardincito, yendo y viniendo por los mismos senderos, deteniéndose ante los arriates, ante el espaldar, ante el cura de yeso, contemplando con estupor todas aquellas cosas de siempre que tan bien conocía. ¡Qué lejos le parecía ya el baile! ¿Quién, pues, separaba, a tanta distancia, la mañana de anteayer y la noche

de hoy? Su viaje a la Vaubyessard había abierto un boquete en su vida, a la manera de esas grandes grietas que una tormenta, en una sola noche, excava a veces en las montañas. Sin embargo, se resignó; guardó piadosamente en la cómoda su hermoso atavío, y hasta sus zapatos de raso, cuya suela se había amarilleado con la cera resbaladiza del parquet. Su corazón era como ellos: al roce de la riqueza, se le había quedado pegado algo que ya no se borraría.

Así pues, el recuerdo de aquel baile se convirtió para Emma en una ocupación. Cada vez que volvía el miércoles, se decía al despertar: «¡Ah, hace ocho días... hace quince días..., hace tres semanas estaba yo allí!» Y poco a poco, las fisonomías se le confundieron en la memoria, olvidó el aire de las contradanzas, ya no vio tan nítidamente las libreas ni las habitaciones; algunos detalles se le fueron; pero le quedó la añoranza.

IX

A menudo, cuando Charles había salido, iba a coger del armario, entre los pliegues de la ropa donde la había dejado, la petaca de seda verde.

La miraba, la abría, e incluso olfateaba el olor de su forro, mezclado de verbena y tabaco. ¿A quién pertenecía?... Al Vizconde. Quizá fuera un regalo de su amante. Se había bordado aquello en algún bastidor de palo de rosa, mueble mono que se ocultaba a todas las miradas, que había ocupado muchas horas y sobre el cual se habían inclinado los rizos blandos de la bordadora pensativa. Un soplo de amor había pasado entre las mallas del cañamazo; cada puntada había fijado allí una esperanza o un recuerdo, y todos aquellos hilos de seda entrelazados no eran sino la continuidad de la misma pasión silenciosa. Y luego, una mañana, el Vizconde se la había llevado consigo. ¿De qué se habría hablado, cuando quedaba sobre las chimeneas de ancha repisa, entre los jarrones de flores y los relojes Pompadour? Ella estaba en Tostes. Él, él estaba en París, ahora; ¡allá lejos! ¿Cómo sería ese París? ¡Qué nombre tan desmesurado! Se lo repetía a media voz, por darse gusto; le sonaba en los oídos como un bordón de catedral, le llameaba ante los ojos hasta en la etiqueta de sus tarros de pomada.

De noche, cuando los tratantes de pescado, en sus carretas, pasaban bajo sus ventanas cantando la Marjolaine, se despertaba, y, escuchando el ruido de las ruedas herradas, que, a la salida del pueblo, se amortiguaba pronto sobre la tierra:

— ¡Mañana estarán allí! — se decía.

Y los seguía con el pensamiento, subiendo y bajando cuestas, atravesando pueblos, corriendo por la carretera a la luz de las estrellas. Al cabo de

una distancia indeterminada, se encontraba siempre un lugar confuso donde expiraba su sueño.

Se compró un plano de París, y, con la punta del dedo, sobre el mapa, hacía recados por la capital. Remontaba los bulevares, deteniéndose en cada esquina, entre las líneas de las calles, ante los cuadraditos blancos que figuran las casas. Cansados por fin los ojos, cerraba los párpados, y veía retorcerse en las tinieblas, al viento, los mecheros de gas, con los estribos de las calesas que se desplegaban con gran estrépito ante el peristilo de los teatros.

Se suscribió a *la Corbeille*, periódico de mujeres, y al *Sylphe des salons*. Devoraba, sin saltarse nada, todas las reseñas de estrenos, de carreras y de veladas, se interesaba por el debut de una cantante, por la apertura de una tienda. Sabía las modas nuevas, la dirección de los buenos sastres, los días de Bois o de la Ópera. Estudió, en Eugène Sue, descripciones de moblaje; leyó a Balzac y a George Sand, buscando en ellos satisfacciones imaginarias para sus propios anhelos. Hasta en la mesa llevaba su libro, y pasaba las hojas mientras Charles comía hablándole. El recuerdo del Vizconde volvía siempre en sus lecturas. Entre él y los personajes inventados establecía semejanzas. Pero el círculo del que él era el centro fue ensanchándose poco a poco a su alrededor, y aquella aureola que tenía, apartándose de su rostro, se extendió más lejos, para iluminar otros sueños.

París, más vago que el Océano, resplandecía, pues, ante los ojos de Emma en una atmósfera bermeja. La vida numerosa que se agitaba en aquel tumulto estaba, sin embargo, dividida en partes, clasificada en cuadros distintos. Emma solo distinguía dos o tres que le ocultaban todos los demás, y representaban por sí solos la humanidad entera. El mundo de los embajadores caminaba sobre parques relucientes, en salones revestidos de espejos, en torno a mesas ovaladas cubiertas de un tapete de terciopelo con flecos de oro. Había allí vestidos de cola, grandes misterios, angustias disimuladas bajo sonrisas. Venía luego la sociedad de las duquesas; allí se estaba pálido; se levantaba uno a las cuatro; las mujeres, ¡pobres ángeles!, llevaban punto de Inglaterra al borde de la enagua, y los hombres, capacidades desconocidas bajo apariencias fútiles, reventaban sus caballos por partidas de placer, iban a pasar a Baden la temporada de verano, y, hacia los cuarenta años, por fin, se casaban con herederas. En los reservados de los restaurantes donde se cenaba después de medianoche reía, a la luz de las velas, la abigarrada multitud de literatos y actrices. Ellos eran, esos, pródigos como reyes, lle-

nos de ambiciones ideales y de delirios fantásticos. Era una existencia por encima de las demás, entre el cielo y la tierra, en medio de las tormentas, algo sublime. En cuanto al resto del mundo, estaba perdido, sin lugar preciso, y como si no existiese. Cuanto más próximas estaban las cosas, por lo demás, más se apartaba de ellas su pensamiento. Todo lo que la rodeaba inmediatamente, campo aburrido, pequeños burgueses imbéciles, mediocridad de la existencia, le parecía una excepción en el mundo, un azar particular en el que se hallaba atrapada, mientras que más allá se extendía hasta perderse de vista el inmenso país de las felicidades y las pasiones. Confundía, en su deseo, las sensualidades del lujo con los goces del corazón, la elegancia de las costumbres con las delicadezas del sentimiento. ¿No necesitaba acaso el amor, como las plantas de la India, terrenos preparados, una temperatura particular? Los suspiros a la luz de la luna, los largos abrazos, las lágrimas que corren sobre las manos que se abandonan, todas las fiebres de la carne y las languideces de la ternura no se separaban, pues, del balcón de los grandes castillos llenos de ocio, de un tocador con estores de seda y una alfombra bien mullida, de jardineras repletas, de una cama alzada sobre una tarima, ni del centelleo de las piedras preciosas y de las presillas de la librea.

El mozo de la posta, que cada mañana venía a almohazar la yegua, atravesaba el pasillo con sus gruesos zuecos; su blusón tenía agujeros, sus pies iban desnudos dentro de unas zapatillas. ¡Ese era el lacayo en calzón corto con quien había que contentarse! Cuando su trabajo terminaba, ya no volvía en todo el día; pues Charles, al llegar, llevaba él mismo su caballo a la cuadra, le quitaba la silla y le ponía el cabestro, mientras la criada traía un haz de paja y lo echaba, como podía, en el pesebre.

Para reemplazar a Nastasie (que al fin se marchó de Tostes, derramando ríos de lágrimas), Emma tomó a su servicio a una muchacha de catorce años, huérfana y de fisonomía dulce. Le prohibió las cofias de algodón, le enseñó que debía hablarle en tercera persona, traer un vaso de agua sobre un plato, llamar a las puertas antes de entrar, y a planchar, a almidonar, a vestirla: quiso hacer de ella su doncella. La nueva criada obedecía sin murmurar por no verse despedida; y, como la señora, por costumbre, dejaba la llave puesta en el aparador, Félicité, cada noche, cogía una pequeña provisión de azúcar que se comía ella sola, en su cama, después de haber rezado.

Por la tarde, a veces, iba a charlar enfrente con los postillones. La señora permanecía arriba, en su aposento.

Llevaba una bata completamente abierta, que dejaba ver, entre las solapas en forma de chal del corpiño, una camisola plisada con tres botones de oro. Su cinturón era un cordón con gruesas borlas, y sus pequeñas zapatillas de color granate tenían un ramillete de cintas anchas que se desplegaba sobre el empeine. Se había comprado un secante, un juego de papel de escribir, un portaplumas y sobres, aunque no tenía a nadie a quien escribir; quitaba el polvo de su estante, se miraba en el espejo, cogía un libro y, soñando entre las líneas, lo dejaba caer sobre las rodillas. Tenía ganas de hacer viajes o de volver a vivir en su convento. Deseaba a la vez morir y habitar en París.

Charles, con nieve o con lluvia, cabalgaba por los caminos vecinales. Comía tortillas sobre la mesa de las granjas, metía el brazo en camas húmedas, recibía en el rostro el chorro tibio de las sangrías, escuchaba estertores, examinaba palanganas, remangaba no poca ropa sucia; pero encontraba, todas las noches, un fuego llameante, la mesa puesta, muebles mullidos, y una mujer con atavío fino, encantadora y de olor fresco, sin saber siquiera de dónde venía aquel aroma, o si no era su piel la que perfumaba la camisa.

Lo encantaba con cantidad de delicadezas: unas veces era una manera nueva de recortar arandelas de papel para las bujías, un volante que le cambiaba al vestido, o el nombre extraordinario de un plato bien sencillo, que la criada había estropeado, pero que Charles, hasta el final, engullía con gusto. Vio en Rouen a unas señoras que llevaban en su reloj un manojo de dijes; compró dijes. Quiso sobre su chimenea dos grandes jarrones de vidrio azul, y, algún tiempo después, un neceser de marfil con un dedal de plata sobredorada. Cuanto menos comprendía Charles estas elegancias, más sufría su seducción. Añadían algo al placer de sus sentidos y a la dulzura de su hogar. Era como un Polvo de oro que iba esparciéndose a lo largo del pequeño sendero de su vida.

Estaba bien de salud, tenía buen aspecto; su reputación se había establecido del todo. Los campesinos lo apreciaban porque no era orgulloso. Acariciaba a los niños, nunca entraba en la taberna, y, además, inspiraba confianza por su moralidad. Tenía especial éxito con los catarros y las enfermedades de pecho. Temiendo mucho matar a su gente, Charles, en efecto, apenas recetaba más que pociones calmantes, de vez en cuando un emético, un baño de pies o sanguijuelas. No es que la cirugía le diera miedo; sangraba a la gente con largueza, como a los caballos, y tenía, para la extracción de dientes, una mano de mil demonios.

Por fin, para mantenerse al tanto, se suscribió a la Ruche médicale, periódico nuevo cuyo prospecto había recibido. Leía un poco de él después de la cena; pero el calor de la habitación, unido a la digestión, hacía que al cabo de cinco minutos se durmiera; y se quedaba allí, con la barbilla apoyada en las dos manos y el pelo desparramado como una crin hasta el pie de la lámpara. Emma lo miraba encogiéndose de hombros. ¡Qué no habría dado por tener, al menos, por marido a uno de esos hombres de ardores taciturnos que trabajan de noche sobre los libros, y que llevan por fin, a los sesenta años, cuando llega la edad de los reumatismos, una ristra de cruces sobre su frac negro, mal cortado! Habría querido que ese apellido de Bovary, que era el suyo, fuese ilustre, verlo expuesto en las librerías, repetido en los periódicos, conocido en toda Francia. ¡Pero Charles no tenía ninguna ambición! Un médico de Yvetot, con quien últimamente había coincidido en una consulta, lo había humillado un tanto, junto al mismo lecho del enfermo, delante de los parientes reunidos. Cuando Charles le contó, por la noche, aquella anécdota, Emma se indignó en voz muy alta contra el colega. Charles se enterneció por ello. La besó en la frente con una lágrima. Pero ella estaba exasperada de vergüenza, tenía ganas de pegarle, fue al pasillo a abrir la ventana y aspiró el aire fresco para calmarse.

—¡Qué pobre hombre! ¡Qué pobre hombre! —decía en voz baja, mordiéndose los labios.

Se sentía, por lo demás, cada vez más irritada con él. Iba adquiriendo, con la edad, modales toscos; cortaba, a la hora del postre, el corcho de las botellas vacías; se pasaba, después de comer, la lengua por los dientes; hacía, al tragar la sopa, un gorgoteo a cada trago, y, como empezaba a engordar, sus ojos, ya pequeños, parecían subidos hacia las sienes por la hinchazón de sus pómulos.

Emma, a veces, le remetía dentro del chaleco el borde rojo de sus prendas de punto, le arreglaba la corbata, o apartaba los guantes descoloridos que él se disponía a ponerse; y no era, como él creía, por él; era por ella misma, por expansión de egoísmo, por irritación nerviosa. A veces también le hablaba de cosas que había leído, como un pasaje de novela, una obra de teatro nueva, o la anécdota del gran mundo que se contaba en el folletín; porque, al fin y al cabo, Charles era alguien, un oído siempre abierto, una aprobación siempre dispuesta. ¡Bien le hacía confidencias a su galga! Se las habría hecho a los leños de la chimenea y al péndulo del reloj.

En el fondo de su alma, sin embargo, esperaba un acontecimiento. Como los marineros en apuros, paseaba sobre la soledad de su vida unos ojos desesperados, buscando a lo lejos alguna vela blanca en las brumas del horizonte. No sabía cuál sería aquel azar, el viento que lo empujaría hasta ella, hacia qué orilla la llevaría, si sería chalupa o navío de tres puentes, cargado de angustias o repleto de felicidades hasta las portañolas. Pero, cada mañana, al despertar, lo esperaba para ese mismo día, y escuchaba todos los ruidos, se levantaba sobresaltada, se extrañaba de que no llegase; luego, al ponerse el sol, cada vez más triste, deseaba que llegara el día siguiente.

Volvió la primavera. Sintió ahogos con los primeros calores, cuando florecieron los perales.

Desde principios de julio, contó con los dedos cuántas semanas le quedaban para llegar al mes de octubre, pensando que el marqués de Andervilliers, tal vez, daría de nuevo un baile en la Vaubyessard. Pero todo septiembre transcurrió sin cartas ni visitas.

Tras el fastidio de aquella decepción, su corazón quedó de nuevo vacío, y entonces la serie de los mismos días volvió a empezar.

¡Iban, pues, ahora a sucederse así en fila, siempre iguales, innumerables, y sin traer nada! Las demás existencias, por muy chatas que fuesen, tenían al menos la suerte de un acontecimiento. Una aventura traía a veces peripecias sin fin, y el decorado cambiaba. Pero, para ella, nada llegaba, ¡Dios lo había querido así! El porvenir era un corredor todo negro, que tenía al fondo su puerta bien cerrada.

Abandonó la música. ¿Para qué tocar? ¿Quién la oiría? Puesto que nunca podría, con vestido de terciopelo de mangas cortas, sobre un piano de Érard, en un concierto, golpeando con sus dedos ligeros las teclas de marfil, sentir, como una brisa, circular a su alrededor un murmullo de éxtasis, no valía la pena aburrirse estudiando. Dejó en el armario sus carpetas de dibujo y el tapiz. ¿Para qué? ¿Para qué? La costura la irritaba.

—Lo he leído todo —se decía.

Y se quedaba poniendo las tenazas al rojo, o mirando caer la lluvia.

¡Qué triste estaba los domingos, cuando tocaban a vísperas! Escuchaba, en un embotamiento atento, tañer uno a uno los golpes cascados de la campana. Algún gato sobre los tejados, andando despacio, arqueaba el lomo a

los pálidos rayos del sol. El viento, en la carretera, soplaba regueros de polvo. A lo lejos, a veces, aullaba un perro; y la campana, a intervalos iguales, continuaba su tañido monótono que se perdía por el campo.

Entretanto la gente salía de la iglesia. Las mujeres con zuecos encerados, los campesinos con blusón nuevo, los niños pequeños que brincaban con la cabeza descubierta delante de ellos, todos volvían a su casa. Y, hasta la noche, cinco o seis hombres, siempre los mismos, se quedaban jugando al tapón, delante de la puerta grande de la posada.

El invierno fue frío. Los cristales, cada mañana, estaban cargados de escarcha, y la luz, blanquecina a través de ellos, como por vidrios esmerilados, a veces no variaba en todo el día. Desde las cuatro de la tarde había que encender la lámpara.

Los días de buen tiempo, bajaba al jardín. El rocío había dejado sobre las coles unos encajes de plata, con largos hilos claros que se tendían de una a otra. No se oían pájaros, todo parecía dormir; el espaldar cubierto de paja y la parra como una gran serpiente enferma bajo la albardilla del muro, donde se veía, al acercarse, arrastrarse a las cochinillas de tantas patas. En los abetillos, junto al seto, el cura de tricornio que leía su breviario había perdido el pie derecho, y hasta el yeso, descascarillándose con la helada, le había hecho costras blancas en la cara.

Luego volvía a subir, cerraba la puerta, extendía los carbones, y, desfalleciendo con el calor del hogar, sentía el hastío, más pesado, recaer sobre ella. Habría bajado de buena gana a charlar con la criada, pero un pudor la retenía.

Todos los días, a la misma hora, el maestro de escuela, con gorro de seda negra, abría los postigos de su casa, y el guarda rural pasaba, con el sable ceñido sobre el blusón. Tarde y mañana, los caballos de la posta, de tres en tres, atravesaban la calle para ir a beber al charco. De vez en cuando, la puerta de una taberna hacía tintinear su campanilla, y, cuando había viento, se oían rechinar sobre sus dos varillas las pequeñas palanganas de cobre del peluquero, que servían de muestra a su tienda. Tenía por decoración un viejo grabado de modas pegado contra un cristal y un busto de mujer en cera, cuyo cabello era amarillo. También él, el peluquero, se lamentaba de su vocación truncada, de su porvenir perdido, y, soñando con alguna tienda en una gran ciudad, como en Rouen por ejemplo, en el puerto, cerca del teatro,

se pasaba todo el día paseándose de un lado a otro, desde el ayuntamiento hasta la iglesia, sombrío, y esperando la clientela. Cuando la señora Bovary alzaba los ojos, lo veía siempre allí, como un centinela de facción, con su gorro griego ladeado sobre la oreja y su chaqueta de lasting.

Por la tarde, a veces, aparecía tras los cristales de la sala una cabeza de hombre, cabeza atezada, de patillas negras, que sonreía despacio con una amplia sonrisa suave y dientes blancos. Al punto empezaba un vals, y, sobre el organillo, en un saloncito, unos bailarines altos como un dedo, mujeres con turbante rosa, tirolese de chaqueta, monos de frac negro, señores en calzón corto, giraban, giraban entre los sillones, los canapés, las consolas, repitiéndose en los pedacitos de espejo que unía en sus ángulos un filete de papel dorado. El hombre le daba vueltas a la manivela, mirando a la derecha, a la izquierda y hacia las ventanas. De vez en cuando, lanzando contra el mojón un largo escupitajo pardo, alzaba con la rodilla su instrumento, cuya dura correa le cansaba el hombro; y, ora doliente y lenta, ora alegre y precipitada, la música de la caja escapaba zumbando a través de una cortinilla de tafetán rosa, bajo una rejilla de cobre labrada en arabescos. Eran melodías que se tocaban en otras partes, en los teatros, que se cantaban en los salones, que se bailaban de noche bajo lámparas encendidas, ecos del mundo que llegaban hasta Emma. Zarabandas interminables se desplegaban en su cabeza; y, como una bayadera sobre las flores de una alfombra, su pensamiento saltaba con las notas, se mecía de sueño en sueño, de tristeza en tristeza. Cuando el hombre había recibido la limosna en su gorra, echaba encima una vieja manta de lana azul, se colgaba el organillo a la espalda y se alejaba con paso pesado. Ella lo miraba marcharse.

Pero era sobre todo a las horas de las comidas cuando ya no podía más, en aquella salita de la planta baja, con la estufa que humeaba, la puerta que chirriaba, las paredes que rezumaban, las losas húmedas; toda la amargura de la existencia le parecía servida en su plato, y, con el humo del cocido, le subían del fondo del alma como otras bocanadas de sopor. Charles tardaba mucho en comer; ella picoteaba unas avellanas, o bien, apoyada en el codo, se entretenía, con la punta del cuchillo, en hacer rayas sobre el hule.

Ahora lo dejaba todo abandonado en su casa, y la señora Bovary madre, cuando fue a pasar a Tostes parte de la cuaresma, se asombró mucho de aquel cambio. Ella, en efecto, tan cuidadosa antes y tan pulcra, se quedaba ahora días enteros sin vestirse, llevaba medias de algodón gris, se alumbraba

ba con vela de sebo. Repetía que había que economizar, ya que no eran ricos, añadiendo que estaba muy contenta, muy feliz, que Tostes le gustaba mucho, y otros discursos nuevos que cerraban la boca a la suegra. Por lo demás, Emma ya no parecía dispuesta a seguir sus consejos; una vez incluso, habiéndose atrevido la señora Bovary a sostener que los amos debían vigilar la religión de sus criados, ella le había respondido con una mirada tan colérica y con una sonrisa tan fría, que la buena mujer no volvió a meterse en ello.

Emma se iba volviendo difícil, caprichosa. Se mandaba preparar platos para ella, no los tocaba, un día no bebía más que leche pura, y, al día siguiente, tazas de té a docenas. A menudo se obstinaba en no salir, luego se sofocaba, abría las ventanas, se vestía con un traje ligero. Cuando había maltratado bien a su criada, le hacía regalos o la mandaba a pasear a casa de las vecinas, del mismo modo que a veces echaba a los pobres todas las monedas de plata de su bolsa, aunque no fuese, sin embargo, muy tierna, ni fácilmente accesible a la emoción ajena, como la mayoría de la gente salida de campesinos, que conserva siempre en el alma algo de la callosidad de las manos paternas.

Hacia finales de febrero, el tío Rouault, en recuerdo de su curación, trajo él mismo a su yerno un pavo espléndido, y se quedó tres días en Tostes. Como Charles estaba con sus enfermos, Emma le hizo compañía. Él fumó en la habitación, escupió sobre los morillos, habló de cultivos, terneros, vacas, aves de corral y del consejo municipal; de tal modo que ella cerró la puerta, cuando se hubo marchado, con un sentimiento de satisfacción que a ella misma la sorprendió. Por lo demás, ya no ocultaba su desprecio por nada ni por nadie; y se ponía a veces a expresar opiniones singulares, censurando lo que se aprobaba, y aprobando cosas perversas o inmorales: lo cual hacía que su marido abriera unos ojos como platos.

¿Es que aquella miseria iba a durar siempre? ¿Es que no saldría de ella? ¡Bien valía, sin embargo, tanto como todas las que vivían felices! Había visto en la Vaubyessard a duquesas de talle más pesado y de modales más comunes, y execraba la injusticia de Dios; apoyaba la cabeza contra las paredes para llorar; envidiaba las existencias tumultuosas, las noches de máscaras, los insolentes placeres con todos los arrebatos que no conocía y que debían de proporcionar.

Palidecía y tenía palpitaciones. Charles le administró valeriana y baños de alcanfor. Todo cuanto se probaba parecía irritarla aún más.

En ciertos días, charlaba con una abundancia febril; a estas exaltaciones sucedían de pronto torpores en los que se quedaba sin hablar, sin moverse. Lo que entonces la reanimaba era verterse sobre los brazos un frasco de agua de Colonia.

Como se quejaba continuamente de Tostes, Charles imaginó que la causa de su enfermedad se hallaba sin duda en alguna influencia local, y, aferrándose a esta idea, pensó seriamente en irse a establecer a otra parte.

Desde entonces, bebió vinagre para adelgazar, contrajo una tosecilla seca y perdió por completo el apetito.

A Charles le costaba abandonar Tostes tras cuatro años de estancia y en el momento en que empezaba a asentarse allí. ¡Pero si era preciso, qué remedio! La llevó a Rouen a ver a su antiguo maestro. Era una enfermedad nerviosa: había que cambiarla de aires.

Después de dar vueltas de un lado a otro, Charles supo que había, en el distrito de Neufchâtel, un pueblo grande llamado Yonville-l'Abbaye, cuyo médico, que era un refugiado polaco, acababa de largarse la semana anterior. Entonces escribió al farmacéutico del lugar para saber cuál era la cifra de población, a qué distancia se encontraba el colega más cercano, cuánto ganaba al año su predecesor, etc.; y, habiendo sido satisfactorias las respuestas, se decidió a mudarse hacia la primavera, si la salud de Emma no mejoraba.

Un día en que, previendo su marcha, ponía en orden un cajón, se pinchó los dedos con algo. Era un alambre de su ramo de novia. Los azahares estaban amarillos de polvo, y las cintas de raso, con ribete de plata, se deshilachaban por el borde. Lo echó al fuego. Ardió más deprisa que paja seca. Luego fue como un matorral rojo sobre las cenizas, que se iba consumiendo lentamente. Lo miró arder. Las bayitas de cartón estallaban, los hilos de latón se retorcían, el galón se fundía; y las corolas de papel, reseca, balanceándose a lo largo de la plancha del hogar como mariposas negras, al fin salieron volando por la chimenea.

Cuando se marcharon de Tostes, en el mes de marzo, la señora Bovary estaba encinta.

PART E II

I

Yonville-l'Abbaye (así llamado a causa de una antigua abadía de Capuchinos cuyas ruinas ya ni siquiera existen) es un burgo situado a ocho leguas de Rouen, entre la carretera de Abbeville y la de Beauvais, en el fondo de un valle que riega el Rieule, riachuelo que desemboca en el Andelle, después de hacer girar tres molinos hacia su desembocadura, y en el que hay algunas truchas que los mozos, los domingos, se entretienen en pescar con caña.

Se deja la carretera general en la Boissière y se continúa en llano hasta lo alto de la cuesta de los Leux, desde donde se descubre el valle. El río que lo atraviesa forma como dos regiones de fisonomía distinta: todo lo que queda a la izquierda es prado, todo lo que queda a la derecha es labrantío. La pradera se extiende bajo un repliegue de colinas bajas para enlazarse por detrás con los pastos del país de Bray, mientras que, por el lado de levante, la llanura, subiendo suavemente, se va ensanchando y despliega hasta perderse de vista sus rubias parcelas de trigo. El agua que corre al borde de la hierba separa con una raya blanca el color de los prados del de los surcos, y así el campo se parece a una gran capa desplegada que tuviera un cuello de terciopelo verde ribeteado de un galón de plata.

Al final del horizonte, cuando se llega, se tienen delante los robles del bosque de Argueil, con los escarpes de la cuesta de Saint-Jean, rayados de arriba abajo por largas vetas rojas, desiguales; son las huellas de las lluvias, y esos tonos de ladrillo, que se recortan en delgados hilos sobre el color gris de la montaña, provienen de la cantidad de manantiales ferruginosos que corren más allá, por la comarca de los alrededores.

Aquí se está en los confines de Normandía, de Picardía y de la Isla de Francia, comarca bastarda donde el habla carece de acento, igual que el paisaje carece de carácter. Es allí donde se hacen los peores quesos de Neufchâtel de todo el distrito, y, por otra parte, el cultivo resulta costoso, porque hace falta mucho estiércol para abonar esas tierras deleznable, llenas de arena y de guijarros.

Hasta 1835 no hubo camino practicable para llegar a Yonville; pero hacia esa época se estableció un camino vecinal de primer orden que enlaza la carretera de Abbeville con la de Amiens, y que sirve a veces a los carreteros que van de Rouen a Flandes. Sin embargo, Yonville-l'Abbaye ha permanecido estacionario, a pesar de sus nuevas salidas. En lugar de mejorar los cultivos, se obstinan allí todavía en los pastizales, por depreciados que estén, y el burgo, perezoso, apartándose de la llanura, ha continuado naturalmente creciendo hacia el río. Se le divisa de lejos, todo tendido a lo largo sobre la orilla, como un guardián de vacas que sestea al borde del agua.

Al pie de la cuesta, después del puente, empieza una calzada plantada de álamos temblones jóvenes, que lleva en línea recta hasta las primeras casas del pueblo. Están cercadas de setos, en medio de corrales llenos de edificios dispersos, lagares, carreterías y destilerías, diseminados bajo los árboles frondosos que llevan escaleras, varas o guadañas colgadas entre sus ramas. Los techos de paja, como gorros de piel calados hasta los ojos, bajan hasta casi un tercio de las ventanas bajas, cuyos gruesos vidrios abombados están guarnecidos de un nudo en el centro, a la manera de los culos de botella. En la pared de yeso, que cruzan en diagonal maderos negros, se aferra a veces algún peral raquítico, y las plantas bajas tienen en su puerta una pequeña cancela giratoria para defenderlas de los pollos, que vienen a picotear, en el umbral, migas de pan moreno remojado en sidra. Sin embargo, los corrales se estrechan, las viviendas se acercan, los setos desaparecen; un haz de helechos se balancea bajo una ventana en la punta de un palo de escoba; está la fragua de un herrador y luego un carretero con dos o tres carretas nuevas, fuera, que invaden la carretera. Después, a través de un enrejado, aparece una casa blanca más allá de un césped circular que decora un Amor con el dedo puesto en la boca; dos jarrones de fundición hay en cada extremo de la escalinata; unas placas brillan en la puerta: es la casa del notario, y la más hermosa del pueblo.

La iglesia está al otro lado de la calle, veinte pasos más allá, a la entrada de la plaza. El pequeño cementerio que la rodea, cercado por un muro a la altura del pecho, está tan repleto de sepulturas que las viejas losas, a ras de suelo, forman un enlosado continuo, donde la hierba ha dibujado por sí misma cuadros verdes y regulares. La iglesia fue reconstruida de nueva planta en los últimos años del reinado de Carlos X. La bóveda de madera empieza a pudrirse por lo alto, y, de trecho en trecho, tiene hundimientos negros en su color azul. Encima de la puerta, donde estarían los órganos, hay una tribuna para los hombres, con una escalera de caracol que resuena bajo los zuecos.

La luz del día, que entra por los vitrales completamente lisos, ilumina oblicuamente los bancos dispuestos a lo largo de la pared, que tapiza aquí y allá alguna estera clavada, con estas palabras en letras gordas debajo: «Banco del señor Fulano.» Más allá, en el sitio donde la nave se estrecha, el confesionario hace pareja con una estatuilla de la Virgen, vestida con una túnica de raso, tocada con un velo de tul sembrado de estrellitas de plata, y toda arrebolada en los pómulos como un ídolo de las islas Sandwich; por fin, una copia de la Sagrada Familia, envío del ministro del Interior, que domina el altar mayor entre cuatro candeleros, cierra al fondo la perspectiva. La sillería del coro, de madera de abeto, ha quedado sin pintar.

La lonja, es decir, un tejado de tejas sostenido por una veintena de postes, ocupa ella sola cerca de la mitad de la plaza mayor de Yonville. El ayuntamiento, construido según los planos de un arquitecto de París, es una especie de templo griego que hace esquina, junto a la casa del farmacéutico. Tiene, en la planta baja, tres columnas jónicas y, en el primer piso, una galería de medio punto, mientras que el tímpano que lo remata está ocupado por un gallo galo, apoyada una pata sobre la Carta y sosteniendo con la otra la balanza de la justicia.

Pero lo que más atrae las miradas es, frente a la posada de *El León de Oro*, ¡la farmacia del señor Homais! Sobre todo por la noche, cuando su quinqué está encendido y los bOCALES rojos y verdes que adornan su escaparate alargan a lo lejos, por el suelo, sus dos claridades de color; entonces, a través de ellas, como en fuegos de Bengala, se entrevé la sombra del farmacéutico, acodado sobre su pupitre. Su casa, de arriba abajo, está empapelada de inscripciones escritas en inglesa, en redonda, en letra de molde: «Agua de Vichy, de Seltz y de Barèges, robs depurativos, medicina Raspail, ra-

cahout des Arabes, pastillas Darcet, pasta Renault, vendajes, baños, chocolates de salud, etc.» Y el rótulo, que ocupa todo el ancho de la tienda, lleva en letras de oro: Homais, farmacéutico. Luego, al fondo de la tienda, detrás de las grandes balanzas fijadas en el mostrador, la palabra laboratorio se despliega encima de una puerta acristalada que, a media altura, repite una vez más Homais, en letras de oro, sobre fondo negro.

Después ya no hay nada más que ver en Yonville. La calle (la única), larga como un tiro de fusil y bordeada de algunas tiendas, se corta en seco en el recodo de la carretera. Si se la deja a la derecha y se sigue el pie de la cuesta de Saint-Jean, pronto se llega al cementerio.

Con motivo del cólera, para agrandarlo, se derribó un lienzo de muro y se compraron tres acres de terreno contiguo; pero toda esa porción nueva está casi deshabitada, pues las tumbas, como antaño, siguen amontonándose hacia la puerta. El guardián, que es a la vez sepulturero y pertiguero de la iglesia (sacando así de los cadáveres de la parroquia un doble beneficio), ha aprovechado el terreno vacío para sembrar patatas. Sin embargo, de año en año, su campito se estrecha, y, cuando sobreviene una epidemia, no sabe si debe alegrarse de las defunciones o afligirse por los enterramientos.

—Se alimenta usted de los muertos, ¡Lestiboudois! —le dijo por fin un día el señor cura.

Esta sombría palabra le hizo reflexionar; le detuvo por algún tiempo; pero, todavía hoy, continúa el cultivo de sus tubérculos, y hasta sostiene con aplomo que crecen de forma natural.

Desde los sucesos que vamos a relatar, nada, en efecto, ha cambiado en Yonville. La bandera tricolor de hojalata sigue girando en lo alto del campanario de la iglesia; la tienda del comerciante de novedades agita todavía al viento sus dos banderolas de indiana; los fetos del farmacéutico, como paquetes de yesca blanca, se pudren cada vez más en su alcohol cenagoso, y, encima de la gran puerta de la posada, el viejo león de oro, desteñido por las lluvias, sigue mostrando a los transeúntes su rizado de caniche.

La noche en que el matrimonio Bovary debía llegar a Yonville, la señora viuda Lefrançois, dueña de aquella posada, estaba tan atareada que sudaba a mares removiendo sus cacerolas. Al día siguiente era día de mercado en el burgo. Había que trincar de antemano las carnes, destripar los pollos, hacer

la sopa y el café. Tenía, además, la comida de sus huéspedes, la del médico, de su mujer y de su criada; el billar resonaba de carcajadas; tres molineros, en la salita, pedían a voces que les trajeran aguardiente; la leña ardía, las brasas crepitaban, y, sobre la larga mesa de la cocina, entre los cuartos de carnero crudo, se alzaban pilas de platos que temblaban con las sacudidas del tajo donde se picaba espinacas. Se oía, en el corral, chillar a las aves que la criada perseguía para cortarles el cuello.

Un hombre con zapatillas de piel verde, algo picado de viruelas y tocado con un gorro de terciopelo con borla de oro, se calentaba la espalda contra la chimenea. Su rostro no expresaba más que la satisfacción de sí mismo, y tenía en la vida un aire tan tranquilo como el jilguero colgado encima de su cabeza, en una jaula de mimbre: era el farmacéutico.

—¡Artémise! —gritaba la dueña de la posada—, parte leña menuda, llena las garrafas, trae aguardiente, ¡date prisa! ¡Si al menos supiera qué postre ofrecer a la gente que está usted esperando! ¡Santo cielo! ¡los mozos de la mudanza vuelven a armar su estrépito en el billar! ¡Y su carreta que se ha quedado bajo el portón! ¡La Golondrina es capaz de hundirla al llegar! ¡Llama a Polyte para que la meta en la cochera!... ¡Decir que, desde por la mañana, señor Homais, habrán hecho quizá quince partidas y bebido ocho jarras de sidra!... Pero me van a destrozar el tapete —continuaba, mirándolos de lejos, con la espumadera en la mano.

—El mal no sería grande —respondió el señor Homais—; usted se compraría otro.

—¡Otro billar! —exclamó la viuda.

—Puesto que ese ya no se sostiene, señora Lefrançois; se lo repito, ¡se perjudica usted! ¡se perjudica usted mucho! Y además los aficionados, ahora, quieren troneras estrechas y tacos pesados. Ya no se juega a la bola; ¡todo ha cambiado! ¡Hay que marchar con el siglo! Fíjese si no en Tellier...

La hotelera se puso roja de despecho. El farmacéutico añadió:

—Su billar, diga usted lo que diga, es más bonito que el suyo; y si a alguien se le ocurre, por ejemplo, organizar una colecta patriótica para Polonia o para los damnificados de las inundaciones de Lyon...

—¡No son pordioseros como él los que nos dan miedo! —interrumpió la hotelera, encogiendo sus gruesos hombros—. ¡Vamos, vamos, señor Ho-

mais! Mientras viva El León de Oro, aquí vendrán. ¡A nosotros no nos falta un cuarto! En cambio, ya verá usted cómo una de estas mañanas el Café Francés aparece cerrado, ¡y con un buen cartel en los toldos!... Cambiar mi billar —seguía diciéndose a sí misma—, ¡él, que me es tan cómodo para poner mi colada, y sobre el que, en tiempo de caza, he hecho dormir hasta seis viajeros!... ¡Pero este remolón de Hivert que no llega!

—¿Lo espera usted para la cena de sus señores? —preguntó el farmacéutico.

—¿Esperarlo? ¡Y al señor Binet, aún más! A las seis en punto lo va usted a ver entrar, porque su igual no existe en la tierra para la puntualidad. ¡Necesita siempre su sitio en la salita! ¡Antes lo matarían que hacerlo cenar en otro lugar! ¡Y lo remilgado que es! ¡Y lo exigente que es para la sidra! No es como el señor Léon; él llega a veces a las siete, hasta las siete y media; ni siquiera repara en lo que come. ¡Qué buen muchacho! nunca un tono más alto que otro.

—Es que hay mucha diferencia, ¿sabe usted?, entre alguien que ha recibido educación y un antiguo carabinero que es recaudador.

Dieron las seis. Binet entró.

Iba vestido con una levita azul, que le caía recta por sí sola en torno a su cuerpo enjuto, y su gorra de cuero, con orejeras atadas por cordones en lo alto de la cabeza, dejaba ver, bajo la visera levantada, una frente calva, que había deprimido la costumbre del casco. Llevaba un chaleco de paño negro, un cuello de crin, un pantalón gris y, en toda estación, botas bien lustradas que tenían dos abultamientos paralelos, a causa del relieve de los dedos de los pies. Ni un pelo sobrepasaba la línea de su barba de collar, rubia, que, rodeando la mandíbula, enmarcaba como el borde de un arriate su larga cara apagada, de ojos pequeños y nariz aguileña. Fuerte en todos los juegos de cartas, buen cazador y poseedor de una hermosa letra, tenía en su casa un torno, en el que se entretenía tornear servilleteros con los que llenaba su casa, con los celos de un artista y el egoísmo de un burgués.

Se dirigió a la salita; pero hubo primero que hacer salir de ella a los tres molineros; y, durante todo el tiempo que se tardó en ponerle el cubierto, Binet permaneció silencioso en su sitio, junto a la estufa; luego cerró la puerta y se quitó la gorra, como de costumbre.

—¡No van a ser las cortesías las que le gasten la lengua! —dijo el farmacéutico, en cuanto se quedó a solas con la hotelera.

—Nunca habla más —respondió ella—; vinieron aquí, la semana pasada, dos viajeros de paños, unos mozos llenos de ingenio que contaban, por la noche, un montón de chistes que me hacían llorar de risa; pues bien, él se quedaba allí, como una alosa, sin decir palabra.

—Sí —dijo el farmacéutico—, nada de imaginación, nada de ocurrencias, ¡nada de lo que constituye al hombre de mundo!

—Sin embargo, dicen que tiene talento —objetó la hotelera.

—¿Talento? —replicó el señor Homais—; ¡él! ¿talento? En su ramo, es posible —añadió con tono más sereno.

Y prosiguió:

—¡Ah! que un negociante que tiene relaciones considerables, que un jurisconsulto, un médico, un farmacéutico, estén tan absortos que lleguen a volverse extravagantes y hasta hoscos, lo comprendo; ¡de eso se citan rasgos en las historias! Pero, al menos, es que piensan en algo. Yo, por ejemplo, ¿cuántas veces me ha ocurrido buscar mi pluma sobre mi escritorio para escribir una etiqueta, y encontrar, en definitiva, que la había puesto detrás de la oreja?

Mientras tanto, la señora Lefrançois fue hasta el umbral a ver si no llegaba La Golondrina. Se sobresaltó. Un hombre vestido de negro entró de pronto en la cocina. Se distinguía, a las últimas luces del crepúsculo, que tenía la cara rubicunda y el cuerpo atlético.

—¿Qué se le ofrece, señor cura? —preguntó la hotelera, alcanzando a la vez, en la chimenea, uno de los candeleros de cobre que allí estaban alineados en columnata con sus velas—; ¿quiere usted tomar algo? ¿un dedo de casis, un vaso de vino?

El eclesiástico rehusó muy cortésmente. Venía a buscar su paraguas, que había olvidado el otro día en el convento de Ernemont, y, tras rogar a la señora Lefrançois que se lo hiciera llegar al presbiterio durante la velada, salió para dirigirse a la iglesia, donde estaban tocando el ángelus.

Cuando el farmacéutico dejó de oír en la plaza el ruido de sus zapatos, encontró muy inconveniente su conducta de hacía un momento. Aquella ne-

gativa a aceptar un refrigerio le parecía una de las hipocresías más odiosas; los curas se daban toda buena vida sin que se les viera, y buscaban traer de vuelta el tiempo del diezmo.

La hotelera tomó la defensa de su cura:

— Además, doblaría a cuatro como usted sobre su rodilla. El año pasado ayudó a nuestra gente a recoger la paja; llevaba hasta seis gavillas a la vez, ¡de fuerte que es!

— ¡Bravo! — dijo el farmacéutico —. ¡Envíen, pues, a sus hijas a confesarse con mocetones de semejante temperamento! Yo, si fuera el gobierno, querría que se sangrara a los curas una vez al mes. Sí, señora Lefrançois, todos los meses, una buena flebotomía, en interés del orden público y de las costumbres.

— ¡Cállese usted ya, señor Homais! ¡Es usted un impío! ¡No tiene usted religión!

El farmacéutico respondió:

— Tengo una religión, mi religión, ¡y hasta tengo más que todos ellos juntos, con sus mojigangas y sus malabarismos! ¡Adoro a Dios, todo lo contrario! creo en el Ser Supremo, en un Creador, sea el que sea, poco me importa, que nos ha puesto aquí abajo para cumplir nuestros deberes de ciudadano y de padre de familia; pero no necesito ir, en una iglesia, a besar platos de plata, y a mantener de mi bolsillo a un hato de farsantes que se alimentan mejor que nosotros. Porque se le puede honrar lo mismo en un bosque, en un campo, o incluso contemplando la bóveda etérea, como los antiguos. Mi Dios, el mío, es el Dios de Sócrates, de Franklin, de Voltaire y de Béranger. ¡Estoy por la Profesión de fe del vicario saboyano y los inmortales principios del 89! Así pues, no admito a un Dios bonachón que se pasea por su cuadro de flores con el bastón en la mano, aloja a sus amigos en el vientre de las ballenas, muere lanzando un grito y resucita al cabo de tres días: cosas absurdas en sí mismas y, por lo demás, completamente opuestas a todas las leyes de la física; lo cual nos demuestra, de paso, que los curas siempre han vegetado en una ignorancia abyecta, en la que se esfuerzan por arrastrar consigo a las poblaciones.

Calló, buscando con los ojos un público a su alrededor, porque, en su efervescencia, el farmacéutico se había creído por un momento en pleno

consejo municipal. Pero la hotelera ya no lo escuchaba; tendía el oído hacia un rodar lejano. Se distinguió el ruido de un coche mezclado con un chasquido de herraduras sueltas que golpeaban la tierra, y La Golondrina se detuvo por fin ante la puerta.

Era un cajón amarillo montado sobre dos grandes ruedas que, subiendo hasta la altura del toldo, impedían a los viajeros ver el camino y les ensuciaban los hombros. Los cristalitos de sus estrechos tragaluces temblaban en sus marcos cuando el coche iba cerrado, y conservaban manchas de barro, aquí y allá, entre su vieja capa de polvo, que ni siquiera las lluvias de tormenta lavaban del todo. Iba enganchado a tres caballos, con el primero delante formando ballestera, y, al bajar las cuestas, tocaba fondo dando tumbos.

Algunos burgueses de Yonville llegaron a la plaza; hablaban todos a la vez, pidiendo noticias, explicaciones y cestas; Hivert no sabía a quién responder. Era él quien hacía en la ciudad los encargos del pueblo. Iba a las tiendas, traía rollos de cuero para el zapatero, chatarra para el herrador, un barrilito de arenques para su patrona, cofias de la modista, tupés del peluquero; y, a lo largo del camino, al volver, repartía sus paquetes, que lanzaba por encima de las cercas de los corrales, de pie sobre su asiento, y gritando a pleno pulmón, mientras sus caballos andaban solos.

Un percance lo había retrasado: la galga de la señora Bovary se había escapado a través de los campos. La habían silbado durante un buen cuarto de hora. El propio Hivert había retrocedido media legua, creyendo divisarla a cada minuto; pero había habido que seguir el camino. Emma había llorado, se había exasperado; había acusado a Charles de aquella desgracia. El señor Lheureux, comerciante de telas, que se encontraba con ella en el coche, había intentado consolarla con multitud de ejemplos de perros perdidos que reconocían a su amo al cabo de largos años. Citaban uno, decía él, que había vuelto de Constantinopla a París. Otro había hecho cincuenta leguas en línea recta y cruzado a nado cuatro ríos; y su propio padre había tenido un caniche que, tras doce años de ausencia, le había saltado de pronto a la espalda, una noche, en la calle, cuando iba a cenar fuera.

II

Emma bajó la primera, luego Félicité, el señor Lheureux, una nodriza, y hubo que despertar a Charles en su rincón, donde se había quedado profundamente dormido en cuanto había llegado la noche.

Homais se presentó; ofreció sus homenajes a la señora, sus cumplidos al señor, dijo que estaba encantado de haber podido prestarles algún servicio, y añadió con aire cordial que se había atrevido a invitarse él mismo, estando además su mujer ausente.

La señora Bovary, cuando estuvo en la cocina, se acercó a la chimenea. Con la punta de los dos dedos, cogió su vestido a la altura de la rodilla, y, habiéndolo así remangado hasta los tobillos, tendió hacia la llama, por encima de la pierna de cordero que giraba, su pie calzado con una botina negra. El fuego la iluminaba por entero, penetrando con una luz cruda la trama de su vestido, los poros iguales de su piel blanca e incluso los párpados de sus ojos, que ella entornaba de cuando en cuando. Un gran color rojo pasaba sobre ella, según el soplo del viento que entraba por la puerta entreabierta.

Al otro lado de la chimenea, un joven de cabellera rubia la miraba en silencio.

Como se aburría mucho en Yonville, donde era pasante en casa del señor Guillaumin, a menudo el señor Léon Dupuis (era él, el segundo parroquiano habitual del Lion d'or) retrasaba la hora de su comida, esperando que llegase algún viajero a la posada con quien conversar por la noche. Los días en que su tarea estaba terminada, tenía que llegar a la hora exacta, por no saber qué hacer, y sufrir desde la sopa hasta el queso el *tête-à-tête* con Binet. Fue, pues, con alegría que aceptó la proposición de la posadera de cenar en com-

pañía de los recién llegados, y pasaron a la sala grande, donde la señora Lefrançois, por gala, había hecho poner los cuatro cubiertos.

Homais pidió permiso para quedarse con su gorro griego, por miedo a los catarros.

Luego, volviéndose hacia su vecina:

—¿La señora, sin duda, está un poco cansada? ¡Una va tan espantosamente zarandeada en nuestra Golondrina!

—Es verdad —respondió Emma—; pero el trajín siempre me divierte; me gusta cambiar de sitio.

—¡Es una cosa tan fastidiosa —suspiró el pasante— vivir clavado siempre en los mismos sitios!

—Si usted estuviera como yo —dijo Charles—, obligado sin cesar a andar a caballo...

—Pero —repuso Léon, dirigiéndose a la señora Bovary—, nada me parece más agradable; cuando se puede —añadió.

—Por lo demás —decía el boticario—, el ejercicio de la medicina no es muy penoso en nuestra comarca; pues el estado de nuestros caminos permite el uso del cabriolé, y, por lo general, se paga bastante bien, siendo los labradores acomodados. Tenemos, en materia médica, aparte de los casos ordinarios de enteritis, bronquitis, afecciones biliosas, etc., de vez en cuando algunas fiebres intermitentes durante la siega, pero, en suma, pocas cosas graves, nada especial que señalar, salvo muchos humores fríos, que sin duda se deben a las deplorables condiciones higiénicas de nuestras viviendas de campesinos. ¡Ah! Encontrará usted muchos prejuicios que combatir, señor Bovary; muchas obstinaciones de la rutina, contra las que chocarán cotidianamente todos los esfuerzos de su ciencia; pues todavía se recurre a las novenas, a las reliquias, al cura, antes que acudir naturalmente al médico o al farmacéutico. El clima, sin embargo, no es, a decir verdad, malo, e incluso contamos en el municipio con algunos nonagenarios. El termómetro (yo mismo he hecho las observaciones) desciende en invierno hasta los cuatro grados, y, en la estación fuerte, alcanza veinticinco, treinta centígrados como mucho, lo que nos da veinticuatro Réaumur como máximo, o dicho de otro modo, cincuenta y cuatro Fahrenheit (medida inglesa), ¡nada más! —y, en efecto, estamos resguardados de los vientos del norte por el bosque

de Argueil por un lado, de los vientos del oeste por la cuesta de Saint-Jean por el otro, y ese calor, sin embargo, que a causa del vapor de agua desprendido por el río y de la considerable presencia de ganado en las praderas, el cual exhala, como usted sabe, mucho amoníaco, es decir, ázoe, hidrógeno y oxígeno (no, ázoe e hidrógeno solamente), y que, absorbiendo el humus de la tierra, confundiendo todas esas emanaciones diferentes, reuniéndolas en un haz, por así decirlo, y combinándose por sí mismo con la electricidad esparcida en la atmósfera, cuando la hay, podría a la larga, como en los países tropicales, engendrar miasmas insalubres; —ese calor, digo, se encuentra justamente templado por el lado de donde viene, o más bien de donde vendría, es decir, por el lado sur, por los vientos del sudeste, los cuales, habiéndose refrescado por sí mismos al pasar sobre el Sena, nos llegan a veces de golpe, ¡como brisas de Rusia!

—¿Tiene usted, al menos, algunos paseos por los alrededores? —seguía diciendo la señora Bovary, hablando con el joven.

—¡Oh, muy pocos! —respondió él—. Hay un lugar que llaman la Pâture, en lo alto de la cuesta, al borde del bosque. A veces, los domingos, voy allí, y me quedo con un libro, mirando la puesta de sol.

—No encuentro nada tan admirable como las puestas de sol —repuso ella—, pero a la orilla del mar, sobre todo.

—¡Oh, adoro el mar! —dijo el señor León.

—¿Y además no le parece a usted —replicó la señora Bovary— que el espíritu navega más libremente sobre esa extensión sin límites, cuya contemplación eleva el alma y da ideas de infinito, de ideal?

—Lo mismo ocurre con los paisajes de montaña —repuso León—. Tengo un primo que viajó por Suiza el año pasado, y que me decía que no se puede uno figurar la poesía de los lagos, el encanto de las cascadas, el efecto gigantesco de los glaciares. Se ven pinos de un tamaño increíble, atravesados sobre los torrentes, cabañas suspendidas sobre precipicios, y, a mil pies bajo los pies de uno, valles enteros, cuando las nubes se entreabren. ¡Esos espectáculos deben de entusiasmar, disponer a la oración, al éxtasis! Por eso ya no me extraña ese célebre músico que, para excitar mejor su imaginación, tenía por costumbre ir a tocar el piano ante algún paraje imponente.

—¿Hace usted música? —preguntó ella.

—No, pero me gusta mucho —respondió él.

—¡Ah, no le haga usted caso, señora Bovary! —interrumpió Homais, inclinándose sobre su plato—, es pura modestia. —¡Cómo, querido amigo! ¡Si el otro día, en su cuarto, cantaba usted *El Ángel de la Guarda* que era un encanto! Yo le oía desde el laboratorio; usted lo declamaba como un actor.

Léon, en efecto, se alojaba en casa del farmacéutico, donde tenía un cuartito en el segundo piso, sobre la plaza. Se ruborizó ante aquel cumplido de su casero, que ya se había vuelto hacia el médico y le enumeraba uno tras otro a los principales habitantes de Yonville. Contaba anécdotas, daba informes; no se sabía a ciencia cierta la fortuna del notario, y estaba la casa Tuvache, que se daba muchos humos.

Emma repuso:

—¿Y qué música prefiere usted?

—¡Oh, la música alemana, la que invita a soñar!

—¿Conoce usted a los italianos?

—Todavía no; pero los conoceré el año próximo, cuando vaya a vivir a París, para terminar mi carrera de Derecho.

—Es como tuve el honor —dijo el farmacéutico— de expresárselo a su señor esposo, a propósito de aquel pobre Yanoda, que se fugó; se encontrará usted, gracias a las locuras que hizo, disfrutando de una de las casas más confortables de Yonville. Lo que tiene principalmente de cómodo para un médico es una puerta que da a la Allée, que permite entrar y salir sin ser visto. Además, está provista de todo lo que es agradable para un hogar: lavadero, cocina con antecocina, salón de familia, cuarto de fruta, etc. ¡Era un tipo que no reparaba en gastos! Se había hecho construir, al fondo del jardín, junto al agua, un cenador expresamente para beber cerveza en verano, y si a la señora le gusta la jardinería, podrá...

—Mi mujer apenas se ocupa de eso —dijo Charles—; prefiere, aunque le recomiendan hacer ejercicio, quedarse siempre en su cuarto, leyendo.

—Es igual que yo —replicó Léon—; ¿qué cosa mejor, en efecto, que estar por la noche al amor de la lumbre con un libro, mientras el viento azota los cristales y arde la lámpara?...

—¿Verdad que sí? —dijo ella, clavando en él sus grandes ojos negros muy abiertos.

—No se piensa en nada —seguía él—, las horas pasan. Uno se pasea inmóvil por países que cree ver, y el pensamiento, enlazándose con la ficción, juega en los detalles o sigue el contorno de las aventuras. Se mezcla con los personajes; parece que es uno mismo quien palpita bajo sus trajes.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! —decía ella.

—¿Le ha ocurrido a usted alguna vez —repuso Léon— encontrar en un libro una idea vaga que uno mismo había tenido, alguna imagen difusa que vuelve de lejos, y como la exposición entera de su sentimiento más sutil?

—He sentido eso —respondió ella.

—Por eso —dijo él— me gustan sobre todo los poetas. Encuentro los versos más tiernos que la prosa, y que hacen llorar mucho mejor.

—Sin embargo, cansan a la larga —repuso Emma—; y ahora, por el contrario, adoro las historias que se siguen de un tirón, en las que se pasa miedo. Detesto los héroes vulgares y los sentimientos moderados, como los que hay en la naturaleza.

—En efecto —observó el pasante—, esas obras, al no tocar el corazón, se apartan, me parece, del verdadero fin del Arte. Es tan dulce, entre los desencantos de la vida, poder trasladarse con la imaginación hacia nobles caracteres, afectos puros y cuadros de felicidad. En cuanto a mí, que vivo aquí, lejos del mundo, es mi única distracción; ¡pero Yonville ofrece tan pocos recursos!

—Como Tostes, sin duda —repuso Emma—; por eso yo siempre estaba abonada a un gabinete de lectura.

—Si la señora quiere hacerme el honor de servirse de ella —dijo el farmacéutico, que acababa de oír estas últimas palabras—, tengo yo mismo a su disposición una biblioteca compuesta de los mejores autores: Voltaire, Rousseau, Delille, Walter Scott, *El Eco de los Folletines*, etc., y recibo, además, diversas hojas periódicas, entre las cuales *El Fanal de Rouen*, a diario, teniendo la ventaja de ser su corresponsal para las circunscripciones de Buchy, Forges, Neufchâtel, Yonville y los alrededores.

Llevaban dos horas y media sentados a la mesa; pues la criada Artémise, arrastrando negligentemente por las baldosas sus zapatillas de orillo, traía los platos uno tras otro, se olvidaba de todo, no atendía a nada y dejaba sin cesar entreabierta la puerta del billar, que golpeaba contra la pared con el extremo de su pestillo.

Sin darse cuenta, mientras conversaba, Léon había puesto el pie sobre uno de los barrotes de la silla en que estaba sentada la señora Bovary. Ella llevaba una corbatita de seda azul que sostenía tesa, como una gorguera, un cuello de batista plisado; y, según los movimientos de cabeza que hacía, la parte inferior de su rostro se hundía en la tela o salía de ella con suavidad. Fue así, el uno cerca del otro, mientras Charles y el farmacéutico charlaban, como entraron en una de esas vagas conversaciones en las que el azar de las frases lleva siempre de vuelta al centro fijo de una simpatía común. Espectáculos de París, títulos de novelas, cuadrillas nuevas, y el mundo que no conocían, Tostes donde ella había vivido, Yonville donde estaban, lo examinaron todo, hablaron de todo hasta el final de la cena.

Cuando sirvieron el café, Félicité se fue a preparar el cuarto en la casa nueva, y los comensales pronto levantaron el campo. La señora Lefrançois dormía junto a las cenizas, mientras que el mozo de cuadra, con un farol en la mano, esperaba al señor y a la señora Bovary para acompañarlos a su casa. Tenía la cabellera roja entremezclada con briznas de paja, y cojeaba de la pierna izquierda. Cuando hubo cogido con la otra mano el paraguas del señor cura, se pusieron en marcha.

El pueblo estaba dormido. Los pilares del mercado alargaban grandes sombras. La tierra estaba toda gris, como en una noche de verano.

Pero, como la casa del médico se encontraba a cincuenta pasos de la posada, hubo que desearse casi enseguida las buenas noches, y la compañía se dispersó.

Emma, ya desde el vestíbulo, sintió caer sobre sus hombros, como un paño húmedo, el frío del yeso. Las paredes eran nuevas, y los peldaños de madera crujieron. En el cuarto, en el primer piso, una claridad blanquecina entraba por las ventanas sin cortinas. Se entreveían copas de árboles, y más allá la pradera, medio anegada en la bruma, que humeaba a la luz de la luna, siguiendo el curso del río. En medio de la habitación, revueltos, había cajones de cómoda, botellas, varillas, palos dorados con colchones sobre sillas y

palanganas en el suelo, pues los dos hombres que habían llevado los muebles lo habían dejado todo allí, sin ningún cuidado.

Era la cuarta vez que dormía en un lugar desconocido. La primera había sido el día de su entrada en el convento, la segunda la de su llegada a Tostes, la tercera en la Vaubyessard, la cuarta era esta; y cada una de ellas había resultado ser, en su vida, como la inauguración de una fase nueva. No creía que las cosas pudieran presentarse las mismas en lugares diferentes, y, puesto que la parte vivida había sido mala, sin duda lo que quedaba por consumir sería mejor.

III

Al día siguiente, al despertarse, vio al pasante en la plaza. Ella estaba en bata. Él levantó la cabeza y la saludó. Ella hizo una inclinación rápida y cerró la ventana.

Léon esperó todo el día a que llegaran las seis de la tarde; pero, al entrar en la posada, no encontró a nadie más que al señor Binet, sentado a la mesa.

Aquella cena de la víspera había sido para él un acontecimiento considerable; nunca, hasta entonces, había conversado durante dos horas seguidas con una dama. ¿Cómo había podido exponerle, y en tal lenguaje, tantas cosas que antes no habría sabido decir tan bien? Era tímido de natural y guardaba esa reserva que participa a la vez del pudor y del disimulo. En Yonville se le tenía por un joven de modales como es debido. Escuchaba razonar a la gente madura y no parecía exaltado en política, cosa notable en un joven. Además poseía talentos: pintaba a la acuarela, sabía leer la clave de sol, y gustaba de ocuparse de literatura después de cenar, cuando no jugaba a las cartas. El señor Homais lo apreciaba por su instrucción; la señora Homais le tenía cariño por su complacencia, pues a menudo acompañaba al jardín a los pequeños Homais, chiquillos siempre sucios de cara, muy mal educados y algo linfáticos, como su madre. Tenían para cuidarlos, además de la criada, a Justin, el mancebo de la botica, un primo lejano del señor Homais al que habían acogido en casa por caridad y que servía al mismo tiempo de doméstico.

El boticario se mostró el mejor de los vecinos. Informó a la señora Bovary sobre los proveedores, hizo venir a su vendedor de sidra expresamente, probó él mismo la bebida y vigiló en la bodega que el tonel quedara bien colocado; indicó además cómo arreglárselas para tener una provisión de

mantequilla a buen precio, y concluyó un arreglo con Lestiboudois, el sacristán, quien, además de sus funciones sacerdotales y mortuorias, cuidaba los principales jardines de Yonville por horas o por año, según el gusto de las personas.

No era solo la necesidad de ocuparse de los demás lo que impulsaba al farmacéutico a tanta cordialidad obsequiosa: había además un plan.

Había infringido la ley del 19 de ventoso del año XI, artículo primero, que prohíbe a todo individuo sin diploma el ejercicio de la medicina; de modo que, a raíz de denuncias tenebrosas, Homais había sido citado en Rouen, ante el señor procurador del rey, en su despacho particular. El magistrado lo había recibido de pie, con su toga, armiño al hombro y birrete en la cabeza. Era por la mañana, antes de la audiencia. Se oía pasar por el corredor las recias botas de los gendarmes, y como un ruido lejano de grandes cerraduras que se cerraban. Los oídos le zumbaron al boticario hasta creer que le iba a dar un ataque de apoplejía; entrevió calabozos, a su familia llorando, la farmacia vendida, todos los tarros dispersos; y se vio obligado a entrar en un café a tomar un vaso de ron con agua de Seltz, para recobrar el ánimo.

Poco a poco, el recuerdo de aquella amonestación se fue debilitando, y siguió, como antes, dando consultas anodinas en la trastienda. Pero el alcalde le guardaba rencor, algunos colegas estaban celosos de él, había que temerle todo; granjearse a Bovary a fuerza de atenciones era ganarse su gratitud, e impedir que hablara más tarde, si llegaba a advertir algo. Así, todas las mañanas, Homais le llevaba el periódico, y a menudo, por la tarde, dejaba un momento la farmacia para ir a casa del oficial de sanidad a departir un rato.

Charles estaba triste: la clientela no llegaba. Permanecía sentado durante largas horas, sin hablar, iba a dormir a su gabinete o miraba coser a su mujer. Para distraerse, se empleó en casa como peón, e incluso intentó pintar el desván con un resto de pintura que habían dejado los pintores. Pero los asuntos de dinero le preocupaban. Había gastado tanto en las reparaciones de Tostes, en los vestidos de la señora y en la mudanza, que toda la dote, más de tres mil escudos, se había esfumado en dos años. Además, ¡cuántas cosas estropeadas o perdidas en el traslado de Tostes a Yonville, sin contar

el cura de yeso que, al caer de la carreta en un bache demasiado fuerte, se había hecho añicos contra el pavimento de Quincampoix!

Una preocupación mejor vino a distraerlo: el embarazo de su mujer. A medida que el término se acercaba, la quería más. Era otro lazo de la carne que se establecía y como el sentimiento continuo de una unión más completa. Cuando la veía de lejos, con su andar perezoso y el talle girando blandamente sobre las caderas sin corsé, cuando frente a frente la contemplaba a sus anchas y ella tomaba, sentada, posturas fatigadas en su sillón, entonces su felicidad no se contenía; se levantaba, la besaba, le pasaba las manos por la cara, la llamaba mamaíta, quería hacerla bailar, y soltaba, medio riendo, medio llorando, toda clase de bromas cariñosas que le venían a la mente. La idea de haber engendrado lo deleitaba. Nada le faltaba ya. Conocía la existencia humana de cabo a rabo, y se acodaba en ella con serenidad.

Emma sintió primero un gran asombro, y luego deseos de dar a luz, para saber qué cosa era ser madre. Pero, no pudiendo permitirse los gastos que hubiera querido —tener una cuna en forma de barquilla con cortinas de seda rosa y capotitas bordadas—, renunció al ajuar en un acceso de amargura, y lo encargó de una vez a una costurera del pueblo, sin elegir ni discutir nada. No se entretuvo, pues, en esos preparativos en que a la ternura de las madres se le abre el apetito, y acaso por ello su cariño, desde el principio, quedó algo atenuado.

Sin embargo, como Charles, en todas las comidas, hablaba del chiquillo, pronto ella pensó en él de un modo más continuo.

Deseaba un hijo; sería fuerte y moreno, lo llamaría Georges; y esa idea de tener por hijo un varón era como la revancha, en esperanza, de todas sus impotencias pasadas. Un hombre, al menos, es libre; puede recorrer las pasiones y los países, atravesar los obstáculos, morder las felicidades más lejanas. Pero a una mujer se la impide continuamente. Inerte y flexible a la vez, tiene en contra suya las blanduras de la carne junto con las dependencias de la ley. Su voluntad, como el velo de su sombrero sujeto por un cordón, palpita a todos los vientos; siempre hay algún deseo que arrastra, alguna conveniencia que retiene.

Dio a luz un domingo, hacia las seis, al salir el sol.

—¡Es una niña! —dijo Charles.

Ella volvió la cabeza y se desmayó.

Casi enseguida, acudió la señora Homais y la abrazó, lo mismo que la tía Lefrançois, del *León de Oro*. El farmacéutico, como hombre discreto, le dirigió solamente algunas felicitaciones provisionales por la puerta entreabierta. Quiso ver a la niña, y la encontró bien conformada.

Durante su convalecencia, se ocupó mucho en buscar un nombre para su hija. Primero pasó revista a todos los que tenían terminaciones italianas, como Clara, Louisa, Amanda, Atala; le gustaba bastante Galsuinde, más aún Yseult o Léocadie. Charles deseaba que llamaran a la niña como su madre; Emma se oponía. Se recorrió el calendario de cabo a rabo, y se consultó a los forasteros.

—El señor Léon —decía el farmacéutico—, con quien hablaba de esto el otro día, se extraña de que no elija usted Madeleine, que está excesivamente de moda ahora.

Pero la señora Bovary madre protestó enérgicamente contra ese nombre de pecadora. El señor Homais, por su parte, tenía predilección por todos los que recordaban a un gran hombre, un hecho ilustre o una idea generosa, y siguiendo ese sistema había bautizado a sus cuatro hijos. Así, Napoleón representaba la gloria y Franklin la libertad; Irma, tal vez, era una concesión al romanticismo; pero Athalie era un homenaje a la más inmortal obra maestra de la escena francesa. Pues sus convicciones filosóficas no impedían sus admiraciones artísticas; el pensador, en él, no ahogaba al hombre sensible; sabía establecer diferencias, dar su parte a la imaginación y su parte al fanatismo. De aquella tragedia, por ejemplo, censuraba las ideas, pero admiraba el estilo; maldecía la concepción, pero aplaudía todos los detalles, y se exasperaba contra los personajes, entusiasmándose con sus discursos. Cuando leía los grandes pasajes, se sentía transportado; pero, cuando pensaba que los curas sacaban partido de ellos para su negocio, se desolaba, y en esa confusión de sentimientos en que se embarullaba, habría querido a la vez poder coronar a Racine con sus dos manos y discutir con él durante un buen cuarto de hora.

Por fin, Emma recordó que en el castillo de la Vaubyessard había oído a la marquesa llamar Berthe a una joven; desde entonces quedó elegido ese nombre, y, como el tío Rouault no podía venir, se rogó al señor Homais que fuera padrino. Dio como regalos todos los productos de su establecimiento,

a saber: seis cajas de pastillas de jujuba, un bocal entero de *racahout*, tres cucuruchos de pasta de malvavisco y, además, seis barras de azúcar candi que había vuelto a encontrar en un armario. La noche de la ceremonia hubo una gran cena; el cura estaba presente; se caldearon los ánimos. El señor Homais, a la hora de los licores, entonó *El Dios de las buenas gentes*. El señor Léon cantó una barcarola, y la señora Bovary madre, que era la madrina, una romanza de los tiempos del Imperio; por fin, el señor Bovary padre exigió que bajaran a la niña, y se puso a bautizarla con una copa de champán que le vertía desde lo alto sobre la cabeza. Esta burla del primero de los sacramentos indignó al padre Bournisien; el padre Bovary respondió con una cita de *La guerra de los dioses*; el cura quiso marcharse; las señoras le suplicaban; Homais intervino; y se logró que el eclesiástico volviera a sentarse, y reanudó tranquilamente, en su platillo, su media taza de café a medio beber.

El señor Bovary padre se quedó todavía un mes en Yonville, donde deslumbró a los vecinos con un soberbio gorro de cuartel con galones de plata que llevaba por las mañanas, para fumar la pipa en la plaza. Como tenía también la costumbre de beber mucho aguardiente, a menudo mandaba a la criada al *León de Oro* a comprarle una botella, que se apuntaba en la cuenta de su hijo; y gastó, para perfumar sus pañuelos, toda la provisión de agua de Colonia que tenía su nuera.

A ella no le disgustaba su compañía. Había corrido mundo: hablaba de Berlín, de Viena, de Estrasburgo, de sus tiempos de oficial, de las amantes que había tenido, de los grandes almuerzos que había dado; y además se mostraba amable, y a veces incluso, ya en la escalera, ya en el jardín, la agarraba por la cintura exclamando:

— ¡Charles, ten cuidado!

Entonces la señora Bovary madre se alarmó por la felicidad de su hijo, y, temiendo que su esposo, a la larga, tuviera una influencia inmoral sobre las ideas de la joven, se apresuró a adelantar la partida. Quizá tenía inquietudes más serias. El señor Bovary era hombre capaz de no respetar nada.

Un día, a Emma le entró de pronto la necesidad de ver a su hijita, que habían puesto de nodriza en casa de la mujer del carpintero; y, sin mirar en el almanaque si las seis semanas de la Virgen duraban todavía, se encaminó

hacia la casa de Rollet, que se hallaba en el extremo del pueblo, al pie de la cuesta, entre la carretera y los prados.

Era mediodía; las casas tenían los postigos cerrados, y los tejados de pizarra, que relucían bajo la luz áspera del cielo azul, parecían, en la cresta de sus hastiales, hacer chispear centellas. Soplaban un viento pesado. Emma se sentía débil al andar; los guijarros de la acera le lastimaban; dudó si no se volvería a casa, o si entraría en algún sitio a sentarse.

En ese momento, el señor Léon salió de una puerta vecina con un fajo de papeles bajo el brazo. Vino a saludarla y se puso a la sombra delante de la tienda de Lheureux, bajo el toldo gris que sobresalía.

La señora Bovary dijo que iba a ver a su hija, pero que empezaba a sentirse cansada.

— Si... —repuso Léon, sin atreverse a continuar.

— ¿Tiene usted algo que hacer por algún sitio? —preguntó ella.

Y, ante la respuesta del pasante, le rogó que la acompañara. Esa misma tarde se supo en Yonville, y la señora Tuvache, la mujer del alcalde, declaró delante de su criada que la señora Bovary se comprometía.

Para llegar a casa de la nodriza había que, tras la calle, torcer a la izquierda, como para ir al cementerio, y seguir, entre casitas y corrales, un senderillo bordeado de aligustres. Estaban en flor, y las verónicas también, los agavanzos, las ortigas y las zarzas ligeras que brotaban de los matorrales. Por el hueco de los setos se veían, en las casuchas, algún cerdo sobre un estercolero, o vacas trabadas, restregando los cuernos contra el tronco de los árboles. Los dos, uno al lado del otro, andaban despacio, ella apoyándose en él y él conteniendo el paso, que acompasaba al de ella; delante de ellos revoloteaba un enjambre de moscas, zumbando en el aire caliente.

Reconocieron la casa por un viejo nogal que la sombreaba. Baja y cubierta de tejas pardas, tenía por fuera, bajo la buhardilla del granero, una ristra de cebollas colgada. Unos haces de leña, de pie contra la cerca de espino, rodeaban un cuadro de lechugas, unos pies de espliego y macetas de flores montadas sobre rodrigones. Agua sucia corría desparramándose sobre la hierba, y había alrededor varios trapos indistintos, medias de punto, una camiseta de indiana roja, y una gran sábana de lienzo grueso tendida a lo largo sobre el seto. Al ruido de la cancela, apareció la nodriza, con un niño de teta

en el brazo. Con la otra mano tiraba de un pobre chiquillo enclenque, con la cara cubierta de escrófulas, hijo de un bonetero de Rouen a quien sus padres, demasiado ocupados con su negocio, dejaban en el campo.

—Entre —dijo—; su pequeña está ahí durmiendo.

La habitación, en la planta baja, la única de la vivienda, tenía al fondo, contra la pared, una cama grande sin cortinas, mientras que la artesa ocupaba el lado de la ventana, uno de cuyos cristales estaba remendado con un sol de papel azul. En el rincón, detrás de la puerta, unos borceguíes de clavos relucientes estaban alineados bajo la losa del lavadero, junto a una botella llena de aceite que llevaba una pluma en el gollete; un *Mathieu Laensberg* andaba tirado sobre la chimenea polvorienta, entre pedernales, cabos de vela y trozos de yesca; y, por último, la última superfluidad de aquel aposento era una Fama soplando en unas trompetas, imagen recortada sin duda de algún prospecto de perfumería, y que seis tachuelas de zueco clavaban en la pared.

La niña de Emma dormía en el suelo, en una cuna de mimbre. La cogió con la manta que la envolvía, y se puso a cantar suavemente, meciéndose.

Léon se paseaba por la habitación; le parecía extraño ver a aquella hermosa dama con vestido de nanquín, en medio de tanta miseria. La señora Bovary se puso colorada; él se volvió, creyendo que sus ojos habían tenido acaso alguna impertinencia. Luego ella volvió a acostar a la pequeña, que acababa de vomitar sobre su gorguera. La nodriza acudió enseguida a limpiarla, protestando que no se le notaría.

—Me hace otras cosas peores —decía—, ¡y no hago más que estar limpiándola sin parar! Si tuviera usted a bien mandarle decir a Camus, el tendero, que me deje coger un poco de jabón cuando lo necesito, sería incluso más cómodo para usted, pues así no le molestaría.

—Bien, bien —dijo Emma—. ¡Adiós, señora Rollet!

Y salió, limpiándose los pies en el umbral.

La buena mujer la acompañó hasta el final del corral, hablando todo el rato de lo mucho que le costaba levantarse por la noche.

—Estoy tan molida a veces, que me quedo dormida en la silla; así que por lo menos debería usted darme una librita de café molido, que me dura-

ría un mes y que tomaría por las mañanas con leche.

Después de soportar sus agradecimientos, la señora Bovary se marchó; y ya iba algo adelantada por el sendero, cuando, al oír un ruido de zuecos, volvió la cabeza: ¡era la nodriza!

—¿Qué pasa?

Entonces la campesina, llevándosela aparte, detrás de un olmo, se puso a hablarle de su marido, que, con su oficio y los seis francos al año que el capitán...

—Termine más deprisa —dijo Emma.

—Pues bien —repuso la nodriza, soltando suspiros entre cada palabra—, tengo miedo de que le dé tristeza verme tomar café yo sola; ya sabe, los hombres...

—Puesto que va a tenerlo —repetía Emma—, ¡yo se lo daré!... ¡Me está usted aburriendo!

—¡Ay, mi pobre y querida señora, es que tiene, a consecuencia de sus heridas, unos calambres terribles en el pecho! Dice incluso que la sidra lo debilita.

—Pero dese usted prisa, ¡señora Rollet!

—Pues bien —repuso esta, haciendo una reverencia—, si no fuera pedirle demasiado... —volvió a saludar—, cuando usted quiera —y su mirada suplicaba—, un jarrito de aguardiente —dijo por fin—, y con él le frotaré los piecitos a su niña, que los tiene tiernos como la lengua.

Libre ya de la nodriza, Emma volvió a tomar el brazo del señor Léon. Anduvo deprisa durante un rato; luego aminoró el paso, y su mirada, que paseaba delante de ella, fue a dar con el hombro del joven, cuya levita tenía un cuello de terciopelo negro. Su cabello castaño le caía encima, liso y bien peinado. Ella se fijó en sus uñas, que eran más largas de lo que se llevaban en Yonville. Era una de las grandes ocupaciones del pasante cuidárselas; y guardaba, para ese uso, un cortaplumas especial en su escribanía. Volvieron a Yonville siguiendo la orilla del agua. En la estación cálida, la ribera, más ensanchada, dejaba al descubierto hasta su base los muros de los jardines, que tenían una escalinata de unos pocos peldaños que bajaba hasta el río. Corría sin ruido, rápida y fría a la vista; largas hierbas finas se doblaban

juntas, según la corriente que las empujaba, y como cabelleras verdes abandonadas se extendían en su limpidez. A veces, en la punta de los juncos o sobre la hoja de los nenúfares, un insecto de patas finas caminaba o se posaba. El sol atravesaba con un rayo los pequeños glóbulos azules de las ondas que se sucedían reventándose; los viejos sauces desmochados reflejaban en el agua su corteza gris; más allá, todo alrededor, la pradera parecía vacía. Era la hora de la cena en las granjas, y la joven y su acompañante, al caminar, no oían más que la cadencia de sus pasos sobre la tierra del sendero, las palabras que se decían, y el roce del vestido de Emma que crujía a su alrededor.

Los muros de los jardines, guarnecidos en su remate de cascotes de botella, estaban calientes como el cristal de un invernadero. En los ladrillos habían brotado alhelíes; y, con el borde de su sombrilla desplegada, la señora Bovary, al pasar, iba deshaciendo en polvo amarillo alguna de sus flores marchitas, o bien alguna rama de las madreselvas y las clemátides que colgaban por fuera se enredaba un momento en la seda, prendiéndose en los flecos.

Hablaban de una compañía de bailarines españoles, a la que esperaban pronto en el teatro de Rouen.

—¿Irá usted? —preguntó ella.

—Si puedo —respondió él.

¿No tenían nada más que decirse? Sus ojos, sin embargo, estaban llenos de una conversación más seria; y, mientras se esforzaban por encontrar frases banales, sentían invadirles a ambos una misma languidez; era como un murmullo del alma, profundo, continuo, que dominaba el de las voces. Sorprendidos de asombro ante aquella nueva suavidad, no pensaban en contar-se la sensación ni en descubrir su causa. Las dichas futuras, como las costas de los trópicos, proyectan sobre la inmensidad que las precede sus blanduras natales, una brisa perfumada, y uno se adormece en esa embriaguez sin siquiera inquietarse por el horizonte que no se percibe.

El terreno, en un punto, estaba hundido por el paso del ganado, y hubo que andar sobre piedras grandes y verdosas, espaciadas en el barro. A menudo ella se detenía un instante a mirar dónde poner el botín, —y, tambaleándose sobre el guijarro que temblaba, los codos en alto, el talle inclinado,

la mirada indecisa, se reía entonces, por miedo a caer en los charcos de agua.

Cuando llegaron delante de su jardín, la señora Bovary empujó la portezuela, subió corriendo los escalones y desapareció.

Léon volvió a su notaría. El patrón estaba ausente; echó un vistazo a los expedientes, luego afiló una pluma, y por fin cogió el sombrero y se marchó.

Se fue a la Pâtur, en lo alto de la cuesta de Argueil, a la entrada del bosque; se tumbó en el suelo bajo los abetos, y miró el cielo a través de los dedos.

— ¡Qué aburrido estoy! — se decía —, ¡qué aburrido estoy!

Se consideraba digno de lástima por vivir en aquel pueblo, con Homais por amigo y el señor Guillaumin por patrón.

Este último, todo entregado a los negocios, con gafas de patillas de oro y patillas rojas sobre corbata blanca, no entendía nada de las delicadezas del espíritu, aunque afectaba un aire tieso e inglés que había deslumbrado al pasante en los primeros tiempos. En cuanto a la mujer del farmacéutico, era la mejor esposa de Normandía, dulce como un cordero, adorando a sus hijos, a su padre, a su madre, a sus primos, llorando por los males ajenos, dejándolo todo correr en su casa, y detestando los corsés; —pero tan lenta para moverse, tan aburrida de escuchar, de aspecto tan vulgar y de conversación tan limitada, que él nunca había pensado, aunque ella tuviera treinta años y él veinte, aunque durmieran puerta con puerta, y aunque le hablara todos los días, que ella pudiera ser una mujer para alguien, ni que poseyera de su sexo otra cosa que el vestido.

¿Y además, qué había? Binet, algunos comerciantes, dos o tres taberneros, el cura, y por fin el señor Tuvache, el alcalde, con sus dos hijos, gente acomodada, hosca, obtusa, que cultivaba sus tierras con sus propias manos, que hacía comilonas en familia, devota por lo demás, y de un trato absolutamente insoportable.

Pero, sobre el fondo común de todos aquellos rostros humanos, el rostro de Emma se destacaba aislado y, sin embargo, más lejano; pues sentía entre ella y él como vagos abismos.

Al principio había ido a su casa varias veces en compañía del farmacéutico; Charles no se había mostrado en absoluto muy deseoso de recibirlo; y Léon no sabía cómo comportarse, entre el miedo a ser indiscreto y el deseo de una intimidad que juzgaba casi imposible.

IV

Con los primeros fríos, Emma dejó su alcoba para instalarse en la sala, pieza larga de techo bajo donde había, sobre la chimenea, un polípero frondoso que se desplegaba contra el espejo. Sentada en su butaca, junto a la ventana, veía pasar por la acera a la gente del pueblo.

Léon, dos veces al día, iba de la notaría al León de Oro. Emma lo oía venir de lejos; se inclinaba escuchando, y el joven se deslizaba tras la cortina, siempre vestido de la misma manera y sin volver la cabeza. Pero al anochecer, cuando, con la barbilla apoyada en la mano izquierda, había dejado sobre las rodillas su tapicería empezada, a menudo se estremecía al ver aparecer aquella sombra deslizándose de pronto. Se levantaba y mandaba poner la mesa.

El señor Homais llegaba durante la cena. Gorro griego en mano, entraba con pasos silenciosos para no molestar a nadie, repitiendo siempre la misma frase: «¡Buenas noches a la compañía!». Luego, cuando se había instalado en su sitio, junto a la mesa, entre los dos esposos, pedía al médico noticias de sus enfermos, y este le consultaba sobre la probabilidad de cobrar los honorarios. Después se hablaba de lo que traía el periódico. Homais, a esa hora, lo sabía casi de memoria, y lo relataba íntegro, con las reflexiones del periodista y todas las historias de catástrofes particulares ocurridas en Francia o en el extranjero. Pero, agotado el tema, no tardaba en lanzar algunas observaciones sobre los platos que veía. A veces incluso, incorporándose a medias, indicaba delicadamente a la señora el trozo más tierno, o, volviéndose hacia la criada, le daba consejos sobre la manipulación de los guisos y la higiene de los aderezos; hablaba de aroma, osmazomo, jugos y gelatina de un modo deslumbrante. Con la cabeza, por lo demás, más llena de recetas de lo que su farmacia lo estaba de tarros, Homais era diestro en hacer

gran cantidad de confituras, vinagres y licores dulces, y conocía también todos los inventos nuevos de calefactores económicos, junto con el arte de conservar los quesos y curar los vinos enfermos.

A las ocho, Justin venía a buscarlo para cerrar la farmacia. Entonces el señor Homais lo miraba con ojo burlón, sobre todo si Félicité se hallaba allí, pues se había dado cuenta de que su aprendiz sentía predilección por la casa del médico.

— Mi buen mozo — decía —, empieza a tener ideas, y creo, que me lleve el diablo, que está enamorado de su criada.

Pero un defecto más grave, que le reprochaba, era el de escuchar continuamente las conversaciones. Los domingos, por ejemplo, no había manera de hacerlo salir del salón, adonde la señora Homais lo había llamado para llevarse a los niños, que se dormían en los sillones, arrastrando con la espalda las fundas de calicó, demasiado holgadas.

No acudía mucha gente a aquellas veladas del farmacéutico, pues su maledicencia y sus opiniones políticas habían ido alejando de él, sucesivamente, a varias personas respetables. El pasante no faltaba nunca. En cuanto oía la campanilla, corría al encuentro de la señora Bovary, le cogía el chal y dejaba aparte, bajo el mostrador de la farmacia, las gruesas zapatillas de orillo que ella se ponía sobre el calzado cuando había nieve.

Primero se jugaban algunas partidas de treinta y una; luego el señor Homais jugaba al écarté con Emma; Léon, detrás de ella, le daba consejos. De pie, con las manos en el respaldo de la silla, miraba los dientes del peine que mordían su moño. A cada movimiento que ella hacía para echar las cartas, su vestido se le subía por el lado derecho. Desde el cabello recogido le bajaba por la espalda un color moreno que, palideciendo gradualmente, se iba perdiendo poco a poco en la sombra. Luego, el vestido caía a ambos lados sobre el asiento, ahuecándose, lleno de pliegues, y se extendía hasta el suelo. Cuando Léon sentía a veces la suela de su bota posarse encima, se apartaba, como si hubiera pisado a alguien.

Cuando terminaba la partida de cartas, el boticario y el médico jugaban al dominó, y Emma, cambiando de sitio, se acodaba en la mesa para hojear *L'Illustration*. Había traído su revista de modas. Léon se colocaba a su lado; miraban juntos los grabados y se esperaban al final de cada página. A menu-

do ella le pedía que le leyera versos; Léon los declamaba con voz cansina, y los dejaba morir cuidadosamente en los pasajes de amor. Pero el ruido del dominó le molestaba; el señor Homais era fuerte en ese juego, y ganaba a Charles con el doble seis pleno. Luego, concluidas las tres partidas de cien, los dos se recostaban delante del hogar y no tardaban en dormirse. El fuego se apagaba entre las cenizas; la tetera estaba vacía; Léon seguía leyendo. Emma lo escuchaba, haciendo girar maquinalmente la pantalla de la lámpara, donde había pintados sobre la gasa unos pierrots en carricoches y bailarinas de cuerda floja, con sus balancines. Léon se detenía, señalando con un gesto a su auditorio dormido, y entonces se hablaban en voz baja, y la conversación que sostenían les parecía más dulce porque nadie la oía.

Así se estableció entre ellos una especie de complicidad, un intercambio continuo de libros y romanzas; el señor Bovary, poco celoso, no se extrañaba de ello.

Recibió como regalo de su santo una hermosa cabeza frenológica, toda marcada con cifras hasta el tórax y pintada de azul. Fue una atención del pasante. Tuvo muchas otras, hasta el punto de hacerle sus recados en Rouen; y como el libro de un novelista había puesto de moda la manía de las plantas crasas, Léon compraba algunas para la señora, que traía sobre las rodillas, en La Golondrina, pinchándose los dedos con sus pelos duros.

Hizo instalar, junto a su ventana, una tablilla con balaustrada para sostener sus jarrones. El pasante tuvo también su jardincillo colgante; se veían el uno al otro cuidando sus flores en la ventana.

Entre las ventanas del pueblo, había una que estaba ocupada aún más a menudo; pues los domingos, desde la mañana hasta la noche, y todas las tardes, si el tiempo estaba despejado, se veía en el tragaluz de una buhardilla el perfil enjuto del señor Binet, inclinado sobre su torno, cuyo zumbido monótono se oía hasta el León de Oro.

Una noche, al volver a casa, Léon encontró en su cuarto una alfombra de terciopelo y lana con follaje sobre fondo claro; llamó a la señora Homais, al señor Homais, a Justin, a los niños, a la cocinera; se lo contó a su patrón; todo el mundo quiso conocer aquella alfombra; ¿por qué tenía la mujer del médico esas generosidades con el pasante? Aquello pareció raro, y se pensó definitivamente que debía de ser su querida.

Él mismo daba pie a creerlo, de tanto que hablaba sin cesar de los encantos y del ingenio de ella, hasta el punto de que Binet le respondió una vez con mucha brusquedad:

—¿A mí qué me importa, si yo no soy de su sociedad?

Se atormentaba por descubrir el modo de hacerle su declaración; y, siempre vacilando entre el temor de disgustarla y la vergüenza de ser tan pusilánime, lloraba de desaliento y de deseo. Luego tomaba decisiones enérgicas; escribía cartas que rompía, se daba plazos que iba aplazando. A menudo se ponía en marcha con el propósito de atreverse a todo; pero esa resolución lo abandonaba muy pronto en presencia de Emma, y, cuando Charles, apareciendo de improviso, lo invitaba a subir a su charrete para ir juntos a ver a algún enfermo de los alrededores, él aceptaba enseguida, saludaba a la señora y se marchaba. ¿No era su marido, al fin y al cabo, algo de ella?

En cuanto a Emma, ni siquiera se preguntó si lo amaba. El amor, creía ella, debía llegar de repente, con grandes fulgores y relámpagos —huracán de los cielos que cae sobre la vida, la trastorna, arranca las voluntades como hojas y arrastra al abismo el corazón entero. No sabía que, en las azoteas de las casas, la lluvia forma lagos cuando los canalones están obstruidos, y así habría permanecido en su seguridad, hasta que descubrió de pronto una grieta en el muro.

V

Fue un domingo de febrero, una tarde en que nevaba.

Habían salido todos, el señor y la señora Bovary, Homais y el señor Léon, a ver, a media legua de Yonville, en el valle, una fábrica de hilados de lino que se estaba instalando. El boticario había llevado consigo a Napoléon y a Athalie, para hacerles hacer ejercicio, y Justin los acompañaba, con los paraguas al hombro.

Sin embargo, nada había menos curioso que aquella curiosidad. Un gran solar vacío, donde se hallaban revueltos, entre montones de arena y guijarros, algunos engranajes ya oxidados, rodeaba un largo edificio cuadrangular horadado por gran cantidad de ventanucos. No estaba terminado de construir, y se veía el cielo a través de los durmientes del tejado. Atado a la viga del hastial, un ramillete de paja entremezclado de espigas hacía chasquear al viento sus cintas tricolores.

Homais hablaba. Explicaba a la compañía la importancia futura de aquel establecimiento, calculaba la resistencia de los suelos, el grosor de las paredes, y lamentaba mucho no tener un bastón métrico, como el que poseía el señor Binet para su uso particular.

Emma, que iba cogida de su brazo, se apoyaba un poco en su hombro, y miraba el disco del sol que irradiaba a lo lejos, entre la bruma, su palidez deslumbrante; pero volvió la cabeza: Charles estaba allí. Llevaba la gorra hundida hasta las cejas, y sus dos gruesos labios temblaban, lo que añadía a su rostro algo de estúpido; hasta su espalda, su espalda tranquila, resultaba irritante de ver, y ella encontraba en ella, extendida sobre la levita, toda la vulgaridad del personaje.

Mientras lo contemplaba, saboreando así en su irritación una especie de voluptuosidad depravada, Léon dio un paso adelante. El frío, que lo palidecía, parecía depositar en su rostro una languidez más dulce; entre la corbata y el cuello, el cuello de la camisa, algo suelto, dejaba ver la piel; una punta de oreja asomaba bajo un mechón de cabello, y su gran ojo azul, alzado hacia las nubes, le pareció a Emma más límpido y más hermoso que esos lagos de montaña donde se mira el cielo.

— ¡Desdichado! — exclamó de pronto el boticario.

Y corrió hacia su hijo, que acababa de precipitarse en un montón de cal para pintarse los zapatos de blanco. Ante los reproches con que lo abrumbaban, Napoléon se puso a dar alaridos, mientras Justin le limpiaba el calzado con un manojo de paja embarrada. Pero hacía falta un cuchillo; Charles ofreció el suyo.

— ¡Ah! — se dijo ella —, lleva un cuchillo en el bolsillo, como un campesino.

Caía la escarcha; y se volvieron hacia Yonville.

La señora Bovary, aquella noche, no fue a casa de sus vecinos, y, cuando Charles se hubo marchado, al sentirse sola, el paralelo se reanudó con la nitidez de una sensación casi inmediata y con ese alargamiento de perspectiva que el recuerdo da a los objetos. Mirando desde su cama el fuego claro que ardía, veía todavía, como allá, a Léon de pie, doblando con una mano su varita y sosteniendo con la otra a Athalie, que chupaba tranquilamente un trozo de hielo. Lo encontraba encantador; no podía apartarse de él; recordó sus otras actitudes en otros días, frases que había dicho, el sonido de su voz, toda su persona; y repetía, adelantando los labios como para un beso:

— ¡Sí, encantador! ¡Encantador!... ¿No amaré él? — se preguntó—. ¿A quién, pues?... ¡Pero si soy yo!

Todas las pruebas se desplegaron a la vez, y su corazón dio un vuelco. La llama de la chimenea hacía temblar en el techo una claridad alegre; se volvió boca arriba estirando los brazos.

Entonces comenzó la eterna lamentación: «¡Oh, si el cielo lo hubiera querido! ¿Por qué no es así? ¿Quién lo impedía, pues?...»

Cuando Charles, a medianoche, regresó, ella fingió despertarse, y, como él hizo ruido al desnudarse, se quejó de jaqueca; luego preguntó con indiferencia qué había pasado durante la velada.

—El señor Léon —dijo él— ha subido temprano.

Ella no pudo evitar sonreír, y se durmió con el alma llena de un encanto nuevo.

Al día siguiente, al caer la noche, recibió la visita del señor Lheureux, comerciante de novedades. Era un hombre hábil aquel tendero.

Nacido gascón, pero convertido en normando, duplicaba su labia meridional con la cautela del país de Caux. Su rostro, grasiento, blando y sin barba, parecía teñido con una decocción de regaliz claro, y su cabellera blanca hacía aún más vivo el brillo duro de sus ojillos negros. Se ignoraba lo que había sido antaño: buhonero, decían unos; banquero en Routot, según otros. Lo cierto es que hacía de memoria cálculos complicados, capaces de asustar al propio Binet. Cortés hasta la obsequiosidad, se mantenía siempre con los riñones medio encorvados, en la postura de quien saluda o de quien invita.

Después de dejar en la puerta su sombrero adornado con un crespón, puso sobre la mesa una caja verde, y empezó por quejarse a la señora, con mucha cortesía, de haber quedado hasta la fecha sin obtener su confianza. Una tienda pobre como la suya no estaba hecha para atraer a una mujer elegante; recalcó la palabra. Ella no tenía sino que encargarse, y él se encargaría de proveerle lo que quisiera, tanto en mercería como en lencería, en géneros de punto o novedades; pues iba a la ciudad cuatro veces al mes, con regularidad. Estaba en relación con las casas más importantes. Se podía hablar de él en los Trois Frères, en la Barbe d'Or o en el Grand Sauvage; ¡todos esos señores lo conocían como la palma de su mano! Así que hoy venía a mostrarle a la señora, de paso, varios artículos que se encontraba tener gracias a una ocasión de lo más rara. Y sacó de la caja media docena de cuellos bordados.

La señora Bovary los examinó.

—No necesito nada —dijo ella.

Entonces el señor Lheureux exhibió delicadamente tres chales argelinos, varios paquetes de agujas inglesas, un par de zapatillas de paja y, por últi-

mo, cuatro hueveras de coco, caladas por presidiarios. Luego, con las dos manos sobre la mesa, el cuello estirado, el talle inclinado, seguía, boquiabierto, la mirada de Emma, que se paseaba indecisa entre aquellas mercancías. De vez en cuando, como para quitarles el polvo, daba un golpecito de uña sobre la seda de los chales, desplegados en toda su longitud; y estos se estremecían con un ligero rumor, haciendo centellear, a la luz verdosa del crepúsculo, como pequeñas estrellas, las lentejuelas de oro de su tejido.

—¿Cuánto cuestan?

—Una miseria —respondió—, una miseria; pero no hay prisa; cuando usted quiera; ¡no somos judíos!

Ella reflexionó unos instantes, y acabó, una vez más, por dar las gracias al señor Lheureux, que replicó sin inmutarse.

—Bueno; ya nos entenderemos más adelante; con las señoras siempre me las he arreglado, ¡salvo con la mía, eso sí!

Emma sonrió.

—Era para decirle —prosiguió con aire bonachón tras su broma— que no es el dinero lo que me preocupa... Se lo daría, si hiciera falta.

Ella tuvo un gesto de sorpresa.

—¡Ah! —dijo él vivamente y en voz baja—, no tendría que ir muy lejos para encontrarle algo; ¡cuente con ello!

Y se puso a preguntar por el tío Tellier, el dueño del Café Français, a quien el señor Bovary atendía por entonces.

—¿Y qué es lo que tiene el tío Tellier?... Tose de manera que hace temblar toda la casa, y mucho me temo que pronto le va a hacer más falta un gabán de pino que una camisola de franela. ¡Ha hecho tantas juergas cuando era joven! ¡Esa gente, señora, no tenía el menor orden! ¡Se ha calcinado con el aguardiente! Pero da pena lo mismo ver marcharse a un conocido.

Y, mientras cerraba la hebilla de su caja, seguía discurriendo así sobre la clientela del médico.

—Sin duda es el tiempo —dijo mirando los cristales con cara de fastidio— la causa de esas enfermedades. Yo tampoco me encuentro muy católico; tendré que venir un día de estos a consultar al señor, por un dolor que tengo

en la espalda. En fin, adiós, señora Bovary; a su disposición; ¡su humilde servidor!

Y cerró la puerta suavemente.

Emma se hizo servir la cena en su cuarto, junto al fuego, en una bandeja; tardó mucho en comer; todo le pareció bueno.

—¡Qué sensata he sido! —se decía, pensando en los chales.

Oyó pasos en la escalera: era Léon. Se levantó, y cogió de la cómoda, entre los paños para dobladillar, el primero de la pila. Parecía muy ocupada cuando él apareció.

La conversación fue lánguida, y la señora Bovary la abandonaba a cada instante, mientras él, por su parte, permanecía como del todo cohibido. Sentado en una silla baja, cerca de la chimenea, hacía girar entre los dedos el estuche de marfil; ella empujaba la aguja, o, de vez en cuando, con la uña, fruncía los pliegues de la tela. Ella no hablaba; él callaba, cautivado por su silencio, tanto como lo habría estado por sus palabras.

—¡Pobre muchacho! —pensaba ella.

—¿En qué le desagrado? —se preguntaba él.

Léon, sin embargo, acabó por decir que uno de esos días debía ir a Rouen, por un asunto de la notaría...

—Su suscripción de música ha terminado, ¿debo renovarla?

—No —respondió ella.

—¿Por qué?

—Porque...

Y, apretando los labios, tiró lentamente de una larga hebra de hilo gris.

Aquella labor irritaba a Léon. Los dedos de Emma parecían despellejarse en las puntas; le vino a la cabeza una frase galante, pero no se atrevió a decirla.

—¿Así que la abandona? —insistió él.

—¿Qué? —dijo ella vivamente—; ¿la música? ¡Ah, Dios mío, sí! ¿Acaso no tengo mi casa que llevar, a mi marido que cuidar, mil cosas, en fin, no

pocos deberes que están antes que todo eso?

Miró el reloj de pared. Charles se retrasaba. Entonces fingió inquietud. Dos o tres veces incluso repitió:

—¡Es tan bueno!

El pasante sentía afecto por el señor Bovary. Pero aquella ternura hacia él le sorprendió de un modo desagradable; sin embargo, continuó su elogio, que oía hacer a todo el mundo, decía, y sobre todo al farmacéutico.

—¡Ah, es un hombre excelente! —repuso Emma.

—Ciertamente —repuso el pasante.

Y se puso a hablar de la señora Homais, cuyo aspecto tan descuidado solía darles motivo de risa.

—¿Y eso qué importa? —interrumpió Emma—. Una buena madre de familia no se preocupa de su atavío.

Luego volvió a caer en su silencio.

Lo mismo ocurrió los días siguientes; su manera de hablar, sus modales, todo cambió. Se la vio tomarse a pecho su hogar, volver a la iglesia con regularidad y llevar a su criada con más severidad.

Retiró a Berthe de la nodriza. Félicité la traía cuando había visitas, y la señora Bovary la desnudaba para lucir sus miembros. Declaraba adorar a los niños; eran su consuelo, su alegría, su locura, y acompañaba sus caricias de efusiones líricas que, a cualquiera que no fuese de Yonville, le habrían recordado a la Sachette de *Nuestra Señora de París*.

Cuando Charles volvía a casa, encontraba junto a las cenizas sus zapatillas puestas a calentar. Sus chalecos ya no carecían de forro, ni sus camisas de botones, y hasta daba gusto contemplar en el armario todos los gorros de algodón dispuestos en pilas iguales. Ella ya no ponía reparos, como antes, a dar vueltas por el jardín; lo que él proponía era siempre aceptado, aunque ella no adivinara los deseos a los que se sometía sin un murmullo; —y cuando Léon lo veía junto al fuego, después de la cena, las dos manos sobre el vientre, los dos pies sobre los morillos, la mejilla enrojecida por la digestión, los ojos húmedos de felicidad, con la niña arrastrándose sobre la al-

fombra, y aquella mujer de talle esbelto que por encima del respaldo del sillón venía a besarlo en la frente:

—¡Qué locura! —se decía—, ¿y cómo llegar hasta ella?

Le pareció, pues, tan virtuosa e inaccesible, que toda esperanza, hasta la más vaga, lo abandonó.

Pero, por esa renuncia, la situaba en condiciones extraordinarias. Ella se despojó, para él, de las cualidades carnales de las que nada tenía que obtener; y fue, en su corazón, ascendiendo siempre y desprendiéndose, a la manera magnífica de una apoteosis que remonta el vuelo. Era uno de esos sentimientos puros que no estorban el ejercicio de la vida, que se cultivan porque son raros, y cuya pérdida afligiría más de lo que alegra su posesión.

Emma adelgazó, sus mejillas palidecieron, su rostro se afiló. Con sus bandós negros, sus grandes ojos, su nariz recta, su andar de pájaro, y siempre callada ahora, ¿no parecía atravesar la existencia rozándola apenas, y llevar en la frente la vaga huella de alguna predestinación sublime? Estaba tan triste y tan serena, tan dulce a la vez y tan reservada, que uno se sentía junto a ella preso de un encanto glacial, como se tiritaba en las iglesias bajo el perfume de las flores mezclado con el frío de los mármoles. Ni siquiera los demás escapaban a esa seducción. El farmacéutico decía:

—Es una mujer de grandes recursos, que no estaría fuera de lugar en una subprefectura.

Las burguesas admiraban su economía; los clientes, su cortesía; los pobres, su caridad.

Pero estaba llena de codicias, de rabia, de odio. Aquel vestido de pliegues rectos ocultaba un corazón trastornado, y aquellos labios tan púdicos no contaban su tormenta. Estaba enamorada de León, y buscaba la soledad para poder deleitarse más a gusto en su imagen. La vista de su persona turbaba la voluptuosidad de aquella meditación. Emma palpitaba al ruido de sus pasos; luego, en su presencia, la emoción decaía, y no le quedaba después sino un inmenso asombro que acababa en tristeza.

León no sabía, cuando salía de su casa desesperado, que ella se levantaba detrás de él para verlo en la calle. Se inquietaba por sus idas y venidas, espiaba su rostro; inventó toda una historia para hallar pretexto y visitar su cuarto. La mujer del farmacéutico le parecía muy dichosa por dormir bajo el

mismo techo; y sus pensamientos se abatían continuamente sobre aquella casa, como las palomas del León de Oro que iban a mojar allí, en los canales, sus patas rosadas y sus alas blancas. Pero cuanto más se daba cuenta Emma de su amor, más lo reprimía, para que no se notara, y para disminuirlo. Habría querido que León lo sospechara; e imaginaba azares, catástrofes que lo hubiesen facilitado. Lo que la retenía, sin duda, era la pereza o el espanto, y también el pudor. Pensaba que lo había rechazado demasiado lejos, que ya no era tiempo, que todo estaba perdido. Luego el orgullo, la alegría de decirse: «soy virtuosa», y de mirarse en el espejo adoptando poses resignadas, la consolaba un poco del sacrificio que creía estar haciendo.

Entonces, los apetitos de la carne, las codicias de dinero y las melancolías de la pasión, todo se confundió en un mismo sufrimiento; —y, en lugar de apartar de ahí su pensamiento, lo sujetaba a ello con más fuerza, excitándose al dolor y buscando ocasiones por todas partes. Se irritaba por un plato mal servido o por una puerta entreabierta, se lamentaba del terciopelo que no tenía, de la felicidad que le faltaba, de sus sueños demasiado altos, de su casa demasiado estrecha.

Lo que la exasperaba era que Charles no parecía sospechar su suplicio. La convicción en que él estaba de hacerla feliz le parecía un insulto imbécil, y su seguridad al respecto, una ingratitud. ¿Para quién era, pues, virtuosa? ¿No era él el obstáculo para toda felicidad, la causa de toda desdicha, y como el agudo punzón de esa complicada correa que la ataba por todos lados?

Así pues, hizo recaer sobre él solo el sinnúmero de odios que resultaban de sus contrariedades, y cada esfuerzo por atenuarlo no servía sino para aumentarlo; pues aquella pena inútil se sumaba a los demás motivos de desesperación y contribuía todavía más al distanciamiento. Su propia dulzura consigo misma le provocaba rebeldías. La mediocridad doméstica la empujaba a fantasías lujosas, la ternura matrimonial a deseos adúlteros. Habría querido que Charles la golpeará, para poder detestarlo con más justicia, vengarse de él. A veces se asombraba de las conjeturas atroces que le venían a la mente; y había que seguir sonriendo, oírse repetir que era feliz, fingir serlo, dejárselo creer.

Sin embargo, sentía asco de aquella hipocresía. La asaltaban tentaciones de huir con León, a algún sitio, muy lejos, para probar un destino nuevo;

pero al instante se abría en su alma un abismo vago, lleno de oscuridad.

—Además, él ya no me quiere —pensaba—; ¿qué será de mí? ¿Qué socorro esperar, qué consuelo, qué alivio?

Quedaba deshecha, jadeante, inerte, sollozando en voz baja y con lágrimas que corrían.

—¿Por qué no se lo dice al señor? —le preguntaba la criada, cuando entraba durante aquellas crisis.

—Son los nervios —respondía Emma—; no le digas nada, lo afligirías.

—¡Ah, sí! —proseguía Félicité—, es usted exactamente como la Guérine, la hija del tío Guérin, el pescador del Pollet, a quien conocí en Dieppe, antes de venir a servirla. Estaba tan triste, tan triste, que al verla de pie en el umbral de su casa, daba la impresión de un paño de entierro tendido delante de la puerta. Su mal, según parece, era una especie de niebla que tenía en la cabeza, y los médicos no podían hacer nada, ni el cura tampoco. Cuando le daba muy fuerte, se iba ella sola a la orilla del mar, tanto que el teniente de aduanas, al hacer su ronda, a menudo la encontraba tendida boca abajo, llorando sobre los guijarros. Luego, después de casarse, se le pasó, según dicen.

—Pero a mí —repuso Emma— fue después de casarme cuando me vino.

VI

Una tarde en que la ventana estaba abierta, y en que, sentada junto al alféizar, acababa de mirar a Lestiboudois, el pertiguero, que podaba el boj, oyó de pronto tocar el ángelus.

Estaban a comienzos de abril, cuando las prímulas están abiertas; un viento tibio se enrosca sobre los arriates labrados, y los jardines, como las mujeres, parecen ataviarse para las fiestas del verano. Por entre los barrotes del cenador y más allá, todo alrededor, se veía el río en la pradera, donde dibujaba sobre la hierba sinuosidades vagabundas. El vapor de la tarde pasaba entre los álamos deshojados, difuminando sus contornos con un tinte violeta, más pálido y más transparente que una gasa sutil detenida en sus ramas. A lo lejos caminaban unas reses; no se oían ni sus pasos ni sus mugidos; y la campana, sonando sin cesar, proseguía en el aire su lamentación pacífica.

Con aquel tañido repetido, el pensamiento de la joven se extraviaba en sus viejos recuerdos de juventud y de internado. Recordó los grandes candelabros que sobresalían en el altar por encima de los jarrones llenos de flores y del sagrario de columnitas. Habría querido, como antaño, verse confundida todavía en la larga fila de los velos blancos, que marcaban de negro aquí y allá las tocas rígidas de las monjas inclinadas sobre su reclinatorio; el domingo, en misa, cuando levantaba la cabeza, distinguía el dulce rostro de la Virgen entre los remolinos azulados del incienso que ascendía. Entonces la embargaba una ternura; se sentía blanda y del todo abandonada, como un plumón de ave que gira arrastrado por la tempestad; y fue sin darse cuenta de ello como se encaminó hacia la iglesia, dispuesta a cualquier devoción, con tal de que en ella se absorbiera su alma y en ella desapareciese la existencia entera.

Se encontró en la plaza con Lestiboudois, que regresaba; pues, por no recortar la jornada, prefería interrumpir su faena y luego reanudarla, de modo que tocaba el ángelus a su conveniencia. Por lo demás, el toque, hecho más temprano, avisaba a los chicos de la hora del catecismo.

Ya algunos que habían llegado jugaban a las canicas sobre las losas del cementerio. Otros, a horcadas sobre el muro, agitaban las piernas, segando con sus zuecos las grandes ortigas crecidas entre el pequeño recinto y las últimas tumbas. Era el único lugar que estaba verde; todo lo demás no era más que piedras, cubiertas continuamente de un polvo fino, a pesar de la escoba de la sacristía.

Los niños, en zapatillas, corrían allí como sobre un entarimado hecho para ellos, y se oían los estallidos de sus voces a través del zumbido de la campana. Éste iba menguando con las oscilaciones de la gruesa cuerda que, cayendo desde lo alto del campanario, arrastraba por el suelo su extremo. Pasaban golondrinas lanzando pequeños chillidos, cortando el aire con el filo de su vuelo, y volvían deprisa a sus nidos amarillos, bajo las tejas del alero. Al fondo de la iglesia ardía una lámpara, es decir, una mecha de mariposa en un vaso colgante. Su luz, de lejos, parecía una mancha blanquecina que temblaba sobre el aceite. Un largo rayo de sol atravesaba toda la nave y hacía aún más oscuras las naves laterales y los rincones.

—¿Dónde está el cura? —preguntó la señora Bovary a un muchacho que se entretenía en sacudir el torniquete en su agujero, demasiado holgado.

—Ya viene —respondió él.

En efecto, la puerta de la casa parroquial chirrió, apareció el padre Bournisien; los niños, en tropel, huyeron hacia la iglesia.

—¡Esos bribones! —murmuró el eclesiástico—, ¡siempre los mismos!

Y, recogiendo un catecismo hecho jirones con el que acababa de tropezar:

—¡No respetan nada!

Pero, en cuanto vio a la señora Bovary:

—Discúlpeme —dijo—, no la había reconocido.

Se metió el catecismo en el bolsillo y se detuvo, sin dejar de balancear entre dos dedos la pesada llave de la sacristía.

El resplandor del sol poniente, que le daba de lleno en el rostro, palidecía el lasting de su sotana, reluciente en los codos, deshilachado por abajo. Manchas de grasa y de tabaco seguían, sobre su ancho pecho, la línea de los botoncitos, y se hacían más numerosas al alejarse de la pechera, donde reposaban los abundantes pliegues de su piel roja; estaba salpicada de máculas amarillas que desaparecían entre los pelos ásperos de su barba entrecana. Acababa de cenar y respiraba ruidosamente.

—¿Cómo se encuentra usted? —añadió.

—Mal —respondió Emma—; sufro.

—Pues yo también —repuso el eclesiástico—. Estos primeros calores, ¿verdad?, ablandan de un modo asombroso. En fin, ¿qué quiere usted? Hemos nacido para sufrir, como dice san Pablo. Pero el señor Bovary, ¿qué opina de eso?

—¡Él! —dijo ella con un gesto de desdén.

—¡Cómo! —replicó el buen hombre, muy sorprendido—, ¿no le receta nada?

—¡Ah! —dijo Emma—, no son los remedios de la tierra los que a mí me harían falta.

Pero el cura, de vez en cuando, miraba hacia el interior de la iglesia, donde todos los chiquillos, arrodillados, se empujaban con el hombro y caían como frailecillos de naipes.

—Quisiera saber... —prosiguió ella.

—Espera, espera, Riboudet —gritó el eclesiástico con voz colérica—, ¡que voy a calentarte las orejas, bribón!

Luego, volviéndose hacia Emma:

—Es el hijo de Boudet el carpintero; sus padres tienen buena posición y le dejan hacer sus fantasías. Sin embargo, aprendería deprisa si quisiera, porque tiene mucho ingenio. Y yo, a veces, en broma, lo llamo Riboudet (como la cuesta que se toma para ir a Maromme), e incluso digo: mi Riboudet. ¡Ja, ja! ¡Mont-Riboudet! El otro día le referí esa ocurrencia a Monseñor, que se rio de ella... se dignó reírse. —Y el señor Bovary, ¿cómo está?

Ella parecía no oír. Él continuó:

—¿Siempre muy ocupado, sin duda? Pues sin duda somos, él y yo, las dos personas de la parroquia que más que hacer tenemos. Pero él es el médico de los cuerpos —añadió con una risa espesa—, ¡y yo lo soy de las almas!

Ella fijó en el sacerdote unos ojos suplicantes.

—Sí... —dijo ella—, usted alivia todas las miserias.

—¡Ah, no me hable de eso, señora Bovary! Esta misma mañana he tenido que ir a Bas-Diauville por una vaca que tenía el mal del hinchazón; creían que era un maleficio. Todas sus vacas, no sé cómo... Pero, ¡perdón! ¡Longuermarre y Boudet! ¡recórcholis! ¿queréis terminar de una vez?

Y, de un salto, se precipitó dentro de la iglesia.

Los chiquillos, entonces, se apretujaban en torno al gran atril, se encaramaban al taburete del chantre, abrían el misal; y otros, a paso de lobo, iban a aventurarse pronto hasta dentro del confesonario. Pero el cura, de repente, repartió sobre todos ellos una granizada de bofetadas. Cogiéndolos por el cuello de la chaqueta, los levantaba del suelo y los volvía a poner de rodillas sobre las losas del coro, con fuerza, como si hubiera querido plantarlos allí.

—Vamos —dijo cuando volvió junto a Emma, desplegando su ancho pañuelo de indiana, del que se metió una punta entre los dientes—, ¡bien dignos de lástima son los labradores!

—También los hay —respondió ella.

—¡Desde luego! Los obreros de las ciudades, por ejemplo.

—No son ellos...

—¡Perdóneme! He conocido allí pobres madres de familia, mujeres virtuosas, se lo aseguro, verdaderas santas, a quienes faltaba hasta el pan.

—Pero aquellas —repuso Emma (y las comisuras de su boca se torcían al hablar)—, aquellas, señor cura, que tienen pan, y que no tienen...

—Fuego en invierno —dijo el sacerdote.

—¡Eh! ¿qué importa?

—¡Cómo! ¿que qué importa? Me parece a mí que cuando se está bien caldeado, bien alimentado..., porque, en fin...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —suspiraba ella.

—¿Se encuentra usted mal? —dijo, adelantándose con aire inquieto—; ¿es la digestión, sin duda? Debe volver a su casa, señora Bovary, y tomar un poco de té; eso la fortalecerá, o bien un vaso de agua fresca con azúcar moreno.

—¿Por qué?

Y tenía el aire de alguien que despierta de un sueño.

—Es que se pasaba usted la mano por la frente. He creído que le entraba un mareo.

Luego, reconsiderándolo:

—Pero, ¿no me preguntaba usted algo? ¿Qué era? Ya no me acuerdo.

—¿Yo? Nada..., nada... —repetía Emma.

Y su mirada, que paseaba a su alrededor, se posó lentamente sobre el anciano de sotana. Se contemplaron los dos, cara a cara, sin hablar.

—Bueno, señora Bovary —dijo por fin—, dispénseme, pero el deber ante todo, ya sabe; tengo que despachar a mis granujas. Ya se acercan las primeras comuniones. ¡Nos van a coger de nuevo desprevenidos, me temo! Por eso, a partir de la Ascensión, los tengo derechos todos los miércoles una hora más. ¡Pobres criaturas! Nunca se los puede encaminar demasiado pronto por la senda del Señor, como, por lo demás, él mismo nos lo recomendó por boca de su divino Hijo... Buena salud, señora; mis respetos a su marido.

Y entró en la iglesia, haciendo una genuflexión ya desde la puerta.

Emma lo vio desaparecer entre la doble hilera de bancos, caminando con paso pesado, la cabeza un poco inclinada sobre el hombro, y con las dos manos entreabiertas, que llevaba vueltas hacia fuera.

Luego giró sobre sus talones, de una sola pieza, como una estatua sobre un pivote, y tomó el camino de su casa. Pero la voz gruesa del cura, la voz

clara de los chiquillos, seguían llegando a su oído y continuaban a su espalda:

—¿Eres cristiano?

—Sí, soy cristiano.

—¿Qué es un cristiano?

—Es el que, estando bautizado..., bautizado..., bautizado.

Subió los peldaños de su escalera agarrándose a la barandilla, y, cuando estuvo en su habitación, se dejó caer en un sillón.

La luz blanquecina de los cristales descendía suavemente con ondulaciones. Los muebles, en su sitio, parecían haberse vuelto más inmóviles y perderse en la sombra como en un océano tenebroso. La chimenea estaba apagada, el péndulo seguía marcando el compás, y Emma se admiraba vagamente de aquella calma de las cosas, mientras que en ella misma había tantos trastornos. Pero, entre la ventana y la mesa de labor, estaba allí la pequeña Berthe, que se tambaleaba sobre sus botitas de punto, y trataba de acercarse a su madre para agarrarle, por la punta, las cintas del delantal.

—¡Déjame! —dijo esta, apartándola con la mano.

La niña pronto volvió a acercarse, aún más, contra sus rodillas; y, apoyándose en ellas con los brazos, levantaba hacia ella su ojo azul y grande, mientras un hilillo de saliva pura le corría desde el labio sobre la seda del delantal.

—¡Déjame! —repitió la joven, irritadísima.

Su rostro asustó a la niña, que se echó a llorar a gritos.

—¡Vamos, déjame de una vez! —dijo, empujándola con el codo.

Berthe fue a caer al pie de la cómoda, contra la percha de cobre; se cortó la mejilla, salió sangre. La señora Bovary se precipitó para levantarla, rompió el cordón de la campanilla, llamó a la criada con todas sus fuerzas, y ya iba a empezar a maldecirse, cuando apareció Charles. Era la hora de la cena, volvía a casa.

—Mira, querido —le dijo Emma con voz tranquila—: la pequeña, jugando, acaba de hacerse daño en el suelo.

Charles la tranquilizó, el caso no era nada grave, y fue a buscar diaquilón.

La señora Bovary no bajó al comedor; quiso quedarse sola para velar a su hija. Entonces, contemplándola dormir, lo que le quedaba de inquietud se fue disipando poco a poco, y se pareció a sí misma muy necia y muy buena por haberse turbado hacía un momento por tan poca cosa. Berthe, en efecto, ya no sollozaba. Su respiración, ahora, alzaba insensiblemente la colcha de algodón. Gruesas lágrimas se detenían en la comisura de sus párpados entornados, que dejaban ver entre las pestañas dos pupilas pálidas, hundidas; el esparadrapo, pegado a su mejilla, tiraba oblicuamente de la piel tensa.

—Es cosa extraña —pensaba Emma—, ¡lo fea que es esta niña!

Cuando Charles, a las once de la noche, volvió de la farmacia (adonde había ido, después de cenar, a devolver lo que le quedaba del diaquilón), encontró a su mujer de pie junto a la cuna.

—Pero si te aseguro que no será nada —dijo, besándola en la frente—; no te atormentes, pobrecita, ¡te vas a poner enferma!

Se había quedado largo rato en casa del boticario. Aunque no se había mostrado allí muy conmovido, el señor Homais, sin embargo, se había esforzado en reconfortarlo, en levantarle el ánimo.

Entonces habían hablado de los diversos peligros que amenazaban a la infancia y de la ligereza de los criados. La señora Homais sabía algo de eso, pues aún conservaba en el pecho las marcas de una cazoleta de brasas que, en otro tiempo, una cocinera había dejado caer en su blusón. Por eso aquellos buenos padres tomaban gran cantidad de precauciones. Los cuchillos nunca estaban afilados, ni los suelos encerados. Había en las ventanas rejas de hierro y en las jambas fuertes barras. Los pequeños Homais, a pesar de su independencia, no podían moverse sin un vigilante detrás de ellos; al menor resfriado, su padre los atiborraba de pectorales, y hasta pasados los cuatro años llevaban todos, sin compasión, rodetes acolchados en la cabeza. Era, a decir verdad, una manía de la señora Homais; su esposo se afligía interiormente por ello, temiendo para los órganos del intelecto los posibles resultados de semejante compresión, y llegaba a escapársele decirle:

—¿Pretendes entonces hacer de ellos unos caribes o unos botocudos?

Charles, sin embargo, había intentado varias veces interrumpir la conversación.

—Tendría que hablar con usted —había susurrado en voz baja al oído del pasante, que se puso a caminar delante de él por la escalera.

«¿Sospechará algo?», se preguntaba Léon. Tenía palpitaciones y se perdía en conjeturas.

Por fin Charles, tras cerrar la puerta, le rogó que se informara él mismo en Rouen de cuáles podían ser los precios de un buen daguerrotipo; era una sorpresa sentimental que reservaba a su mujer, una atención delicada, su trato con el frac negro. Pero quería antes saber a qué atenerse; estas gestiones no debían suponer molestia alguna al señor Léon, puesto que iba a la ciudad casi todas las semanas.

¿Con qué fin? Homais sospechaba detrás de todo aquello alguna historia de hombre joven, alguna intriga. Pero se equivocaba; Léon no andaba tras ningún amorío. Más triste que nunca, y la señora Lefrançois bien se daba cuenta de ello por la cantidad de comida que dejaba ahora en su plato. Para saber más, interrogó al recaudador; Binet replicó, en tono brusco, que no le pagaba la policía.

Su compañero, sin embargo, le parecía muy singular; pues a menudo Léon se reclinaba en su silla extendiendo los brazos, y se quejaba vagamente de la existencia.

—Es que usted no se distrae bastante —decía el recaudador.

—¿Con qué?

—Yo, en su lugar, ¡tendría un torno!

—Pero es que yo no sé tornear —respondía el pasante.

—¡Oh, es verdad! —decía el otro, acariciándose la mandíbula, con un aire de desdén mezclado de satisfacción.

Léon estaba cansado de amar sin resultado; y además empezaba a sentir ese agobio que causa la repetición de una misma vida, cuando ningún interés la dirige y ninguna esperanza la sostiene. Estaba tan hastiado de Yonville y de los yonvilleses, que la vista de ciertas personas, de ciertas casas, lo irritaba hasta no poder soportarlo; y el farmacéutico, con todo lo bonachón

que era, le resultaba completamente insoportable. Sin embargo, la perspectiva de una situación nueva lo asustaba tanto como lo seducía.

Aquella aprensión se convirtió pronto en impaciencia, y París entonces agitó para él, en la lejanía, la fanfarria de sus bailes de máscaras con la risa de sus grisetas. Puesto que allí debía terminar su carrera de derecho, ¿por qué no partía? ¿Quién se lo impedía? Y se puso a hacer preparativos interiores: dispuso de antemano sus ocupaciones. Se amuebló, en su cabeza, un apartamento. ¡Llevaría allí una vida de artista! ¡Tomaría lecciones de guitarra! ¡Tendría una bata, una boina vasca, zapatillas de terciopelo azul! Y hasta admiraba ya sobre su chimenea dos floretes cruzados, con una calavera y la guitarra encima.

Lo difícil era el consentimiento de su madre; sin embargo, nada parecía más razonable. Su propio patrón lo animaba a visitar otra notaría, donde pudiera desarrollarse más. Tomando, pues, un término medio, Léon buscó alguna plaza de segundo pasante en Rouen, no la encontró, y escribió por fin a su madre una larga carta detallada, donde exponía las razones para irse a vivir a París inmediatamente. Ella consintió.

No se dio prisa. Cada día, durante todo un mes, Hivert transportó para él de Yonville a Rouen, de Rouen a Yonville, baúles, maletas, paquetes; y, cuando Léon hubo renovado su guardarropa, hecho rellenar sus tres sillones, comprado una provisión de fulares, tomado, en una palabra, más disposiciones que para un viaje alrededor del mundo, fue aplazándolo de semana en semana, hasta que recibió una segunda carta materna en la que se le apremiaba a partir, puesto que deseaba, antes de las vacaciones, presentarse a su examen.

Cuando llegó el momento de los abrazos, la señora Homais lloró; Justin sollozaba; Homais, como hombre fuerte, disimuló su emoción; quiso llevar él mismo el gabán de su amigo hasta la verja del notario, que se llevaba a Léon a Rouen en su coche. Este último apenas tuvo tiempo justo de despedirse del señor Bovary.

Cuando estuvo en lo alto de la escalera, se detuvo, tan sin aliento se sentía. Al entrar él, la señora Bovary se levantó con viveza.

— ¡Otra vez yo! — dijo Léon.

— ¡Lo sabía!

Se mordió los labios, y un aflujo de sangre le corrió bajo la piel, que se coloreó toda de rosa, desde el nacimiento del pelo hasta el borde de su cuello. Permanecía de pie, apoyando el hombro contra el artesonado.

—¿El señor no está, entonces? —repuso él.

—Está ausente.

Ella repitió:

—Está ausente.

Entonces hubo un silencio. Se miraron; y sus pensamientos, confundidos en la misma angustia, se estrechaban íntimamente, como dos pechos palpitantes.

—Me gustaría besar a Berthe —dijo Léon.

Emma bajó algunos peldaños, y llamó a Félicité.

Él lanzó rápidamente a su alrededor una amplia mirada que se extendió sobre las paredes, las estanterías, la chimenea, como para penetrarlo todo, llevárselo todo.

Pero ella volvió a entrar, y la criada trajo a Berthe, que agitaba al extremo de un cordel un molinillo de viento con la cabeza hacia abajo.

Léon la besó en el cuello varias veces.

—¡Adiós, pobre niña! ¡Adiós, querida pequeña, adiós! Y se la entregó a su madre.

—Llévesela —dijo esta.

Se quedaron solos.

La señora Bovary, de espaldas, tenía el rostro apoyado contra un cristal; Léon sostenía la gorra en la mano y la golpeaba suavemente contra su muslo.

—Va a llover —dijo Emma.

—Tengo capa —respondió él.

—¡Ah!

Ella se volvió, con la barbilla baja y la frente hacia delante. La luz resbala por ella como sobre un mármol, hasta la curva de las cejas, sin que se pudiera saber qué miraba Emma en el horizonte ni qué pensaba en lo hondo de sí misma.

—Bueno, ¡adiós! —suspiró él.

Ella levantó la cabeza con un movimiento brusco:

—Sí, adiós..., ¡váyase!

Se acercaron el uno al otro; él tendió la mano, ella vaciló.

—A la inglesa, entonces —dijo, abandonando la suya, esforzándose por reír.

Léon la sintió entre sus dedos, y la sustancia misma de todo su ser le parecía descender hasta aquella palma húmeda.

Luego abrió la mano; sus ojos se encontraron una vez más, y él desapareció.

Cuando estuvo bajo el mercado cubierto, se detuvo, y se escondió detrás de un pilar, para contemplar una última vez aquella casa blanca con sus cuatro persianas verdes. Creyó ver una sombra tras la ventana, en la habitación; pero la cortina, desprendiéndose de la percha como si nadie la tocara, agitó lentamente sus largos pliegues oblicuos, que de un solo golpe se desplegaron todos, y quedó recta, más inmóvil que un muro de yeso. Léon echó a correr.

Divisó de lejos, en la carretera, el cabriolé de su patrón, y a su lado un hombre en mandil de arpillera que sostenía el caballo. Homais y el señor Guillaumin conversaban. Lo esperaban.

—Abráceme —dijo el boticario, con lágrimas en los ojos—. Aquí tiene su gabán, buen amigo; ¡cuídese del frío! ¡Cuídese! ¡No se descuide!

—Vamos, Léon, ¡suba al coche! —dijo el notario.

Homais se inclinó sobre el guardabarros, y con voz entrecortada por los sollozos, dejó caer estas dos tristes palabras:

—¡Buen viaje!

—Buenas noches —respondió el señor Guillaumin—. ¡Suelte todo!

Partieron, y Homais se dio la vuelta.

La señora Bovary había abierto su ventana hacia el jardín, y miraba las nubes.

Se amontonaban en el poniente, hacia Rouen, y hacían rodar de prisa sus volutas negras, tras las cuales asomaban por detrás las grandes líneas del sol, como las flechas de oro de un trofeo suspendido, mientras que el resto del cielo vacío tenía la blancura de una porcelana. Pero una racha de viento hizo doblarse a los álamos, y de pronto cayó la lluvia; crepitaba sobre las hojas verdes. Luego el sol reapareció, cantaron las gallinas, unos gorriones batían las alas en los matorrales húmedos, y los charcos de agua sobre la arena se llevaban, al escurrirse, las flores rosadas de una acacia.

«¡Ah, ya debe de estar lejos!», pensó.

El señor Homais, como de costumbre, vino a las seis y media, durante la cena.

— Bueno — dijo, sentándose —, ¿conque hace un rato hemos embarcado a nuestro joven?

— ¡Eso parece! — respondió el médico.

Luego, volviéndose en su silla:

— ¿Y qué hay de nuevo en su casa?

— Poca cosa. Mi mujer, solamente, ha estado, esta tarde, un poco alterada. Ya sabe, ¡a las mujeres cualquier cosa las trastorna! ¡A la mía sobre todo! Y estaría mal rebelarse contra eso, puesto que su organización nerviosa es mucho más flexible que la nuestra.

— ¡Pobre Léon! — decía Charles —. ¿Cómo va a vivir en París?... ¿Se acostumbrará?

La señora Bovary suspiró.

— ¡Vamos, hombre! — dijo el farmacéutico chasqueando la lengua —, ¡las comilonas en el restaurante! ¡los bailes de máscaras! ¡el champán! todo eso rodará, se lo aseguro.

— No creo que se descarríe — objetó Bovary.

—¡Ni yo tampoco! —repuso vivamente el señor Homais—, aunque tendrá que seguir a los demás, so pena de pasar por un jesuita. ¡Y no sabe usted la vida que llevan esos bribones, en el Barrio Latino, con las actrices! Por lo demás, los estudiantes son muy bien vistos en París. Con tal de que tengan algún talento de sociedad, se los recibe en las mejores sociedades, y hasta hay damas del faubourg Saint-Germain que se enamoran de ellos, lo que les proporciona, más adelante, ocasiones de hacer muy buenos matrimonios.

—Pero —dijo el médico—, temo por él que... allá...

—Tiene usted razón —interrumpió el boticario—, ¡es el reverso de la medalla! Y allí se está obligado continuamente a llevar la mano puesta sobre el bolsillo del chaleco. Así, supongamos que está usted en un jardín público; se presenta un fulano, bien vestido, condecorado incluso, y al que se tomaría por un diplomático; se le acerca a usted; conversan; él se insinúa, le ofrece una pizca de rapé o le recoge el sombrero. Luego se traban más; lo lleva a usted al café, lo invita a ir a su casa de campo, le hace trabar, entre dos vinos, toda clase de amistades, y, las tres cuartas partes del tiempo no es más que para desvalijarle la bolsa o arrastrarlo a gestiones perniciosas.

—Es verdad —respondió Charles—; pero yo pensaba sobre todo en las enfermedades, en la fiebre tifoidea, por ejemplo, que ataca a los estudiantes de provincias.

Emma se estremeció.

—A causa del cambio de régimen —continuó el farmacéutico—, y de la perturbación que de ello resulta en la economía general. ¡Y además, el agua de París, fíjese! los platos de los restauradores, todos esos alimentos especiados acaban por acalorarle a uno la sangre y no valen, dígame lo que se diga, un buen cocido. Yo, por mi parte, siempre he preferido la cocina casera: ¡es más sana! Por eso, cuando estudiaba farmacia en Rouen, me puse de pupilo en una pensión; comía con los profesores.

Y continuó, pues, exponiendo sus opiniones generales y sus simpatías personales, hasta el momento en que Justin fue a buscarlo para preparar un ponche de huevo que había que hacer.

—¡Ni un instante de respiro! —exclamó—, ¡siempre encadenado! ¡No puedo salir un minuto! ¡Hay que sudar sangre y agua, como un caballo de labor! ¡Qué yugo de miseria!

Luego, cuando estuvo en la puerta:

—A propósito —dijo—, ¿sabe usted la noticia?

—¿Cuál?

—Que es muy probable —repuso Homais, enarcando las cejas y poniendo la cara más seria del mundo— que los comicios agrícolas del Sena Inferior se celebren este año en Yonville-l'Abbaye. El rumor, al menos, corre. Esta mañana el periódico decía algo de eso. ¡Sería de suma importancia para nuestro distrito! Pero ya hablaremos de ello más tarde. Ya veo bien, se lo agradezco; Justin tiene el farol.

VII

El día siguiente fue, para Emma, una jornada fúnebre. Todo le pareció envuelto en una atmósfera negra que flotaba confusamente sobre el exterior de las cosas, y la pena se colaba en su alma con aullidos suaves, como hace el viento de invierno en los castillos abandonados. Era esa ensoñación que se tiene sobre lo que ya no volverá, el cansancio que a una le entra tras cada hecho consumado, ese dolor, en fin, que traen consigo la interrupción de todo movimiento acostumbrado, la cesación brusca de una vibración prolongada.

Como a la vuelta de la Vaubyessard, cuando las cuadrillas le daban vueltas en la cabeza, sentía una melancolía sombría, una desesperación entumecida. Léon reaparecía más alto, más hermoso, más suave, más vago; aunque estuviese separado de ella, no la había abandonado, estaba allí, y las paredes de la casa parecían guardar su sombra. No podía apartar la vista de aquella alfombra por donde él había caminado, de aquellos muebles vacíos donde se había sentado. El río seguía corriendo, y empujaba lentamente sus pequeñas olas a lo largo de la orilla resbaladiza. Se habían paseado por allí muchas veces, con ese mismo murmullo de las ondas, sobre los guijarros cubiertos de musgo. ¡Qué buenos soles habían tenido! ¡Qué buenas tardes, solos, a la sombra, al fondo del jardín! Él leía en voz alta, con la cabeza descubierta, sentado en un taburete de palos secos; el viento fresco de la pradera hacía temblar las páginas del libro y las capuchinas del cenador... ¡Ah! Se había marchado, el único encanto de su vida, la única esperanza posible de una felicidad. ¡Cómo no había sabido asir aquella dicha, cuando se presentaba! ¿Por qué no haberlo retenido con las dos manos, de rodillas, cuando quería huir? Y se maldijo por no haber amado a Léon; sintió sed de sus labios. Le entraron ganas de correr a reunirse con él, de arrojarle en sus bra-

zos, de decirle: «¡Soy yo, soy tuya!». Pero Emma se embarazaba de antemano con las dificultades de la empresa, y sus deseos, aumentados por un pesar, no hacían sino volverse más activos.

Desde entonces, aquel recuerdo de León fue como el centro de su tedio; chisporroteaba allí con más fuerza que, en una estepa de Rusia, una hoguera de viajeros abandonada sobre la nieve. Se precipitaba hacia él, se acurrucaba contra él, removía delicadamente aquel fuego a punto de apagarse, iba buscando a su alrededor todo lo que pudiera avivarlo más; y las reminiscencias más lejanas como las ocasiones más inmediatas, lo que sentía junto con lo que imaginaba, sus ansias de voluptuosidad que se dispersaban, sus proyectos de felicidad que crujían al viento como ramaje muerto, su virtud estéril, sus esperanzas caídas, los desechos domésticos, lo recogía todo, lo tomaba todo, y hacía que todo sirviera para recalentar su tristeza.

Sin embargo, las llamas se apaciguaron, ya fuese porque la provisión de sí misma se agotara, o porque el amontonamiento fuese demasiado considerable. El amor, poco a poco, se extinguió por la ausencia, el pesar se ahogó bajo la costumbre; y aquel resplandor de incendio que enrojecía su cielo pálido se cubrió de más sombra y se fue borrando por grados. En el adormecimiento de su conciencia, llegó incluso a tomar las repugnancias del marido por aspiraciones hacia el amante, los ardores del odio por reavivamientos de la ternura; pero, como el huracán seguía soplando siempre, y la pasión se consumió hasta las cenizas, y no llegó socorro alguno, ni asomó sol alguno, fue por todas partes noche completa, y quedó perdida en un frío horrible que la atravesaba.

Entonces volvieron los malos días de Tostes. Se consideraba ahora mucho más desdichada: pues tenía la experiencia de la pena, con la certeza de que no acabaría.

Una mujer que se había impuesto sacrificios tan grandes bien podía permitirse algunos caprichos. Se compró un reclinatorio gótico, y gastó en un mes catorce francos en limones para limpiarse las uñas; escribió a Rouen para conseguir un vestido de cachemira azul; escogió en casa de Lheureux el más bello de sus chales; se lo anudaba a la cintura sobre la bata; y, cerrados los postigos, con un libro en la mano, se quedaba tendida en un canapé con aquel atavío.

A menudo variaba su peinado: se lo hacía a la china, en bucles sueltos, en trenzas; se hizo una raya a un lado de la cabeza y se enrolló el pelo por debajo, como un hombre.

Quiso aprender italiano: compró diccionarios, una gramática, una provisión de papel en blanco. Probó lecturas serias, de historia y de filosofía. Por la noche, a veces, Charles se despertaba sobresaltado, creyendo que venían a buscarlo para un enfermo:

— Ya voy — balbucía.

Y era el ruido de una cerilla que Emma frotaba para volver a encender la lámpara. Pero con sus lecturas ocurría lo mismo que con sus labores de aguja, que, todas empezadas, atestaban su armario; las tomaba, las dejaba, pasaba a otras.

Tenía arrebatos en los que se la hubiera podido empujar fácilmente a extravagancias. Sostuvo un día, contra su marido, que sería capaz de beberse un buen medio vaso de aguardiente, y, como Charles tuvo la necedad de desafiarla a ello, se bebió el aguardiente hasta el final.

A pesar de sus aires atolondrados (esa era la palabra de las burguesas de Yonville), Emma no parecía sin embargo alegre, y, de ordinario, conservaba en las comisuras de la boca esa contracción inmóvil que arruga la cara de las solteronas y la de los ambiciosos venidos a menos. Estaba pálida por todas partes, blanca como el lino; la piel de la nariz se le tiraba hacia las alas, sus ojos miraban de una manera vaga. Por haberse descubierto tres canas en las sienes, hablaba mucho de su vejez.

A menudo la asaltaban desfallecimientos. Un día incluso tuvo un esputo de sangre, y, como Charles se apresuraba, dejando entrever su inquietud:

— ¡Bah! — respondió ella —, ¿qué más da?

Charles fue a refugiarse en su gabinete; y lloró, con los dos codos sobre la mesa, sentado en su sillón de despacho, bajo la cabeza frenológica.

Entonces escribió a su madre para rogarle que viniera, y tuvieron juntos largas conferencias acerca de Emma.

¿A qué resolverse? ¿Qué hacer, puesto que ella se negaba a todo tratamiento?

—¿Sabes lo que le haría falta a tu mujer? —insistía la señora Bovary madre—. ¡Ocupaciones forzosas, labores manuales! Si fuese como tantas otras, obligada a ganarse el pan, no tendría esos vapores que le vienen de un montón de ideas que se mete en la cabeza, y de la ociosidad en que vive.

—Sin embargo, se ocupa —decía Charles.

—¡Ah! ¡Se ocupa! ¿En qué, pues? En leer novelas, malos libros, obras que van contra la religión y en las que se burlan de los curas con discursos sacados de Voltaire. Pero todo eso lleva lejos, pobre hijo mío, y quien no tiene religión siempre acaba mal.

Así pues, quedó resuelto que se impediría a Emma leer novelas. La empresa no parecía nada fácil. La buena señora se encargó de ello: debía, al pasar por Rouen, ir en persona a ver al librero prestamista y hacerle ver que Emma daba por terminadas sus suscripciones. ¿No se tendría acaso derecho a avisar a la policía, si el librero persistía a pesar de todo en su oficio de envenenador?

Los adioses de la suegra y la nuera fueron secos. Durante las tres semanas que habían pasado juntas, no habían cruzado cuatro palabras, aparte de las cortesías y los cumplidos de cuando se encontraban a la mesa, y por la noche antes de acostarse.

La señora Bovary madre partió un miércoles, que era día de mercado en Yonville.

La Plaza, desde por la mañana, estaba atestada por una hilera de carretas que, todas apoyadas en la caja trasera, con los varales levantados al aire, se extendían a lo largo de las casas desde la iglesia hasta la posada. Al otro lado, había puestos de lona donde se vendían telas de algodón, mantas y medias de lana, con cabestros para los caballos y paquetes de cintas azules, que por la punta echaban a volar al viento. La quincallería gruesa se desparramaba por el suelo, entre pirámides de huevos y cestas de quesos, de donde salían pajas pegajosas; cerca de las trilladoras, unas gallinas que cacareaban en jaulas planas asomaban el cuello entre los barrotes. La muchedumbre, apretujándose en el mismo sitio sin querer moverse, amenazaba a veces con romper el escaparate de la farmacia. Los miércoles no se vaciaba nunca, y allí se apretaban, menos para comprar medicamentos que para tomar consultas, tan famosa era la reputación del señor Homais en los pueblos de

los alrededores. Su robusto aplomo había fascinado a los campesinos. Lo consideraban un médico más grande que todos los médicos.

Emma estaba acodada en su ventana (solía ponerse allí a menudo: la ventana, en provincias, sustituye a los teatros y al paseo), y se entretenía en observar el bullicio de los patanes, cuando divisó a un señor vestido con una levita de terciopelo verde. Llevaba guantes amarillos, aunque calzaba fuertes polainas; y se dirigía hacia la casa del médico, seguido de un campesino que caminaba cabizbajo, con aire completamente pensativo.

—¿Puedo ver al señor? —preguntó a Justin, que charlaba en el umbral con Félicité.

Y, tomándolo por el criado de la casa:

—Dígale que el señor Rodolphe Boulanger de la Huchette está aquí.

No era por vanidad territorial por lo que el recién llegado había añadido a su nombre la partícula, sino para darse mejor a conocer. La Huchette, en efecto, era una finca cerca de Yonville, cuyo castillo acababa de adquirir, con dos granjas que él mismo cultivaba, sin por ello privarse de gran cosa. ¡Vivía de soltero, y se le suponían al menos quince mil libras de renta!

Charles entró en la sala. El señor Boulanger le presentó a su hombre, que quería que lo sangraran porque sentía hormigueo por todo el cuerpo.

—Eso me purgará —objetaba él a todos los razonamientos.

Bovary mandó entonces traer una venda y una jofaina, y rogó a Justin que la sostuviera. Luego, dirigiéndose al aldeano, ya lívido:

—No tenga miedo, buen hombre.

—No, no —respondió el otro—, ¡adelante!

Y, con aire fanfarrón, tendió su grueso brazo. Bajo el pinchazo de la lanceta, la sangre brotó y fue a salpicar contra el espejo.

—¡Acerca el recipiente! —exclamó Charles.

—¡Caramba! —decía el campesino—, ¡se diría una fuentecilla que corre! ¡Qué roja tengo la sangre! Debe de ser buena señal, ¿verdad?

—A veces —repuso el oficial de sanidad—, no se siente nada al principio, y luego sobreviene el síncope, y más particularmente en las personas de

buena constitución, como este.

El campesino, a estas palabras, soltó el estuche que hacía girar entre los dedos. Una sacudida de sus hombros hizo crujir el respaldo de la silla. Se le cayó el sombrero.

—Me lo temía —dijo Bovary, aplicando el dedo sobre la vena.

La jofaina empezaba a temblar en las manos de Justin; le flaquearon las rodillas, palideció.

—¡Mujer! ¡Mujer! —llamó Charles.

De un salto, ella bajó la escalera.

—¡Vinagre! —gritó él—. ¡Ay, Dios mío, los dos a la vez!

Y, con la emoción, le costaba colocar la compresa.

—No es nada —decía muy tranquilo el señor Boulanger, mientras tomaba a Justin entre los brazos.

Y lo sentó sobre la mesa, apoyándole la espalda contra la pared.

La señora Bovary se puso a quitarle la corbata. Había un nudo en los cordones de la camisa; se quedó unos minutos moviendo sus dedos ligeros en el cuello del muchacho; luego vertió vinagre sobre su pañuelo de batista; le mojaba las sienes a golpecitos y soplaba encima, delicadamente.

El carretero volvió en sí; pero el síncope de Justin duraba todavía, y sus pupilas desaparecían en su esclerótica pálida, como flores azules en leche.

—Habría que ocultarle eso —dijo Charles.

La señora Bovary cogió la jofaina. Para ponerla debajo de la mesa, en el movimiento que hizo al inclinarse, su vestido (era un vestido de verano de cuatro volantes, de color amarillo, de talle largo y falda ancha), su vestido se ensanchó a su alrededor sobre las baldosas de la sala; y, como Emma, agachada, se tambaleaba un poco al separar los brazos, el hinchazón de la tela se hundía a trechos, según las inflexiones de su corpiño. Después fue a coger una garrafa de agua, y estaba derritiendo terrones de azúcar cuando llegó el farmacéutico. La criada había ido a buscarlo en medio del alboroto; al ver a su alumno con los ojos abiertos, recobró el aliento. Luego, dando vueltas a su alrededor, lo miraba de arriba abajo.

—¡Necio! —decía—; ¡pequeño necio, de veras! ¡Necio con todas las letras! ¡Menuda cosa, después de todo, una flebotomía! ¡Y un mocetón que no tiene miedo a nada! Una especie de ardilla, tal como lo veis, que sube a sacudir las nueces a alturas vertiginosas. ¡Ah, sí, habla, presúmete! He aquí buenas disposiciones para ejercer más adelante la farmacia; pues puedes verte llamado en circunstancias graves, ante los tribunales, para ilustrar allí la conciencia de los magistrados; ¡y sin embargo habrá que guardar la sangre fría, razonar, mostrarse hombre, o si no pasar por un imbécil!

Justin no respondía. El boticario continuaba:

—¿Quién te ha pedido que vinieras? ¡Siempre importunas al señor y a la señora! Los miércoles, además, tu presencia me resulta más indispensable. Ahora hay veinte personas en la casa. Lo he dejado todo por el interés que te tengo. ¡Vamos, vete! ¡Corre! Espérame, y vigila los tarros.

Cuando Justin, que se estaba vistiendo de nuevo, se hubo marchado, se habló un poco de los desmayos. La señora Bovary nunca los había tenido.

—¡Es extraordinario en una dama! —dijo el señor Boulanger—. Por lo demás, hay gente muy delicada. Así, he visto, en un duelo, a un testigo perder el conocimiento solo con el ruido de las pistolas que se cargaban.

—A mí —dijo el boticario—, la vista de la sangre ajena no me hace nada en absoluto; pero la sola idea de la mía corriendo bastaría para causarme desfallecimientos, si reflexionara demasiado en ello.

Entretanto, el señor Boulanger despidió a su criado, invitándolo a tranquilizar su espíritu, ya que su capricho había pasado.

—Me ha procurado la ventaja de conocerlos —añadió.

Y miraba a Emma mientras decía la frase.

Luego dejó tres francos en la esquina de la mesa, saludó con desenvoltura y se marchó.

Pronto estuvo al otro lado del río (era su camino para volver a la Huchette); y Emma lo vio en la pradera, caminando bajo los álamos, aminorando el paso de vez en cuando, como alguien que reflexiona.

—¡Es muy bonita! —se decía—; ¡es muy bonita, esa mujer del médico! Buenos dientes, los ojos negros, el pie coqueto, y un porte de parisiense.

¿De dónde diablos habrá salido? ¿Dónde la habrá encontrado ese gordinflón?

El señor Rodolphe Boulanger tenía treinta y cuatro años; era de temperamento brutal y de inteligencia perspicaz, habiendo además frecuentado mucho a las mujeres, y entendiendo bien de ellas. Aquella le había parecido bonita; pensaba, pues, en ella, y en su marido.

—Lo creo muy tonto. Ella debe de estar harta de él, sin duda. Lleva las uñas sucias y una barba de tres días. Mientras él va trotando de un enfermo a otro, ella se queda zurciendo calcetines. ¡Y se aburre! Querría vivir en la ciudad, bailar la polca todas las noches. ¡Pobre mujercita! Boquea por el amor, como una carpa por el agua sobre una mesa de cocina. Con tres palabras de galantería, eso la adoraría a uno, estoy seguro; ¡sería tierno, encantador!... Sí, pero ¿cómo librarse de ella después?

Entonces las complicaciones del placer, entrevistas en perspectiva, le hicieron, por contraste, pensar en su amante. Era una cómica de Rouen, a quien mantenía; y, cuando se hubo detenido en aquella imagen, de la cual tenía, incluso en el recuerdo, saciedades:

—¡Ah! —pensó—, la señora Bovary es mucho más bonita que ella, más fresca sobre todo. Virginie, decididamente, empieza a ponerse demasiado gorda. Es tan fastidiosa con sus alegrías. Y, además, ¡qué manía la de las gambas!

El campo estaba desierto, y Rodolphe no oía a su alrededor más que el golpeteo regular de las hierbas que azotaban su calzado, junto con el chirrido de los grillos agazapados a lo lejos bajo las avenas; volvía a ver a Emma en la sala, vestida tal como la había visto, y la desnudaba.

—¡Oh, la tendré! —exclamó, aplastando de un bastonazo un terrón de tierra delante de él.

Y enseguida examinó la parte política de la empresa. Se preguntaba:

—¿Dónde encontrarnos? ¿Por qué medio? Se tendrá continuamente a la cría sobre las espaldas, y a la criada, los vecinos, el marido, toda clase de contratiempos considerables. ¡Bah! —dijo—, ¡se pierde demasiado tiempo en eso!

Luego volvió a empezar:

—Es que tiene unos ojos que se le clavan a uno en el corazón como barrenas. ¡Y esa tez pálida!... ¡Yo, que adoro a las mujeres pálidas!

En lo alto de la cuesta de Argueil, su resolución estaba tomada.

—Ya no queda más que buscar las ocasiones. Bueno, pasaré por allí de vez en cuando, les enviaré caza, aves; me haré sangrar, si hace falta; nos haremos amigos, los invitaré a mi casa... ¡Ah, pardiez! —añadió—, ya están cerca los comicios; ella estará allí, la veré. Empezaremos, y con audacia, porque es lo más seguro.

VIII

¡Llegaron, en efecto, aquellos famosos Comicios! Desde la misma mañana de la solemnidad, todos los vecinos, en sus puertas, hablaban de los preparativos; se había engalanado con hiedra el frontón del ayuntamiento; en un prado se había levantado una tienda para el banquete, y, en medio de la Plaza, delante de la iglesia, una especie de bombardas debía anunciar la llegada del señor prefecto y el nombre de los agricultores premiados. La guardia nacional de Buchy (no la había en Yonville) había venido a unirse al cuerpo de bomberos, del que Binet era el capitán. Llevaba aquel día un cuello aún más alto que de costumbre; y, ceñido en su casaca, tenía el busto tan tieso e inmóvil, que toda la parte vital de su persona parecía haber bajado a sus dos piernas, que se levantaban a compás, a pasos marcados, con un solo movimiento. Como subsistía una rivalidad entre el recaudador y el coronel, uno y otro, para lucir sus talentos, hacían maniobrar a sus hombres por separado. Se veían pasar y repasar alternativamente las charreteras rojas y los petos negros. ¡Aquello no acababa y volvía siempre a empezar! ¡Nunca se había visto semejante despliegue de pompa! Varios vecinos, desde la víspera, habían lavado sus casas; banderas tricolores colgaban de las ventanas entornadas; todas las tabernas estaban llenas; y, con el buen tiempo que hacía, las cofias almidonadas, las cruces de oro y los pañuelos de colores parecían más blancos que la nieve, relucían al sol claro, y realzaban con su abigarramiento disperso la sombría monotonía de las levitas y de los blusones azules. Las labradoras de los alrededores se quitaban, al bajar del caballo, el gran alfiler que les ceñía en torno al cuerpo el vestido remangado por miedo a las manchas; y los maridos, al contrario, para cuidar sus sombreros, los mantenían tapados con pañuelos de bolsillo, de los que sujetaban una punta entre los dientes.

La muchedumbre llegaba a la calle mayor por los dos extremos del pueblo. Salía a borbotones de las callejuelas, de los pasadizos, de las casas, y se oía de cuando en cuando caer de nuevo el aldabón de las puertas, tras las burguesas con guantes de hilo, que salían a ver la fiesta. Lo que más se admiraba eran dos largos tejos cubiertos de farolillos que flanqueaban una tribuna donde iban a sentarse las autoridades; y había, además, contra las cuatro columnas del ayuntamiento, cuatro especies de varas, llevando cada una un pequeño estandarte de tela verdosa, adornado de inscripciones en letras de oro. Se leía en uno: «Al Comercio»; en el otro: «A la Agricultura»; en el tercero: «A la Industria»; y en el cuarto: «A las Bellas Artes».

Pero el júbilo que iluminaba todos los rostros parecía ensombrecer a la señora Lefrançois, la hostelera. De pie en los escalones de su cocina, murmuraba entre dientes:

—¡Qué necesidad! ¡Qué necesidad con su barraca de lona! ¿Creen que el prefecto estará muy a gusto cenando allá abajo, bajo una tienda, como un saltimbanqui? ¡A esos líos los llaman hacer el bien del país! ¡No valía la pena, entonces, ir a buscar un fondista a Neufchâtel! ¿Y para quién? ¡Para vaqueros! ¡Para pelagatos!...

Pasó el boticario. Llevaba un frac negro, un pantalón de nankín, zapatos de castor y, por extraordinario, un sombrero, un sombrero de copa baja.

—¡Servidor! —dijo—; discúlpeme, tengo prisa.

Y como la gorda viuda le preguntara adónde iba:

—¿Le parece raro, verdad? A mí, que permanezco siempre más encerrado en mi laboratorio que la rata del cuento en su queso.

—¿Qué queso? —dijo la hostelera.

—¡No, nada! ¡No es nada! —repuso Homais—. Solo quería expresarle, señora Lefrançois, que suelo quedarme del todo recluido en casa. Hoy, sin embargo, dadas las circunstancias, es preciso que...

—¡Ah! ¿Va usted allá? —dijo ella con aire de desdén.

—Sí, voy —replicó el boticario, extrañado—; ¿acaso no formo parte de la comisión consultiva?

La tía Lefrançois lo contempló unos minutos, y acabó por responder sonriendo:

— ¡Eso es otra cosa! Pero ¿a usted qué le importa la agricultura? ¿Es que entiende de eso?

— Ciertamente, entiendo de eso, puesto que soy farmacéutico, es decir, químico; y la química, señora Lefrançois, teniendo por objeto el conocimiento de la acción recíproca y molecular de todos los cuerpos de la naturaleza, ¡de ello resulta que la agricultura se halla comprendida en su dominio! Y, en efecto, composición de los abonos, fermentación de los líquidos, análisis de los gases e influencia de los miasmas, ¿qué es todo eso, se lo pregunto, sino química pura y simple?

La hostelera no respondió nada. Homais continuó:

— ¿Cree usted que hace falta, para ser agrónomo, haber uno mismo labrado la tierra o engordado aves de corral? Antes bien, hace falta conocer la constitución de las sustancias de que se trata, los yacimientos geológicos, las acciones atmosféricas, la calidad de los terrenos, de los minerales, de las aguas, la densidad de los distintos cuerpos y su capilaridad. ¡Qué sé yo! Y es preciso poseer a fondo todos los principios de la higiene, para dirigir, criticar la construcción de los edificios, el régimen de los animales, la alimentación de los criados; hace falta también, señora Lefrançois, poseer la botánica; poder discernir las plantas, ¿entiende usted?, cuáles son las saludables y cuáles las deletéreas, cuáles las improductivas y cuáles las nutritivas, si conviene arrancarlas por aquí y volver a sembrarlas por allá, propagar unas, destruir otras; en fin, hace falta mantenerse al corriente de la ciencia por los folletos y los papeles públicos, estar siempre alerta, a fin de señalar las mejoras...

La hostelera no apartaba los ojos de la puerta del café Français, y el farmacéutico prosiguió:

— ¡Quiera Dios que nuestros agricultores fuesen químicos, o que al menos escuchasen más los consejos de la ciencia! Así, yo, hace poco escribí un opúsculo de peso, una memoria de más de setenta y dos páginas, titulada: Sobre la sidra, su fabricación y sus efectos, seguida de algunas reflexiones nuevas al respecto, que envié a la Sociedad Agronómica de Rouen; lo cual incluso me valió el honor de ser admitido entre sus miembros, sección de

agricultura, clase de pomología; pues bien, si mi obra hubiera sido entregada a la publicidad...

Pero el boticario se detuvo, de tan preocupada que parecía la señora Lefrançois.

— ¡Mírelos, pues! —decía ella—, ¡no se entiende nada! ¡Un figón semejante!

Y, con encogimientos de hombros que le tensaban sobre el pecho las mangas de la chaqueta de punto, señalaba con ambas manos la taberna de su rival, de donde salían entonces canciones.

— Por lo demás, no le queda mucho —añadió—; antes de ocho días, todo habrá terminado.

Homais retrocedió de estupefacción. Ella bajó sus tres escalones y, hablándole al oído:

— ¡Cómo! ¿No sabe eso? Van a embargarlo esta semana. Es Lheureux quien lo hace vender. Lo ha asesinado a pagarés.

— ¡Qué catástrofe espantosa! —exclamó el boticario, que siempre tenía expresiones congruentes con todas las circunstancias imaginables.

La hostelera, pues, se puso a contarle esa historia, que sabía por Théodore, el criado del señor Guillaumin, y, aunque detestaba a Tellier, censuraba a Lheureux. Era un embaucador, un rastrero...

— ¡Ah! ¡Mire! —dijo—, ahí está, bajo el mercado; saluda a la señora Bovary, que lleva un sombrero verde. Y encima va del brazo del señor Boulanger.

— ¡La señora Bovary! —dijo Homais—. Me apresuro a ir a presentarle mis respetos. Quizá le agrade tener un sitio dentro del recinto, bajo el peristilo.

Y, sin escuchar a la tía Lefrançois, que lo llamaba para contarle más, el farmacéutico se alejó con paso rápido, sonrisa en los labios y corva tensa, repartiendo a diestro y siniestro cantidad de saludos y ocupando mucho espacio con los grandes faldones de su frac negro, que flotaban al viento tras él.

Rodolphe, habiéndolo divisado de lejos, había apretado el paso; pero la señora Bovary se quedó sin aliento; entonces él aflojó el paso y le dijo sonriendo, con tono brusco:

—Es para evitar a ese gordo: ya sabe, el boticario.

Ella le dio un codazo.

—¿Qué querrá decir esto? —se preguntó él.

Y la observó de reojo, sin dejar de andar.

Su perfil estaba tan sereno, que no se adivinaba nada en él. Se recortaba en plena luz, dentro del óvalo de su capota, que tenía cintas pálidas parecidas a hojas de caña. Sus ojos, de largas pestañas curvas, miraban hacia delante, y, aunque bien abiertos, parecían un poco rasgados por los pómulos, a causa de la sangre, que latía suavemente bajo su piel fina. Un color rosado atravesaba el tabique de su nariz. Inclínaba la cabeza sobre el hombro, y se veía entre sus labios el borde nacarado de sus dientes blancos.

—¿Se estará burlando de mí? —pensaba Rodolphe.

Aquel gesto de Emma, sin embargo, no había sido más que una advertencia; pues el señor Lheureux los acompañaba, y les hablaba de cuando en cuando, como para entablar conversación:

—¡Vaya jornada espléndida! ¡Todo el mundo está fuera! El viento está de levante.

Y la señora Bovary, lo mismo que Rodolphe, apenas le respondía, mientras que, al menor movimiento que hacían, él se acercaba diciendo: «¿Cómo dice?», y se llevaba la mano al sombrero.

Cuando estuvieron delante de la casa del herrador, en lugar de seguir el camino hasta la barrera, Rodolphe, bruscamente, tomó un sendero, arrastrando a la señora Bovary; gritó:

—¡Buenas tardes, señor Lheureux! ¡Hasta la vista!

—¡Cómo lo ha despachado! —dijo ella riendo.

—¿Por qué —repuso él— dejarse invadir por los demás? Y, ya que hoy tengo la dicha de estar con usted...

Emma se sonrojó. Él no acabó su frase. Entonces habló del buen tiempo y del placer de andar sobre la hierba. Habían vuelto a brotar algunas margaritas.

—Aquí hay unas margaritas encantadoras —dijo—, y bastantes para dar oráculos a todas las enamoradas del país.

Añadió:

—¿Y si cogiera unas cuantas? ¿Qué le parece?

—¿Es que está usted enamorado? —dijo ella tosiendo un poco.

—¡Eh, eh! ¿Quién sabe? —respondió Rodolphe.

El prado empezaba a llenarse, y las amas de casa le daban a uno con sus grandes paraguas, sus cestas y sus críos. A menudo había que apartarse ante una larga fila de campesinas, criadas con medias azules, con zapatos planos, con sortijas de plata, y que olían a leche cuando se pasaba cerca de ellas. Caminaban cogidas de la mano, y se extendían así a lo largo de todo el prado, desde la hilera de álamos temblones hasta la tienda del banquete. Pero era el momento del examen, y los agricultores, uno tras otro, entraban en una especie de hipódromo formado por una larga cuerda sostenida sobre estacas.

Los animales estaban allí, con el hocico vuelto hacia la cuerda, alineando confusamente sus grupas desiguales. Unos cerdos amodorrados hundían la jeta en la tierra; unos terneros mugían; unas ovejas balaban; las vacas, con un corvejón doblado, extendían el vientre sobre el césped y, rumiando lentamente, entornaban sus pesados párpados bajo los mosquitos que zumbaban en torno a ellas. Unos carreteros, con los brazos desnudos, sujetaban por el cabestro a sementales encabritados, que relinchaban con los ollares muy abiertos hacia el lado de las yeguas. Ellas permanecían apacibles, alargando la cabeza y la crin colgante, mientras sus potros descansaban a su sombra, o venían a mamar a veces; y, sobre la larga ondulación de todos esos cuerpos apiñados, se veía alzarse al viento, como una ola, alguna crin blanca, o bien sobresalir cuernos agudos, y cabezas de hombres que corrían. Aparte, fuera del cercado, cien pasos más allá, había un gran toro negro con bozal, que llevaba un aro de hierro en la nariz y que no se movía más que una bestia de bronce. Un niño harapiento lo sujetaba por una cuerda.

Mientras tanto, entre las dos hileras, unos señores avanzaban con paso pesado, examinando cada animal, y luego se consultaban en voz baja. Uno de ellos, que parecía más importante, iba tomando, mientras andaba, algunas notas en un álbum. Era el presidente del jurado: el señor Derozerays de la Panville. En cuanto reconoció a Rodolphe, se adelantó vivamente, y le dijo sonriendo con aire afable:

— ¡Cómo, señor Boulanger, nos abandona usted!

Rodolphe protestó que iba a acudir, pero cuando el presidente hubo desaparecido:

— A fe mía, no —repuso—, no iré; la compañía de usted vale tanto como la suya.

Y, burlándose de los comicios, Rodolphe, para circular con más soltura, mostraba al gendarme su tarjeta azul, e incluso a veces se detenía ante algún buen ejemplar, que la señora Bovary apenas admiraba. Él se dio cuenta, y entonces se puso a hacer bromas sobre las damas de Yonville, a propósito de su atuendo; luego se disculpó él mismo por el descuido del suyo. Tenía esa incoherencia de cosas comunes y rebuscadas en la que el vulgo, de ordinario, cree entrever la revelación de una existencia excéntrica, los desórdenes del sentimiento, las tiranías del arte, y siempre cierto desprecio de las convenciones sociales, lo cual lo seduce o lo exaspera. Así, su camisa de batista de puños plisados se hinchaba al azar del viento, en la abertura de su chaleco, que era de dril gris, y su pantalón de anchas rayas dejaba ver en los tobillos sus botines de nankín, con puntera de charol. Estaban tan charolados, que la hierba se reflejaba en ellos. Pisaba con ellos los cagajones de caballo, con una mano en el bolsillo de la chaqueta y el sombrero de paja ladeado.

— Además —añadió—, cuando se vive en el campo...

— Todo es esfuerzo perdido —dijo Emma.

— ¡Es verdad! —replicó Rodolphe—. ¡Pensar que ni uno solo de esta buena gente es capaz de comprender siquiera el corte de un frac!

Entonces hablaron de la mediocridad provinciana, de las existencias que ahogaba, de las ilusiones que en ella se perdían.

— Por eso —decía Rodolphe—, me hundo en una tristeza...

—¡Usted! —dijo ella con asombro—. Pero yo lo creía muy alegre.

—¡Ah, sí! En apariencia, porque en medio de la gente sé ponerme en el rostro una máscara burlona; y sin embargo, cuántas veces, a la vista de un cementerio, a la luz de la luna, me he preguntado si no haría mejor en ir a reunirme con los que duermen...

—¡Oh! ¿Y sus amigos? —dijo ella—. No piensa usted en ellos.

—¿Mis amigos? ¿Cuáles? ¿Es que tengo? ¿Quién se preocupa por mí?

Y acompañó estas últimas palabras con una especie de silbido entre los labios.

Pero se vieron obligados a apartarse el uno del otro, a causa de un gran andamiaje de sillas que un hombre llevaba detrás de ellos. Iba tan cargado con ellas, que solo se le veía la punta de los zuecos, con el extremo de los dos brazos, abiertos en cruz. Era Lestiboudois, el sepulturero, que acarreaba entre la muchedumbre las sillas de la iglesia. Lleno de imaginación para todo lo que concernía a sus intereses, había descubierto ese medio de sacar partido de los comicios; y su idea le salía bien, pues ya no sabía a quién atender primero. En efecto, los aldeanos, que tenían calor, se disputaban aquellos asientos cuya paja olía a incienso, y se apoyaban contra sus gruesos respaldos ensuciados por la cera de los cirios, con cierta veneración.

La señora Bovary volvió a tomar el brazo de Rodolphe; él continuó como hablando consigo mismo:

—¡Sí! ¡Tantas cosas me han faltado! ¡Siempre solo! ¡Ah! Si hubiera tenido un objetivo en la vida, si hubiera encontrado un cariño, si hubiera hallado a alguien... ¡Oh, cómo habría gastado toda la energía de que soy capaz, lo habría superado todo, roto todo!

—Me parece, sin embargo —dijo Emma—, que no tiene usted mucho de qué lamentarse.

—¡Ah! ¿Le parece? —dijo Rodolphe.

—Porque, en fin... —repuso ella—, usted es libre.

Vaciló:

—Rico.

—No se burle de mí —respondió él.

Y ella juraba que no se burlaba, cuando un cañonazo retumbó; al instante, la gente se empujó, en tropel, hacia el pueblo.

Era una falsa alarma. El señor prefecto no llegaba; y los miembros del jurado se hallaban muy apurados, sin saber si había que empezar la sesión o bien esperar todavía.

Por fin, al fondo de la Plaza, apareció un gran landó de alquiler, tirado por dos caballos flacos, que fustigaba a brazo partido un cochero con sombrero blanco. Binet solo tuvo tiempo de gritar: «¡A las armas!», y el coronel de imitarlo. Corrieron hacia los fusiles en pabellón. Se atropellaron. Algunos incluso olvidaron el cuello. Pero el carruaje prefectoral pareció adivinar aquel apuro, y los dos jamelgos aparejados, contoneándose sobre su cadencia, llegaron al trotecillo delante del peristilo del ayuntamiento, justo en el momento en que la guardia nacional y los bomberos se desplegaban allí, a redoble de tambor y marcando el paso.

—¡Firmes! —gritó Binet.

—¡Alto! —gritó el coronel—. ¡Por columna a la izquierda!

Y, después, en un movimiento de armas al hombro donde el entrechocar de las abrazaderas, propagándose, sonó como un caldero de cobre que rueda escaleras abajo, todos los fusiles volvieron a caer.

Entonces se vio bajar del carruaje a un señor vestido con frac corto bordado de plata, calvo por la frente, con tupé en el occipucio, con la tez macilenta y el aspecto de lo más benigno. Sus dos ojos, muy gruesos y cubiertos de párpados espesos, se entornaban a medias para contemplar a la multitud, al tiempo que levantaba su nariz puntiaguda y hacía sonreír su boca sumida. Reconoció al alcalde por su banda, y le expuso que el señor prefecto no había podido venir. Él era, en cambio, un consejero de prefectura; luego añadió algunas excusas. Tuvache le respondió con cortesías, el otro se declaró confuso; y así seguían, cara a cara, con las frentes casi tocándose, con los miembros del jurado alrededor, el consejo municipal, los notables, la guardia nacional y la muchedumbre. El señor consejero, apretando contra su pecho su pequeño tricornio negro, reiteraba sus saludos, mientras que Tuvache, encorvado como un arco, sonreía también, tartamudeaba, buscaba sus

frases, protestaba de su devoción a la monarquía, y del honor que se le hacía a Yonville.

Hippolyte, el mozo de la posada, fue a coger por la brida los caballos del cochero, y, cojeando de su pie zopo, los condujo bajo el porche del León de Oro, donde muchos campesinos se agolparon a mirar el coche. Redobló el tambor, tronó el obús, y los señores, en fila, subieron a sentarse en la tribuna, en los sillones de utrecht rojo que había prestado la señora Tuvache.

Todos aquellos hombres se parecían. Sus blandos rostros rubios, un poco tostados por el sol, tenían el color de la sidra dulce, y sus patillas abultadas escapaban de grandes cuellos tiesos, sujetos por corbatas blancas de lazo bien desplegado. Todos los chalecos eran de terciopelo, con cuello de chal; todos los relojes llevaban al extremo de una larga cinta algún sello ovalado de cornalina; y se apoyaban las dos manos en los dos muslos, separando con cuidado la horcajadura del pantalón, cuyo paño sin decatizar relucía más brillante que el cuero de las recias botas.

Las damas de la buena sociedad permanecían detrás, bajo el vestíbulo, entre las columnas, mientras que el común de la muchedumbre estaba enfrente, de pie, o bien sentado en sillas. En efecto, Lestiboudois había traído allí todas las que había acarreado desde el prado, y hasta corría a cada minuto a buscar otras a la iglesia, y causaba tal atasco con su tráfico, que costaba trabajo llegar hasta la pequeña escalera de la tribuna.

—Yo encuentro —dijo el señor Lheureux (dirigiéndose al farmacéutico, que pasaba para ganar su sitio)— que deberían haber plantado ahí dos mástiles venecianos: con algo un poco severo y rico como novedades, habría sido de muy buen efecto.

—Ciertamente —respondió Homais—. Pero ¿qué quiere usted? Es el alcalde quien se ha tomado todo por su cuenta. No tiene mucho gusto, ese pobre Tuvache, y hasta carece por completo de lo que se llama el genio de las artes.

Entretanto Rodolphe, con la señora Bovary, había subido al primer piso del ayuntamiento, a la sala de deliberaciones, y, como estaba vacía, había declarado que allí se estaría bien para disfrutar del espectáculo con más comodidad. Cogió tres taburetes en torno a la mesa ovalada, bajo el busto del

monarca, y, tras haberlos acercado a una de las ventanas, se sentaron el uno junto al otro.

Hubo una agitación en la tribuna, largos cuchicheos, conciliábulos. Por fin, el señor Consejero se levantó. Se sabía ya que se llamaba Lieuvain, y se repetía su nombre de uno a otro, entre la muchedumbre. Cuando hubo, pues, cotejado unos pliegos y aplicado el ojo sobre ellos para verlos mejor, comenzó:

«Señores,

Séame permitido en primer lugar (antes de hablaros del objeto de esta reunión de hoy, y este sentimiento, estoy seguro, será compartido por todos vosotros), séame permitido, digo, rendir justicia a la administración superior, al gobierno, al monarca, señores, a nuestro soberano, a ese rey bienamado a quien ninguna rama de la prosperidad pública o particular le es indiferente, y que dirige a la vez con mano tan firme y tan sabia el carro del Estado en medio de los peligros incesantes de un mar tempestuoso, sabiendo además hacer respetar la paz como la guerra, la industria, el comercio, la agricultura y las bellas artes.»

—Debería —dijo Rodolphe— echarme un poco hacia atrás.

—¿Por qué? —dijo Emma.

Pero, en ese momento, la voz del Consejero se elevó con un tono extraordinario. Declamaba:

«Ya pasó el tiempo, señores, en que la discordia civil ensangrentaba nuestras plazas públicas, en que el propietario, el comerciante, el propio obrero, al dormirse por la noche con un sueño tranquilo, temblaban al verse despertados de repente al ruido de los rebatos incendiarios, en que las máximas más subversivas socavaban audazmente los cimientos...»

—Es que podrían —repuso Rodolphe— verme desde abajo; luego tendría para quince días dando excusas, y, con mi mala reputación...

—¡Oh! Se calumnia usted —dijo Emma.

—No, no, es execrable, se lo juro.

«Pero, señores —proseguía el Consejero—, si, apartando de mi recuerdo esos sombríos cuadros, vuelvo mis ojos a la situación actual de nuestra her-

mosa patria: ¿qué veo? Por doquier florecen el comercio y las artes; por doquier nuevas vías de comunicación, como otras tantas arterias nuevas en el cuerpo del Estado, establecen relaciones nuevas; nuestros grandes centros manufactureros han reanudado su actividad; la religión, más afianzada, sonríe a todos los corazones; nuestros puertos están llenos, la confianza renace, ¡y por fin Francia respira!...»

—Por lo demás —añadió Rodolphe—, ¿quizá, desde el punto de vista del mundo, tengan razón?

—¿Cómo es eso? —dijo ella.

—¡Cómo! —dijo él—. ¿No sabe usted que hay almas sin cesar atormentadas? Les hacen falta por turnos el ensueño y la acción, las pasiones más puras, los goces más furiosos, y así uno se lanza a toda clase de fantasías, de locuras.

Entonces ella lo miró como se contempla a un viajero que ha pasado por países extraordinarios, y repuso:

—¡Nosotras no tenemos ni siquiera esa distracción, pobres mujeres!

—Triste distracción, pues en ella no se halla la dicha.

—Pero ¿se la encuentra alguna vez? —preguntó ella.

—Sí, se presenta un día —respondió él.

«Y eso es lo que habéis comprendido —decía el Consejero—. Vosotros, agricultores y obreros del campo; ¡vosotros, pioneros pacíficos de una obra toda de civilización! ¡Vosotros, hombres de progreso y de moralidad! Habéis comprendido, digo, que las tormentas políticas son aún más terribles en verdad que los desórdenes de la atmósfera...»

—Se presenta un día —repitió Rodolphe—, un día, de repente, y cuando ya se había perdido la esperanza. Entonces se entreabren horizontes, es como una voz que grita: «¡Ahí está!». Se siente la necesidad de hacer a esa persona la confidencia de la propia vida, de darle todo, de sacrificarle todo. No se explica uno, se adivina. Se han entrevisto en sueños. (Y la miraba.) En fin, ahí está, ese tesoro que tanto se ha buscado, ahí, delante de usted; brilla, centellea. Y sin embargo aún se duda, no se atreve uno a creerlo; se queda deslumbrado, como si se saliera de las tinieblas a la luz.

Y, al acabar estas palabras, Rodolphe añadió la pantomima a la frase. Se pasó la mano por el rostro, como un hombre presa de un vahído; luego la dejó caer sobre la de Emma. Ella retiró la suya. Pero el Consejero seguía leyendo:

«¿Y quién se asombraría de ello, señores? Solo aquel que fuese lo bastante ciego, lo bastante sumido (no temo decirlo), lo bastante sumido en los prejuicios de otra época para desconocer aún el espíritu de las poblaciones agrícolas. ¿Dónde hallar, en efecto, más patriotismo que en el campo, más devoción a la causa pública, más inteligencia, en una palabra? Y no me refiero, señores, a esa inteligencia superficial, vano ornamento de los espíritus ociosos, sino a esa inteligencia profunda y moderada, que se aplica ante todo a perseguir fines útiles, contribuyendo así al bien de cada uno, a la mejora común y al sostén de los Estados, fruto del respeto a las leyes y de la práctica de los deberes...»

—¡Ah, otra vez! —dijo Rodolphe—. Siempre los deberes, estoy hastiado de esas palabras. Son un hatajo de viejos carcamales en chaleco de franela, y de beatas con calentapiés y rosario, que continuamente nos cantan al oído: «¡El deber! ¡El deber!». ¡Eh, pardiez! El deber es sentir lo que es grande, amar lo que es bello, y no aceptar todas las convenciones de la sociedad, con las ignominias que nos impone.

—Sin embargo..., sin embargo... —objetaba la señora Bovary.

—¡Pues no! ¿Por qué declamar contra las pasiones? ¿No son ellas la única cosa bella que hay en la tierra, la fuente del heroísmo, del entusiasmo, de la poesía, de la música, de las artes, de todo, en fin?

—Pero hay que —dijo Emma— seguir un poco la opinión del mundo y obedecer a su moral.

—¡Ah! Es que hay dos —replicó él—. La pequeña, la convenida, la de los hombres, la que varía sin cesar y que berrea tan fuerte, se agita abajo, a ras de tierra, como esa reunión de imbéciles que ve usted. Pero la otra, la eterna, esa está por todas partes y por encima, como el paisaje que nos rodea y el cielo azul que nos alumbra.

El señor Lieuvain acababa de secarse la boca con el pañuelo de bolsillo. Prosiguió:

«¿Y qué necesidad tendría, señores, de demostraros aquí la utilidad de la agricultura? ¿Quién, pues, provee a nuestras necesidades? ¿Quién atiende a nuestra subsistencia? ¿No es el agricultor? El agricultor, señores, que, sembrando con mano laboriosa los surcos fecundos de los campos, hace nacer el trigo, el cual, molido, es reducido a polvo por medio de ingeniosos aparatos, sale de allí bajo el nombre de harina, y, de allí, transportado a las ciudades, llega pronto a casa del panadero, que confecciona con él un alimento para el pobre como para el rico. ¿No es el agricultor, además, quien engorda, para nuestros vestidos, sus abundantes rebaños en los pastos? Pues ¿cómo nos vestiríamos, pues cómo nos alimentaríamos sin el agricultor? Y aun, señores, ¿hace falta ir tan lejos a buscar ejemplos? ¿Quién no ha reflexionado a menudo sobre toda la importancia que se obtiene de ese modesto animal, ornamento de nuestros corrales, que nos proporciona a la vez una almohada mullida para nuestros lechos, su carne succulenta para nuestras mesas, y huevos? Pero no acabaría nunca si hubiera de enumerar uno tras otro los diferentes productos que la tierra bien cultivada, cual madre generosa, prodiga a sus hijos. Aquí, es la viña; allá, son los manzanos de sidra; allí, la colza; más lejos, los quesos; y el lino; señores, ¡no olvidemos el lino!, que ha experimentado en estos últimos años un incremento considerable y sobre el cual llamaré más particularmente vuestra atención.»

No hacía falta que la llamara: pues todas las bocas de la multitud estaban abiertas, como para beber sus palabras. Tuvache, a su lado, lo escuchaba abriendo mucho los ojos; el señor Derozerays, de cuando en cuando, cerraba suavemente los párpados; y, más allá, el farmacéutico, con su hijo Napoleón entre las piernas, ahuecaba la mano contra su oreja para no perder ni una sola sílaba. Los demás miembros del jurado balanceaban lentamente el mentón sobre el chaleco, en señal de aprobación. Los bomberos, al pie de la tribuna, descansaban sobre sus bayonetas; y Binet, inmóvil, permanecía con el codo hacia fuera, con la punta del sable al aire. Quizá oía, pero no debía de ver nada, a causa de la visera del casco que le bajaba hasta la nariz. Su teniente, el hijo menor del señor Tuvache, había exagerado aún más el suyo; pues llevaba uno enorme que le oscilaba sobre la cabeza, dejando asomar una punta de su pañuelo de indiana. Sonreía bajo él con una dulzura del todo infantil, y su carita pálida, por donde corrían gotas de sudor, tenía una expresión de gozo, de agobio y de sueño.

La plaza, hasta las casas, estaba abarrotada de gente. Se veía a personas asomadas a todas las ventanas, a otras de pie en todas las puertas, y Justin, delante del escaparate de la farmacia, parecía del todo absorto en la contemplación de lo que miraba. A pesar del silencio, la voz del señor Lieuvain se perdía en el aire. Le llegaba a uno en jirones de frases, que interrumpía, aquí y allá, el ruido de las sillas entre la multitud; luego se oía, de repente, partir detrás de uno un largo mugido de buey, o bien los balidos de los corderos que se respondían en la esquina de las calles. En efecto, los vaqueros y los pastores habían empujado sus animales hasta allí, y estos mugían de cuando en cuando, mientras arrancaban con la lengua algún jirón de follaje que les colgaba del hocico.

Rodolphe se había acercado a Emma, y decía en voz baja, hablando deprisa:

—¿Es que esa conjura del mundo no la subleva a usted? ¿Hay un solo sentimiento que no condene? Los instintos más nobles, las simpatías más puras son perseguidos, calumniados, y, si por fin se encuentran dos pobres almas, todo está organizado para que no puedan unirse. Ellas lo intentarán, sin embargo, batirán las alas, se llamarán la una a la otra. ¡Oh, no importa, tarde o temprano, dentro de seis meses, de diez años, se reunirán, se amarán, porque la fatalidad lo exige y han nacido la una para la otra!

Él permanecía con los brazos cruzados sobre las rodillas, y, alzando así el rostro hacia Emma, la miraba de cerca, fijamente. Ella distinguía en sus ojos unos pequeños rayos de oro que se irradiaban en torno a sus pupilas negras, y hasta sentía el perfume de la pomada que daba lustre a su cabellera. Entonces una languidez se apoderó de ella; se acordó de aquel vizconde que la había hecho valsar en la Vaubyessard, y cuya barba exhalaba, como aquellos cabellos, ese olor a vainilla y limón; y, maquinalmente, entrecerró los párpados para respirarlo mejor. Pero, en ese gesto que hizo al arquearse sobre su silla, divisó a lo lejos, en el mismo confín del horizonte, la vieja diligencia *La Golondrina*, que bajaba lentamente la cuesta de los Leux, arrastrando tras de sí un largo penacho de polvo. Era en ese coche amarillo donde Léon, tantas veces, había vuelto hacia ella; ¡y por aquel camino, allá lejos, se había marchado para siempre! Creyó verlo enfrente, en su ventana; luego todo se confundió, pasaron unas nubes; le pareció que aún giraba en el vals, bajo el fuego de las arañas, del brazo del vizconde, y que Léon no andaba lejos, que iba a llegar... y, sin embargo, seguía sintiendo la cabeza de

Rodolphe a su lado. La dulzura de esa sensación penetraba así sus deseos de antaño, y, como granos de arena bajo una ráfaga de viento, se arremolinaban en la bocanada sutil del perfume que se difundía por su alma. Abrió varias veces, con fuerza, las ventanas de la nariz, para aspirar el frescor de las hiedras en torno a los capiteles. Se quitó los guantes, se enjugó las manos; luego, con el pañuelo, se abanicaba el rostro, mientras que, a través del latido de sus sienes, oía el rumor de la muchedumbre y la voz del Consejero, que salmodiaba sus frases.

Decía:

«¡Continuad! ¡Perseverad! ¡No escuchéis ni las sugerencias de la rutina, ni los consejos demasiado apresurados de un empirismo temerario! ¡Aplicaos sobre todo a la mejora del suelo, a los buenos abonos, al desarrollo de las razas caballares, bovinas, ovinas y porcinas! ¡Que estos comicios sean para vosotros como palestras pacíficas donde el vencedor, al salir de ellas, tienda la mano al vencido y fraternice con él, con la esperanza de un éxito mejor! ¡Y vosotros, venerables servidores! Humildes criados, cuyas penosas labores ningún gobierno hasta hoy había tomado en consideración, venid a recibir la recompensa de vuestras virtudes silenciosas, y estad convencidos de que el Estado, en adelante, tiene los ojos puestos en vosotros, de que os alienta, de que os protege, de que hará justicia a vuestras justas reclamaciones y aliviará, en cuanto esté en su mano, el fardo de vuestros penosos sacrificios!».

El señor Lieuvain volvió entonces a sentarse; el señor Derozerays se levantó, comenzando otro discurso. El suyo, quizá, no fue tan florido como el del Consejero; pero se recomendaba por un carácter de estilo más positivo, es decir, por conocimientos más especializados y consideraciones más elevadas. Así, el elogio del gobierno ocupaba en él menos lugar; la religión y la agricultura ocupaban más. Se veía en él la relación entre una y otra, y cómo habían concurrido siempre a la civilización. Rodolphe, con la señora Bovary, hablaba de sueños, presentimientos, magnetismo. Remontándose a la cuna de las sociedades, el orador pintaba aquellos tiempos feroces en que los hombres vivían de bellotas, en el fondo de los bosques. Luego habían dejado la piel de las bestias; se habían vestido de paño, cavado surcos, plantado la viña. ¿Era eso un bien, y no había en ese descubrimiento más inconvenientes que ventajas? El señor Derozerays se planteaba ese problema. Del magnetismo, poco a poco, Rodolphe había pasado a las afinidades, y, mien-

tras el señor presidente citaba a Cincinato en su arado, a Diocleciano plantando sus coles, y a los emperadores de la China inaugurando el año con las siembras, el joven explicaba a la joven que esas atracciones irresistibles hallaban su causa en alguna existencia anterior.

— Así, nosotros —decía él—, ¿por qué nos hemos conocido? ¿qué azar lo ha querido? Sin duda porque, a través de la distancia, como dos ríos que corren para juntarse, nuestras pendientes particulares nos habían empujado el uno hacia el otro.

Y él le cogió la mano; ella no la retiró.

«¡Conjunto de buenos cultivos!», gritó el presidente.

— Hace un momento, por ejemplo, cuando he venido a su casa...

«Al señor Bizet, de Quincampoix.»

— ¿Sabía yo que la acompañaría?

«¡Setenta francos!»

— Hasta cien veces he querido marcharme, y la he seguido, me he quedado.

«Estiércoles.»

— ¡Cómo me quedaría esta noche, mañana, los demás días, toda mi vida!

«¡Al señor Caron, de Argueil, una medalla de oro!»

— Pues nunca he hallado en el trato de nadie un encanto tan completo.

«¡Al señor Bain, de Givry-Saint-Martin!»

— Yo, por mi parte, me llevaré su recuerdo.

«Por un carnero merino...»

— Pero usted me olvidará, habré pasado como una sombra.

«Al señor Belot, de Notre-Dame...»

— ¡Oh, no! ¿Verdad que seré algo en su pensamiento, en su vida?

«¡Raza porcina, premio ex aequo: a los señores Lehérissé y Cullembourg; sesenta francos!»

Rodolphe le apretaba la mano, y la sentía toda cálida y palpitante como una tórtola cautiva que quiere reanudar su vuelo; pero, ya fuese que intentara retirarla o que respondiera a esa presión, hizo un movimiento con los dedos; él exclamó:

— ¡Oh, gracias! ¡No me rechaza! ¡Es usted buena! ¡Comprende que soy suyo! ¡Déjeme que la vea, que la contemple!

Una ráfaga de viento que entró por las ventanas frunció el tapete de la mesa, y, en la Plaza, abajo, todas las grandes cofias de las campesinas se alzaron, como alas de mariposas blancas que se agitan.

«Empleo de tortas de semillas oleaginosas», continuó el presidente.

Se apresuraba:

«Abono flamenco, — cultivo del lino, — drenaje, — arrendamientos a largo plazo, — servicios de criados.»

Rodolphe ya no hablaba. Se miraban. Un deseo supremo hacía estremecer sus labios secos; y, blandamente, sin esfuerzo, sus dedos se confundieron.

«¡Catherine-Nicaise-Élisabeth Leroux, de Sassetot-la-Guerrière, por cincuenta y cuatro años de servicio en la misma granja, una medalla de plata — por valor de veinticinco francos!»

«¿Dónde está, Catherine Leroux?», repitió el Consejero.

No se presentaba, y se oían voces que cuchicheaban:

— ¡Ve!

— No.

— ¡A la izquierda!

— ¡No tengas miedo!

— ¡Ah, qué tonta es!

— ¿Está ahí de una vez? — exclamó Tuvache.

— ¡Sí!... ¡Ahí está!

— ¡Que se acerque, pues!

Entonces se vio avanzar por la tribuna a una viejecita de aire medroso, que parecía encogerse dentro de sus pobres vestidos. Llevaba en los pies gruesos zuecos de madera, y, a lo largo de las caderas, un gran delantal azul. Su rostro flaco, rodeado de una toca sin ribete, estaba más surcado de arrugas que una manzana reineta marchita, y de las mangas de su camisola roja asomaban dos largas manos, de articulaciones nudosas. El polvo de los graneros, la potasa de las coladas y la grasa de las lanas las habían costrado, agrietado y endurecido de tal modo, que parecían sucias aunque estuvieran enjuagadas con agua clara; y, de tanto haber servido, permanecían entreabiertas, como para presentar por sí mismas el humilde testimonio de tantos sufrimientos padecidos. Algo de una rigidez monacal realzaba la expresión de su rostro. Nada de triste o de enternecido ablandaba esa mirada pálida. En el trato con los animales, había adquirido su mudez y su placidez. Era la primera vez que se veía en medio de una compañía tan numerosa; y, íntimamente amedrentada por las banderas, por los tambores, por los señores de frac negro y por la cruz de honor del Consejero, permanecía del todo inmóvil, sin saber si convenía adelantarse o huir, ni por qué la empujaba la multitud ni por qué le sonreían los examinadores. Así permanecía, ante aquellos burgueses rebosantes, ese medio siglo de servidumbre.

— Acérquese, venerable Catherine-Nicaise-Élisabeth Leroux — dijo el señor Consejero, que había tomado de manos del presidente la lista de los premiados.

Y examinando alternativamente la hoja de papel y luego a la anciana, repetía en tono paternal:

— ¡Acérquese, acérquese!

— ¿Está usted sorda? — dijo Tuvache, dando un salto en su sillón.

Y se puso a gritarle al oído:

— ¡Cincuenta y cuatro años de servicio! ¡Una medalla de plata! ¡Veinticinco francos! Es para usted.

Luego, cuando tuvo su medalla, la contempló. Entonces una sonrisa de beatitud se extendió por su rostro, y se la oyó mascullar mientras se alejaba:

— Se la daré al cura de mi pueblo, para que me diga misas.

—¡Qué fanatismo! —exclamó el farmacéutico, inclinándose hacia el notario.

La sesión había terminado; la muchedumbre se dispersó; y, ahora que los discursos habían sido leídos, cada cual recobraba su rango y todo volvía a la costumbre: los amos maltrataban a los criados, y estos golpeaban a los animales, triunfadores indolentes que regresaban al establo, con una corona verde entre los cuernos.

Entretanto, los guardias nacionales habían subido al primer piso del ayuntamiento, con bollos ensartados en las bayonetas, y el tambor del batallón, que llevaba un cesto de botellas. La señora Bovary tomó el brazo de Rodolphe; él la acompañó hasta su casa; se separaron ante la puerta; luego él se paseó solo por la pradera, esperando la hora del banquete.

El festín fue largo, ruidoso, mal servido; estaban tan apretados, que apenas podían mover los codos, y las estrechas tablas que servían de bancos estuvieron a punto de romperse bajo el peso de los comensales. Comían abundantemente. Cada cual se resarcía de su escote. El sudor corría por todas las frentes; y un vapor blanquecino, como la neblina de un río en una mañana de otoño, flotaba sobre la mesa, entre los quinqués colgados. Rodolphe, con la espalda apoyada contra el calicó de la tienda, pensaba tan intensamente en Emma, que no oía nada. Detrás de él, sobre el césped, unos criados apiñaban platos sucios; sus vecinos hablaban, él no les respondía; le llenaban el vaso, y un silencio se establecía en su pensamiento, a pesar del creciente rumor. Soñaba con lo que ella había dicho y con la forma de sus labios; su rostro, como en un espejo mágico, brillaba sobre la placa de los chacós; los pliegues de su vestido descendían a lo largo de las paredes, y jornadas de amor se desplegaban hasta el infinito en las perspectivas del porvenir.

La volvió a ver por la noche, durante los fuegos artificiales; pero ella estaba con su marido, la señora Homais y el farmacéutico, el cual se atormentaba mucho por el peligro de los cohetes perdidos; y, a cada momento, dejaba la compañía para ir a hacerle recomendaciones a Binet.

Las piezas pirotécnicas enviadas a la dirección del señor Tuvache habían sido, por exceso de precaución, encerradas en su bodega; así que la pólvora, húmeda, apenas prendía, y la pieza principal, que debía representar un dragón mordiéndose la cola, fracasó por completo. De vez en cuando salía una pobre candela romana; entonces la muchedumbre boquiabierta lanzaba un

clamor en el que se mezclaba el grito de las mujeres a quienes hacían cosquillas en el talle en la oscuridad. Emma, silenciosa, se acurrucaba dulcemente contra el hombro de Charles; luego, con la barbilla alzada, seguía en el cielo negro el chorro luminoso de los cohetes. Rodolphe la contemplaba a la luz de los farolillos que ardían.

Fueron apagándose poco a poco. Las estrellas se encendieron. Cayeron algunas gotas de lluvia. Ella se anudó la pañoleta sobre la cabeza desnuda.

En ese momento, el simón del Consejero salió de la posada. Su cochero, que estaba borracho, se adormeció de repente; y se veía de lejos, por encima de la capota, entre los dos faroles, la masa de su cuerpo que se balanceaba de derecha a izquierda según el cabeceo de las sopandas.

—En verdad —dijo el boticario—, ¡bien debería castigarse la embriaguez! Quisiera que se inscribieran, semanalmente, en la puerta del ayuntamiento, en un cuadro ad hoc, los nombres de todos los que, durante la semana, se hubieran intoxicado con alcoholes. Además, desde el punto de vista de la estadística, se tendrían ahí como unos anales patentes a los que se acudiría en caso... Pero, disculpen.

Y corrió de nuevo hacia el capitán.

Este regresaba a su casa. Iba a echar un vistazo a su torno.

—Quizá no estaría de más —le dijo Homais— que enviara usted a uno de sus hombres, o que fuera usted mismo...

—Déjeme tranquilo —respondió el recaudador—, ¡puesto que no pasa nada!

—Tranquilícense —dijo el boticario, cuando hubo vuelto junto a sus amigos—. El señor Binet me ha certificado que las medidas estaban tomadas. Ninguna chispa habrá caído. Las bombas están llenas. Vamos a dormir.

—¡A fe mía que lo necesito! —dijo la señora Homais, que bostezaba considerablemente—; pero, no importa, hemos tenido para nuestra fiesta una jornada muy hermosa.

Rodolphe repitió en voz baja y con una mirada tierna:

—¡Oh, sí, muy hermosa!

Y, tras saludarse, se dieron la espalda.

Dos días después, en *El Fanal de Rouen* apareció un gran artículo sobre los comicios. Homais lo había redactado, con brío, desde el día siguiente:

«¿A qué vienen estos festones, estas flores, estas guirnaldas? ¿Adónde corría esa muchedumbre como las olas de un mar embravecido, bajo los torrentes de un sol tropical que derramaba su calor sobre nuestros barbechos?»

A continuación, hablaba de la condición de los campesinos. Ciertamente que el gobierno hacía mucho, ¡pero no bastante! «¡Ánimo! —le gritaba—; mil reformas son indispensables, llevémoslas a cabo.» Luego, abordando la entrada del Consejero, no se olvidaba de mencionar «el aire marcial de nuestra milicia», ni «nuestras más lozanas aldeanas», ni «los ancianos de cabeza calva, especie de patriarcas que allí estaban, y de los cuales algunos, restos de nuestras inmortales falanges, sentían aún latir su corazón al son viril de los tambores». Se citaba a sí mismo entre los primeros miembros del jurado, y hasta recordaba, en una nota, que el señor Homais, farmacéutico, había enviado una memoria sobre la sidra a la Sociedad de Agricultura. Cuando llegaba a la distribución de las recompensas, pintaba la alegría de los premiados con rasgos ditirámicos. El padre abrazaba a su hijo, el hermano al hermano, el esposo a la esposa. Más de uno mostraba con orgullo su humilde medalla, y sin duda, de vuelta en su casa, junto a su buena ama de casa, la habrá colgado llorando en las paredes discretas de su choza.

«Hacia las seis, un banquete, dispuesto en el prado del señor Liégeard, ha reunido a los principales asistentes de la fiesta. La mayor cordialidad no ha cesado de reinar en él. Se han pronunciado diversos brindis: ¡el señor Lieuvain, por el monarca! ¡El señor Tuvache, por el prefecto! ¡El señor Derozerays, por la agricultura! ¡El señor Homais, por la industria y las bellas artes, esas dos hermanas! ¡El señor Leplichey, por las mejoras! Por la noche, un brillante fuego de artificio ha iluminado de pronto los aires. Se hubiera dicho un verdadero calidoscopio, un auténtico decorado de Ópera, y por un instante nuestra pequeña localidad ha podido creerse transportada en medio de un sueño de las Mil y una Noches.

«Constatemos que ningún suceso desagradable ha venido a turbar esta reunión de familia.»

Y añadía: «Solo se ha notado en ella la ausencia del clero. Sin duda las sacristías entienden el progreso de otra manera. ¡Allá ustedes, señores de

Loyola!»

IX

Seis semanas transcurrieron. Rodolphe no volvió. Una noche, por fin, apareció.

Se había dicho, al día siguiente de los comicios:

—No volvamos allá tan pronto, sería un error.

Y, al cabo de la semana, se había marchado de caza. Después de la caza, había pensado que ya era demasiado tarde, y luego hizo este razonamiento:

—Pero, si desde el primer día me ha amado, la impaciencia por volver a verme debe de hacer que me ame más aún. ¡Sigamos, pues!

Y comprendió que su cálculo había sido acertado cuando, al entrar en la sala, vio palidecer a Emma.

Estaba sola. Caía la tarde. Las cortinillas de muselina, a lo largo de los cristales, espesaban el crepúsculo, y el dorado del barómetro, sobre el que incidía un rayo de sol, desplegaba sus fuegos en el espejo, entre los recortes del coral.

Rodolphe permaneció de pie; y apenas si Emma respondió a sus primeras frases de cortesía.

—Yo —dijo él— he tenido asuntos. He estado enfermo.

—¿Gravemente? —exclamó ella.

—Pues bien —dijo Rodolphe sentándose a su lado en un taburete—, ¡no!... Es que no he querido volver.

—¿Por qué?

—¿No lo adivina usted?

La miró una vez más, pero de un modo tan intenso que ella bajó la cabeza ruborizándose. Él prosiguió:

—Emma...

—¡Señor! —dijo ella apartándose un poco.

—¡Ah! Ya ve usted —replicó él con voz melancólica—, que tenía razón al no querer volver; porque ese nombre, ese nombre que llena mi alma y que se me ha escapado, ¡usted me lo prohíbe! ¡Señora Bovary!... ¡Bah! ¡Así la llama todo el mundo!... Por lo demás, no es su nombre; es el nombre de otro.

Repitió:

—¡De otro!

Y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Sí, pienso en usted continuamente!... ¡Su recuerdo me desespera! ¡Ah, perdón!... La dejo... ¡Adiós!... Me iré lejos..., tan lejos que no volverá usted a oír hablar de mí... Y sin embargo..., hoy..., no sé qué fuerza me ha empujado de nuevo hacia usted. ¡Porque no se lucha contra el cielo, no se resiste a la sonrisa de los ángeles! ¡Uno se deja arrastrar por lo que es bello, encantador, adorable!

Era la primera vez que Emma se oía decir estas cosas; y su orgullo, como quien se relaja en una estufa, se desperezaba blandamente y por entero al calor de aquel lenguaje.

—Pero, si no he venido —continuó—, si no he podido verla, ¡ah!, al menos he contemplado bien cuanto la rodea. De noche, todas las noches, me levantaba, llegaba hasta aquí, miraba su casa, el tejado que brillaba bajo la luna, los árboles del jardín que se mecían junto a su ventana, y una lamparita, un resplandor, que brillaba a través de los cristales, en la sombra. ¡Ah! Poco sabía usted que allí había, tan cerca y tan lejos, un pobre desdichado...

Ella se volvió hacia él con un sollozo.

—¡Oh, qué bueno es usted! —dijo ella.

—No, la amo, ¡eso es todo! ¡No lo duda usted! Dígamelo; ¡una palabra! ¡Una sola palabra!

Y Rodolphe, insensiblemente, se dejó resbalar del taburete hasta el suelo; pero se oyó un ruido de zuecos en la cocina, y la puerta de la sala, advirtió, no estaba cerrada.

—¡Qué caritativa sería usted —prosiguió, levantándose—, si satisficiera un capricho!

Se trataba de visitar su casa; deseaba conocerla; y, no viendo la señora Bovary inconveniente alguno, se levantaban los dos, cuando entró Charles.

—Buenos días, doctor —le dijo Rodolphe.

El médico, halagado por aquel título inesperado, se deshizo en obsequiosidades, y el otro aprovechó para serenarse un poco.

—La señora me estaba hablando —dijo entonces— de su salud...

Charles le interrumpió: tenía, en efecto, mil inquietudes; las opresiones de su mujer volvían a empezar. Entonces Rodolphe preguntó si el ejercicio del caballo no le vendría bien.

—¡Claro que sí! ¡Excelente, perfecto!... ¡Vaya una idea! Deberías seguirla.

Y, como ella objetase que no tenía caballo, el señor Rodolphe le ofreció uno; ella rechazó sus ofrecimientos; él no insistió; luego, para justificar su visita, contó que su carretero, el hombre de la sangría, seguía sufriendo mareos.

—Pasaré a verlo —dijo Bovary.

—No, no, se lo enviaré; vendremos nosotros, será más cómodo para usted.

—¡Ah, muy bien! Se lo agradezco.

Y, en cuanto se quedaron solos:

—¿Por qué no aceptas las propuestas del señor Boulanger, que son tan amables?

Ella puso cara de disgusto, buscó mil excusas, y declaró finalmente que aquello tal vez parecería extraño.

—¡Ah, eso me trae sin cuidado! —dijo Charles dando una pirueta—. ¡La salud ante todo! ¡Haces mal!

—Pero ¿cómo quieres que monte a caballo, si no tengo traje de amazona?

—¡Pues encarga uno! —respondió él.

El traje de amazona la decidió.

Cuando el traje estuvo listo, Charles escribió al señor Boulanger que su mujer estaba a su disposición, y que contaban con su amabilidad.

Al día siguiente, a mediodía, Rodolphe llegó ante la puerta de Charles con dos caballos de raza. Uno de ellos llevaba borlas rosas en las orejas y una silla de mujer de piel de ante.

Rodolphe se había puesto unas botas altas y blandas, diciéndose que sin duda ella no había visto nunca otras iguales; en efecto, Emma quedó encantada de su porte, cuando apareció en el rellano con su gran frac de terciopelo y su calzón de punto blanco. Ella estaba lista, lo esperaba.

Justin se escapó de la farmacia para verla, y el boticario también se molestó en salir. Le hacía al señor Boulanger recomendaciones:

—¡Una desgracia ocurre tan deprisa! ¡Tenga cuidado! ¡Sus caballos quizá sean fogosos!

Ella oyó un ruido por encima de su cabeza: era Félicité, que tamborileaba contra los cristales para entretener a la pequeña Berthe. La niña le envió un beso desde lejos; su madre le respondió con un ademán, con el pomo de la fusta.

—¡Buen paseo! —gritó el señor Homais—. ¡Prudencia, sobre todo, prudencia!

Y agitó su periódico mientras los veía alejarse.

En cuanto sintió tierra firme, el caballo de Emma se lanzó al galope. Rodolphe galopaba a su lado. De vez en cuando cruzaban una palabra. Con el rostro algo inclinado, la mano en alto y el brazo derecho extendido, ella se abandonaba a la cadencia del movimiento que la mecía sobre la silla.

Al pie de la cuesta, Rodolphe soltó las riendas; partieron juntos, de un solo impulso; luego, arriba, de pronto, los caballos se detuvieron, y su gran

velo azul volvió a caer.

Estaban en los primeros días de octubre. Había niebla sobre el campo. Vapores se extendían por el horizonte, entre el contorno de las colinas; y otros, deshilachándose, subían, se perdían. A veces, en un claro de las nubes, bajo un rayo de sol, se divisaban a lo lejos los tejados de Yonville, con los jardines a la orilla del agua, los corrales, las tapias, y el campanario de la iglesia. Emma entornaba los párpados para reconocer su casa, y nunca aquel pobre pueblo donde vivía le había parecido tan pequeño. Desde la altura en que se hallaban, todo el valle parecía un inmenso lago pálido que se evaporaba en el aire. Los macizos de árboles, aquí y allá, sobresalían como rocas negras; y las altas hileras de álamos, que rebasaban la bruma, figuraban playas que el viento agitaba.

Al lado, en el prado, entre los abetos, una luz parda circulaba en la atmósfera tibia. La tierra, rojiza como polvo de tabaco, amortiguaba el ruido de los pasos; y, con la punta de sus herraduras, al andar, los caballos empujaban delante de ellos piñas caídas.

Rodolphe y Emma siguieron así el lindero del bosque. Ella se volvía de vez en cuando para evitar su mirada, y entonces no veía sino los troncos de los abetos alineados, cuya sucesión continua la aturdía un poco. Los caballos resoplaban. El cuero de las sillas crujía.

En el momento en que entraron en el bosque, salió el sol.

—¡Dios nos protege! —dijo Rodolphe.

—¿Usted cree? —dijo ella.

—¡Avancemos, avancemos! —prosiguió él.

Chasqueó la lengua. Las dos bestias corrían.

Largos helechos, al borde del camino, se enredaban en el estribo de Emma. Rodolphe, sin dejar de andar, se inclinaba y los apartaba a medida que avanzaban. Otras veces, para separar las ramas, pasaba cerca de ella, y Emma sentía su rodilla rozarle la pierna. El cielo se había vuelto azul. Las hojas no se movían. Había grandes espacios llenos de brezos en flor; y manchas de violetas se alternaban con la maraña de los árboles, que eran grises, leonados o dorados, según la diversidad de su follaje. A menudo se oía, bajo

la maleza, deslizarse un pequeño batir de alas, o bien el grito ronco y suave de los cuervos, que echaban a volar entre los robles.

Desmontaron. Rodolphe ató los caballos. Ella iba delante, sobre el musgo, entre las rodadas.

Pero su vestido, demasiado largo, la estorbaba, aunque lo llevaba recogido por la cola, y Rodolphe, caminando detrás de ella, contemplaba, entre aquel paño negro y la botina negra, la delicadeza de su media blanca, que le parecía algo de su desnudez.

Ella se detuvo.

—Estoy cansada —dijo ella.

—Vamos, inténtelo un poco más —prosiguió él—. ¡Ánimo!

Luego, cien pasos más allá, volvió a detenerse; y, a través de su velo, que de su sombrero de hombre le caía oblicuamente sobre las caderas, se distinguía su rostro en una transparencia azulada, como si nadase bajo olas de azur.

—¿Adónde vamos, pues?

Él no respondió nada. Ella respiraba de forma entrecortada. Rodolphe echaba miradas a su alrededor y se mordía el bigote.

Llegaron a un lugar más despejado, donde habían talado unos árboles jóvenes. Se sentaron en un tronco caído, y Rodolphe se puso a hablarle de su amor.

No la asustó de entrada con cumplidos. Estuvo tranquilo, serio, melancólico.

Emma lo escuchaba con la cabeza baja, removiendo con la punta del pie unas virutas por el suelo.

Pero, ante esta frase:

—Acaso nuestros destinos no son ya comunes.

—¡Pues no! —respondió ella—. Bien lo sabe usted. Es imposible.

Ella se levantó para marcharse. Él la sujetó por la muñeca. Ella se detuvo. Luego, tras haberlo contemplado unos minutos con ojos enamorados y humedecidos, dijo vivamente:

—¡Ah, vamos, no hablemos más de esto!... ¿Dónde están los caballos? Volvamos.

Él tuvo un gesto de cólera y de fastidio. Ella repitió:

—¿Dónde están los caballos? ¿Dónde están los caballos?

Entonces, con una sonrisa extraña, la pupila fija, los dientes apretados, avanzó abriendo los brazos. Ella retrocedió temblando. Balbuceaba:

—¡Oh, me da usted miedo! ¡Me hace usted daño! Vámonos.

—Ya que es preciso —repuso él, cambiando de expresión.

Y al instante volvió a mostrarse respetuoso, tierno, tímido. Ella le dio el brazo. Regresaron. Él decía:

—¿Qué le pasaba, pues? ¿Por qué? ¡No lo he entendido! ¿Se equivoca usted, sin duda? Está usted en mi alma como una virgen sobre un pedestal, en un lugar alto, firme e inmaculado. ¡Pero necesito de usted para vivir! Necesito sus ojos, su voz, su pensamiento. ¡Sea mi amiga, mi hermana, mi ángel!

Y alargaba el brazo y le rodeaba el talle. Ella trataba de zafarse débilmente. Él la sostenía así, mientras caminaban.

Pero oyeron a los dos caballos que pacían el follaje.

—¡Oh, un momento más! —dijo Rodolphe—. ¡No nos vayamos! ¡Quédese!

La llevó más lejos, alrededor de un pequeño estanque, donde unas lentejas de agua formaban un verdor sobre las ondas. Nenúfares marchitos permanecían inmóviles entre los juncos. Al ruido de sus pasos en la hierba, unas ranas saltaban para esconderse.

—Hago mal, hago mal —decía ella—. Estoy loca por escucharle.

—¿Por qué?... ¡Emma! ¡Emma!

—¡Oh, Rodolphe!... —dijo lentamente la joven, inclinándose sobre su hombro.

El paño de su vestido se enganchaba en el terciopelo del frac. Ella echó hacia atrás su cuello blanco, que se hinchaba con un suspiro; y, desfallecida,

deshecha en llanto, con un largo estremecimiento y ocultándose el rostro, se abandonó.

Las sombras del atardecer descendían; el sol, horizontal, pasando entre las ramas, la deslumbraba. Aquí y allá, a su alrededor, entre las hojas o por el suelo, temblaban manchas luminosas, como si unos colibríes, al volar, hubieran esparcido sus plumas. El silencio era total; algo dulce parecía brotar de los árboles; sentía su corazón, cuyos latidos volvían a empezar, y la sangre circular por su carne como un río de leche. Entonces oyó, muy a lo lejos, más allá del bosque, sobre las otras colinas, un grito vago y prolongado, una voz que se arrastraba, y lo escuchaba silenciosamente, mezclándose como una música con las últimas vibraciones de sus nervios conmovidos. Rodolphe, el puro entre los dientes, arreglaba con su navaja una de las dos bridas, que se había roto.

Volvieron a Yonville por el mismo camino. Volvieron a ver en el barro las huellas de sus caballos, una junto a otra, y los mismos matorrales, los mismos guijarros entre la hierba. Nada a su alrededor había cambiado; y para ella, sin embargo, había ocurrido algo más considerable que si las montañas se hubiesen desplazado. Rodolphe, de vez en cuando, se inclinaba y le tomaba la mano para besarla.

¡Estaba encantadora, a caballo! Erguida, con su talle esbelto, la rodilla doblada sobre la crin de su montura, y algo sonrosada por el aire libre, en el arbol del atardecer.

Al entrar en Yonville, hizo caracolear su caballo sobre los adoquines. La miraban desde las ventanas.

Su marido, en la cena, la encontró con buen aspecto; pero ella pareció no oírlo cuando él le preguntó por su paseo; y se quedaba con el codo en el borde del plato, entre las dos velas que ardían.

—¡Emma! —dijo él.

—¿Qué?

—Pues bien, esta tarde he estado en casa del señor Alexandre; tiene una potranca ya mayor, todavía muy hermosa, solo un poco coronada, que se podría conseguir, estoy seguro, por un centenar de escudos...

Añadió:

—Pensando incluso que eso te agradaría, la he apalabrado..., la he comprado... ¿He hecho bien? Dime, pues.

Ella movió la cabeza en señal de asentimiento; luego, un cuarto de hora después:

—¿Sales esta noche? —preguntó ella.

—Sí. ¿Por qué?

—Oh, nada, nada, amigo mío.

Y, en cuanto se hubo librado de Charles, subió a encerrarse en su cuarto.

Al principio fue como un aturdimiento; veía los árboles, los caminos, las cunetas, a Rodolphe, y sentía todavía el abrazo de sus brazos, mientras el follaje se estremecía y los juncos silbaban.

Pero, al verse en el espejo, se sorprendió de su rostro. Nunca había tenido los ojos tan grandes, tan negros, ni de una profundidad semejante. Algo sutil, difundido por toda su persona, la transfiguraba.

Se repetía: «¡Tengo un amante! ¡Un amante!», deleitándose con esta idea como con la de una nueva pubertad que le hubiera sobrevenido. Iba, pues, a poseer por fin aquellas dichas del amor, aquella fiebre de felicidad de la que había desesperado. Entraba en algo maravilloso donde todo sería pasión, éxtasis, delirio; una inmensidad azulada la rodeaba, las cumbres del sentimiento centelleaban bajo su pensamiento, y la existencia ordinaria no aparecía sino a lo lejos, muy abajo, en la sombra, entre los intervalos de aquellas alturas.

Entonces recordó a las heroínas de los libros que había leído, y la legión lírica de aquellas mujeres adúlteras se puso a cantar en su memoria con voces de hermanas que la encantaban. Ella misma se convertía en una parte verdadera de aquellas imaginaciones y realizaba el largo ensueño de su juventud, considerándose dentro de aquel tipo de enamorada que tanto había envidiado. Además, Emma sentía una satisfacción de venganza. ¡Bastante había sufrido ya! Pero triunfaba ahora, y el amor, tan largo tiempo contenido, brotaba entero con burbujes gozosos. Lo saboreaba sin remordimiento, sin inquietud, sin turbación.

El día siguiente transcurrió en una dulzura nueva. Se hicieron juramentos. Ella le contó sus tristezas. Rodolphe la interrumpía con sus besos; y ella

le pedía, contemplándolo con los párpados entornados, que la llamara de nuevo por su nombre y que repitiera que la amaba. Era en el bosque, como la víspera, bajo una choza de zuequeros. Las paredes eran de paja y el techo bajaba tanto que había que permanecer encorvado. Estaban sentados el uno junto al otro, sobre un lecho de hojas secas.

A partir de aquel día, se escribieron con regularidad todas las noches. Emma llevaba su carta al fondo del jardín, cerca del río, a una grieta de la terraza. Rodolphe iba a buscarla allí y ponía otra en su lugar, a la que ella siempre reprochaba ser demasiado corta.

Una mañana, en que Charles había salido antes del alba, la asaltó el capricho de ver a Rodolphe al instante. Se podía llegar deprisa a la Huchette, quedarse una hora y estar de vuelta en Yonville cuando todavía todo el mundo estuviera dormido. Esta idea la hizo jadear de anhelo, y pronto se encontró en medio de la pradera, por donde caminaba a paso rápido, sin mirar hacia atrás.

El día empezaba a despuntar. Emma, desde lejos, reconoció la casa de su amante, cuyas dos veletas en cola de milano se recortaban en negro sobre el crepúsculo pálido.

Después del patio de la granja, había un cuerpo de edificio que debía de ser el castillo. Entró en él, como si los muros, a su llegada, se hubieran apartado por sí solos. Una gran escalera recta subía hacia un corredor. Emma hizo girar el picaporte de una puerta, y de pronto, al fondo de la habitación, vio a un hombre que dormía. Era Rodolphe. Lanzó un grito.

— ¡Ya estás aquí! ¡Ya estás aquí! — repetía él —. ¿Cómo has hecho para venir?... ¡Ah, tu vestido está mojado!

— ¡Te amo! — respondió ella, echándole los brazos al cuello.

Como esta primera osadía le hubiera salido bien, ahora, cada vez que Charles salía temprano, Emma se vestía deprisa y bajaba de puntillas la escalinata que conducía a la orilla del agua.

Pero, cuando el tablón de las vacas estaba levantado, había que seguir las tapias que bordeaban el río; la orilla era resbaladiza; se agarraba con la mano, para no caer, a los ramos de alhelíes marchitos. Luego cruzaba campos de labranza, donde se hundía, tropezaba y enredaba sus finas botinas. Su pañuelo, anudado sobre la cabeza, se agitaba al viento entre los herbaza-

les; tenía miedo de los bueyes, echaba a correr; llegaba sin aliento, con las mejillas sonrosadas, exhalando de toda su persona un fresco perfume de savia, de verdor y de aire libre. Rodolphe, a esa hora, dormía todavía. Era como una mañana de primavera que entraba en su habitación.

Las cortinas amarillas, a lo largo de las ventanas, dejaban pasar suavemente una densa luz rubia. Emma andaba a tientas, parpadeando, mientras las gotas de rocío suspendidas de sus bandós formaban como una aureola de topacios en torno a su rostro. Rodolphe, riendo, la atraía hacia sí y la estrechaba contra su corazón.

Luego examinaba la habitación, abría los cajones de los muebles, se peinaba con su peine y se miraba en el espejo de afeitarse. A menudo, incluso, se ponía entre los dientes la boquilla de una gruesa pipa que había sobre la mesilla de noche, entre limones y terrones de azúcar, cerca de una jarra de agua.

Necesitaban un buen cuarto de hora para las despedidas. Entonces Emma lloraba; hubiera querido no abandonar nunca a Rodolphe. Algo más fuerte que ella la empujaba hacia él, tanto que un día, al verla llegar de improviso, él frunció el rostro como alguien contrariado.

—¿Qué te pasa? —dijo ella—. ¿Sufres? ¡Habla!

Por fin declaró, con aire serio, que sus visitas se estaban volviendo imprudentes y que ella se comprometía.

X

Poco a poco, aquellos miedos de Rodolphe se le fueron contagiando. El amor la había embriagado al principio, y no había pensado en nada más allá. Pero, ahora que le era indispensable a su vida, temía perder algo de él, o incluso que se turbara. Cuando volvía de su casa, lanzaba en derredor miradas inquietas, espionando cada forma que pasaba por el horizonte y cada buhardilla del pueblo desde donde se la pudiera ver. Escuchaba los pasos, los gritos, el ruido de los arados; y se detenía más pálida y más temblorosa que las hojas de los álamos que se mecían sobre su cabeza.

Una mañana, mientras volvía así, creyó distinguir de pronto el largo cañón de una carabina que parecía apuntarla. Sobresalía oblicuamente por el borde de un tonelillo, medio hundido entre la hierba, al margen de una cuneta. Emma, a punto de desfallecer de terror, avanzó sin embargo, y un hombre salió del tonel, como esos diablillos de resorte que se yerguen desde el fondo de las cajas. Llevaba polainas abrochadas hasta las rodillas, la gorra calada hasta los ojos, los labios tiritando y la nariz roja. Era el capitán Binet, al acecho de los patos salvajes.

— ¡Debería usted haber hablado desde lejos! — exclamó—. Cuando se ve un fusil, siempre hay que avisar.

El recaudador, con eso, trataba de disimular el miedo que acababa de pasar; porque, habiendo prohibido un decreto de la prefectura la caza de patos que no fuese en barca, el señor Binet, pese a su respeto por las leyes, se hallaba en falta. Así que a cada minuto creía oír llegar al guarda rural. Pero esa inquietud avivaba su placer, y, solo del todo en su tonel, se aplaudía a sí mismo por su dicha y su malicia.

Al ver a Emma, pareció aliviado de un gran peso, y enseguida, entablando conversación:

—¡No hace calor, pica el frío!

Emma no respondió nada. Él prosiguió:

—¿Y ha salido usted tan temprano?

—Sí —dijo balbuceando—; vengo de casa de la nodriza, donde está mi niña.

—¡Ah, muy bien, muy bien! En cuanto a mí, tal como me ve usted, estoy aquí desde que raya el alba; pero el tiempo está tan asqueroso que, a menos de darle justo en la pluma...

—Buenas tardes, señor Binet —interrumpió ella, dándole la espalda.

—Servidor, señora —replicó él en tono seco.

Y volvió a meterse en su tonel.

Emma se arrepintió de haber dejado tan bruscamente al recaudador. Sin duda, él iba a hacerse conjeturas desfavorables. La historia de la nodriza era la peor excusa, pues todo el mundo sabía en Yonville que la pequeña Bovary, desde hacía un año, había vuelto con sus padres. Además, nadie vivía por los alrededores; aquel camino no llevaba más que a la Huchette; así que Binet había adivinado de dónde venía, y no callaría, ¡chismorrearía, eso era seguro! Se pasó hasta la noche torturándose el ánimo con todos los planes de mentiras imaginables, y teniendo sin cesar ante los ojos a aquel imbécil con su morral.

Charles, después de cenar, al verla preocupada, quiso, para distraerla, llevarla a casa del farmacéutico; y la primera persona que ella vio en la farmacia fue otra vez él, ¡el recaudador! Estaba de pie ante el mostrador, iluminado por la luz del bocal rojo, y decía:

—Deme, por favor, media onza de vitriolo.

—¡Justin! —gritó el boticario—, tráenos el ácido sulfúrico.

Luego, a Emma, que quería subir al piso de la señora Homais:

—No, quédese, no merece la pena, ya bajará ella. Calientese en la estufa mientras tanto... Discúlpeme... Buenos días, doctor (pues al farmacéutico le

encantaba pronunciar esa palabra, doctor, como si, al dirigirla a otro, hiciera recaer sobre sí mismo algo de la pompa que en ella encontraba)... ¡Pero cuidado con volcar los morteros! Ve mejor a buscar las sillas de la salita; ya sabes que no se tocan los sillones del salón.

Y, para volver a poner en su sitio el sillón, Homais salía precipitadamente de detrás del mostrador, cuando Binet le pidió media onza de ácido de azúcar.

—¿Ácido de azúcar? —dijo el farmacéutico con desdén—. No lo conozco, lo ignoro. ¿Querrá usted quizá ácido oxálico? Es oxálico, ¿no es así?

Binet explicó que necesitaba un mordiente para componer él mismo un agua de cobre con la que desoxidar diversos herrajes de caza. Emma se estremeció. El farmacéutico se puso a decir:

—En efecto, el tiempo no es propicio, por la humedad.

—Sin embargo —repuso el recaudador con aire socarrón—, hay personas que se las arreglan.

Ella se ahogaba.

—Deme también...

—¡Pero si no se va a ir nunca! —pensaba ella.

—Media onza de colofonia y de trementina, cuatro onzas de cera amarilla, y tres medias onzas de negro animal, por favor, para limpiar los cueros charolados de mi equipo.

El boticario empezaba a cortar la cera cuando la señora Homais apareció con Irma en brazos, Napoléon a su lado y Athalie que la seguía. Fue a sentarse en el banco de terciopelo junto a la ventana, y el chiquillo se agachó en un taburete, mientras su hermana mayor rondaba en torno a la caja de las pastillas de jujuba, cerca de su papaíto. Este llenaba embudos y taponaba frascos, pegaba etiquetas, hacía paquetes. Se callaban a su alrededor; y solo se oía de vez en cuando tintinear las pesas en las balanzas, con algunas palabras en voz baja del farmacéutico dando consejos a su aprendiz.

—¿Cómo sigue su señorita? —preguntó de pronto la señora Homais.

—¡Silencio! —exclamó su marido, que escribía cifras en el cuaderno de borradores.

—¿Por qué no la ha traído usted? —repuso ella a media voz.

—¡Chis, chis! —hizo Emma, señalando con el dedo al boticario.

Pero Binet, absorto por entero en la lectura de la suma, probablemente no había oído nada. Por fin salió. Entonces Emma, libre ya, dejó escapar un gran suspiro.

—¡Qué fuerte respira usted! —dijo la señora Homais.

—Ah, es que hace un poco de calor —respondió ella.

Así que, al día siguiente, decidieron organizar sus citas; Emma quería sobornar a su criada con un regalo; pero habría sido mejor descubrir en Yonville alguna casa discreta. Rodolphe prometió buscar una.

Durante todo el invierno, tres o cuatro veces por semana, ya cerrada la noche, él llegaba al jardín. Emma, adrede, había quitado la llave de la cancela, que Charles creyó perdida.

Para avisarla, Rodolphe arrojaba contra las persianas un puñado de arena. Ella se levantaba sobresaltada; pero a veces tenía que esperar, porque a Charles le daba la manía de charlar junto al fuego, y no terminaba nunca. Se devoraba de impaciencia; si sus ojos hubieran podido, lo habrían hecho saltar por las ventanas. Por fin, empezaba su aseo de noche; luego cogía un libro y seguía leyendo muy tranquila, como si la lectura la divirtiera. Pero Charles, que estaba en la cama, la llamaba para que se acostase.

—Ven ya, Emma —decía él—, que es hora.

—¡Sí, ya voy! —respondía ella.

Pero, como las velas lo deslumbraban, él se volvía hacia la pared y se dormía. Ella se escapaba conteniendo el aliento, sonriente, palpitante, desvestida.

Rodolphe tenía una gran capa; la envolvía en ella por entero, y, pasándole el brazo alrededor de la cintura, la arrastraba sin hablar hasta el fondo del jardín.

Era bajo el cenador, en aquel mismo banco de listones podridos donde en otro tiempo Léon la miraba tan enamorado, durante las tardes de verano. Ella apenas pensaba en él ahora.

Las estrellas brillaban a través de las ramas del jazmín sin hojas. Oían detrás de ellos el río que corría, y, de vez en cuando, en la orilla, el crujido de los juncos secos. Macizos de sombra, aquí y allá, se abultaban en la oscuridad, y a veces, estremeciéndose todos con un solo movimiento, se erguían y se inclinaban como inmensas olas negras que avanzaran para cubrirlos. El frío de la noche los hacía estrecharse más; los suspiros de sus labios les parecían más fuertes; sus ojos, que apenas entreveían, les parecían más grandes, y, en medio del silencio, había palabras dichas en voz muy baja que caían sobre su alma con una sonoridad cristalina y que en ella repercutían en vibraciones multiplicadas.

Cuando la noche era lluviosa, iban a refugiarse en la consulta, entre el cobertizo y la cuadra. Ella encendía uno de los candelabros de la cocina, que había escondido detrás de los libros. Rodolphe se instalaba allí como en su casa. La vista de la biblioteca y del escritorio, de toda la estancia en fin, le excitaba la alegría; y no podía contenerse de hacer sobre Charles una cantidad de bromas que turbaban a Emma. Ella hubiera querido verlo más serio, e incluso más dramático en ocasiones, como aquella vez en que creyó oír en el sendero un ruido de pasos que se acercaban.

— ¡Viene alguien! — dijo ella.

Él apagó la luz de un soplo.

— ¿Tienes tus pistolas?

— ¿Para qué?

— Pues... para defenderte — repuso Emma.

— ¿Es de tu marido? ¡Ah, pobre muchacho!

Y Rodolphe terminó la frase con un gesto que significaba: «Lo aplastaría de un capirotazo».

Ella quedó pasmada de su valentía, aunque sintió en ello una especie de indelicadeza y de tosquedad ingenua que la escandalizó.

Rodolphe reflexionó mucho sobre aquella historia de las pistolas. Si ella había hablado en serio, aquello era muy ridículo, pensaba él, odioso incluso, pues él no tenía ninguna razón para odiar al buen Charles, no siendo lo que se dice devorado de celos; — y, a propósito de esto, Emma le había hecho un gran juramento que tampoco le parecía del mejor gusto.

Además, se estaba volviendo muy sentimental. Había habido que intercambiar miniaturas, se habían cortado mechones de pelo, y ella pedía ahora una sortija, un verdadero anillo de boda, como señal de alianza eterna. A menudo le hablaba de las campanas del atardecer o de las voces de la naturaleza; luego le hablaba de su madre, la de ella, y de la madre de él. Rodolphe la había perdido hacía veinte años. Emma, sin embargo, lo consolaba de ello con ñoñerías de lenguaje, como se habría hecho con un chiquillo abandonado, y hasta le decía a veces, mirando la luna:

—Estoy segura de que allá arriba, juntas, aprueban nuestro amor.

¡Pero era tan bonita! ¡Había poseído tan pocas de una candidez semejante! Aquel amor sin libertinaje era para él algo nuevo, y que, sacándolo de sus hábitos fáciles, halagaba a la vez su orgullo y su sensualidad. La exaltación de Emma, que su sentido común burgués desdeñaba, le parecía en el fondo del corazón encantadora, puesto que se dirigía a su persona. Entonces, seguro de ser amado, dejó de contenerse, y sus maneras cambiaron insensiblemente.

Ya no tenía, como antaño, aquellas palabras tan dulces que la hacían llorar, ni aquellas caricias vehementes que la enloquecían; de modo que su gran amor, en el que ella vivía sumergida, pareció menguar bajo ella, como el agua de un río que se fuera sumiendo en su lecho, y ella vio el cieno. No quiso creerlo; redobló su ternura; y Rodolphe, cada vez menos, ocultó su indiferencia.

No sabía si se arrepentía de haberle cedido, o si, por el contrario, no deseaba quererlo aún más. La humillación de sentirse débil se tornaba en un rencor que las voluptuosidades atemperaban. No era apego, era como una seducción permanente. Él la subyugaba. Ella casi le tenía miedo.

Las apariencias, sin embargo, estaban más tranquilas que nunca, pues Rodolphe había conseguido conducir el adulterio a su antojo; y, al cabo de seis meses, cuando llegó la primavera, se hallaban, el uno frente al otro, como dos cónyuges que mantienen tranquilamente una llama doméstica.

Era la época en que el tío Rouault enviaba su pavo, en recuerdo de su pierna curada. El regalo llegaba siempre con una carta. Emma cortó la cuerda que lo sujetaba a la cesta, y leyó las líneas siguientes:

«Mis queridos hijos,

«Espero que la presente os encuentre con buena salud y que este valga tanto como los otros; porque me parece un poco más blandito, si se me permite decirlo, y más recio. Pero, la próxima vez, para variar, os daré un gallo, a menos que prefiráis los pavipollos; y devolvedme la cesta, por favor, con las dos anteriores. He tenido una desgracia en el cobertizo de las carretas, cuyo techo, una noche que soplaba fuerte el viento, salió volando hacia los árboles. La cosecha tampoco ha sido gran cosa. En fin, no sé cuándo iré a veros. Me resulta tan difícil ahora dejar la casa, ¡desde que estoy solo, mi pobre Emma!

Y aquí había un espacio entre las líneas, como si el buen hombre hubiese dejado caer la pluma para soñar despierto un momento.

«En cuanto a mí, estoy bien, salvo un catarro que pesqué el otro día en la feria de Yvetot, adonde había ido para contratar un pastor, pues había puesto de patitas en la calle al mío, por su demasiada delicadeza de paladar. ¡Cómo da lástima con todos esos bribones! Por lo demás, también era un sinvergüenza.

«He sabido por un buhonero que, viajando este invierno por vuestra tierra, se hizo sacar una muela, que Bovary seguía trabajando duro. No me extraña, y me enseñó la muela; tomamos un café juntos. Le pregunté si te había visto, me dijo que no, pero que había visto en la cuadra dos animales, de donde deduzco que el oficio marcha bien. Tanto mejor, mis queridos hijos, y que Dios os envíe toda la felicidad imaginable.

«Me da pena no conocer todavía a mi querida nietecita Berthe Bovary. He plantado para ella, en el jardín, bajo tu cuarto, un ciruelo de ciruelas de avena, y no quiero que nadie lo toque, salvo para hacerle más tarde compotas, que guardaré en el armario, para ella, cuando venga.

«Adiós, mis queridos hijos. Te abrazo, hija mía; a usted también, yerno mío, y a la pequeña, en las dos mejillas.

«Quedo, con muchos saludos,

«Vuestro tierno padre,

«THEODORE ROUAULT.»

Se quedó unos minutos sosteniendo entre los dedos aquel papel grueso. Las faltas de ortografía se enlazaban unas con otras, y Emma seguía el pen-

samiento dulce que cacareaba a través de todo ello como una gallina medio escondida en un seto de espinos. Habían secado la tinta con las cenizas del hogar, pues un poco de polvo gris se deslizó de la carta sobre su vestido, y ella creyó casi ver a su padre inclinándose hacia el hogar para coger las tenazas. ¡Cuánto tiempo hacía que no estaba junto a él, en el escabel, junto a la chimenea, cuando hacía arder la punta de un palito en la gran llama de los juncos marinos que chisporroteaban!...

Recordó tardes de verano llenas de sol. Los potrillos relinchaban cuando uno pasaba, y galopaban, galopaban... Había bajo su ventana una colmena, y a veces las abejas, revoloteando en la luz, golpeaban contra los cristales como bolas de oro que rebotaran. ¡Qué felicidad en aquel tiempo! ¡qué libertad! ¡qué esperanza! ¡qué abundancia de ilusiones! ¡Ya no quedaba nada de todo eso ahora! Las había gastado en todas las aventuras de su alma, en todas las condiciones sucesivas, en la virginidad, en el matrimonio y en el amor; —perdiéndolas así continuamente a lo largo de su vida, como un viajero que deja algo de su riqueza en todas las posadas del camino.

Pero ¿quién la hacía entonces tan desdichada? ¿Dónde estaba la catástrofe extraordinaria que la había trastornado? Y levantó la cabeza, mirando a su alrededor, como para buscar la causa de lo que la hacía sufrir.

Un rayo de abril centelleaba sobre las porcelanas de la estantería; el fuego ardía; sentía bajo sus zapatillas la suavidad de la alfombra; el día era claro, el ambiente templado, y oyó a su hija que soltaba carcajadas.

En efecto, la niña se revolcaba entonces en el césped, en medio de la hierba que estaban henificando. Estaba tumbada boca abajo, en lo alto de un almiar. Su niñera la sujetaba por la falda. Lestiboudois rastrillaba al lado, y, cada vez que se acercaba, ella se inclinaba agitando en el aire los dos brazos.

—¡Tráemela! —dijo su madre, precipitándose para besarla—. ¡Cuánto te quiero, mi pobre niña! ¡Cuánto te quiero!

Luego, al advertir que tenía las puntas de las orejas un poco sucias, tocó enseguida la campanilla para que trajeran agua caliente, y la lavó, le cambió la muda, las medias, los zapatos, hizo mil preguntas sobre su salud, como al volver de un viaje, y por fin, besándola aún y llorando un poco, la devolvió

a manos de la criada, que se quedaba muy pasmada ante ese exceso de ternura.

Rodolphe, por la noche, la encontró más seria que de costumbre.

— Ya se le pasará — juzgó él —, es un capricho.

Y faltó consecutivamente a tres citas. Cuando volvió, ella se mostró fría y casi desdeñosa.

— Ah, pierdes el tiempo, mi bonita...

Y él pareció no advertir en absoluto sus suspiros melancólicos, ni el pañuelo que ella sacaba.

¡Fue entonces cuando Emma se arrepintió!

Se preguntó incluso por qué execraba a Charles, y si no habría sido mejor poder amarlo. Pero él no ofrecía gran asidero a esos retornos del sentimiento, de modo que ella se quedaba muy confundida en su veleidad de sacrificio, cuando el boticario llegó oportunamente a proporcionarle una ocasión.

</content>

XI

Había leído últimamente el elogio de un nuevo método para la cura de los pies zopos; y como era partidario del progreso, concibió esta idea patriótica de que Yonville, para ponerse al nivel, debía tener operaciones de estrefopodia.

— Porque — le decía a Emma —, ¿qué se arriesga? Examínelo (y enumeraba con los dedos las ventajas de la tentativa): éxito casi seguro, alivio y embellecimiento del enfermo, celebridad rápidamente adquirida por el operador. ¿Por qué su marido, por ejemplo, no habría de librar de eso al pobre Hippolyte, del *León de Oro*? Note que no dejaría de contar su curación a todos los viajeros, y además (Homais bajaba la voz y miraba alrededor) ¿quién me impediría enviar al periódico una notita sobre esto? ¡Ay, Dios mío! Un artículo circula..., se habla de él..., ¡eso acaba haciendo bola de nieve! ¡Y quién sabe! ¡Quién sabe!

En efecto, Bovary podía tener éxito; nada le aseguraba a Emma que no fuese hábil, ¿y qué satisfacción para ella haberlo empujado a una gestión de la que su reputación y su fortuna saldrían acrecentadas? No pedía sino apoyarse en algo más sólido que el amor.

Charles, instado por el boticario y por ella, se dejó convencer. Hizo venir de Rouen el volumen del doctor Duval, y, todas las noches, cogiéndose la cabeza entre las manos, se sumergía en aquella lectura.

Mientras él estudiaba los equinos, los varos y los valgos, es decir, la estrefocatopodia, la estrefendopodia y la estrefexopodia (o, por hablar con más propiedad, las diferentes desviaciones del pie, ya sea hacia abajo, hacia dentro o hacia fuera), con la estrefipopodia y la estrefanopodia (dicho de otro modo, torsión hacia abajo y enderezamiento hacia arriba), el señor Ho-

mais, con toda clase de razonamientos, exhortaba al mozo de posada a hacerse operar.

— Apenas sentirás, quizá, un ligero dolor; es un simple pinchazo, como una pequeña sangría, menos que la extirpación de algunos callos.

Hippolyte, reflexionando, revolvía unos ojos estúpidos.

— Por lo demás —proseguía el farmacéutico—, ¡a mí no me importa! ¡Es por ti! ¡Por pura humanidad! Quisiera verte, amigo mío, libre de tu horrible cojera, con ese balanceo de la región lumbar que, aunque tú sostengas lo contrario, debe de perjudicarte considerablemente en el ejercicio de tu oficio.

Entonces Homais le hacía ver cuánto más gallardo y más ágil se sentiría después, y hasta le daba a entender que se encontraría mejor para gustar a las mujeres; y el mozo de cuadra se echaba a sonreír torpemente. Luego lo atacaba por la vanidad:

— ¿No eres un hombre, rediez? ¿Qué sería, entonces, si hubieras tenido que hacer el servicio, ir a combatir bajo las banderas?... ¡Ah, Hippolyte!

Y Homais se alejaba, declarando que no comprendía aquella obstinación, aquella ceguera al negarse a los beneficios de la ciencia.

El infeliz cedió, porque aquello fue como una conjura. Binet, que nunca se metía en asuntos ajenos, la señora Lefrançois, Artémise, los vecinos, y hasta el alcalde, el señor Tuvache, todos lo instaron, lo sermonearon, le hicieron sentir vergüenza; pero lo que acabó de decidirlo fue que no le costaría nada. Bovary se encargaba incluso de proporcionar el aparato para la operación. Emma había tenido la idea de esa generosidad; y Charles consintió en ello, diciéndose en el fondo del corazón que su mujer era un ángel.

Con los consejos del farmacéutico, y empezando de nuevo tres veces, hizo construir por el carpintero, ayudado del cerrajero, una especie de caja que pesaba unas ocho libras, y en la que no se habían escatimado el hierro, la madera, la chapa, el cuero, los tornillos y las tuercas.

Sin embargo, para saber qué tendón cortarle a Hippolyte, había que conocer antes qué clase de pie zopo tenía.

Tenía un pie que formaba con la pierna una línea casi recta, lo que no impedía que estuviese vuelto hacia dentro, de modo que era un equino mezcla-

do con un poco de varo, o bien un ligero varo fuertemente acentuado de equino. Pero con ese equino, ancho en efecto como un pie de caballo, de piel rugosa, de tendones secos, de dedos gordos, y donde las uñas negras figuraban los clavos de una herradura, el estrefópodo, de la mañana a la noche, galopaba como un ciervo. Se lo veía continuamente en la plaza, saltando alrededor de las carretas, lanzando hacia delante su apoyo desigual. Parecía incluso más vigoroso de esa pierna que de la otra. A fuerza de haber servido, había contraído como unas cualidades morales de paciencia y de energía, y cuando le daban algún trabajo pesado, se apoyaba en ella con preferencia.

Ahora bien, puesto que era un equino, había que cortar el tendón de Aquiles, sin perjuicio de atacar más tarde el músculo tibial anterior para librarlo del varo; porque el médico no se atrevía a arriesgar de una sola vez dos operaciones, y hasta temblaba ya, con el miedo de atacar alguna región importante que no conocía.

Ni Ambroise Paré, aplicando por primera vez desde Celso, tras quince siglos de intervalo, la ligadura inmediata de una arteria; ni Dupuytren yendo a abrir un absceso a través de una gruesa capa de encéfalo; ni Gensoul, cuando hizo la primera ablación de maxilar superior, tenían por cierto el corazón tan palpitante, la mano tan trémula, el intelecto tan tenso como el señor Bovary cuando se acercó a Hippolyte, con el tenótomo entre los dedos. Y, como en los hospitales, se veía al lado, sobre una mesa, un montón de hilas, hilos encerados, muchas vendas, una pirámide de vendas, cuantas vendas había en la botica. Era el señor Homais quien había organizado desde la mañana todos esos preparativos, tanto para deslumbrar a la multitud como para ilusionarse a sí mismo. Charles pinchó la piel; se oyó un chasquido seco. El tendón estaba cortado, la operación había terminado. Hippolyte no salía de su asombro; se inclinaba sobre las manos de Bovary para cubrirlas de besos.

—Vamos, cálmate —decía el boticario—, ¡ya demostrarás más tarde tu reconocimiento a tu benefactor!

Y bajó a contar el resultado a cinco o seis curiosos que aguardaban en el patio, y que se imaginaban que Hippolyte iba a reaparecer caminando derecho. Luego Charles, tras abrochar a su enfermo en el motor mecánico, se volvió a su casa, donde Emma, muy ansiosa, lo esperaba en la puerta. Ella le echó los brazos al cuello; se sentaron a la mesa; él comió mucho, y hasta

qu coastros, a los postres, tomar una taza de café, exceso que solo se permitía los domingos cuando había gente.

La velada fue encantadora, llena de charlas, de sueños compartidos. Hablaron de su fortuna futura, de mejoras que introducir en su hogar; él veía su consideración extendiéndose, su bienestar aumentando, su mujer amándolo siempre; y ella se sentía feliz de refrescarse en un sentimiento nuevo, más sano, mejor, en fin, de experimentar cierta ternura por aquel pobre muchacho que la adoraba. La idea de Rodolphe le pasó un momento por la cabeza; pero sus ojos volvieron a Charles: notó incluso con sorpresa que no tenía los dientes feos.

Estaban ya en la cama cuando el señor Homais, pese a la cocinera, entró de pronto en la alcoba, con una hoja de papel recién escrita en la mano. Era el anuncio que destinaba a *El Fanal de Rouen*. Se lo traía para que lo leyeran.

— Léalo usted mismo — dijo Bovary.

Leyó:

— «A pesar de los prejuicios que aún cubren una parte de la faz de Europa como una red, la luz, sin embargo, comienza a penetrar en nuestros campos. Así es como, el martes, nuestra pequeña ciudad de Yonville se vio convertida en teatro de un experimento quirúrgico que es al mismo tiempo un acto de alta filantropía. El señor Bovary, uno de nuestros facultativos más distinguidos...»

— ¡Ah, es demasiado! ¡Es demasiado! — decía Charles, a quien la emoción ahogaba.

— ¡Pero no, en absoluto! ¡Cómo iba a serlo!... «Ha operado de un pie zopo...» No he puesto el término científico, porque, ya sabe, en un periódico..., quizá no todo el mundo lo entendería; hace falta que las masas...

— En efecto — dijo Bovary — . Continúe.

— Sigo — dijo el farmacéutico — . «El señor Bovary, uno de nuestros facultativos más distinguidos, ha operado de un pie zopo al llamado Hippolyte Tautain, mozo de cuadra desde hace veinticinco años en el hotel del *León de Oro*, regentado por la señora viuda Lefrançois, en la plaza de Armas. La novedad de la tentativa y el interés que despertaba el caso habían

atraído tal concurrencia de población, que había verdadera aglomeración en el umbral del establecimiento. La operación, por lo demás, se practicó como por encanto, y apenas si unas gotas de sangre asomaron a la piel, como para decir que el tendón rebelde acababa por fin de ceder ante los esfuerzos del arte. El enfermo, cosa extraña (lo afirmamos de visu), no acusó dolor alguno. Su estado, hasta el momento, no deja nada que desear. Todo hace suponer que la convalecencia será breve; y quién sabe incluso si, en la próxima fiesta del pueblo, no veremos a nuestro bravo Hippolyte figurar en danzas báquicas, en medio de un coro de alegres mozos, y probar así a todos los ojos, por su brío y sus cabriolas, su completa curación. ¡Honor, pues, a los sabios generosos! ¡Honor a esos espíritus infatigables que consagran sus desvelos a la mejora o al alivio de su especie! ¡Honor! ¡Tres veces honor! ¿No es este el caso de exclamar que los ciegos verán, los sordos oirán y los cojos andarán? ¡Pero lo que antaño el fanatismo prometía a sus elegidos, la ciencia lo cumple ahora para todos los hombres! Mantendremos a nuestros lectores al corriente de las fases sucesivas de esta cura tan notable.»

Lo cual no impidió que, cinco días después, la tía Lefrançois llegase toda despavorida gritando:

—¡Socorro! ¡Se muere!... ¡Estoy perdiendo la cabeza!

Charles se precipitó hacia el *León de Oro*, y el farmacéutico, que lo vio pasar por la plaza sin sombrero, abandonó la botica. Apareció él mismo, jadeante, colorado, inquieto, y preguntando a todos los que subían la escalera:

—¿Qué le pasa a nuestro interesante estrefópodo?

Se retorció, el estrefópodo, en convulsiones atroces, de tal modo que el motor mecánico donde estaba encerrada su pierna golpeaba contra la pared como para hundirla.

Con muchas precauciones, para no alterar la posición del miembro, retiraron pues la caja, y vieron un espectáculo horrible. Las formas del pie desaparecían bajo tal hinchazón, que la piel entera parecía a punto de reventar, y estaba cubierta de equimosis ocasionadas por la famosa máquina. Hippolyte ya se había quejado de sufrir por ello; no se le había hecho caso; hubo que reconocer que no había estado del todo equivocado; y lo dejaron libre unas horas. Pero apenas hubo desaparecido un poco el edema, cuando los dos sabios juzgaron oportuno restablecer el miembro en el aparato, apre-

tándolo más aún, para acelerar las cosas. Por fin, tres días después, no pudiendo Hippolyte aguantar más, retiraron de nuevo la mecánica, asombrándose mucho del resultado que vieron. Una tumefacción lívida se extendía por la pierna, con flictenas aquí y allá, por donde rezumaba un líquido negro. Aquello tomaba un cariz serio. Hippolyte empezaba a aburrirse, y la tía Lefrançois lo instaló en la salita, cerca de la cocina, para que tuviese al menos alguna distracción.

Pero el recaudador, que comía allí todos los días, se quejó con amargura de tal vecindad. Entonces trasladaron a Hippolyte a la sala de billar.

Allí estaba, gimiendo bajo sus gruesas mantas, pálido, la barba larga, los ojos hundidos, y, de vez en cuando, volviendo su cabeza sudorosa sobre la sucia almohada donde se posaban las moscas. La señora Bovary iba a verlo. Le llevaba paños para sus cataplasmas, y lo consolaba, lo animaba. Por lo demás, no le faltaba compañía, sobre todo los días de mercado, cuando los campesinos a su alrededor empujaban las bolas del billar, esgrimían con los tacos, fumaban, bebían, cantaban, vociferaban.

—¿Cómo te va? —le decían, dándole palmadas en el hombro—. ¡Ah, no estás muy ufano, por lo que parece! Pero es culpa tuya. Habría que hacer esto, hacer aquello.

Y le contaban historias de gente que se había curado con otros remedios distintos de los suyos; luego, a modo de consuelo, añadían:

—¡Es que te escuchas demasiado a ti mismo! ¡Levántate ya! ¡Te mimas como un rey! ¡Ah, da igual, viejo farsante, no hueles bien!

La gangrena, en efecto, subía cada vez más. Bovary mismo estaba enfermo por ello. Venía a cada hora, a cada momento. Hippolyte lo miraba con ojos llenos de espanto y balbucía sollozando:

—¿Cuándo estaré curado?... ¡Ah, sálveme!... ¡Qué desgraciado soy! ¡Qué desgraciado soy!

Y el médico se marchaba, recomendándole siempre la dieta.

—No lo escuches, muchacho —proseguía la tía Lefrançois—; ¿no te han atormentado ya bastante? Te vas a debilitar aún más. Toma, traga esto.

Y le ofrecía un buen caldo, alguna loncha de pierna de cordero, algún trozo de tocino, y a veces unas copitas de aguardiente que él no tenía valor

para llevarse a los labios.

El padre Bournisien, al saber que empeoraba, pidió verlo. Empezó compadeciéndolo por su mal, aunque declarando que había que alegrarse, puesto que era voluntad del Señor, y aprovechar de prisa la ocasión para reconciliarse con el cielo.

— Porque — decía el eclesiástico con tono paternal —, has descuidado un poco tus deberes; se te veía rara vez en el oficio divino; ¿cuántos años hace que no te acercas a la sagrada mesa? Comprendo que tus ocupaciones, que el torbellino del mundo, hayan podido apartarte del cuidado de tu salvación. Pero ahora es hora de reflexionar sobre ello. No desesperes, sin embargo; he conocido a grandes pecadores que, a punto de comparecer ante Dios (tú aún no estás en ese caso, bien lo sé), habían implorado su misericordia, y que sin duda murieron en las mejores disposiciones. ¡Esperemos que, igual que ellos, nos des buenos ejemplos! Así que, por precaución, ¿quién te impide recitar mañana y noche un «Dios te salve, María, llena eres de gracia», y un «Padre nuestro, que estás en los cielos»? ¡Sí, hazlo! Por mí, para complacerme. ¿Qué te cuesta?... ¿Me lo prometes?

El pobre diablo lo prometió. El cura volvió los días siguientes. Charlaba con la posadera e incluso contaba anécdotas entremezcladas de bromas, de juegos de palabras que Hippolyte no entendía. Luego, en cuanto las circunstancias lo permitían, volvía a caer en materias religiosas, poniendo una cara adecuada.

Su celo pareció dar fruto; pues pronto el estrefópodo manifestó el deseo de ir en peregrinación a Bon-Secours, si se curaba: a lo que el señor Bournisien respondió que no veía inconveniente; dos precauciones valían más que una. No se arriesgaba nada.

El boticario se indignó contra lo que llamaba las maniobras del sacerdote; perjudicaban, sostenía él, la convalecencia de Hippolyte, y repetía a la señora Lefrançois:

— ¡Déjelo! ¡Déjelo! ¡Le está trastornando el ánimo con su misticismo!

Pero la buena mujer ya no quería oírlo. Él era la causa de todo. Por espíritu de contradicción, llegó incluso a colgar a la cabecera del enfermo una pila de agua bendita llena, con una rama de boj.

Sin embargo, ni la religión ni la cirugía parecían socorrerlo, y la invencible podredumbre iba subiendo siempre desde las extremidades hacia el vientre. Por más que variaran las pociones y cambiaran los cataplasmas, los músculos se desprendían cada día más, y por fin Charles respondió con un gesto afirmativo de cabeza cuando la tía Lefrançois le preguntó si no podría, como último recurso, hacer venir al señor Canivet, de Neufchâtel, que era una celebridad.

Doctor en medicina, de cincuenta años de edad, disfrutando de buena posición y seguro de sí mismo, el colega no se privó de reír con desdén cuando descubrió aquella pierna gangrenada hasta la rodilla. Luego, tras declarar sin rodeos que había que amputarla, se fue a casa del farmacéutico a despotricar contra los asnos que habían podido reducir a un pobre hombre a semejante estado. Sacudiendo al señor Homais por el botón de la levita, vociferaba en la botica:

— ¡Esas son invenciones de París! ¡He ahí las ideas de esos señores de la capital! Es como el estrabismo, el cloroformo y la litotricia, ¡un montón de monstruosidades que el gobierno debería prohibir! Pero se quiere hacer el listo, y le meten a uno remedios sin preocuparse de las consecuencias. Nosotros no somos tan fuertes como para eso; no somos sabios, ni currutacos, ni pisaverdes; somos prácticos, curanderos, ¡y no se nos ocurriría operar a alguien que está de maravilla! ¡Enderezar pies zopos! ¿Es que se pueden enderezar los pies zopos? ¡Es como si uno quisiera, por ejemplo, poner derecho a un jorobado!

Homais sufría escuchando ese discurso, y disimulaba su malestar bajo una sonrisa cortesana, pues necesitaba tener contentos al señor Canivet, cuyas recetas a veces llegaban hasta Yonville; así que no salió en defensa de Bovary, ni siquiera hizo observación alguna, y, abandonando sus principios, sacrificó su dignidad a los intereses más serios de su negocio.

¡Fue en el pueblo un acontecimiento considerable aquella amputación de muslo por el doctor Canivet! Todos los habitantes, aquel día, se habían levantado más temprano, y la Grande-Rue, aunque llena de gente, tenía algo de lúgubre, como si se tratase de una ejecución capital. Se discutía en la tienda del tendero sobre la enfermedad de Hippolyte; las tiendas no vendían nada, y la señora Tuvache, la mujer del alcalde, no se movía de su ventana, de la impaciencia que tenía por ver llegar al operador.

Llegó en su cabriolé, que él mismo conducía. Pero, como el muelle del lado derecho se había ido hundiendo con el tiempo bajo el peso de su corpulencia, ocurría que el coche se inclinaba un poco al andar, y se veía en el otro cojín, junto a él, una amplia caja, forrada de badana roja, cuyos tres cierres de cobre brillaban magistralmente.

Cuando hubo entrado como un torbellino bajo el porche del *León de Oro*, el doctor, gritando muy alto, ordenó desenganchar su caballo, y luego fue a la cuadra a ver si comía bien la avena; porque, al llegar a casa de sus enfermos, se ocupaba primero de su yegua y de su cabriolé. Incluso se decía a propósito de esto: «¡Ah, el señor Canivet es todo un original!». Y se le estimaba más por ese aplomo inquebrantable. El universo podría haber reventado hasta el último hombre, que él no habría faltado a la menor de sus costumbres.

Homais se presentó.

—Cuento con usted —dijo el doctor—. ¿Estamos listos? ¡En marcha!

Pero el boticario, ruborizándose, confesó que era demasiado sensible para presenciar una operación semejante.

—Cuando uno es simple espectador —decía—, la imaginación, ya sabe, se impresiona. ¡Y además tengo el sistema nervioso tan...!

—¡Bah! —interrumpió Canivet—, me parece, al contrario, que está usted predispuesto a la apoplejía. Y, por lo demás, no me extraña; porque ustedes, los señores farmacéuticos, están continuamente metidos en su cocina, lo cual acaba por alterar el temperamento. Míreme a mí, más bien: todos los días me levanto a las cuatro, me afeito con agua fría (nunca tengo frío), y no llevo franela, no cojo ningún resfriado, ¡el cofre anda bien! Vivo unas veces de una manera, otras de otra, como un filósofo, al azar del tenedor. Por eso no soy delicado como usted, y me da igual descuartizar a un cristiano que al primer ave que se presente. Después de esto, dirá usted, la costumbre..., ¡la costumbre!...

Entonces, sin ninguna consideración por Hippolyte, que sudaba de angustia entre sus sábanas, aquellos señores entablaron una conversación en la que el boticario comparó la sangre fría de un cirujano con la de un general; y esa comparación fue del agrado de Canivet, que se explayó en palabras sobre las exigencias de su arte. Lo consideraba un sacerdocio, aunque los

oficiales de sanidad lo deshonrasen. Por fin, volviendo al enfermo, examinó las vendas traídas por Homais, las mismas que ya habían comparecido con motivo del pie zopo, y pidió a alguien que le sujetara el miembro. Enviaron a buscar a Lestiboudois, y el señor Canivet, tras arremangarse, pasó a la sala de billar, mientras el boticario se quedaba con Artémise y la posadera, ambas más pálidas que su delantal, con el oído pegado a la puerta.

Bovary, entretanto, no se atrevía a moverse de su casa. Permanecía abajo, en la sala, sentado al rincón de la chimenea sin lumbre, la barbilla sobre el pecho, las manos juntas, los ojos fijos. ¡Qué desventura!, pensaba, ¡qué desengaño! Había tomado, sin embargo, todas las precauciones imaginables. La fatalidad se había mezclado en ello. ¡Qué más da! Si Hippolyte llegaba a morir más tarde, sería él quien lo habría asesinado. Y además, ¿qué razón daría en las visitas, cuando le preguntaran? ¿Se habría equivocado, sin embargo, en algo? Buscaba, no encontraba. Pero los cirujanos más famosos también se equivocaban. ¡Eso es lo que nunca querrían creer! Al contrario, se reirían, ¡murmurarían! ¡Eso se difundiría hasta Forges! ¡Hasta Neufchâtel! ¡Hasta Rouen! ¡A todas partes! ¿Quién sabe si algunos colegas no escribirían contra él? Se entablaría una polémica, habría que responder en los periódicos. Hasta Hippolyte podría ponerle un pleito. Se veía deshonrado, arruinado, perdido. Y su imaginación, asaltada por una multitud de hipótesis, se bamboleaba en medio de ellas como un tonel vacío arrastrado al mar y que rueda sobre las olas.

Emma, frente a él, lo miraba; ella no compartía su humillación, sentía otra: la de haberse imaginado que un hombre semejante pudiera valer algo, como si veinte veces ya no hubiese percibido suficientemente su mediocridad.

Charles se paseaba de un lado a otro, por la alcoba. Sus botas crujían sobre el entarimado.

— Siéntate —dijo ella—, ¡me pones nerviosa!

Él volvió a sentarse.

¿Cómo era posible que hubiese vuelto a equivocarse (¡ella, que era tan inteligente!) una vez más? Por lo demás, ¿por qué deplorable manía había estropeado así su existencia en sacrificios continuos? Recordó todos sus instintos de lujo, todas las privaciones de su alma, las bajezas del matrimonio,

del hogar, sus sueños cayendo en el barro como golondrinas heridas, todo lo que había deseado, todo lo que se había negado, todo lo que habría podido tener. ¿Y por qué? ¿Por qué?

En medio del silencio que llenaba el pueblo, un grito desgarrador atravesó el aire. Bovary se puso pálido hasta desfallecer. Ella frunció el ceño con un gesto nervioso, y luego continuó. Sin embargo, era por él, por aquel ser, por aquel hombre que no comprendía nada, que no sentía nada, ¡pues estaba ahí, tan tranquilo, sin siquiera sospechar que el ridículo de su nombre iba de ahora en adelante a mancharla como a él! Había hecho esfuerzos por amarlo, y se había arrepentido llorando de haberse entregado a otro.

—¡Pero quizá era un valgo! —exclamó de pronto Bovary, que meditaba.

Ante el choque imprevisto de esa frase que caía sobre su pensamiento como una bala de plomo en un plato de plata, Emma, sobresaltada, levantó la cabeza para adivinar qué quería decir; y se miraron en silencio, casi atónitos de verse, tan lejos estaban el uno del otro por su conciencia. Charles la contemplaba con la mirada turbia de un hombre ebrio, mientras escuchaba, inmóvil, los últimos gritos del amputado, que se sucedían en modulaciones prolongadas, cortadas por sacudidas agudas, como el aullido lejano de alguna bestia a la que degüellan. Emma se mordía los labios pálidos, y, haciendo rodar entre los dedos una ramita del coral que había roto, fijaba en Charles la punta ardiente de sus pupilas, como dos flechas de fuego a punto de partir. Todo en él la irritaba ahora, su cara, su traje, lo que no decía, toda su persona, en fin, su existencia. Se arrepentía, como de un crimen, de su virtud pasada, y lo que aún quedaba de ella se derrumbaba bajo los golpes furiosos de su orgullo. Se deleitaba en todas las ironías malvadas del adulterio triunfante. El recuerdo de su amante volvía a ella con atracciones vertiginosas; hacia él arrojaba su alma, arrastrada hacia aquella imagen por un entusiasmo nuevo; y Charles le parecía tan desligado de su vida, tan ausente para siempre, tan imposible y aniquilado, como si fuese a morir y hubiese agonizado ante sus ojos.

Se oyó un ruido de pasos en la acera. Charles miró; y, a través de la persiana bajada, vio junto al mercado, a pleno sol, al doctor Canivet, que se enjugaba la frente con su pañuelo. Homais, detrás de él, llevaba en la mano una gran caja roja, y ambos se dirigían hacia la farmacia.

Entonces, por ternura súbita y desaliento, Charles se volvió hacia su mujer diciéndole:

—¡Bésame, pues, buena mía!

—¡Déjame! —dijo ella, toda roja de cólera.

—¿Qué tienes? ¿Qué tienes? —repetía él, estupefacto—. ¡Cálmate! ¡Domínate!... ¡Bien sabes que te quiero!... ¡Ven!

—¡Basta! —exclamó ella con aire terrible.

Y escapándose de la sala, Emma cerró la puerta con tal fuerza, que el barómetro saltó de la pared y se estrelló contra el suelo.

Charles se hundió en su sillón, trastornado, preguntándose qué podía tener ella, imaginando una enfermedad nerviosa, llorando, y sintiendo vagamente circular a su alrededor algo funesto e incomprensible.

Cuando Rodolphe, al anochecer, llegó al jardín, encontró a su amante esperándolo al pie de la escalinata, en el primer peldaño. Se abrazaron, y todo su rencor se fundió como la nieve bajo el calor de aquel beso.

XII

Volvieron a amarse. Incluso a menudo, en pleno día, Emma le escribía de pronto; luego, a través de los cristales, le hacía una seña a Justin, que, desatándose rápidamente el delantal de fregar, volaba a la Huchette. Rodolphe llegaba; era para decirle que se aburría, que su marido le resultaba odioso y su existencia espantosa.

—¿Es que yo puedo hacer algo? —exclamó él un día, impacientado.

—¡Ah, si tú quisieras!...

Estaba sentada en el suelo, entre las rodillas de él, con los bandós deshechos, la mirada perdida.

—¿El qué? —dijo Rodolphe.

Ella suspiró.

—Nos iríamos a vivir a otra parte..., a algún sitio...

—Estás loca, de verdad —dijo él riendo—. ¿Es posible eso?

Ella volvió sobre ello; él pareció no entender y desvió la conversación.

Lo que él no entendía era toda aquella turbación en una cosa tan sencilla como el amor. Ella tenía un motivo, una razón, algo así como un auxiliar de su apego.

En efecto, aquella ternura crecía cada día más bajo la repulsión que le inspiraba el marido. Cuanto más se entregaba al uno, más execraba al otro; nunca le parecía Charles tan desagradable, con los dedos tan cuadrados, el ingenio tan torpe, los modales tan vulgares, como después de sus citas con Rodolphe, cuando se encontraban juntos. Entonces, haciendo de esposa y de

mujer virtuosa, se abrasaba pensando en aquella cabeza cuyo cabello negro se enroscaba en un bucle sobre la frente atezada, en aquel talle a la vez tan robusto y tan elegante, en aquel hombre, en fin, que poseía tanta experiencia en la razón y tanto arrebató en el deseo. Era para él por lo que se limaba las uñas con un esmero de cincelador, y nunca había bastante cold-cream en su piel, ni bastante pachulí en sus pañuelos. Se cargaba de brazaletes, de sortijas, de collares. Cuando él tenía que venir, llenaba de rosas sus dos grandes jarrones de vidrio azul, y disponía su vivienda y su persona como una cortesana que espera a un príncipe. Era preciso que la criada estuviese sin cesar blanqueando ropa; y, durante todo el día, Félicité no se movía de la cocina, donde el pequeño Justin, que a menudo le hacía compañía, la miraba trabajar.

Con el codo apoyado en la larga tabla donde ella planchaba, él contemplaba con avidez todas aquellas prendas de mujer desplegadas a su alrededor: las enaguas de fustán, las pañoletas, los cuellos, y los pantalones con cordón, anchos de cadera y que se estrechaban por abajo.

—¿Para qué sirve esto? —preguntaba el muchacho pasando la mano por la crinolina o los corchetes.

—¿Es que no has visto nunca nada? —respondía Félicité riendo—; como si tu ama, la señora Homais, no llevara otros iguales.

—¡Anda ya! ¡La señora Homais!

Y añadía en tono pensativo:

—¿Es que ella es una señora como la Señora?

Pero Félicité se impacientaba al verlo rondar así a su alrededor. Ella le llevaba seis años, y Théodore, el criado del señor Guillaumin, empezaba a cortejarla.

—¡Déjame en paz! —decía ella, apartando su bote de almidón—. Anda, vete a majar almendras; siempre andas husmeando por el lado de las mujeres; espera para meterte en esas cosas, mocoso malo, a que te salga barba en la barbilla.

—Vamos, no se enfade, que le limpio yo los botines de la Señora.

Y enseguida cogía de la repisa los zapatos de Emma, todos embarrados de fango —el fango de las citas—, que se desprendía en polvo bajo sus de-

dos, y que él miraba subir despacio en un rayo de sol.

—¡Cómo temes estropearlos! —decía la cocinera, que no se andaba con tantos remilgos cuando los limpiaba ella misma, porque la Señora, en cuanto la tela dejaba de estar fresca, se los regalaba.

Emma tenía una gran cantidad en su armario, y los iba despilfarrando poco a poco, sin que Charles se permitiera jamás la menor observación.

Así fue como desembolsó trescientos francos por una pierna de palo que ella juzgó conveniente regalar a Hippolyte. El tarugo iba forrado de corcho, y tenía articulaciones de resorte, un mecanismo complicado cubierto por un pantalón negro que remataba en una bota de charol. Pero Hippolyte, no atreviéndose a usar a diario una pierna tan hermosa, suplicó a la señora Bovary que le procurase otra más cómoda. El médico, como es de suponer, corrió también con los gastos de esta adquisición.

Así que el mozo de cuadra fue reanudando poco a poco su oficio. Se lo veía como antaño recorrer el pueblo, y cuando Charles oía a lo lejos, sobre los adoquines, el golpe seco de su bastón, tomaba enseguida otro camino.

Había sido el señor Lheureux, el comerciante, quien se encargó del pedido; esto le proporcionó ocasión de frecuentar a Emma. Charlaba con ella de los nuevos surtidos llegados de París, de mil curiosidades femeninas, se mostraba muy complaciente, y nunca reclamaba dinero. Emma se abandonaba a esa facilidad de satisfacer todos sus caprichos. Así, quiso tener, para regalársela a Rodolphe, una fusta muy hermosa que había en Rouen, en una tienda de paraguas. El señor Lheureux, la semana siguiente, se la puso sobre la mesa.

Pero al día siguiente se presentó en su casa con una factura de doscientos setenta francos, sin contar los céntimos. Emma quedó muy apurada: todos los cajones del escritorio estaban vacíos; se debían más de quince días a Lestiboudois, dos trimestres a la criada, y aún cantidad de otras cosas, y Bovary esperaba impaciente el envío del señor Derozerays, que tenía por costumbre pagarle cada año hacia San Pedro.

Al principio logró despachar a Lheureux; pero al final él perdió la paciencia: lo perseguían, sus capitales estaban fuera, y, si no recuperaba parte de ellos, se vería obligado a quitarle todas las mercancías que ella tenía.

—¡Pues quíteselas! —dijo Emma.

— ¡Oh, era broma! —replicó él—. Solo que lamento lo de la fusta. ¡A fe mía! Se la volveré a pedir al señor.

— ¡No! ¡No! —dijo ella.

— ¡Ah, ya te tengo! —pensó Lheureux.

Y, seguro de su hallazgo, salió repitiendo a media voz y con su silbido habitual:

— ¡Bueno! ¡Ya veremos! ¡Ya veremos!

Estaba cavilando cómo salir de aquello, cuando la cocinera, entrando, dejó sobre la repisa de la chimenea un pequeño rollo de papel azul, de parte del señor Derozerays. Emma se abalanzó sobre él, lo abrió. Había quince napoleones. Era la cuenta exacta. Oyó a Charles en la escalera; arrojó el oro al fondo de su cajón y se guardó la llave.

Tres días después, Lheureux reapareció.

— Tengo un arreglo que proponerle —dijo—; si, en lugar de la suma convenida, quisiera usted tomar...

— Aquí la tiene —dijo ella, poniéndole en la mano catorce napoleones.

El comerciante se quedó estupefacto. Entonces, para disimular su decepción, se deshizo en excusas y en ofrecimientos de servicio que Emma rechazó todos; luego se quedó unos minutos palpando en el bolsillo del delantal las dos monedas de cien sueldos que él le había devuelto. Se prometía economizar, para devolver más tarde...

— ¡Bah! —pensó ella—, ya no se acordará.

Además de la fusta con pomo de vermeil, Rodolphe había recibido un sello con esta divisa: *Amor nel cor*; además, una bufanda con que hacerse un tapabocas, y por último una petaca del todo igual a la del Vizconde, que Charles había recogido en otro tiempo en el camino y que Emma conservaba. Sin embargo, estos regalos lo humillaban. Rechazó varios; ella insistió, y Rodolphe acabó por obedecer, encontrándola tiránica y demasiado invasora.

Además, tenía ideas extrañas:

— Cuando den las doce de la noche —decía ella—, ¡pensarás en mí!

Y, si él confesaba no haber pensado en ello, entonces venían reproches en abundancia, que siempre terminaban con la eterna pregunta:

—¿Me quieres?

—Pues claro que te quiero —respondía él.

—¿Mucho?

—¡Desde luego!

—No habrás querido a otras, ¿eh?

—¿Crees que me tomaste virgen? —exclamaba él riendo.

Emma lloraba, y él se esforzaba por consolarla, adornando sus protestas con juegos de palabras.

—¡Oh, es que te quiero! —proseguía ella—, te quiero hasta no poder pasar sin ti, ¿sabes? A veces tengo tales ansias de volver a verte que todas las cóleras del amor me desgarran. Me pregunto: «¿Dónde estará? Quizá esté hablando con otras mujeres. Ellas le sonríen, él se acerca...» ¡Oh, no, verdad que no, que ninguna te gusta! Las hay más hermosas; pero yo sé amar mejor. ¡Soy tu sierva y tu concubina! ¡Tú eres mi rey, mi ídolo! ¡Eres bueno! ¡Eres guapo! ¡Eres inteligente! ¡Eres fuerte!

Tantas veces se había oído decir estas cosas, que ya no tenían para él nada de original. Emma se parecía a todas las amantes; y el encanto de la novedad, cayendo poco a poco como una prenda de ropa, dejaba ver al desnudo la eterna monotonía de la pasión, que tiene siempre las mismas formas y el mismo lenguaje. No distinguía, aquel hombre tan ducho en la materia, la semejanza de los sentimientos bajo la igualdad de las expresiones. Porque unos labios libertinos o venales le habían murmurado frases parecidas, apenas creía en la candidez de estas; había que rebajarlo, pensaba, pues los discursos exagerados ocultaban afectos mediocres; como si la plenitud del alma no desbordara a veces por las metáforas más vacías, puesto que nadie, jamás, puede dar la medida exacta de sus necesidades, ni de sus concepciones, ni de sus dolores, y que la palabra humana es como un caldero cascado en el que batimos melodías capaces de hacer bailar a los osos, cuando queríamos enternecer a las estrellas.

Pero, con esa superioridad crítica propia de quien, en cualquier compromiso, se guarda de comprometerse del todo, Rodolphe advirtió en este amor

otros goces que explotar. Juzgó todo pudor incómodo. La trató sin miramientos. Hizo de ella algo dócil y corrompido. Era una especie de apego idiota, lleno de admiración por él, de voluptuosidades para ella, una beatitud que la entorpecía; y el alma de Emma se hundía en aquella embriaguez y se ahogaba en ella, encogida, como el duque de Clarence en su tonel de malvasía.

Por el solo efecto de sus hábitos amorosos, la señora Bovary cambió de porte. Sus miradas se volvieron más audaces, sus palabras más libres; llegó incluso a la inconveniencia de pasearse con el señor Rodolphe, un cigarrillo en la boca, como para desafiar al mundo; en fin, los que todavía dudaban dejaron de dudar cuando la vieron, un día, bajar de La Golondrina con el tallo ceñido en un chaleco, a la manera de un hombre; y la señora Bovary madre, que, tras una escena espantosa con su marido, había venido a refugiarse en casa de su hijo, no fue la burguesa menos escandalizada. Le disgustaron bastantes otras cosas más: primero, que Charles no hubiese escuchado en absoluto sus consejos sobre la prohibición de las novelas; luego, el estilo de la casa le desagradaba; se permitió algunas observaciones, y hubo un enfado, sobre todo una vez, a propósito de Félicité.

La señora Bovary madre, la víspera por la noche, al atravesar el pasillo, la había sorprendido en compañía de un hombre, un hombre con barba de candado castaña, de unos cuarenta años, que, al ruido de sus pasos, había escapado a toda prisa de la cocina. Emma se echó a reír; pero la buena señora se encolerizó, declarando que, a menos de burlarse de las buenas costumbres, había que vigilar las de los criados.

—¿De qué mundo es usted? —dijo la nuera con una mirada tan impertinente que la señora Bovary le preguntó si no estaría defendiendo su propia causa.

—¡Salga usted! —dijo la joven, levantándose de un salto.

—¡Emma!... ¡Mamá!... —exclamaba Charles para reconciliarlas.

Pero ambas habían huido, exasperadas. Emma pataleaba repitiendo:

—¡Ah, qué modales! ¡Qué paleta!

Él corrió junto a su madre; estaba fuera de sí, balbucía:

—¡Es una insolente! ¡Una casquivana! ¡Peor, quizá!

Y quería marcharse inmediatamente, si la otra no venía a pedirle disculpas. Charles volvió entonces junto a su mujer y la conjuró para que cediera; se puso de rodillas; ella acabó por responder:

— ¡Está bien! Voy.

En efecto, tendió la mano a su suegra con dignidad de marquesa, diciéndole:

— Discúlpeme, señora.

Luego, de vuelta en su cuarto, Emma se echó boca abajo sobre la cama, y allí lloró como una niña, con la cabeza hundida en la almohada.

Habían convenido, ella y Rodolphe, que en caso de acontecimiento extraordinario, ella ataría a la persiana un pequeño trapo de papel blanco, para que, si por casualidad él se encontraba en Yonville, acudiera enseguida a la callejuela de detrás de la casa. Emma hizo la señal; llevaba tres cuartos de hora esperando, cuando de pronto vio a Rodolphe en la esquina del mercado. Sintió la tentación de abrir la ventana, de llamarlo; pero él ya había desaparecido. Volvió a caer desesperada.

Pero pronto le pareció que alguien caminaba por la acera. Era él, sin duda; bajó la escalera, atravesó el patio. Estaba allí, fuera. Se arrojó en sus brazos.

— Ten cuidado —dijo él.

— ¡Ah, si supieras! —repuso ella.

Y se puso a contárselo todo, atropelladamente, sin orden, exagerando los hechos, inventando varios, y prodigando tantos incisos que él no entendía nada.

— Vamos, mi pobre ángel, ánimo, consuélate, paciencia.

— ¡Pero hace ya cuatro años que tengo paciencia y sufro!... ¡Un amor como el nuestro debería confesarse a la faz del cielo! Se dedican a torturarme. ¡No puedo más! ¡Sálvame!

Se apretaba contra Rodolphe. Sus ojos, llenos de lágrimas, centelleaban como llamas bajo el agua; su pecho jadeaba a golpes rápidos; nunca la había amado tanto; tanto que perdió la cabeza y le dijo:

—¿Qué hay que hacer? ¿Qué quieres?

—¡Llévame contigo! —exclamó ella—. ¡Ráptame!... ¡Oh, te lo suplico!

Y se precipitó sobre su boca, como para atrapar en ella el consentimiento inesperado que se exhalaba en un beso.

—Pero... —repuso Rodolphe.

—¿Qué?

—¿Y tu hija?

Ella reflexionó unos minutos, y luego respondió:

—Nos la llevaremos, ¡qué se le va a hacer!

—¡Qué mujer! —se dijo él, viéndola alejarse.

Porque ella acababa de escabullirse hacia el jardín. La llamaban.

La señora Bovary madre, los días siguientes, quedó muy asombrada de la metamorfosis de su nuera. En efecto, Emma se mostró más dócil, y llegó incluso a pedirle, por deferencia, una receta para poner en escabeche los pepinillos.

¿Era para engañarlos mejor a los dos? ¿O bien quería, por una especie de estoicismo voluptuoso, sentir más hondamente la amargura de las cosas que iba a abandonar? Pero ella no reparaba en ello, al contrario; vivía como perdida en la degustación anticipada de su próxima felicidad. Era con Rodolphe un tema eterno de conversaciones. Se apoyaba en su hombro, murmuraba:

—¡Ay, cuando estemos en la diligencia del correo!... ¿Piensas en ello? ¿Es posible? Me parece que en el momento en que sienta el coche lanzarse, será como si subiéramos en globo, como si partiéramos hacia las nubes. ¿Sabes que cuento los días?... ¿Y tú?

Nunca estuvo la señora Bovary tan hermosa como en esta época; tenía esa indefinible belleza que resulta de la alegría, del entusiasmo, del éxito, y que no es sino la armonía del temperamento con las circunstancias. Sus codicias, sus pesares, la experiencia del placer y sus ilusiones siempre jóvenes, como hacen a las flores el estiércol, la lluvia, los vientos y el sol, la habían ido desarrollando por grados, y al fin se abría en la plenitud de su natu-

raleza. Sus párpados parecían tallados expresamente para sus largas miradas amorosas en las que la pupila se perdía, mientras un aliento fuerte separaba sus finas narices y alzaba la comisura carnosa de sus labios, que sombreaba a la luz un poco de vello negro. Se hubiera dicho que un artista experto en corrupciones había dispuesto sobre su nuca la torzada de su cabello: se enroscaba en una masa pesada, descuidadamente, según los azares del adulterio, que la deshacía todos los días. Su voz tomaba ahora inflexiones más blandas, y también su talle; algo sutil que penetraba se desprendía incluso de los pliegues de su vestido y de la curva de su pie. Charles, como en los primeros tiempos de su matrimonio, la encontraba deliciosa y del todo irresistible.

Cuando volvía a casa en plena noche, no se atrevía a despertarla. La lámpara de porcelana redondeaba en el techo una claridad temblorosa, y las cortinas cerradas de la pequeña cuna formaban como una choza blanca que se abombaba en la sombra, al borde de la cama. Charles las miraba. Creía oír el aliento ligero de su hija. Ahora iba a crecer; cada estación, deprisa, traería un progreso. Ya la veía volviendo de la escuela al atardecer, toda risueña, con el babero manchado de tinta, y llevando del brazo su cesta; luego habría que internarla en un pensionado, eso costaría mucho; ¿cómo hacerlo? Entonces reflexionaba. Pensaba en alquilar una pequeña granja en los alrededores, que él mismo vigilaría, todas las mañanas, al ir a ver a sus enfermos. Ahorraría la renta, la depositaría en la caja de ahorros; luego compraría acciones, en cualquier sitio, donde fuera; además, la clientela aumentaría; contaba con ello, pues quería que Berthe estuviese bien educada, que tuviese talentos, que aprendiese piano. ¡Ah, qué bonita sería, más tarde, a los quince años, cuando, pareciéndose a su madre, llevase como ella, en verano, grandes sombreros de paja! De lejos las tomarían por dos hermanas. Se la figuraba trabajando por la noche junto a ellos, a la luz de la lámpara; le bordaría zapatillas; se ocuparía de la casa; llenaría toda la vivienda con su gentileza y su alegría. Por fin, pensarían en establecerla: le encontrarían algún buen muchacho con una posición sólida; él la haría feliz; aquello duraría siempre.

Emma no dormía, fingía estar dormida; y, mientras él se adormecía a su lado, ella despertaba a otros sueños.

Al galope de cuatro caballos, se veía arrastrada desde hacía ocho días hacia un país nuevo, del que ya no regresarían. Iban, iban, los brazos enlaza-

dos, sin hablar. A menudo, desde lo alto de una montaña, divisaban de pronto alguna ciudad espléndida con cúpulas, puentes, navíos, bosques de limoneros y catedrales de mármol blanco, cuyos campanarios agudos sostenían nidos de cigüeña. Se caminaba al paso, a causa de las grandes losas, y había por el suelo ramos de flores que les ofrecían mujeres vestidas con corpiño rojo. Se oían sonar campanas, relinchar mulas, con el murmullo de las guitarras y el ruido de las fuentes, cuyo vapor al elevarse refrescaba montones de frutas, dispuestas en pirámide al pie de estatuas pálidas que sonreían bajo los chorros de agua. Y luego llegaban, una noche, a un pueblo de pescadores, donde redes pardas se secaban al viento, a lo largo del acantilado y de las cabañas. Allí era donde se detendrían a vivir; habitarían una casa baja, de techo plano, sombreada por una palmera, al fondo de un golfo, a orillas del mar. Pasearían en góndola, se mecerían en hamaca; y su existencia sería fácil y amplia como sus ropas de seda, toda cálida y estrellada como las noches suaves que contemplarían. Sin embargo, en la inmensidad de aquel porvenir que se figuraba, nada concreto surgía; los días, todos magníficos, se parecían unos a otros como las olas; y aquello se mecía en el horizonte, infinito, armonioso, azulado y cubierto de sol. Pero la niña se ponía a toser en su cuna, o bien Bovary roncaba más fuerte, y Emma no se dormía hasta la mañana, cuando el alba blanqueaba los cristales y ya el pequeño Justin, en la plaza, abría las contraventanas de la farmacia.

Había mandado llamar al señor Lheureux y le había dicho:

—Necesitaría un abrigo, un abrigo grande, de cuello largo, forrado.

—¿Se va usted de viaje? —preguntó él.

—¡No! Pero..., no importa, cuento con usted, ¿verdad? ¡Y deprisa!

Él se inclinó.

—Necesitaría también —prosiguió ella—, un baúl..., no demasiado pesado..., cómodo.

—Sí, sí, entiendo, de unos noventa y dos centímetros por cincuenta, como se hacen ahora.

—Con un maletín de noche.

—Decididamente —pensó Lheureux—, aquí hay gato encerrado.

— Y tenga — dijo la señora Bovary, sacándose el reloj del cinturón —, tome esto; se cobrará usted de ahí.

Pero el comerciante exclamó que se equivocaba; ya se conocían; ¿es que dudaba de ella? ¡Qué niñería! Ella insistió, sin embargo, en que se quedara al menos con la cadena, y Lheureux ya se la había metido en el bolsillo y se marchaba, cuando ella lo llamó de nuevo.

— Déjelo todo en su casa. En cuanto al abrigo — pareció reflexionar —, no me lo traiga tampoco; solamente, deme la dirección del artesano y avísele de que lo tenga a mi disposición.

Sería el mes siguiente cuando debían fugarse. Ella saldría de Yonville como para ir a hacer recados a Rouen. Rodolphe habría reservado los asientos, sacado los pasaportes, y hasta escrito a París, para tener la diligencia entera hasta Marsella, donde comprarían una calesa y, desde allí, seguirían sin detenerse, por la carretera de Génova. Ella se habría cuidado de enviar su equipaje a casa de Lheureux, que sería llevado directamente a La Golondrina, de manera que así nadie sospecharía; y, en todo esto, nunca se hablaba de su hija. Rodolphe evitaba mencionarla; quizá ella no pensaba en ello.

Quiso tener todavía dos semanas por delante, para ultimar algunas disposiciones; luego, al cabo de ocho días, pidió otras quince; después se dijo enfermo; más tarde hizo un viaje; el mes de agosto transcurrió, y, tras todos estos retrasos, quedó acordado que sería irrevocablemente el 4 de septiembre, un lunes.

Por fin llegó el sábado, la antevíspera.

Rodolphe vino por la noche, más temprano que de costumbre.

— ¿Está todo listo? — le preguntó ella.

— Sí.

Entonces dieron la vuelta a un arriate, y fueron a sentarse cerca de la terraza, en el pretil del muro.

— Estás triste — dijo Emma.

— No, ¿por qué?

Y sin embargo la miraba de un modo singular, con ternura.

—¿Es por marcharte? —prosiguió ella—, ¿por dejar tus afectos, tu vida? ¡Ah, lo comprendo!... Pero yo no tengo nada en el mundo; tú eres todo para mí. Por eso yo seré todo para ti, seré tu familia, tu patria; te cuidaré, te amaré.

—¡Qué encantadora eres! —dijo él, estrechándola entre sus brazos.

—¿De verdad? —dijo ella con una risa voluptuosa—. ¿Me quieres? ¡Júramelo!

—¡Que si te quiero! ¡Que si te quiero! ¡Pero si te adoro, amor mío!

La luna, toda redonda y de color púrpura, se levantaba a ras de tierra, al fondo del prado. Subía deprisa entre las ramas de los álamos, que la ocultaban de trecho en trecho, como una cortina negra, agujereada. Luego apareció, resplandeciente de blancura, en el cielo vacío que iluminaba; y entonces, aminorando su marcha, dejó caer sobre el río una gran mancha, que formaba una infinidad de estrellas; y aquel resplandor de plata parecía retorcerse hasta el fondo, a la manera de una serpiente sin cabeza cubierta de escamas luminosas. Se parecía también a algún candelabro monstruoso, del que manaban, a todo lo largo, gotas de diamante en fusión. La noche suave se extendía a su alrededor; mantos de sombra llenaban el follaje. Emma, con los ojos entornados, aspiraba con hondos suspiros el viento fresco que soplabá. No se hablaban, demasiado perdidos como estaban en la invasión de su ensueño. La ternura de los viejos tiempos les volvía al corazón, abundante y silenciosa como el río que corría, con tanta blandura como la que traía el perfume de las jeringuillas, y proyectaba en su recuerdo sombras más desmesuradas y más melancólicas que las de los sauces inmóviles que se tendían sobre la hierba. A menudo algún animal nocturno, erizo o comadreja, saliendo de caza, agitaba las hojas, o bien se oía a ratos un melocotón maduro que caía solo del espaldar.

—¡Ah, qué noche tan hermosa! —dijo Rodolphe.

—¡Tendremos otras! —repuso Emma.

Y, como hablando consigo misma:

—Sí, será agradable viajar... ¿Por qué tengo, sin embargo, el corazón triste? ¿Será la aprensión de lo desconocido..., el efecto de los hábitos que dejo..., o más bien...? No, ¡es el exceso de felicidad! Qué débil soy, ¿verdad? ¡Perdóname!

—¡Todavía estás a tiempo! —exclamó él—. Piénsalo, quizá te arrepientas.

—¡Jamás! —dijo ella con vehemencia.

Y, acercándose más a él:

—¿Qué desgracia puede sobrevenirme, entonces? No hay desierto, ni precipicio, ni océano que no atravesara contigo. A medida que vivamos juntos, será como un abrazo cada día más estrecho, más completo. No tendremos nada que nos turbe, ni preocupaciones, ni obstáculo alguno. Estaremos solos, enteramente el uno para el otro, eternamente... Habla, pues, respóndeme.

Él respondía a intervalos regulares: «Sí... ¡sí!...» Ella le había pasado las manos por el cabello, y repetía con voz infantil, a pesar de las gruesas lágrimas que le corrían:

—¡Rodolphe! ¡Rodolphe!... ¡Ah, Rodolphe, querido Rodolphe mío!

Dieron las doce.

—¡Medianoche! —dijo ella—. Vaya, ¡ya es mañana! ¡Un día más!

Se levantó para marcharse; y, como si aquel gesto que hacía hubiera sido la señal de su fuga, Emma, de pronto, adoptando un aire alegre:

—¿Tienes los pasaportes?

—Sí.

—¿No olvidas nada?

—No.

—¿Estás seguro?

—Desde luego.

—Es en el Hôtel de Provence, ¿verdad?, donde me esperarás... ¿A mediodía?

Él hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¡Hasta mañana, entonces! —dijo Emma en una última caricia.

Y lo miró alejarse.

Él no se volvía. Ella corrió tras él, y, asomándose a la orilla del agua entre la maleza:

—¡Hasta mañana! —exclamó ella.

Él estaba ya al otro lado del río y caminaba de prisa por el prado.

Al cabo de unos minutos, Rodolphe se detuvo; y, cuando la vio, con su vestido blanco, desvanecerse poco a poco en la sombra como un fantasma, sintió tal palpitación de corazón, que se apoyó contra un árbol para no caerse.

—¡Qué imbécil soy! —dijo, jurando espantosamente—. No importa, ¡era una amante bonita!

Y, al instante, la belleza de Emma, con todos los placeres de aquel amor, reaparecieron ante él. Primero se enterneció, luego se rebeló contra ella.

—Porque, en fin —exclamaba gesticulando—, no puedo expatriarme, cargar con una niña.

Se decía estas cosas para afirmarse más en su decisión.

—Y, además, los apuros, el gasto... ¡Ah, no, no, mil veces no! ¡Habría sido demasiado estúpido!

XIII

Apenas llegado a su casa, Rodolphe se sentó bruscamente a su escritorio, bajo la cabeza de ciervo que hacía de trofeo contra la pared. Pero, cuando tuvo la pluma entre los dedos, no supo encontrar nada, de modo que, apoyándose en los dos codos, se puso a reflexionar. Emma le parecía retrocedida a un pasado lejano, como si la resolución que había tomado acabara de poner entre ellos, de repente, un inmenso intervalo.

Para volver a asir algo de ella, fue a buscar en el armario, a la cabecera de su cama, una vieja caja de galletas de Reims donde solía encerrar sus cartas de mujeres, y de ella escapó un olor a polvo húmedo y a rosas marchitas. Primero vio un pañuelo de bolsillo, cubierto de gotitas pálidas. Era un pañuelo de ella, de una vez que le había sangrado la nariz, de paseo; ya no se acordaba de ello. Había cerca, golpeándose contra todas las esquinas, la miniatura que le había regalado Emma; su atavío le pareció pretencioso y su mirada de soslayo del efecto más lastimoso; luego, a fuerza de contemplar aquella imagen y de evocar el recuerdo del modelo, los rasgos de Emma se confundieron poco a poco en su memoria, como si la figura viva y la figura pintada, frotándose la una contra la otra, se hubieran borrado recíprocamente. Por fin leyó algunas de sus cartas; estaban llenas de explicaciones relativas a su viaje, cortas, técnicas y apremiantes como esquelas de negocios. Quiso volver a ver las largas, las de antaño; para encontrarlas en el fondo de la caja, Rodolphe removió todas las demás; y maquinalmente se puso a hurgar en aquel montón de papeles y de cosas, encontrando en él, revueltos, ramilletes, una liga, un antifaz negro, alfileres y cabellos — ¡cabellos! castaños, rubios; algunos incluso, enganchados en los herrajes de la caja, se rompían al abrirla.

Vagando así entre sus recuerdos, examinaba las letras y el estilo de las cartas, tan variados como sus ortografías. Eran tiernas o joviales, chistosas, melancólicas; las había que pedían amor y otras que pedían dinero. A propósito de una palabra, recordaba rostros, ciertos gestos, un timbre de voz; algunas veces, sin embargo, no recordaba nada.

En efecto, aquellas mujeres, acudiendo todas juntas a su pensamiento, se estorbaban unas a otras y se empequeñecían, como bajo un mismo nivel de amor que las igualaba. Cogiendo, pues, a puñados las cartas confundidas, se entretuvo unos minutos en dejarlas caer en cascada, de su mano derecha a su mano izquierda. Por fin, aburrido, adormilado, Rodolphe fue a devolver la caja al armario diciéndose:

— ¡Menudo montón de sandeces!...

Lo cual resumía su opinión; pues los placeres, como colegiales en el patio de un colegio, habían pisoteado tanto su corazón que nada verde crecía ya en él, y lo que pasaba por allí, más aturdido que los niños, ni siquiera dejaba, como ellos, su nombre grabado en la pared.

— Vamos, se dijo, ¡empecemos!

Escribió:

«¡Valor, Emma! ¡Valor! No quiero ser la desdicha de su existencia...»

— Después de todo, es verdad, pensó Rodolphe; actúo en su interés; soy honesto.

«¿Ha sopesado usted maduramente su determinación? ¿Sabe usted el abismo al que la arrastraba, pobre ángel? No, ¿verdad? Iba usted confiada e insensata, creyendo en la dicha, en el porvenir... ¡Ah, desdichados de nosotros! ¡Insensatos!»

Rodolphe se detuvo para encontrar aquí alguna buena excusa.

— ¿Y si le dijera que toda mi fortuna está perdida?... ¡Ah, no! Y además, eso no impediría nada. Habría que volver a empezar más tarde. ¡Como si se pudiera hacer entrar en razón a mujeres así!

Reflexionó, y luego añadió:

«No la olvidaré, créalo usted bien, y sentiré continuamente por usted una devoción profunda; ¡pero, algún día, tarde o temprano, ese ardor (tal es la

suerte de las cosas humanas) habría disminuido, sin duda! Nos habrían venido hastíos, y quién sabe incluso si no habría tenido yo el atroz dolor de asistir a sus remordimientos y de participar en ellos yo mismo, puesto que los habría causado. ¡La sola idea de los pesares que le sobrevienen me tortura, Emma! ¡Olvídeme! ¿Por qué he tenido que conocerla? ¿Por qué era usted tan hermosa? ¿Es culpa mía? ¡Oh, Dios mío! No, no, no acuse de ello más que a la fatalidad!»

—He ahí una frase que siempre hace efecto, se dijo.

«¡Ah! Si hubiera usted sido una de esas mujeres de corazón frívolo como se ven tantas, ciertamente habría podido yo, por egoísmo, intentar una experiencia entonces sin peligro para usted. Pero esa exaltación deliciosa, que constituye a la vez su encanto y su tormento, le ha impedido comprender, adorable mujer que es usted, la falsedad de nuestra posición futura. Yo tampoco había reflexionado en ello al principio, y me reposaba a la sombra de esa dicha ideal, como a la del manzanillo, sin prever las consecuencias.»

—Quizá vaya a creer que es por avaricia por lo que renuncio a esto... ¡Ah, no importa! Peor para ella, ¡hay que acabar!

«El mundo es cruel, Emma. Dondequiera que hubiéramos estado, nos habría perseguido. Habría tenido usted que soportar las preguntas indiscretas, la calumnia, el desdén, el ultraje tal vez. ¡El ultraje a usted! ¡Oh!... ¡Y yo que querría sentarla en un trono! ¡Yo que me llevo su recuerdo como un talismán! Pues me castigo con el exilio por todo el mal que le he hecho. Me voy. ¿Adónde? No lo sé, ¡estoy loco! ¡Adiós! ¡Sea siempre buena! Conserve el recuerdo del desdichado que la ha perdido. Enseñe mi nombre a su hija, que lo repita en sus oraciones.»

La mecha de las dos velas temblaba. Rodolphe se levantó para ir a cerrar la ventana, y, cuando se hubo sentado de nuevo:

—Me parece que eso es todo. ¡Ah! Esto también, por miedo a que venga a perseguirme:

«Estaré lejos cuando lea usted estas tristes líneas; pues he querido huir cuanto antes para evitar la tentación de volver a verla. ¡Nada de flaquezas! Volveré; y quizá, más tarde, hablemos juntos muy fríamente de nuestros antiguos amores. ¡Adiós!»

Y había un último adiós, separado en dos palabras: ¡A Dios! cosa que él juzgaba de un gusto excelente.

—¿Cómo voy a firmar ahora?, se dijo. ¿Su muy devoto?... No. ¿Su amigo?... Sí, eso es.

«Su amigo.»

Releyó su carta. Le pareció buena.

—¡Pobre mujercita! pensó con ternura. Va a creermé más insensible que una roca; habrían hecho falta unas lágrimas encima; pero yo no puedo llorar; no es culpa mía. Entonces, habiéndose echado agua en un vaso, Rodolphe mojó en ella el dedo y dejó caer desde lo alto una gruesa gota, que hizo una mancha pálida en la tinta; luego, buscando cómo sellar la carta, dio con el sello *Amor nel cor*.

—Esto no pega mucho con la circunstancia... ¡Bah, qué más da!

Después de lo cual, fumó tres pipas y se fue a acostar.

Al día siguiente, cuando estuvo levantado (hacia las dos, más o menos, había dormido hasta tarde), Rodolphe hizo que le cogieran una cesta de albaricoques. Colocó la carta en el fondo, bajo unas hojas de parra, y ordenó enseguida a Girard, su mozo de labranza, que llevara aquello con delicadeza a casa de la señora Bovary. Se valía de ese medio para corresponderse con ella, enviándole, según la estación, frutas o caza.

—Si te pregunta por mí, dijo, contestarás que me he ido de viaje. Hay que entregar la cesta a ella misma, en propia mano... Vete, y ten cuidado.

Girard se puso su blusón nuevo, ató su pañuelo alrededor de los albaricoques y, andando a grandes pasos pesados con sus gruesos zuecos herrados, tomó tranquilamente el camino de Yonville.

La señora Bovary, cuando él llegó a su casa, estaba arreglando con Félicité, sobre la mesa de la cocina, un lío de ropa blanca.

—Aquí tiene, dijo el mozo, lo que le envía nuestro amo.

Se sintió presa de una aprensión, y, buscando unas monedas en el bolsillo, miraba al campesino con mirada extraviada, mientras que él la miraba a su vez con asombro, sin comprender que un regalo semejante pudiera conmover tanto a alguien. Por fin, él salió. Félicité se quedaba. Ella no pudo

más, corrió a la sala como para llevar allí los albaricoques, volcó la cesta, arrancó las hojas, encontró la carta, la abrió, y, como si detrás de ella hubiera habido un incendio espantoso, Emma echó a huir hacia su habitación, completamente aterrada.

Charles estaba allí, ella lo vio; él le habló, ella no oyó nada, y siguió subiéndola deprisa los peldaños; jadeante, extraviada, ebria, y sujetando siempre aquella hoja de papel horrible, que le chasqueaba entre los dedos como una plancha de hojalata. En el segundo piso, se detuvo delante de la puerta del desván, que estaba cerrada.

Entonces quiso calmarse; se acordó de la carta; había que terminar de leerla, no se atrevía. Además, ¿dónde? ¿cómo? la verían.

— Ah, no, aquí, pensó, estaré bien.

Emma empujó la puerta y entró.

Las pizarras dejaban caer a plomo un calor pesado, que le oprimía las sienes y la ahogaba; se arrastró hasta la buhardilla cerrada, cuyo cerrojo corrió, y la luz deslumbrante brotó de un salto.

Enfrente, por encima de los tejados, el campo abierto se extendía hasta perderse de vista. Abajo, bajo ella, la plaza del pueblo estaba vacía; los guijarros de la acera centelleaban, las veletas de las casas se mantenían inmóviles; en la esquina de la calle, salió de un piso inferior una especie de ronquido de modulaciones estridentes. Era Binet que torneaba.

Se había apoyado contra el hueco de la buhardilla, y releía la carta con risas sarcásticas de cólera. Pero cuanto más fijaba en ella su atención, más se confundían sus ideas. Lo volvía a ver, lo oía, lo rodeaba con sus dos brazos; y unos latidos del corazón, que la golpeaban bajo el pecho como grandes golpes de ariete, se aceleraban unos tras otros, a intermitencias desiguales. Paseaba la vista a su alrededor con el deseo de que la tierra se derrumbara. ¿Por qué no acabar de una vez? ¿Quién la retenía, pues? Era libre. Y avanzó, miró los adoquines diciéndose:

— ¡Vamos! ¡Vamos!

El rayo de luz que subía directamente de abajo tiraba hacia el abismo el peso de su cuerpo. Le parecía que el suelo de la plaza, oscilante, se elevaba a lo largo de los muros, y que el piso se inclinaba por el extremo, a la mane-

ra de un buque que cabecea. Se mantenía justo al borde, casi suspendida, rodeada de un gran espacio. El azul del cielo la invadía, el aire circulaba en su cabeza hueca, no tenía más que ceder, que dejarse llevar; y el ronquido del torno no cesaba, como una voz furiosa que la llamaba.

— ¡Esposa mía! ¡Esposa mía! gritó Charles.

Se detuvo.

— ¿Dónde estás, pues? ¡Ven!

La idea de que acababa de escapar a la muerte estuvo a punto de hacerla desvanecerse de terror; cerró los ojos; luego se estremeció al contacto de una mano en su manga: era Félicité.

— El señor la espera, señora; la sopa está servida.

¡Y hubo que bajar! ¡Hubo que sentarse a la mesa!

Intentó comer. Los bocados la ahogaban. Entonces desdobló la servilleta como para examinar los zurcidos y quiso de verdad aplicarse a esa tarea, contar los hilos de la tela. De pronto, le volvió el recuerdo de la carta. ¿La había perdido, entonces? ¿Dónde encontrarla? Pero sentía tal cansancio en el espíritu, que nunca pudo inventar un pretexto para levantarse de la mesa. Además, se había vuelto cobarde; tenía miedo de Charles; ¡él lo sabía todo, seguro! En efecto, él pronunció estas palabras, de manera singular:

— No estamos cerca, según parece, de volver a ver al señor Rodolphe.

— ¿Quién te lo ha dicho? dijo ella, estremeciéndose.

— ¿Quién me lo ha dicho? replicó él, un poco sorprendido de aquel tono brusco; ha sido Girard, a quien me he encontrado hace un momento en la puerta del café Français. Se ha ido de viaje, o está a punto de irse.

Ella tuvo un sollozo.

— ¿Qué te sorprende, pues? Se ausenta así de vez en cuando para distraerse, y, ¡a fe mía! lo apruebo. ¡Cuando se tiene fortuna y se es soltero!... Por lo demás, se divierte de lo lindo, nuestro amigo; es un bromista. El señor Langlois me ha contado...

Calló por decoro, a causa de la criada que entraba.

Esta volvió a colocar en la cesta los albaricoques desparramados sobre la estantería; Charles, sin advertir el rubor de su mujer, se los hizo traer, cogió uno y mordió directamente en él.

— ¡Oh, perfectos! decía. Toma, prueba.

Y le tendió la cesta, que ella rechazó suavemente.

— Huele, pues: ¡qué olor! dijo, pasándosela por debajo de la nariz varias veces.

— ¡Me ahogo! exclamó ella, levantándose de un salto.

Pero, mediante un esfuerzo de voluntad, aquel espasmo desapareció; luego:

— ¡No es nada! dijo ella, ¡no es nada! ¡Son los nervios! ¡Siéntate, come!

Pues temía que se pusieran a interrogarla, a cuidarla, que ya no la dejaran sola.

Charles, por obedecer, se había vuelto a sentar, y escupía en la mano los huesos de los albaricoques, que luego depositaba en su plato.

De pronto, un tílburí azul pasó al gran trote por la plaza. Emma lanzó un grito y cayó tiesa al suelo, de espaldas.

En efecto, Rodolphe, tras muchas reflexiones, se había decidido a partir para Rouen. Ahora bien, como no hay, de la Huchette a Buchy, otro camino que el de Yonville, había tenido que atravesar el pueblo, y Emma lo había reconocido a la luz de las linternas, que cortaban como un relámpago el crepúsculo.

El farmacéutico, al tumulto que se armó en la casa, se precipitó hacia allí. La mesa, con todos los platos, estaba volcada; salsa, carne, los cuchillos, el salero y la aceitera cubrían la habitación; Charles pedía socorro; Berthe, asustada, gritaba; y Félicité, con las manos temblorosas, le desataba el corsé a la señora, que tenía a lo largo del cuerpo movimientos convulsivos.

— Corro, dijo el boticario, a buscar a mi laboratorio un poco de vinagre aromático.

Luego, como ella volvía a abrir los ojos al respirar el frasco:

— Estaba seguro, dijo; esto resucitaría a un muerto.

—¡Háblanos! decía Charles, ¡háblanos! ¡Repórtate! ¡Soy yo, tu Charles, que te quiere! ¿Me reconoces? Toma, aquí tienes a tu hijita: ¡bésala, anda!

La niña alargaba los brazos hacia su madre para colgarse de su cuello. Pero, apartando la cabeza, Emma dijo con voz entrecortada:

—No, no... ¡nadie!

Volvió a desvanecerse. La llevaron a su cama.

Permanecía tendida, la boca abierta, los párpados cerrados, las manos extendidas, inmóvil, y blanca como una estatua de cera. De sus ojos salían dos arroyos de lágrimas que corrían lentamente sobre la almohada.

Charles, de pie, permanecía al fondo de la alcoba, y el farmacéutico, a su lado, guardaba ese silencio meditativo que conviene tener en las ocasiones serias de la vida.

—Tranquilícese, dijo, dándole un codazo, creo que el paroxismo ha pasado.

—Sí, ¡ahora descansa un poco! respondió Charles, que la miraba dormir. ¡Pobre mujer!... ¡pobre mujer!... ¡ha vuelto a recaer!

Entonces Homais preguntó cómo había sobrevenido aquel accidente. Charles respondió que la había asaltado de repente, mientras comía albaricoques.

—¡Extraordinario!... prosiguió el farmacéutico. ¡Pero podría ser que los albaricoques hubieran ocasionado el síncope! ¡Hay naturalezas tan impresionables frente a ciertos olores! y sería incluso una bonita cuestión que estudiar, tanto desde el punto de vista patológico como fisiológico. Los sacerdotes conocían su importancia, ellos que siempre han mezclado aromas a sus ceremonias. Es para embotar el entendimiento y provocar éxtasis, cosa que, por otra parte, es fácil de conseguir en las personas del sexo, que son más delicadas que las demás. Se citan casos de quienes se desmayan con el olor del cuerno quemado, del pan tierno...

—¡Cuidado con despertarla! dijo Bovary en voz baja.

—Y no solamente, prosiguió el boticario, los humanos están expuestos a estas anomalías, sino también los animales. Así, no ignora usted el efecto singularmente afrodisíaco que produce la nepeta cataria, vulgarmente lla-

mada hierba gatera, sobre la gente felina; y, por otra parte, por citar un ejemplo que garantizo auténtico, Bridoux (uno de mis antiguos camaradas, establecido actualmente en la rue Malpalu) posee un perro que cae en convulsiones en cuanto se le presenta una tabaquera. A menudo incluso hace la prueba delante de sus amigos, en su pabellón de Bois-Guillaume. ¿Se creería que un simple esternutatorio pudiera ejercer semejantes estragos en el organismo de un cuadrúpedo? Es sumamente curioso, ¿no es verdad?

—Sí, dijo Charles, que no escuchaba.

—Esto nos demuestra, prosiguió el otro sonriendo con aire de suficiencia benigna, las irregularidades sin número del sistema nervioso. En cuanto a la señora, siempre me ha parecido, lo confieso, una verdadera sensitiva. Así que no le aconsejaré, mi buen amigo, ninguno de esos supuestos remedios que, con pretexto de atacar los síntomas, atacan el temperamento. ¡No, nada de medicación ociosa! ¡Régimen, eso es todo! Sedantes, emolientes, edulcorantes. Además, ¿no cree usted que quizá habría que golpear la imaginación?

—¿En qué? ¿cómo? dijo Bovary.

—¡Ah! ¡Ahí está la cuestión! Ésa es efectivamente la cuestión: *That is the question!* como leía yo hace poco en el periódico.

Pero Emma, despertándose, exclamó:

—¿Y la carta? ¿y la carta?

Creyeron que deliraba; y, en efecto, deliró a partir de medianoche: se había declarado una fiebre cerebral.

Durante cuarenta y tres días, Charles no se separó de ella. Abandonó a todos sus enfermos; ya no se acostaba, estaba continuamente tomándole el pulso, poniéndole sinapismos, compresas de agua fría. Enviaba a Justin hasta Neufchâtel a buscar hielo; el hielo se derretía por el camino; lo mandaba de nuevo. Llamó al señor Canivet a consulta; hizo venir de Rouen al doctor Larivière, su antiguo maestro; estaba desesperado. Lo que más lo asustaba era el abatimiento de Emma; pues ella no hablaba, no oía nada e incluso parecía no sufrir en absoluto, —como si su cuerpo y su alma hubieran descansado juntos de todas sus agitaciones.

Hacia mediados de octubre, pudo mantenerse sentada en la cama, con almohadas detrás de ella. Charles lloró cuando la vio comer su primera tostada con mermelada. Las fuerzas le volvieron; se levantaba algunas horas por la tarde, y, un día que se sentía mejor, él intentó hacerle dar, del brazo, una vuelta de paseo por el jardín. La arena de las avenidas desaparecía bajo las hojas secas; ella caminaba paso a paso, arrastrando las zapatillas, y, apoyando el hombro contra Charles, seguía sonriendo.

Fueron así hasta el fondo, cerca de la terraza. Ella se enderezó lentamente, se puso la mano delante de los ojos para mirar; miró a lo lejos, muy a lo lejos; pero en el horizonte no había más que grandes hogueras de hierba, que humeaban sobre las colinas.

—Te vas a cansar, cariño mío, dijo Bovary.

Y, empujándola suavemente para hacerla entrar bajo el emparrado:

—Siéntate en este banco: estarás bien.

—¡Oh, no, ahí no, ahí no! dijo ella con voz desfallecida.

Tuvo un mareo, y desde esa misma tarde su enfermedad volvió a empezar, con un carácter más incierto, es verdad, y rasgos más complejos. Unas veces sufría del corazón, luego del pecho, del cerebro, de los miembros; le sobrevinieron vómitos en los que Charles creyó percibir los primeros síntomas de un cáncer.

¡Y el pobre muchacho, encima de todo eso, tenía inquietudes de dinero!

XIV

Al principio, no sabía cómo hacer para indemnizar al señor Homais de todos los medicamentos tomados en su casa; y, aunque hubiera podido, como médico, no pagarlos, no obstante se sonrojaba un poco por esta obligación. Además, el gasto de la casa, ahora que la cocinera era la que mandaba, se volvía espantoso; las facturas llovían en la casa; los proveedores murmuraban; el señor Lheureux, sobre todo, lo acosaba. En efecto, en lo más recio de la enfermedad de Emma, este, aprovechando la circunstancia para abultar su factura, había llevado enseguida el abrigo, el saco de noche, dos baúles en lugar de uno, cantidad de otras cosas más. Por más que Charles dijera que no las necesitaba, el comerciante respondió con arrogancia que le habían encargado todos esos artículos y que no se los llevaría de vuelta; además, sería contrariar a la señora en su convalecencia; el señor lo pensaría; en fin, estaba resuelto a demandarlo antes que renunciar a sus derechos y llevarse su mercancía. Charles ordenó después que se los devolvieran a su tienda; Félicité lo olvidó; él tenía otras preocupaciones; no se volvió a pensar en ello; el señor Lheureux volvió a la carga, y, alternando amenazas y lamentos, maniobró de tal manera que Bovary acabó por firmar un pagaré a seis meses de vencimiento. Pero apenas había firmado ese pagaré, cuando le surgió una idea audaz: pedir prestados mil francos al señor Lheureux. Así que preguntó, con aire embarazado, si no habría manera de conseguirlos, añadiendo que sería por un año y al interés que se quisiera. Lheureux corrió a su tienda, trajo los escudos y dictó otro pagaré, por el cual Bovary declaraba deber pagar a su orden, el 1 de septiembre próximo, la suma de mil setenta francos; lo cual, con los ciento ochenta ya estipulados, hacía justo mil doscientos cincuenta. Así, prestando al seis por ciento, aumentado de un cuarto de comisión, y reportándole los suministros un buen tercio por lo menos, aquello debía, en doce meses, darle ciento treinta francos de benefi-

cio; y esperaba que el asunto no se detuviera ahí, que no se pudieran pagar los pagarés, que se renovaran, y que su pobre dinero, habiéndose alimentado en casa del médico como en una casa de salud, le volviera, algún día, considerablemente más rollizo, y tan gordo que hiciera reventar la bolsa.

Por lo demás, todo le salía bien. Era adjudicatario de un suministro de sidra para el hospital de Neufchâtel; el señor Guillaumin le prometía acciones en las turberas de Grumesnil, y soñaba con establecer un nuevo servicio de diligencias entre Argueil y Rouen, que sin duda no tardaría en arruinar la carraca de *El León de Oro*, y que, marchando más deprisa, siendo más barato y llevando más equipaje, le pondría así en las manos todo el comercio de Yonville.

Charles se preguntó varias veces por qué medio, al año siguiente, podría devolver tanto dinero; y buscaba, imaginaba expedientes, como recurrir a su padre o vender algo. Pero su padre haría oídos sordos, y él, por su parte, no tenía nada que vender. Entonces descubría tales apuros, que apartaba enseguida de su conciencia un tema de meditación tan desagradable. Se reprochaba olvidarse de Emma por ello; como si, perteneciendo todos sus pensamientos a aquella mujer, fuera robarle algo el no reflexionar continuamente en ella.

El invierno fue crudo. La convalecencia de la señora fue larga. Cuando hacía buen tiempo, la llevaban en su sillón junto a la ventana, la que daba a la Plaza; pues ahora sentía antipatía por el jardín, y la persiana de ese lado permanecía constantemente cerrada. Quiso que se vendiera el caballo; lo que antes le gustaba, ahora le disgustaba. Todas sus ideas parecían limitarse al cuidado de sí misma. Se quedaba en la cama tomando pequeños refrigerios, tocaba la campanilla para llamar a su criada e informarse de sus tisanas o para charlar con ella. Entretanto la nieve sobre el tejado del mercado arrojaba en la habitación un reflejo blanco, inmóvil; luego fue la lluvia la que caía. Y Emma esperaba cada día, con una especie de ansiedad, el infalible regreso de sucesos mínimos, que sin embargo apenas le importaban. El más considerable era, por la noche, la llegada de *La Golondrina*. Entonces la posadera gritaba y otras voces respondían, mientras el farol de Hippolyte, que buscaba baúles sobre la lona, brillaba como una estrella en la oscuridad. A mediodía, Charles volvía a casa; luego salía; después ella tomaba un caldo, y, hacia las cinco, al caer la tarde, los niños que volvían de la escuela, arras-

trando sus zuecos por la acera, golpeaban todos con sus reglas la aldabilla de los toldos, unos tras otros.

Era a esa hora cuando el padre Bournisien venía a verla. Se interesaba por su salud, le traía noticias y la exhortaba a la religión con una cháchara zalamera que no carecía de encanto. La sola vista de su sotana la reconfortaba.

Un día que, en lo más recio de su enfermedad, se había creído agonizante, había pedido la comunión; y, a medida que se hacían en su habitación los preparativos para el sacramento, que se disponía a modo de altar la cómoda atestada de jarabes y que Félicité esparcía por el suelo flores de dalia, Emma sentía pasar sobre ella algo fuerte, que la libraba de sus dolores, de toda percepción, de todo sentimiento. Su carne aliviada ya no pesaba, otra vida comenzaba; le pareció que su ser, ascendiendo hacia Dios, iba a aniquilarse en aquel amor como un incienso encendido que se disipa en vapor. Se roció con agua bendita las sábanas de la cama; el sacerdote sacó del santo copón la hostia blanca; y fue desfalleciendo de un gozo celestial como adelantó los labios para aceptar el cuerpo del Salvador que se le ofrecía. Las cortinas de su alcoba se hinchaban blandamente, en torno a ella, a modo de nubes, y los rayos de los dos cirios que ardían sobre la cómoda le parecieron glorias deslumbrantes. Entonces dejó caer la cabeza hacia atrás, creyendo oír en los espacios el canto de las arpas seráficas y percibir en un cielo de azur, sobre un trono de oro, en medio de los santos que sostenían palmas verdes, a Dios Padre resplandeciente de majestad, que con una señal hacía descender hacia la tierra a ángeles de alas de llama para llevarla en sus brazos.

Aquella visión espléndida permaneció en su memoria como lo más hermoso que fuera posible soñar; tanto que ahora se esforzaba por recobrar la sensación, la cual persistía, sin embargo, aunque de manera menos exclusiva y con una dulzura igualmente profunda. Su alma, dolorida de orgullo, descansaba por fin en la humildad cristiana; y, saboreando el placer de ser débil, Emma contemplaba en sí misma la destrucción de su voluntad, que debía dejar una ancha entrada a las invasiones de la gracia. ¡Existían, pues, en lugar de la felicidad, dichas mayores, un amor por encima de todos los amores, sin intermitencia ni fin, y que crecería eternamente! Entrevió, entre las ilusiones de su esperanza, un estado de pureza que flotaba por encima de la tierra, confundiéndose con el cielo, y al que aspiraba llegar. Quiso hacer-

se santa. Compró rosarios, llevó amuletos; deseaba tener en su habitación, a la cabecera de su lecho, un relicario engastado de esmeraldas, para besarlo todas las noches.

El cura se maravillaba de estas disposiciones, aunque la religiosidad de Emma, le parecía, podía, a fuerza de fervor, acabar rozando la herejía e incluso el desvarío. Pero, no estando muy versado en esas materias en cuanto rebasaban cierta medida, escribió al señor Boulard, librero de Su Ilustrísima, para que le enviara algo excelente para una persona del sexo, que tenía mucho ingenio. El librero, con tanta indiferencia como si hubiera despachado quincalla a unos negros, le empaquetó revuelto todo cuanto corría entonces en el negocio de los libros piadosos. Eran pequeños manuales por preguntas y respuestas, panfletos de tono altanero al estilo del señor de Maître, y unas especies de novelas de cartón rosa y estilo almibarado, fabricadas por seminaristas trovadorescos o marisabidillas arrepentidas. Estaba el *Piénsalo bien*; *El hombre de mundo a los pies de María*, por el señor de***, condecorado con varias órdenes; *los Errores de Voltaire, para uso de los jóvenes*, etc.

La señora Bovary no tenía todavía la inteligencia bastante clara para aplicarse en serio a nada; además, emprendió estas lecturas con demasiada precipitación. Se irritó contra los preceptos del culto; la arrogancia de los escritos polémicos le disgustó por su encarnizamiento en perseguir a gentes que ella no conocía; y los cuentos profanos aderezados de religión le parecieron escritos con tal ignorancia del mundo, que la fueron apartando insensiblemente de las verdades cuya prueba esperaba. Persistió, sin embargo, y, cuando el volumen se le caía de las manos, se creía presa de la más fina melancolía católica que un alma etérea pudiera concebir.

En cuanto al recuerdo de Rodolphe, lo había hecho descender hasta el fondo mismo de su corazón; y allí quedaba, más solemne y más inmóvil que la momia de un rey en un subterráneo. De aquel gran amor embalsamado se escapaba una exhalación que, atravesándolo todo, perfumaba de ternura la atmósfera de inmaculación en que ella quería vivir. Cuando se ponía de rodillas en su reclinatorio gótico, dirigía al Señor las mismas palabras de dulzura que antaño murmuraba a su amante, en los desahogos del adulterio. Era para hacer venir la fe; pero ninguna delectación descendía de los cielos, y se levantaba, con los miembros cansados, con el vago sentimiento de un inmenso engaño. Esta búsqueda, pensaba ella, no era sino un mérito más; y

en el orgullo de su devoción, Emma se comparaba a aquellas grandes damas de antaño, cuya gloria había soñado en un retrato de la Vallière, y que, arrastrando con tanta majestad la cola recamada de sus largos vestidos, se retiraban a soledades para verter allí, a los pies de Cristo, todas las lágrimas de un corazón que la existencia hería.

Entonces se entregó a caridades excesivas. Cosía ropa para los pobres; enviaba leña a las parturientas; y Charles, un día, al volver a casa, encontró en la cocina a tres golfos sentados a la mesa comiendo una sopa. Hizo volver a casa a su hijita, a quien su marido, durante su enfermedad, había enviado con la nodriza. Quiso enseñarle a leer; por más que Berthe llorara, ella ya no se irritaba. Era un partido tomado de resignación, una indulgencia universal. Su lenguaje, a propósito de todo, estaba lleno de expresiones ideales. Le decía a su hija:

—¿Se te ha pasado el cólico, ángel mío?

La señora Bovary madre no encontraba nada que reprochar, salvo tal vez aquella manía de hacer punto camisolas para los huérfanos, en lugar de remendar sus propios trapos de cocina. Pero, hastiada de riñas domésticas, la buena mujer se encontraba a gusto en aquella casa tranquila, e incluso se quedó hasta después de Pascua, para evitar los sarcasmos del señor Bovary padre, que no dejaba, todos los Viernes Santo, de pedir para sí una andouille.

Además de la compañía de su suegra, que la afirmaba un poco con su rectitud de juicio y sus maneras serias, Emma tenía, casi todos los días, otras compañías más. Eran la señora Langlois, la señora Caron, la señora Dubreuil, la señora Tuvache y, con regularidad, de dos a cinco, la excelente señora Homais, que nunca había querido creer, esa, ninguno de los chismes que se contaban sobre su vecina. Los pequeños Homais venían también a verla; Justin los acompañaba. Subía con ellos a la habitación, y se quedaba de pie junto a la puerta, inmóvil, sin hablar. A menudo incluso, la señora Bovary, sin reparar en ello, se ponía a arreglarse. Empezaba por quitarse la peineta, sacudiendo la cabeza con un movimiento brusco; y, cuando él vio por primera vez aquella cabellera entera que le caía hasta las corvas desenrollando sus anillos negros, fue para él, el pobre muchacho, como la entrada súbita en algo extraordinario y nuevo cuyo esplendor lo asustó.

Emma, sin duda, no reparaba en sus atenciones silenciosas ni en sus timideces. No sospechaba en absoluto que el amor, desaparecido de su vida, palpitaba allí, cerca de ella, bajo aquella camisa de tela burda, en aquel corazón de adolescente abierto a las emanaciones de su belleza. Por lo demás, ahora envolvía todo con tal indiferencia, tenía palabras tan afectuosas y miradas tan altivas, maneras tan diversas, que ya no se distinguía el egoísmo de la caridad, ni la corrupción de la virtud. Una noche, por ejemplo, se enfadó con su criada, que le pedía permiso para salir y balbuceaba buscando un pretexto; luego, de pronto:

—¿Así que lo quieres? —dijo.

Y, sin esperar la respuesta de Félicité, que se ruborizaba, añadió con aire triste:

—¡Vamos, corre! ¡Diviértete!

Hizo, al comienzo de la primavera, poner el jardín patas arriba de un extremo a otro, pese a las observaciones de Bovary; él se alegró, sin embargo, de verla al fin manifestar alguna voluntad. Lo fue demostrando cada vez más a medida que se restablecía. Primero, encontró la manera de expulsar a la tía Rollet, la nodriza, que había tomado la costumbre, durante su convalecencia, de venir demasiado a menudo a la cocina con sus dos lactantes y su pensionista, más dentado que un caníbal. Luego se desembarazó de la familia Homais, despidió sucesivamente todas las demás visitas e incluso frecuentó la iglesia con menos asiduidad, con gran aprobación del boticario, que le dijo entonces amistosamente:

—¡Se le estaba usted yendo un poco hacia la sotana!

El padre Bournisien, como antaño, aparecía todos los días, al salir del catecismo. Prefería quedarse fuera, tomando el aire en medio del bosquecillo, así llamaba él a la glorieta. Era la hora en que Charles volvía a casa. Tenían calor; se traía sidra dulce, y bebían juntos por el completo restablecimiento de la señora.

Binet se encontraba allí, es decir, un poco más abajo, contra el muro de la terraza, pescando cangrejos de río. Bovary lo invitaba a refrescarse, y él se las arreglaba a la perfección para descorchar los jarros.

—Hay que —decía, paseando a su alrededor y hasta los confines del paisaje una mirada satisfecha—, tener así la botella bien firme sobre la mesa, y,

después de cortados los bramantes, empujar el corcho a golpecitos, suavemente, suavemente, como se hace, por lo demás, con el agua de Seltz, en los restaurantes.

Pero la sidra, durante su demostración, a menudo les saltaba a la cara, y entonces el eclesiástico, con una risa opaca, no dejaba nunca pasar esta broma:

— ¡Su bondad salta a la vista!

Era, en efecto, un hombre bueno, y hasta, un día, no se escandalizó del farmacéutico, que aconsejaba a Charles, para distraer a la señora, llevarla al teatro de Rouen a ver al ilustre tenor Lagardy. Homais, sorprendido de aquel silencio, quiso conocer su opinión, y el cura declaró que consideraba la música menos peligrosa para las costumbres que la literatura.

Pero el farmacéutico salió en defensa de las letras. El teatro, sostenía, servía para fustigar los prejuicios, y, bajo la máscara del placer, enseñaba la virtud.

— *Castigat ridendo mores*, ¡señor Bournisien! Fíjese, si no, en la mayoría de las tragedias de Voltaire; están sembradas hábilmente de reflexiones filosóficas que hacen de ellas, para el pueblo, una verdadera escuela de moral y de diplomacia.

— Yo —dijo Binet— vi en otro tiempo una obra titulada *El golfillo de París*, donde se ve el carácter de un viejo general que está verdaderamente logrado. Pone en su sitio a un hijo de familia que había seducido a una obrera, la cual al final...

— ¡Ciertamente! —continuaba Homais—, hay mala literatura como hay mala farmacia, pero condenar en bloque la más importante de las bellas artes me parece una necedad, una idea gótica, digna de aquellos tiempos abominables en que se encerraba a Galileo.

— Ya sé —objetó el cura— que existen buenas obras, buenos autores; sin embargo, aunque solo fuera por esas personas de sexo diferente reunidas en un local encantador, adornado de pompas mundanas, y luego esos disfraces paganos, ese afeitado, esas antorchas, esas voces afeminadas, todo eso ha de acabar por engendrar cierto libertinaje de espíritu y darle a uno pensamientos deshonestos, tentaciones impuras. Tal es, al menos, la opinión de todos los Padres. En fin —añadió, adoptando de pronto un tono de voz místico,

mientras hacía rodar sobre el pulgar una pulgarada de rapé—, si la Iglesia ha condenado los espectáculos, es que tenía razón; hay que someterse a sus decretos.

—¿Por qué —preguntó el boticario— los excomulga? Pues, antiguamente, concurrían abiertamente a las ceremonias del culto. Sí, se representaban, se hacían en medio del coro unas especies de farsas llamadas misterios, en las que a menudo se ofendían las leyes del decoro.

El eclesiástico se limitó a soltar un gemido, y el farmacéutico prosiguió:

—Es como en la Biblia; hay... ¿sabe usted?..., más de un detalle... picante, cosas... verdaderamente... subidas de tono.

Y, ante un gesto de irritación que hizo el padre Bournisien:

—¡Ah! Convendrá usted en que no es un libro para poner en manos de una jovencita, y sentiría que Athalie...

—¡Pero son los protestantes, y no nosotros —exclamó el otro, ya impaciente—, quienes recomiendan la Biblia!

—¡No importa! —dijo Homais—. Me asombra que, en nuestros días, en un siglo de luces, se empeñe todavía en proscribir un esparcimiento intelectual que es inofensivo, moralizador e incluso higiénico a veces, ¿no es así, doctor?

—Sin duda —respondió el médico con indolencia—, ya fuese que, teniendo las mismas ideas, no quisiera ofender a nadie, o bien que no tuviera ninguna.

La conversación parecía terminada, cuando el farmacéutico juzgó conveniente lanzar una última estocada.

—He conocido curas que se vestían de burgueses para ir a ver patalear a las bailarinas.

—¡Vamos, hombre! —dijo el cura.

—¡Ah, los he conocido!

Y, separando las sílabas de su frase, Homais repitió:

—Los — he — conocido.

—Pues bien, hicieron mal —dijo Bournisien, resignado a oírlo todo.

—¡Pardiez! ¡Y hacen otras cosas peores! —exclamó el boticario.

—¡Caballero!... —replicó el eclesiástico con unos ojos tan fieros, que el farmacéutico se intimidó.

—Solo quiero decir —replicó entonces, en un tono menos brutal— que la tolerancia es el medio más seguro de atraer las almas a la religión.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! —concedió el buen hombre, volviendo a sentarse en su silla.

Pero no se quedó allí más que dos minutos. Luego, en cuanto se hubo marchado, el señor Homais le dijo al médico:

—¡Esto es lo que se llama un rifirrafe! Lo he dejado bien lucido, ¿ha visto usted, de qué manera?... En fin, créame, lleve a la señora al espectáculo, aunque solo sea para hacer rabiar, una vez en su vida, a uno de esos cuervos, ¡recórcholis! Si alguien pudiera reemplazarme, lo acompañaría yo mismo. ¡Dese prisa! Lagardy no dará más que una sola representación; está contratado en Inglaterra con unos honorarios considerables. ¡Es, según dicen, un pillo de cuidado! ¡Nada en oro! ¡Se lleva con él a tres amantes y a su cocinero! Todos esos grandes artistas queman la vela por los dos extremos; necesitan una existencia desenfrenada que excite un poco la imaginación. Pero mueren en el hospital, porque no tuvieron la sensatez, de jóvenes, de ahorrar. ¡Vamos, buen provecho; hasta mañana!

Esta idea del espectáculo germinó rápido en la cabeza de Bovary; pues enseguida se lo comunicó a su mujer, que al principio se negó del todo, alegando el cansancio, el trastorno, el gasto; pero, cosa extraordinaria, Charles no cedió, tanto juzgaba que aquel esparcimiento debía de serle provechoso. No veía ningún impedimento; su madre les había enviado trescientos francos con los que ya no contaba, las deudas corrientes no tenían nada de enorme, y el vencimiento de los pagarés que había que pagar al señor Lheureux estaba todavía tan lejano, que no había que pensar en ello. Además, imaginando que ella ponía en esto delicadeza, Charles insistió más; de tal modo que ella acabó, a fuerza de insistencias, por decidirse. Y, al día siguiente, a las ocho, se embarcaron en *La Golondrina*.

El boticario, a quien nada retenía en Yonville, pero que se creía obligado a no moverse de allí, suspiró al verlos partir.

—¡Vamos, buen viaje! —les dijo—. ¡Dichosos mortales!

Luego, dirigiéndose a Emma, que llevaba un vestido de seda azul con cuatro faralaes:

—¡La encuentro bonita como un Amor! Va usted a *hacer furor* en Rouen.

La diligencia paraba en el hotel de la Cruz Roja, en la plaza Beauvoisine. Era una de esas posadas como las hay en todos los arrabales de provincia, con grandes cuadras y pequeñas alcobas, donde se ve en medio del patio gallinas picoteando la avena bajo los cabriolés enlodados de los viajeros de comercio; buenos y viejos albergues de balcón de madera carcomida que crujen al viento en las noches de invierno, siempre llenos de gente, de bullicio y de comilonas, cuyas mesas negras están pringadas por las glorias, los cristales espesos amarilleados por las moscas, las servilletas húmedas manchadas de vino peleón; y que, oliendo siempre a aldea, como criados de labranza vestidos de burgueses, tienen un café que da a la calle, y del lado del campo un huerto. Charles se puso enseguida en movimiento. Confundi6 las plateas de prosenio con las galerías, el patio de butacas con los palcos, pidió explicaciones, no las entendió, fue enviado del controlador al director, volvió a la posada, regresó a la taquilla, y, así varias veces, recorrió toda la longitud de la ciudad, desde el teatro hasta el bulevar.

La señora se compró un sombrero, unos guantes, un ramillete. El señor temía sobre todo perderse el comienzo; y, sin haber tenido tiempo de tomar un caldo, se presentaron ante las puertas del teatro, que aún estaban cerradas.

XV

La muchedumbre aguardaba contra el muro, apiñada simétricamente entre las balaustradas. En la esquina de las calles vecinas, gigantescas carteleras repetían en caracteres barrocos: «*Lucia di Lammermoor*... Lagardy... Ópera..., etc.» Hacía buen tiempo; hacía calor; el sudor corría por los rizos, todos los pañuelos sacados enjugaban las frentes rojas; y de cuando en cuando un viento tibio, que soplaba del río, agitaba blandamente el borde de los toldos de lona suspendidos a la puerta de las tabernas. Un poco más abajo, sin embargo, se refrescaba uno con una corriente de aire helado que olía a sebo, a cuero y a aceite. Era la exhalación de la rue des Charrettes, llena de grandes almacenes negros donde se hacían rodar barricas.

Por miedo a parecer ridícula, Emma quiso, antes de entrar, dar un paseo por el puerto, y Bovary, por prudencia, guardó las entradas en la mano, en el bolsillo del pantalón, que apretaba contra el vientre.

Un vuelco de corazón se apoderó de ella ya desde el vestíbulo. Sonrió involuntariamente de vanidad al ver a la muchedumbre que se precipitaba a la derecha por el otro pasillo, mientras ella subía la escalera de los palcos principales. Tuvo el placer, como una niña, de empujar con el dedo las anchas puertas tapizadas; aspiró con todo el pecho el olor polvoriento de los corredores, y, cuando estuvo sentada en su palco, arqueó el talle con un desenfado de duquesa.

La sala empezaba a llenarse, se sacaban los gemelos de sus estuches, y los abonados, viéndose de lejos, se saludaban. Venían a descansar en las bellas artes de las inquietudes de la venta; pero, sin olvidar del todo los negocios, seguían hablando de algodones, de alcohol de tres-seis o de índigo. Se veían allí cabezas de viejos, inexpresivas y pacíficas, que, blanquecinas de

cabello y de tez, parecían medallas de plata empañadas por un vapor de plomo. Los jóvenes elegantes se pavoneaban en el patio de butacas, luciendo, en la abertura del chaleco, su corbata rosa o verde manzana; y la señora Bovary los admiraba desde arriba, apoyando sobre bastones de puño de oro la palma tendida de sus guantes amarillos.

Entre tanto, se encendieron las bujías de la orquesta; la lámpara araña bajó del techo, derramando, con el resplandor de sus facetas, una alegría súbita en la sala; luego los músicos fueron entrando uno tras otro, y al principio fue un largo guirigay de contrabajos que roncaban, de violines que chillaban, de cornetines que trompeteaban, de flautas y flautines que piaban. Pero se oyeron tres golpes en el escenario; empezó un redoble de timbales, los instrumentos de metal atacaron unos acordes, y el telón, al alzarse, dejó ver un paisaje.

Era la encrucijada de un bosque, con una fuente, a la izquierda, sombreada por un roble. Campesinos y señores, el tartán sobre el hombro, cantaban todos juntos una canción de caza; luego apareció un capitán que invocaba al ángel del mal alzando al cielo los dos brazos; apareció otro; se fueron, y los cazadores reanudaron el canto.

Se reencontraba en las lecturas de su juventud, en pleno Walter Scott. Le parecía oír, a través de la niebla, el sonido de las gaitas escocesas repetirse sobre los brezales. Además, como el recuerdo de la novela facilitaba la comprensión del libreto, seguía la intriga frase a frase, mientras que unos pensamientos inasibles que le volvían se dispersaban, al instante, bajo las ráfagas de la música. Se dejaba llevar por el arrullo de las melodías y se sentía a sí misma vibrar con todo su ser, como si los arcos de los violines se hubieran paseado sobre sus nervios. No tenía ojos suficientes para contemplar los trajes, los decorados, los personajes, los árboles pintados que temblaban al andar, y los gorros de terciopelo, los mantos, las espadas, todas aquellas fantasías que se agitaban en la armonía como en la atmósfera de otro mundo. Pero una joven avanzó arrojando una bolsa a un escudero vestido de verde. Se quedó sola, y entonces se oyó una flauta que hacía como un murmullo de fuente o como gorjeos de pájaro. Lucía entonó con aire valeroso su cavatina en sol mayor; se quejaba de amor, pedía alas. Emma, del mismo modo, habría querido, huyendo de la vida, echar a volar en un abrazo. De pronto, Edgar-Lagardy apareció.

Tenía una de esas palideces espléndidas que dan algo de la majestad de los mármoles a las razas ardientes del Mediodía. Su talle vigoroso estaba ceñido en un jubón de color pardo; una pequeña daga cincelada le golpeaba en el muslo izquierdo, y paseaba las miradas lánguidamente, dejando ver sus blancos dientes. Se decía que una princesa polaca, al oírlo cantar una noche en la playa de Biarritz, donde él carenaba chalupas, se había enamorado de él. Se había arruinado por su causa. Él la había plantado por otras mujeres, y aquella celebridad sentimental no dejaba de servir a su reputación artística. El cómico diplomático tenía incluso buen cuidado de deslizarse siempre en los anuncios una frase poética sobre la fascinación de su persona y la sensibilidad de su alma. Un bello órgano de voz, un aplomo imperturbable, más temperamento que inteligencia y más énfasis que lirismo, acababan de realzar aquella admirable naturaleza de charlatán, en la que había algo de peluquero y algo de torero.

Desde la primera escena entusiasmó. Estrechaba a Lucía entre sus brazos, la dejaba, volvía, parecía desesperado: tenía arrebatos de cólera, luego estertores elegíacos de una dulzura infinita, y las notas escapaban de su cuello desnudo, llenas de sollozos y de besos. Emma se inclinaba para verlo, arañando con las uñas el terciopelo de su palco. Se le llenaba el corazón de aquellas lamentaciones melodiosas que se arrastraban al acompañamiento de los contrabajos, como gritos de naufragos en el tumulto de una tempestad. Reconocía todas las embriagueces y las angustias por las que había estado a punto de morir. La voz de la cantante no le parecía sino el eco de su propia conciencia, y aquella ilusión que la encantaba era algo mismo de su vida. Pero nadie en la tierra la había amado con un amor semejante. Él no lloraba como Edgar, la última noche, a la luz de la luna, cuando se decían: «¡Hasta mañana, hasta mañana!...» La sala crujía bajo los aplausos; se repitió entera *la stretta*; los amantes hablaban de las flores de su tumba, de juramentos, de exilio, de fatalidad, de esperanzas, y cuando lanzaron el adiós final, Emma dio un grito agudo, que se confundió con la vibración de los últimos acordes.

—¿Por qué, entonces —preguntó Bovary—, la persigue ese señor?

—Pero no —respondió ella—; es su amante.

—Sin embargo, jura vengarse en su familia, mientras que el otro, el que vino hace un momento, decía:

«Amo a Lucía y me creo amado por ella.» Además, se fue con su padre, cogidos del brazo. Porque es su padre, ¿verdad?, ese hombrecillo feo que lleva una pluma de gallo en el sombrero.

A pesar de las explicaciones de Emma, desde el dúo recitativo en que Gilbert expone a su amo Ashton sus abominables maniobras, Charles, al ver el falso anillo de compromiso destinado a engañar a Lucía, creyó que era un recuerdo de amor enviado por Edgar. Confesaba, por lo demás, no entender la historia, a causa de la música, que perjudicaba mucho a la letra.

—¿Qué importa? —dijo Emma—; ¡cállate!

—Es que a mí me gusta —repuso él, inclinándose sobre su hombro—, darme cuenta de las cosas, ya lo sabes.

—¡Cállate! ¡Cállate! —dijo ella, impacientada.

Lucía avanzaba, sostenida a medias por sus doncellas, una corona de azahar en el pelo, más pálida que el raso blanco de su vestido. Emma soñaba con el día de su boda; y se veía de nuevo allá lejos, en medio de los trigos, por el senderillo, cuando iban hacia la iglesia. ¿Por qué, entonces, no había ella, como aquella, resistido, suplicado? Estaba alegre, por el contrario, sin percatarse del abismo al que se precipitaba... ¡Ah! si, en la frescura de su belleza, antes de las mancillas del matrimonio y del desengaño del adulterio, hubiera podido colocar su vida sobre algún gran corazón sólido, entonces la virtud, la ternura, las voluptuosidades y el deber, confundiéndose, jamás habría descendido ella de una felicidad tan alta. Pero aquella dicha, sin duda, era una mentira imaginada para desesperación de todo deseo. Conocía ahora la pequeñez de las pasiones que el arte exageraba. Esforzándose, pues, por apartar de allí su pensamiento, Emma no quería ver ya en aquella reproducción de sus propios dolores más que una fantasía plástica buena para entretener los ojos, e incluso sonreía por dentro con una piedad desdeñosa, cuando, al fondo del teatro, bajo el cortinaje de terciopelo, apareció un hombre con capa negra.

Su gran sombrero a la española cayó con un ademán que hizo; y al punto los instrumentos y los cantantes entonaron el sexteto. Edgar, centelleante de furia, dominaba a todos los demás con su voz más clara. Ashton le lanzaba en notas graves provocaciones homicidas, Lucía dejaba escapar su lamento agudo, Arturo modulaba aparte sonidos intermedios, y la voz de barítono

del ministro atronaba como un órgano, mientras las voces de las mujeres, repitiendo sus palabras, retomaban en coro, deliciosamente. Estaban todos en la misma línea gesticulando; y la cólera, la venganza, los celos, el terror, la misericordia y el estupor se exhalaban a la vez de sus bocas entreabiertas. El amante ultrajado blandía su espada desnuda; su gorguera de encaje de guipur se alzaba a sacudidas, al compás de los movimientos de su pecho, y andaba de un lado a otro, a grandes pasos, haciendo sonar contra las tablas las espuelas bermejas de sus botas blandas, que se ensanchaban en el tobillo. Debía de tener, pensaba ella, un amor inagotable, para verter sobre la muchedumbre efluvios tan generosos. Todas sus veleidades de menosprecio se desvanecían bajo la poesía del papel que la invadía, y, arrastrada hacia el hombre por la ilusión del personaje, trató de figurarse su vida, aquella vida resonante, extraordinaria, espléndida, que ella misma habría podido llevar, sin embargo, si el azar lo hubiera querido. ¡Se habrían conocido, se habrían amado! Con él, por todos los reinos de Europa, habría viajado de capital en capital, compartiendo sus fatigas y su orgullo, recogiendo las flores que le arrojaban, bordando ella misma sus trajes; luego, cada noche, al fondo de un palco, detrás de la celosía de rejilla dorada, habría recogido, embelesada, las expansiones de aquella alma que no habría cantado más que para ella sola; desde la escena, sin dejar de actuar, él la habría estado mirando. Pero una locura se apoderó de ella: ¡la miraba, estaba segura! Sintió deseos de correr a sus brazos para refugiarse en su fuerza, como en la encarnación misma del amor, y de decirle, de exclamar: «¡Ráptame, llévame, partamos! ¡A ti, a ti! ¡Todos mis ardores y todos mis sueños!»

El telón bajó.

El olor del gas se mezclaba con los alientos; el aire de los abanicos hacía la atmósfera más sofocante. Emma quiso salir; la muchedumbre atestaba los pasillos, y volvió a caer en su butaca con unas palpitaciones que la ahogaban. Charles, temiendo verla desmayarse, corrió a la cantina a buscarle un vaso de horchata.

Le costó gran trabajo volver a su sitio, pues a cada paso le daban empujones en los codos, a causa del vaso que llevaba entre las manos, y hasta derramó las tres cuartas partes sobre los hombros de una mujer de Rouen, de mangas cortas, que, al sentir el líquido frío correrle por los riñones, lanzó gritos de pavo real, como si la hubieran asesinado. Su marido, que era hiliandero, se enfureció contra el torpe; y, mientras ella se enjugaba con el pa-

ñuelo las manchas de su hermoso vestido de tafetán cereza, él murmuraba en tono huraño palabras de indemnización, de gastos, de reembolso. Por fin, Charles llegó junto a su mujer, diciéndole todo sofocado:

— ¡Creí, a fe mía, que me quedaba allí! ¡Hay una multitud... una multitud!...

Añadió:

— ¿A que no adivinas a quién me he encontrado ahí arriba? ¡Al señor León!

— ¿León?

— ¡El mismo! Va a venir a presentarte sus respetos.

Y, cuando acababa de decir estas palabras, el antiguo pasante de Yonville entró en el palco.

Tendió la mano con un desenfado de gentilhombre; y la señora Bovary avanzó maquinalmente la suya, obedeciendo sin duda a la atracción de una voluntad más fuerte. No la había sentido desde aquella noche de primavera en que llovía sobre las hojas verdes, cuando se dijeron adiós, de pie junto a la ventana. Pero, enseguida, recordando la conveniencia de la situación, sacudió con un esfuerzo aquel sopor de sus recuerdos y se puso a balbucear frases rápidas.

— ¡Ah, buenas tardes!... ¡Cómo! ¿Usted por aquí?

— ¡Silencio! — gritó una voz del patio, pues empezaba el tercer acto.

— ¿Está usted, entonces, en Rouen?

— Sí.

— ¿Y desde cuándo?

— ¡Fuera! ¡Fuera!

La gente se volvía hacia ellos; callaron.

Pero, a partir de ese momento, ella ya no escuchó más; y el coro de los convidados, la escena de Ashton y su criado, el gran dúo en re mayor, todo pasó para ella en la lejanía, como si los instrumentos se hubieran vuelto menos sonoros y los personajes más alejados; se acordaba de las partidas de cartas en casa del farmacéutico, y del paseo a casa de la nodriza, de las lec-

turas bajo el cenador, de los tête-à-tête junto al fuego, de todo aquel pobre amor tan tranquilo y tan largo, tan discreto, tan tierno, y que sin embargo había olvidado. ¿Por qué volvía, entonces? ¿Qué combinación de azares lo devolvía a su vida? Él estaba de pie detrás de ella, apoyando el hombro contra el tabique; y, de vez en cuando, sentía estremecerse bajo el aliento tibio de sus narices que le bajaba por la cabellera.

—¿Le divierte esto? —dijo él, inclinándose sobre ella tan de cerca que la punta de su bigote le rozó la mejilla.

Ella respondió con indiferencia:

—¡Oh, Dios mío, no! No mucho.

Entonces él propuso salir del teatro para ir a tomar unos helados a algún sitio.

—¡Ah, todavía no! ¡Quedémonos! —dijo Bovary—. Tiene el pelo suelto: promete ser trágico.

Pero la escena de la locura no interesaba en absoluto a Emma, y el arte de la cantante le pareció exagerado.

—Grita demasiado fuerte —dijo ella, volviéndose hacia Charles, que escuchaba.

—Sí... quizá... un poco —replicó él, indeciso entre la sinceridad de su placer y el respeto que sentía por las opiniones de su mujer.

Luego Léon dijo, suspirando:

—Hace un calor...

—¡Insoportable! Es verdad.

—¿Te sientes mal? —preguntó Bovary.

—Sí, me ahogo; vámonos.

El señor Léon le puso delicadamente sobre los hombros su largo chal de encaje, y los tres fueron a sentarse en el puerto, al aire libre, frente a la cristalera de un café.

Se habló primero de la enfermedad de Emma, aunque ella interrumpía a Charles de cuando en cuando, por miedo, decía, de aburrir al señor Léon; y este les contó que venía a Rouen a pasar dos años en una notaría de mucho

movimiento, para curtirse en los negocios, que eran distintos en Normandía de los que se trataban en París. Luego preguntó por Berthe, por la familia Homais, por la tía Lefrançois; y, como no tenían, en presencia del marido, nada más que decirse, la conversación pronto se detuvo.

Unas personas que salían del espectáculo pasaron por la acera, tarareando o berreando a pleno pulmón: ¡Oh, bello ángel, mi Lucía! Entonces Léon, por hacer de entendido, se puso a hablar de música. Había visto a Tamburini, a Rubini, a Persiani, a Grisi; y, al lado de ellos, Lagardy, a pesar de sus grandes arrebatos, no valía nada.

—Sin embargo —interrumpió Charles, que mordisqueaba su sorbete de ron—, dicen que en el último acto está admirable de veras; siento haberme ido antes del final, porque empezaba a divertirme.

—Por lo demás —repuso el pasante—, dará pronto otra representación.

Pero Charles respondió que se marchaban al día siguiente.

—A menos —añadió, volviéndose hacia su mujer—, que tú quieras quedarte sola, gatita mía.

Y, cambiando de táctica ante aquella ocasión inesperada que se le ofrecía a su esperanza, el joven emprendió el elogio de Lagardy en el trozo final. ¡Era algo soberbio, sublime! Entonces Charles insistió:

—Volverías el domingo. Vamos, ¡decídetes! Haces mal, si sientes lo más mínimo que esto te sienta bien.

Entretanto las mesas de alrededor iban quedando vacías; un mozo vino discretamente a apostarse cerca de ellos; Charles, que comprendió, sacó su bolsa; el pasante lo retuvo por el brazo, y hasta no se olvidó de dejar, además, dos monedas de plata, que hizo sonar contra el mármol.

—Lamento de veras —murmuró Bovary— el dinero que usted...

El otro tuvo un gesto desdeñoso lleno de cordialidad, y, cogiendo su sombrero:

—Queda convenido, ¿verdad?, mañana, a las seis.

Charles protestó una vez más que no podía ausentarse más tiempo; pero nada impedía a Emma...

—Es que... —balbució ella con una sonrisa singular—, no sé muy bien...

—Bueno, lo pensarás, ya veremos, la noche es buena consejera...

Luego, a Léon, que los acompañaba:

—Ahora que está usted por nuestros pagos, espero que vendrá de vez en cuando a cenar con nosotros, ¿verdad?

El pasante afirmó que no faltaría, pues además tenía necesidad de ir a Yonville por un asunto de su notaría. Y se separaron delante del pasaje Saint-Herbland, en el momento en que las once y media sonaban en la catedral.

PARTE **III**

I

El señor León, sin dejar por ello de estudiar su carrera de derecho, había frecuentado bastante la Chaumière, donde obtuvo incluso muy bonitos éxitos entre las grisetas, que le encontraban un aire distinguido. Era el más comedido de los estudiantes: no llevaba el pelo ni demasiado largo ni demasiado corto, no se fundía el primer día del mes el dinero de su trimestre, y se mantenía en buenos términos con sus profesores. En cuanto a los excesos, siempre se había abstenido de ellos, tanto por pusilanimidad como por delicadeza.

A menudo, cuando se quedaba leyendo en su habitación, o bien sentado de noche bajo los tilos del Luxemburgo, dejaba caer su Código al suelo, y el recuerdo de Emma le volvía. Pero poco a poco ese sentimiento se fue debilitando, y otras codicias se acumularon encima, aunque persistía sin embargo a través de ellas; pues León no perdía toda esperanza, y había para él como una promesa incierta que se balanceaba en el porvenir, cual fruto de oro suspendido de algún follaje fantástico.

Luego, al volver a verla tras tres años de ausencia, su pasión se despertó. Era preciso, pensó, resolverse por fin a quererla poseer. Además, su timidez se había gastado en el contacto de compañías alocadas, y volvía a la provincia, despreciando todo lo que no pisaba con pie charolado el asfalto del bulevar. Junto a una parisiense con encajes, en el salón de algún médico ilustre, personaje condecorado y con coche, el pobre pasante, sin duda, habría temblado como un niño; pero aquí, en Rouen, en el puerto, ante la mujer de aquel médico de poca monta, se sentía a sus anchas, seguro de antemano de que iba a deslumbrar. El aplomo depende de los ambientes donde se posa: no se habla en el entresuelo como en el cuarto piso, y la mujer rica parece

tener a su alrededor, para guardar su virtud, todos sus billetes de banco, como una coraza, en el forro de su corsé.

Al despedirse la víspera por la noche del señor y la señora Bovary, Léon los había seguido de lejos por la calle; luego, al verlos detenerse en la Croix rouge, había dado media vuelta y pasado toda la noche cavilando un plan.

Al día siguiente, pues, hacia las cinco, entró en la cocina de la posada, con la garganta oprimida, las mejillas pálidas, y con esa resolución de los cobardes a los que nada detiene.

—El señor no está —respondió un criado.

Aquello le pareció de buen augurio. Subió.

Ella no se turbó al verlo llegar; al contrario, le pidió disculpas por haberse olvidado de decirle dónde se habían alojado.

—¡Oh! Lo he adivinado —replicó Léon.

—¿Cómo?

Afirmó que un instinto lo había guiado hacia ella, al azar. Ella se echó a sonreír, y al punto, para reparar su torpeza, Léon contó que había pasado la mañana buscándola sucesivamente por todos los hoteles de la ciudad.

—¿Se ha decidido usted, pues, a quedarse? —añadió.

—Sí —dijo ella—, y he hecho mal. No hay que acostumbrarse a placeres impracticables, cuando se tienen alrededor mil exigencias...

—¡Oh, ya me imagino!...

—¡Pues no, porque usted no es una mujer!

Pero los hombres también tenían sus penas, y la conversación se entabló con algunas reflexiones filosóficas. Emma se extendió largamente sobre la miseria de los afectos terrenales y el eterno aislamiento en que queda sepultado el corazón.

Para hacerse valer, o por una ingenua imitación de aquella melancolía que provocaba la suya, el joven declaró haberse aburrido prodigiosamente durante todo el tiempo de sus estudios. El procedimiento le irritaba, otras vocaciones lo atraían, y su madre no cesaba, en cada carta, de atormentarlo. Pues iban precisando cada vez más los motivos de su dolor, exaltándose

cada uno un poco, a medida que hablaba, en aquella confidencia progresiva. Pero se detenían a veces ante la exposición completa de su idea, y buscaban entonces imaginar una frase que, sin embargo, pudiera traducirla. Ella no confesó su pasión por otro; él no dijo que la había olvidado.

Quizá ya no se acordaba de sus cenas después del baile, con las *débar-deuses*; y ella sin duda no se acordaba de las citas de antaño, cuando corría por la mañana entre las hierbas, hacia el castillo de su amante. Los ruidos de la ciudad apenas llegaban hasta ellos; y la habitación parecía pequeña, adrede, para estrechar aún más su soledad. Emma, vestida con una bata de basán, apoyaba su moño contra el respaldo del viejo sillón; el papel amarillo de la pared hacía como un fondo de oro detrás de ella; y su cabeza desnuda se repetía en el espejo con la raya blanca en medio, y la punta de las orejas asomando bajo sus bandós.

—Pero perdone —dijo ella—, ¡hago mal! ¡Le aburro con mis eternas quejas!

—¡No, nunca! ¡Nunca!

—¡Si supiera usted —prosiguió ella, alzando al techo sus hermosos ojos en los que rodaba una lágrima— todo lo que había soñado!

—¡Y yo, entonces! ¡Oh, he sufrido mucho! A menudo salía, me iba, me arrastraba a lo largo de los muelles, aturdiéndome con el ruido de la multitud sin poder desterrar la obsesión que me perseguía. Hay en el bulevar, en casa de un vendedor de estampas, un grabado italiano que representa una Musa. Va envuelta en una túnica y mira a la luna, con miosotis en su cabellera suelta. Algo me empujaba allí sin cesar; me he quedado horas enteras.

Luego, con voz temblorosa:

—Se parecía a usted un poco.

La señora Bovary volvió la cabeza, para que él no viera en sus labios la irresistible sonrisa que sentía asomar a ellos.

—A menudo —prosiguió él—, le escribía cartas que luego rompía.

Ella no respondía. Él continuó:

—Imaginaba a veces que el azar la traería. Creí reconocerla en las esquinas de las calles; y corría detrás de todos los coches de punto en cuya porte-

zuela flotaba un chal, un velo parecido al suyo...

Ella parecía decidida a dejarlo hablar sin interrumpirlo. Cruzando los brazos y bajando el rostro, contemplaba la roseta de sus zapatillas, y hacía en su raso pequeños movimientos, a intervalos, con los dedos del pie.

Sin embargo, suspiró:

—Lo más lamentable, ¿verdad?, es arrastrar, como yo, una existencia inútil. Si nuestros dolores pudieran servir a alguien, uno se consolaría con el pensamiento del sacrificio.

Él se puso a ensalzar la virtud, el deber y las inmolaciones silenciosas, teniendo él mismo una increíble necesidad de abnegación que no podía satisfacer.

—Me gustaría mucho —dijo ella— ser una religiosa de hospital.

—¡Ay! —replicó él—, los hombres no tienen esas misiones santas, y no veo en ninguna parte oficio alguno..., a menos, tal vez, que sea el de médico...

Con un leve encogimiento de hombros, Emma lo interrumpió para quejarse de su enfermedad, en la que había estado a punto de morir; ¡qué lástima! ahora ya no sufriría más. Léon envidió al instante la calma de la tumba, y hasta, una noche, había escrito su testamento encargando que lo enterraran en aquella hermosa colcha con franjas de terciopelo que había recibido de ella; pues así habrían querido haber sido el uno y el otro, forjándose cada cual un ideal sobre el cual ajustaban ahora su vida pasada. Además, la palabra es un laminador que siempre alarga los sentimientos.

Pero ante aquella invención de la colcha:

—¿Y por qué? —preguntó ella.

—¿Por qué?

Vaciló.

—¡Porque la he querido mucho!

Y, felicitándose por haber salvado la dificultad, Léon, con el rabillo del ojo, espío su fisonomía.

Fue como el cielo cuando una ráfaga de viento ahuyenta las nubes. El cúmulo de pensamientos tristes que los ensombrecían pareció retirarse de sus ojos azules; todo su rostro se iluminó.

Él esperaba. Por fin ella respondió:

—Siempre lo había sospechado...

Entonces se contaron los pequeños sucesos de aquella existencia lejana, cuyos placeres y melancolías acababan de resumir en una sola palabra. Él recordaba el cenador de clemátide, los vestidos que ella había llevado, los muebles de su cuarto, toda su casa.

—¿Y nuestros pobres cactus, dónde están?

—El frío los mató este invierno.

—¡Ah, cuánto he pensado en ellos, sabe usted! A menudo los volvía a ver como antaño, cuando, en las mañanas de verano, el sol daba en las persianas... y yo veía sus dos brazos desnudos pasar entre las flores.

—¡Pobre amigo! —dijo ella, tendiéndole la mano.

Léon, muy de prisa, posó en ella sus labios. Luego, cuando hubo respirado hondamente:

—Era usted, en aquel tiempo, para mí, no sé qué fuerza incomprensible que cautivaba mi vida. Una vez, por ejemplo, fui a su casa; pero usted no se acuerda, sin duda.

—Sí —dijo ella—. Continúe.

—Estaba usted abajo, en el zaguán, a punto de salir, en el último escalón; llevaba incluso un sombrero de florecillas azules; y, sin invitación alguna de su parte, a mi pesar, la acompañé. A cada minuto, sin embargo, era más consciente de mi torpeza, y seguía caminando cerca de usted, sin atreverme a seguirla del todo, y sin querer dejarla. Cuando entraba usted en una tienda, yo me quedaba en la calle, la miraba a través del cristal quitarse los guantes y contar el dinero sobre el mostrador. Después llamó usted en casa de la señora Tuvache, le abrieron, y yo me quedé como un idiota delante de la gran puerta pesada, que había vuelto a cerrarse sobre usted.

La señora Bovary, al escucharlo, se asombraba de sentirse tan vieja; todas aquellas cosas que reaparecían le parecían dilatar su existencia; aquello for-

maba como inmensidades sentimentales adonde ella se remontaba; y decía de vez en cuando, en voz baja y con los párpados entornados:

—Sí, ¡es verdad!... ¡es verdad!... es verdad...

Oyeron dar las ocho en los diferentes relojes del barrio Beauvoisine, que está lleno de internados, de iglesias y de grandes caserones abandonados. Ya no se hablaban; pero sentían, al mirarse, un zumbido en la cabeza, como si algo sonoro se hubiese escapado recíprocamente de sus pupilas fijas. Acababan de juntar las manos; y el pasado, el porvenir, las reminiscencias y los sueños, todo se confundía en la dulzura de aquel éxtasis. La noche se espesaba sobre las paredes, donde brillaban aún, medio perdidos en la sombra, los colores chillones de cuatro estampas que representaban cuatro escenas de la Torre de Nesle, con una leyenda al pie, en español y en francés. Por la ventana de guillotina se veía un rincón de cielo negro entre tejados puntiagudos.

Se levantó para encender dos velas sobre la cómoda, luego volvió a sentarse.

—Bueno... —dijo Léon.

—¿Bueno? —respondió ella.

Y él buscaba cómo reanudar el diálogo interrumpido, cuando ella le dijo:

—¿Cómo es que nadie, hasta ahora, me ha expresado jamás sentimientos semejantes?

El pasante exclamó que las naturalezas ideales eran difíciles de comprender. Él, desde la primera mirada, la había amado; y se desesperaba pensando en la felicidad que habrían tenido si, por una gracia del azar, encontrándose antes, se hubiesen unido el uno al otro de manera indisoluble.

—Yo también lo he pensado alguna vez —repuso ella.

—¿Qué sueño! —murmuró Léon.

Y, manejando delicadamente el ribete azul de su larga faja blanca, añadió:

—¿Quién nos impide, pues, empezar de nuevo?

—No, amigo mío —respondió ella—. Soy demasiado vieja... usted es demasiado joven... ¡olvideme! Otras lo amarán... usted las amará.

—¡No como a usted! —exclamó él.

—¡Qué niño es usted! Vamos, ¡seamos sensatos! ¡Lo quiero así!

Ella le expuso las imposibilidades de su amor, y que debían mantenerse, como antaño, en los simples términos de una amistad fraternal.

¿Era en serio que hablaba así? Sin duda la propia Emma no lo sabía, toda ocupada por el encanto de la seducción y la necesidad de defenderse de él; y, contemplando al joven con una mirada enternecida, rechazaba suavemente las tímidas caricias que sus manos trémulas intentaban.

—¡Ah, perdón! —dijo él, retrocediendo.

Y Emma se sintió presa de un vago espanto ante aquella timidez, más peligrosa para ella que la audacia de Rodolphe cuando se adelantaba con los brazos abiertos. Jamás ningún hombre le había parecido tan hermoso. Una exquisita candidez se desprendía de su porte. Bajaba sus largas pestañas finas que se curvaban. Su mejilla, de piel suave, enrojecía —pensaba ella— de deseo de su persona, y Emma sentía un invencible deseo de posar allí sus labios. Entonces, inclinándose hacia el reloj como para ver la hora:

—¡Qué tarde es, Dios mío! —dijo—; ¡cómo charlamos!

Él comprendió la alusión y buscó su sombrero.

—¡Hasta se me ha olvidado el espectáculo! ¡Ese pobre Bovary que me había dejado adrede! El señor Lormeaux, de la rue Grand-Pont, debía llevarme con su mujer.

Y la ocasión se había perdido, pues ella partía al día siguiente.

—¿De veras? —dijo Léon.

—Sí.

—Es preciso, sin embargo, que la vea otra vez —repuso él—; tenía que decirle...

—¿Qué?

—Una cosa... grave, seria. ¡Ah, no, además, usted no se irá, es imposible! Si supiera usted... Escúcheme... ¿No me ha comprendido, entonces? ¿No lo ha adivinado?...

—Sin embargo, habla usted bien —dijo Emma.

—¡Ah, bromas! ¡Basta, basta! Haga, por piedad, que la vuelva a ver... una vez... una sola.

—Bueno...

Se detuvo; luego, como si se lo pensara mejor:

—¡Oh, aquí no!

—Donde usted quiera.

—¿Quiere usted...?

Pareció reflexionar, y, con tono breve:

—Mañana, a las once, en la catedral.

—¡Allí estaré! —exclamó él, cogiéndole las manos, que ella retiró.

Y, como estaban los dos de pie, él colocado detrás de ella y Emma bajando la cabeza, él se inclinó hacia su cuello y la besó largamente en la nuca.

—¡Pero está usted loco! ¡Ah, está usted loco! —decía ella con pequeñas risas sonoras, mientras los besos se multiplicaban.

Entonces, adelantando la cabeza por encima de su hombro, pareció buscar el consentimiento de sus ojos. Estos cayeron sobre él, llenos de una majestad glacial.

Léon dio tres pasos atrás, para salir. Se quedó en el umbral. Luego susurró con voz temblorosa:

—Hasta mañana.

Ella respondió con una inclinación de cabeza, y desapareció como un pájaro en la habitación de al lado.

Emma, por la noche, escribió al pasante una carta interminable en la que se desdecía de la cita: ahora todo había acabado, y no debían, por su felicidad, volver a verse. Pero, cuando la carta estuvo cerrada, como no sabía la dirección de Léon, se encontró muy apurada.

—Se la daré yo misma —se dijo—; él vendrá.

Léon, al día siguiente, con la ventana abierta y canturreando en su balcón, se abrigó él mismo sus escarpines, y con varias capas. Se puso un pantalón blanco, calcetines finos, un frac verde, esparció en su pañuelo

cuanto perfume poseía, luego, tras haberse rizado, se desrizó, para dar a su cabellera más elegancia natural.

—¡Todavía es muy temprano! —pensó, mirando el cucú del peluquero, que marcaba las nueve.

Leyó un viejo periódico de modas, salió, fumó un puro, subió tres calles, pensó que ya era hora y se dirigió con paso ligero hacia el atrio de Notre-Dame.

Era una hermosa mañana de verano. Relucían platerías en los escaparates de los orfebres, y la luz que llegaba oblicuamente sobre la catedral producía reflejos en las quebraduras de las piedras grises; una bandada de pájaros revoloteaba en el cielo azul, en torno a los pináculos con tréboles; la plaza, resonante de gritos, olía a las flores que bordeaban su empedrado, rosas, jazmines, claveles, narcisos y nardos, espaciados desigualmente por verdores húmedos, hierba gatera y pamplina para los pájaros; la fuente, en el centro, borboteaba, y, bajo grandes paraguas, entre melones cantalupos apilados en pirámides, unas vendedoras, con la cabeza descubierta, envolvían en papel ramilletes de violetas.

El joven cogió uno. Era la primera vez que compraba flores para una mujer; y su pecho, al aspirarlas, se hinchó de orgullo, como si aquel homenaje que destinaba a otra se hubiese vuelto hacia él.

Sin embargo, temía que lo vieran; entró resueltamente en la iglesia.

El pertiguero se hallaba entonces en el umbral, en medio del pórtico de la izquierda, debajo de la Marianne que baila, con penacho en la cabeza, estoque en la pantorrilla, bastón en el puño, más majestuoso que un cardenal y reluciente como un copón sagrado.

Se adelantó hacia León, y, con esa sonrisa de benignidad zalamera que adoptan los eclesiásticos cuando interrogan a los niños:

—El señor, sin duda, no es de aquí. ¿Desea el señor ver las curiosidades de la iglesia?

—No —dijo el otro.

Y dio primero la vuelta a las naves laterales. Luego fue a mirar hacia la plaza. Emma no llegaba. Subió hasta el coro.

La nave se reflejaba en las pilas de agua bendita llenas, con el arranque de las ojivas y algunas porciones de vidriera. Pero el reflejo de las pinturas, quebrándose en el borde del mármol, se prolongaba más allá, sobre las losas, como una alfombra abigarrada. La luz plena de fuera se alargaba en la iglesia en tres rayos enormes, por los tres pórticos abiertos. De vez en cuando, al fondo, un sacristán pasaba haciendo ante el altar la genuflexión oblicua de los devotos apresurados. Las arañas de cristal colgaban inmóviles. En el coro ardía una lámpara de plata; y, de las capillas laterales, de las partes sombrías de la iglesia, se escapaban a veces como exhalaciones de suspiros, con el sonido de una verja que volvía a caer, repercutiendo su eco bajo las altas bóvedas.

Léon, con paso grave, caminaba junto a los muros. Jamás la vida le había parecido tan buena. Ella iba a venir dentro de un momento, encantadora, agitada, espiando tras de sí las miradas que la seguían, y con su vestido de volantes, sus lentes de oro, sus botines finos, con toda clase de elegancias que él no había gustado aún, y con la inefable seducción de la virtud que sucumbe. La iglesia, como un tocador gigantesco, se disponía en torno a ella; las bóvedas se inclinaban para recoger en la sombra la confesión de su amor; las vidrieras resplandecían para iluminar su rostro, y los incensarios iban a arder para que apareciese como un ángel, entre el humo de los perfumes.

Sin embargo, ella no llegaba. Se sentó en una silla y sus ojos toparon con una vidriera azul donde se ven unos barqueros que llevan cestas. La miró largo rato, atentamente, y contaba las escamas de los peces y los ojales de los jubones, mientras su pensamiento vagaba en busca de Emma.

El pertiguero, apartado, se indignaba interiormente contra aquel individuo, que se permitía admirar solo la catedral. Le parecía que se comportaba de un modo monstruoso, que lo robaba en cierto modo, y que casi cometía un sacrilegio.

Pero un frufrú de seda sobre las losas, el ala de un sombrero, una esclavina negra... ¡Era ella! Léon se levantó y corrió a su encuentro.

Emma estaba pálida. Caminaba deprisa.

— ¡Lea! — dijo ella, tendiéndole un papel —. ¡Oh, no!

Y bruscamente retiró la mano, para entrar en la capilla de la Virgen, donde, arrodillándose junto a una silla, se puso a rezar.

El joven se irritó ante aquella fantasía beata; pero luego sintió sin embargo cierto encanto al verla, en medio de la cita, así perdida en oraciones como una marquesa andaluza; luego no tardó en aburrirse, pues ella no terminaba.

Emma rezaba, o más bien se esforzaba por rezar, esperando que le bajase del cielo alguna resolución súbita; y, para atraerse el auxilio divino, se llenaba los ojos con los esplendores del tabernáculo, aspiraba el perfume de las julianas blancas abiertas en los grandes jarrones, y prestaba oído al silencio de la iglesia, que no hacía sino acrecentar el tumulto de su corazón.

Se levantaba, e iban a partir, cuando el pertiguero se acercó vivamente, diciendo:

—La señora, sin duda, no es de aquí. ¿Desea la señora ver las curiosidades de la iglesia?

—¡Pues no! —exclamó el pasante.

—¿Por qué no? —repuso ella.

Pues, con su virtud vacilante, se aferraba a la Virgen, a las esculturas, a los sepulcros, a todas las ocasiones.

Entonces, a fin de proceder por orden, el pertiguero los condujo hasta la entrada cercana a la plaza, donde, mostrándoles con su bastón un gran círculo de losas negras, sin inscripciones ni cincelados:

—He aquí —dijo majestuosamente— la circunferencia de la hermosa campana de Amboise. Pesaba cuarenta mil libras. No tenía igual en toda Europa. El artesano que la fundió murió de alegría por ello...

—Vámonos —dijo Léon.

El buen hombre se puso de nuevo en marcha; luego, de vuelta a la capilla de la Virgen, extendió los brazos en un gesto sintético de demostración, y, más orgulloso que un propietario rural que os enseña sus espalderas:

—Esta sencilla losa cubre a Pierre de Brézé, señor de la Varenne y de Brissac, gran mariscal de Poitou y gobernador de Normandía, muerto en la batalla de Montlhéry, el 16 de julio de 1465.

Léon, mordiéndose los labios, pataleaba de impaciencia.

— Y, a la derecha, ese gentilhombre todo acorazado de hierro, sobre un caballo que se encabrita, es su nieto Louis de Brézé, señor de Breval y de Montchauvet, conde de Maulevrier, barón de Mauny, chambelán del rey, caballero de la Orden e igualmente gobernador de Normandía, muerto el 23 de julio de 1531, un domingo, como reza la inscripción; y, debajo, ese hombre a punto de bajar a la tumba les representa exactamente al mismo. No es posible, ¿verdad?, ver una representación más perfecta de la nada.

La señora Bovary tomó sus lentes. Léon, inmóvil, la miraba, sin intentar siquiera decir una sola palabra, hacer un solo gesto, tan desalentado se sentía ante aquel doble empeño de charla e indiferencia.

El eterno guía continuaba:

— Junto a él, esa mujer de rodillas que llora es su esposa Diane de Poitiers, condesa de Brézé, duquesa de Valentinois, nacida en 1499, muerta en 1566; y, a la izquierda, la que lleva un niño, la santa Virgen. Ahora, vuélvanse hacia este lado: he aquí los sepulcros de Amboise. Fueron ambos cardenales y arzobispos de Rouen. Aquel era ministro del rey Louis XII. Hizo mucho bien a la Catedral. Se encontraron en su testamento treinta mil escudos de oro para los pobres.

Y, sin detenerse, mientras hablaba, los empujó hacia una capilla atestada de balaustradas, apartó algunas, y descubrió una especie de bloque, que bien podía haber sido una estatua mal hecha.

— Adornaba antaño —dijo con un largo gemido— la tumba de Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra y duque de Normandía. Fueron los calvinistas, caballero, quienes la redujeron a este estado. La habían, por maldad, sepultado en tierra, bajo el sitial episcopal de Monseñor. Miren, esta es la puerta por donde se dirige a su morada, Monseñor. Pasemos a ver las vidrieras de la Gargouille.

Pero Léon sacó vivamente una moneda blanca del bolsillo y cogió a Emma del brazo. El pertiguero se quedó completamente estupefacto, sin comprender aquella munificencia intempestiva, cuando aún le quedaban al forastero tantas cosas por ver. Así que, llamándolo:

— ¡Eh, caballero! ¡La flecha! ¡La flecha!...

—Gracias —dijo Léon.

—¡El señor se equivoca! Tendrá cuatrocientos cuarenta pies, nueve menos que la gran pirámide de Egipto. Es toda de fundición, es...

Léon huía; pues le parecía que su amor, que desde hacía casi dos horas se había inmovilizado en la iglesia como las piedras, iba ahora a evaporarse, cual una humareda, por aquella especie de tubo truncado, de jaula oblonga, de chimenea calada, que se aventura tan grotescamente sobre la catedral como la tentativa extravagante de algún calderero fantasioso.

—¿Adónde vamos, pues? —decía ella.

Sin responder, él seguía caminando a paso rápido, y ya la señora Bovary mojaba el dedo en el agua bendita, cuando oyeron detrás de ellos un gran resuello jadeante, entrecortado regularmente por el rebote de un bastón. Léon se volvió.

—¡Caballero!

—¿Qué?

Y reconoció al pertiguero, que llevaba bajo el brazo, y mantenía en equilibrio contra el vientre, una veintena aproximadamente de gruesos volúmenes en rústica. Eran las obras que trataban de la catedral.

—¡Imbécil! —masculló Léon, lanzándose fuera de la iglesia.

Un chiquillo correteaba travieso por el atrio:

—¡Ve a buscarme un coche de punto!

El niño salió disparado como una bala, por la rue des Quatre-Vents; entonces quedaron solos unos minutos, cara a cara y un poco cohibidos.

—¡Ah, Léon!... En verdad..., no sé... si debo...!

Ella se hacía la remilgada. Luego, con aire serio:

—Es muy inconveniente, ¿sabe usted?

—¿En qué? —replicó el pasante—. ¡Eso se hace en París!

Y aquella frase, como un argumento irresistible, la decidió.

Sin embargo, el coche de punto no llegaba. Léon temía que ella volviese a entrar en la iglesia. Por fin apareció el coche.

—¡Salgan al menos por el portal del norte! —les gritó el pertiguero, que se había quedado en el umbral, para ver la Resurrección, el Juicio Final, el Paraíso, el Rey David, y los Réprobos en las llamas del infierno.

—¿Adónde va el señor? —preguntó el cochero.

—¡Adonde usted quiera! —dijo Léon, empujando a Emma dentro del coche.

Y la pesada máquina se puso en marcha.

Bajó por la rue Grand-Pont, atravesó la place des Arts, el quai Napoléon, el pont Neuf, y se detuvo en seco delante de la estatua de Pierre Corneille.

—¡Continúe! —dijo una voz que salía del interior.

El coche volvió a partir, y, dejándose, desde el carrefour La Fayette, arrastrar por la pendiente, entró a galope tendido en la estación del ferrocarril.

—¡No, todo recto! —gritó la misma voz.

El coche de punto salió de las verjas, y pronto, llegado al Cours, trotó suavemente, en medio de los grandes olmos. El cochero se enjugó la frente, se puso el sombrero de cuero entre las piernas y sacó el coche fuera de los contraandenes, a la orilla del agua, junto al césped.

Fue a lo largo del río, por el camino de sirga empedrado de guijarros secos, y, largo rato, hacia el lado de Oyssel, más allá de las islas.

Pero de pronto, se lanzó de un salto a través de Quatremares, Sotteville, la Grande-Chaussée, la rue d'Elbeuf, e hizo su tercera parada delante del jardin des plantes.

—¡Ande de una vez! —exclamó la voz, más furiosa.

Y al instante, reanudando su carrera, pasó por Saint-Sever, por el quai des Curandiers, por el quai aux Meules, otra vez por el puente, por la place du Champ-de-Mars y por detrás de los jardines del hospital, donde unos ancianos de chaqueta negra se pasean al sol, a lo largo de una terraza toda reverdecida de hiedra. Remontó el boulevard Bouvreuil, recorrió el boulevard Cauchoise, luego todo el Mont-Riboudet hasta la côte de Deville.

Volvió; y entonces, sin idea fija ni dirección, al azar, vagabundeó. Se la vio en Saint-Pol, en Lescure, en el mont Gargan, en la Rouge-Mare, y en la place du Gaillard-bois; en la rue Maladrerie, en la rue Dinanderie, delante de Saint-Romain, Saint-Vivien, Saint-Maclou, Saint-Nicaise, delante de la Douane, en la basse Vieille-Tour, en las Trois-Pipes y en el Cimetière Monumental. De vez en cuando, el cochero, en su pescante, lanzaba a las tabernas miradas desesperadas. No comprendía qué furia de locomoción impulsaba a aquellos individuos a no querer detenerse en modo alguno. Lo intentaba a veces, y al punto oía estallar detrás de él exclamaciones de cólera. Entonces fustigaba con más brío a sus dos jamelgos, todos sudorosos, pero sin prestar atención a los baches, tropezando aquí y allá, sin preocuparse por ello, desmoralizado, y casi llorando de sed, de fatiga y de tristeza.

Y en el puerto, en medio de los carros y las barricas, y en las calles, en la esquina de los guardacantones, los burgueses abrían unos ojos como platos ante aquella cosa tan extraordinaria en provincias, un coche con las cortinillas bajadas, que aparecía así continuamente, más cerrado que una tumba y bamboleándose como un navío.

Una vez, en pleno día, en pleno campo, en el momento en que el sol dardeaba con más fuerza contra las viejas linternas plateadas, una mano desnuda pasó bajo las cortinillas de lienzo amarillo y arrojó unos pedazos de papel rotos, que se dispersaron al viento y cayeron más lejos, como mariposas blancas, sobre un campo de tréboles rojos todo en flor.

Luego, hacia las seis, el coche se detuvo en una callejuela del barrio Beauvoisine, y de él descendió una mujer que caminaba con el velo bajado, sin volver la cabeza.

II

Al llegar a la posada, la señora Bovary se sorprendió de no ver la diligencia. Hivert, que la había esperado cincuenta y tres minutos, había acabado por marcharse.

Nada la obligaba, sin embargo, a partir; pero había dado su palabra de que volvería esa misma noche. Además, Charles la esperaba; y ya sentía en el corazón esa cobarde docilidad que es, para muchas mujeres, a la vez el castigo y el rescate del adulterio.

Hizo su baúl a toda prisa, pagó la cuenta, tomó en el patio un cabriolé, y, apremiando al mozo de cuadra, animándolo, informándose a cada minuto de la hora y de los kilómetros recorridos, logró alcanzar *La Golondrina* hacia las primeras casas de Quincampoix.

Apenas sentada en su rincón, cerró los ojos y volvió a abrirlos al pie de la cuesta, donde reconoció de lejos a Félicité, que estaba de centinela delante de la casa del herrero. Hivert refrenó sus caballos, y la cocinera, alzándose hasta el ventanuco, dijo misteriosamente:

—Señora, tiene que ir enseguida a casa del señor Homais. Es por algo urgente.

El pueblo estaba silencioso como de costumbre. En las esquinas de las calles había montoncitos rosados que humeaban al aire; era la época de las confituras, y en Yonville todo el mundo preparaba su provisión el mismo día. Pero delante de la tienda del farmacéutico se admiraba un montón mucho más grande, que aventajaba a los demás con la superioridad que una botica debe tener sobre los fogones burgueses, una necesidad general sobre fantasías individuales.

Entró. El gran sillón estaba volcado, y hasta *El Fanal de Rouen* yacía por el suelo, tendido entre los dos morteros. Empujó la puerta del pasillo; y, en medio de la cocina, entre las tinajas oscuras llenas de grosellas desgranadas, azúcar rallado, azúcar en terrones, balanzas sobre la mesa, calderos al fuego, vio a todos los Homais, grandes y pequeños, con delantales que les subían hasta la barbilla y tenedores en la mano. Justin, de pie, bajaba la cabeza, y el farmacéutico gritaba:

—¿Quién te ha dicho que lo fueras a buscar al Cafarnaúm?

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—¿Que qué ocurre? —respondió el boticario—. Estamos haciendo confituras: se están cociendo; pero iban a derramarse por hervir demasiado fuerte, y pido otro caldero. Entonces él, por flojera, por pereza, ha ido a coger, colgada de su clavo en mi laboratorio, ¡la llave del Cafarnaúm!

Así llamaba el boticario a un cuartucho, bajo el tejado, lleno de utensilios y mercancías de su profesión. Allí pasaba a menudo, solo, largas horas etiquetando, trasvasando, reatando; y no lo consideraba un simple almacén, sino un verdadero santuario, de donde salían después, elaborados por sus manos, toda clase de píldoras, bolos, tisanas, lociones y pociones, que iban a difundir por los alrededores su celebridad. Nadie en el mundo ponía allí los pies; y lo respetaba tanto que él mismo lo barría. En fin, si la farmacia, abierta a todo el que llegaba, era el lugar donde exhibía su orgullo, el Cafarnaúm era el refugio donde, concentrándose egoístamente, Homais se deleitaba en el ejercicio de sus predilecciones; por eso la ligereza de Justin le parecía una monstruosa irreverencia; y, más rubicundo que las grosellas, repetía:

—¡Sí, del Cafarnaúm! ¡La llave que encierra los ácidos junto con los álcalis cáusticos! ¡Ir a coger un caldero de reserva! ¡Un caldero con tapa! ¡Y del que acaso no me sirva yo jamás! ¡Todo tiene su importancia en las operaciones delicadas de nuestro arte! ¡Pero qué diablos! ¡Hay que establecer distinciones y no emplear para usos casi domésticos lo que está destinado a lo farmacéutico! Es como si se trinchara una pularda con un escalpelo, como si un magistrado...

—¡Pero cálmate! —decía la señora Homais.

Y Athalie, tirando de su levita:

—¡Papá! ¡Papá!

—¡No, dejadme! —repetía el boticario—, ¡dejadme! ¡Diantre! ¡Más valdría hacerse tendero, palabra de honor! ¡Vamos, anda! ¡No respetes nada! ¡Rompe! ¡Quiebra! ¡Suelta las sanguijuelas! ¡Quema el altea! ¡Escabecha pepinillos en los tarros! ¡Desgarra los vendajes!

—Sin embargo, usted tenía... —dijo Emma.

—¡Ahora mismo! ¿Sabes a lo que te exponías?... ¿No has visto nada, en el rincón, a la izquierda, en la tercera balda? ¡Habla, responde, articula algo!

—No... lo sé —balbució el muchacho.

—¡Ah, no lo sabes! Pues bien, ¡yo sí lo sé! Has visto una botella, de vidrio azul, lacrada con cera amarilla, que contiene un polvo blanco, sobre el que yo mismo había escrito: ¡Peligroso! ¿Y sabes lo que había dentro? ¡Arsénico! ¡Y vas y tocas eso! ¡Coges un caldero que está al lado!

—¡Al lado! —exclamó la señora Homais juntando las manos—. ¿Arsénico? ¡Podías habernos envenenado a todos!

Y los niños se pusieron a dar gritos, como si ya sintieran en sus entrañas atroces dolores.

—¡O envenenar a un enfermo! —seguía el boticario—. ¿Querías, pues, que yo fuera a sentarme en el banquillo de los criminales, en la audiencia? ¿Verme arrastrado al cadalso? ¿Ignoras el cuidado que pongo en las manipulaciones, aunque tenga, sin embargo, una furiosa costumbre de ellas? ¡A menudo me espanto yo mismo cuando pienso en mi responsabilidad! ¡Porque el gobierno nos persigue, y la absurda legislación que nos rige es como una verdadera espada de Damocles suspendida sobre nuestra cabeza!

Emma ya no pensaba en preguntar qué querían de ella, y el farmacéutico proseguía con frases entrecortadas:

—¡Así es como reconoces las bondades que se tienen contigo! ¡Así es como me recompensas los cuidados todos paternales que te prodigo! Porque, sin mí, ¿dónde estarías? ¿Qué harías? ¿Quién te proporciona el alimento, la educación, el vestido, y todos los medios de figurar algún día, con honor, en las filas de la sociedad? ¡Pero para eso hay que sudar de firme sobre

el remo, y adquirir, como se dice, callos en las manos! *Fabricando fil faber, age quod agis.*

Citaba latín, de exasperado que estaba. Habría citado chino y groenlandés, de haber conocido ambas lenguas; pues se hallaba en una de esas crisis en que el alma entera muestra indistintamente lo que encierra, como el Océano que, en las tempestades, se abre desde las algas de su orilla hasta la arena de sus abismos.

Y prosiguió.

— ¡Empiezo a arrepentirme terriblemente de haberme hecho cargo de tu persona! ¡Habría hecho mejor, sin duda, dejándote antaño consumirte en la miseria y en la mugre en que naciste! ¡Tú no servirás nunca más que para guardar reses cornudas! ¡No tienes aptitud alguna para las ciencias! ¡Apenas si sabes pegar una etiqueta! ¡Y vives ahí, en mi casa, como un canónigo, como un pollo cebado, atracándote a placer!

Pero Emma, volviéndose hacia la señora Homais:

— Me habían hecho venir...

— ¡Ay, Dios mío! — interrumpió con aire triste la buena señora —, ¿cómo se lo diré?... ¡Es una desgracia!

No terminó. El boticario tronaba:

— ¡Vacíala! ¡Friégala! ¡Devuélvela! ¡Date prisa, pues!

Y, sacudiendo a Justin por el cuello de su blusón, le hizo caer un libro del bolsillo.

El muchacho se agachó. Homais fue más rápido, y, tras recoger el volumen, lo contemplaba con los ojos desorbitados, la mandíbula abierta.

— ¡El amor... conyugal! — dijo separando lentamente estas dos palabras —. ¡Ah, muy bien! ¡Muy bien! ¡Muy bonito! ¡Y con grabados!... ¡Ah, esto es demasiado!

La señora Homais se adelantó.

— ¡No! ¡No lo toques!

Los niños quisieron ver las láminas.

— ¡Salid! — dijo él imperiosamente.

Y salieron.

Primero caminó de un lado a otro, a grandes pasos, con el volumen abierto entre los dedos, girando los ojos, sofocado, congestionado, apoplético. Luego fue derecho hacia su alumno, y, plantándose delante de él con los brazos cruzados:

—¿Pero tienes, pues, todos los vicios, pequeño desdichado?... ¡Cuidado, estás en una pendiente!... ¿No has pensado que podía, este libro infame, caer en manos de mis hijos, prender la chispa en su cerebro, empañar la pureza de Athalie, corromper a Napoléon? Ya está formado como un hombre. ¿Estás bien seguro, al menos, de que no lo hayan leído? ¿Puedes certificarme...?

—Pero, en fin, señor —dijo Emma—, usted tenía que decirme...

—Es verdad, señora... ¡Su suegro ha muerto!

En efecto, el señor Bovary padre acababa de fallecer anteayer, de repente, de un ataque de apoplejía, al levantarse de la mesa; y, por exceso de precaución hacia la sensibilidad de Emma, Charles había rogado al señor Homais que le comunicara con miramiento aquella horrible noticia.

Había meditado su frase, la había redondeado, pulido, cadenciado; era una obra maestra de prudencia y de transiciones, de giros finos y de delicadeza; pero la cólera se había llevado por delante la retórica.

Emma, renunciando a obtener detalle alguno, salió pues de la farmacia; pues el señor Homais había reanudado el curso de sus vituperaciones. Se calmaba, sin embargo, y, ahora, refunfuñaba con tono paternal, abanicándose con su gorro griego:

—¡No es que desapruebe enteramente la obra! El autor era médico. Hay ahí ciertos aspectos científicos que no está mal que un hombre conozca y, me atrevería a decir, que un hombre debe conocer. ¡Pero más tarde, más tarde! Espera al menos a que seas hombre tú mismo y a que tu temperamento esté formado.

Al golpe de aldaba de Emma, Charles, que la esperaba, avanzó con los brazos abiertos y le dijo con lágrimas en la voz:

—¡Ah, querida mía...!

Y se inclinó suavemente para besarla. Pero, al contacto de sus labios, el recuerdo del otro se apoderó de ella, y se pasó la mano por el rostro estremeciéndose.

Sin embargo, ella respondió:

—Sí, ya lo sé..., ya lo sé...

Le mostró la carta en que su madre relataba el suceso, sin hipocresía sentimental alguna. Solo lamentaba que su marido no hubiera recibido los auxilios de la religión, pues había muerto en Doudeville, en la calle, en el umbral de un café, después de una comida patriótica con antiguos oficiales.

Emma devolvió la carta; luego, en la cena, por buena educación, fingió cierta repugnancia. Pero como él insistía, se puso resueltamente a comer, mientras que Charles, frente a ella, permanecía inmóvil, en una postura abatida.

De vez en cuando, alzando la cabeza, le lanzaba una larga mirada llena de angustia. Una vez suspiró:

—¡Habría querido volver a verlo!

Ella callaba. Por fin, comprendiendo que había que hablar:

—¿Qué edad tenía tu padre?

—¡Cincuenta y ocho años!

—¡Ah!

Y eso fue todo.

Un cuarto de hora después, él añadió:

—¿Mi pobre madre?... ¿Qué va a ser de ella ahora?

Ella hizo un gesto de ignorancia.

Al verla tan taciturna, Charles la suponía afligida y se obligaba a no decir nada, para no avivar aquel dolor que le enternecía. Sin embargo, sacudiéndose el suyo:

—¿Te divertiste ayer? —preguntó.

—Sí.

Cuando quitaron el mantel, Bovary no se levantó, ni Emma tampoco; y, a medida que lo miraba, la monotonía de aquel espectáculo iba desterrando poco a poco toda compasión de su corazón. Le parecía enclenque, débil, nulo, en fin, un pobre hombre, en todos los sentidos. ¿Cómo librarse de él? ¡Qué velada interminable! Algo estupefaciente como un vapor de opio la entorpecía.

Oyeron en el vestíbulo el ruido seco de un bastón sobre las tablas. Era Hippolyte, que traía el equipaje de la señora. Para depositarlo, describió penosamente un cuarto de círculo con su pata de palo.

— ¡Ni siquiera piensa ya en ello! — se decía ella mirando al pobre diablo, cuya espesa cabellera roja goteaba de sudor.

Bovary buscaba un cuarto en el fondo de su bolsa; y, sin parecer comprender todo lo que había de humillante para él en la sola presencia de aquel hombre que estaba allí, como el reproche personificado de su incurable ineptitud:

— ¡Anda! Tienes un bonito ramo — dijo él, reparando sobre la chimenea en las violetas de León.

— Sí — dijo ella con indiferencia —; es un ramo que he comprado hace un rato... a una mendiga.

Charles tomó las violetas, y, refrescando sobre ellas sus ojos enrojecidos de lágrimas, las aspiraba delicadamente. Ella se las quitó rápidamente de la mano, y fue a ponerlas en un vaso de agua.

Al día siguiente, llegó la señora Bovary madre. Ella y su hijo lloraron mucho. Emma, con el pretexto de dar órdenes, desapareció.

Al día siguiente, hubo que ocuparse juntos de los asuntos del luto. Fueron a sentarse, con las cajas de costura, a la orilla del agua, bajo el cenador.

Charles pensaba en su padre, y se asombraba de sentir tanto afecto por aquel hombre al que hasta entonces había creído querer solo mediocrementemente. La señora Bovary madre pensaba en su marido. Los peores días de antaño se le reaparecían envidiables. Todo se borraba bajo el pesar instintivo de un hábito tan largo; y, de vez en cuando, mientras empujaba su aguja, una gruesa lágrima descendía a lo largo de su nariz y quedaba un instante suspendida allí. Emma pensaba que apenas cuarenta y ocho horas antes, esta-

ban juntos, lejos del mundo, todo embriaguez, sin tener bastantes ojos para contemplarse. Trataba de recuperar los detalles más imperceptibles de aquella jornada desaparecida. Pero la presencia de la suegra y del marido la molestaba. Habría querido no oír nada, no ver nada, para no turbar el recogimiento de su amor, que se iba perdiendo, hiciera lo que hiciese, bajo las sensaciones exteriores.

Descosía el forro de un vestido, cuyos jirones se esparcían a su alrededor; la señora Bovary madre, sin levantar los ojos, hacía chirriar sus tijeras, y Charles, con sus zapatillas de orillo y su vieja levita parda que le servía de bata, permanecía con las dos manos en los bolsillos y tampoco hablaba; cerca de ellos, Berthe, con un delantalito blanco, rascaba con su pala la arena de los senderos.

De pronto, vieron entrar por la cancela al señor Lheureux, el comerciante de telas.

Venía a ofrecer sus servicios, en atención a la fatal circunstancia. Emma respondió que creía poder prescindir de ellos. El comerciante no se dio por vencido.

—Mil disculpas —dijo—; desearía tener una conversación particular.

Luego, en voz baja:

—Es relativo a aquel asunto..., ¿sabe usted?

Charles se puso carmesí hasta las orejas.

—Ah, sí..., en efecto.

Y, en su turbación, volviéndose hacia su mujer:

—¿No podrías tú..., querida...?

Ella pareció comprenderlo, pues se levantó, y Charles dijo a su madre:

—¡No es nada! Sin duda alguna bagatela doméstica.

No quería que ella conociera la historia del pagaré, temiendo sus observaciones.

En cuanto se quedaron solos, el señor Lheureux se puso, en términos bastante claros, a felicitar a Emma por la herencia, para pasar luego a hablar de cosas indiferentes, de los espalderos, de la cosecha y de su propia salud, que

iba siempre así así, entre Pinto y Valdemoro. En efecto, se daba un trabajo de mil demonios, aunque no ganaba, a pesar de lo que se decía por ahí, ni para untarse de mantequilla el pan.

Emma lo dejaba hablar. ¡Se aburría tan prodigiosamente desde hacía dos días!

—¿Y ya está usted del todo restablecida? —continuaba—. A fe mía, he visto a su pobre marido en buenos apuros. Es un buen muchacho, aunque hayamos tenido juntos algunas dificultades.

Ella preguntó cuáles, pues Charles le había ocultado la disputa por los suministros.

—¡Pero si usted lo sabe bien! —dijo Lheureux—. Era por sus pequeños caprichos, las cajas de viaje.

Se había bajado el sombrero sobre los ojos, y, con las dos manos a la espalda, sonriendo y silbando, la miraba de frente, de una manera insoportable. ¿Sospecharía algo? Ella permanecía perdida en toda clase de aprensiones. Al fin, sin embargo, prosiguió:

—Nos hemos reconciliado, y venía aún a proponerle un arreglo.

Se trataba de renovar el pagaré firmado por Bovary. El señor, por lo demás, obraría a su antojo; no debía atormentarse en absoluto, ahora sobre todo que iba a tener un sinfín de complicaciones.

—E incluso haría mejor en descargarse de eso en alguien, en usted, por ejemplo; con un poder notarial sería cómodo, y entonces tendríamos juntos pequeños negocios...

Ella no comprendía. Él calló. Luego, pasando a su negocio, Lheureux declaró que la señora no podía eximirse de comprarle algo. Le enviaría un bates negro, doce metros, con qué hacer un vestido.

—Ese que tiene usted ahí está bien para casa. Necesita otro para las visitas. Yo eso lo he visto a la primera, nada más entrar. Tengo el ojo americano.

No envió la tela: la trajo él mismo. Luego volvió por el varaje; volvió con otros pretextos, procurando cada vez mostrarse amable, servicial, infeudándose, como habría dicho Homais, y deslizándose siempre a Emma algunos

consejos sobre el poder notarial. No hablaba del pagaré. Ella no pensaba en ello; Charles, al principio de su convalecencia, le había contado algo al respecto; pero tantas agitaciones habían pasado por su cabeza, que ya no se acordaba. Además, se guardó de abrir ninguna discusión de intereses; la señora Bovary madre se sorprendió de ello, y atribuyó su cambio de humor a los sentimientos religiosos que había contraído estando enferma.

Pero, en cuanto ella se hubo marchado, Emma no tardó en maravillarse a Bovary con su buen sentido práctico. Habría que pedir informes, verificar las hipotecas, ver si había lugar a una licitación o a una liquidación. Citaba términos técnicos, al azar, pronunciaba las grandes palabras de orden, de porvenir, de previsión, y exageraba continuamente los embarazos de la sucesión; tanto que un día le mostró el modelo de una autorización general para «gestionar y administrar sus asuntos, hacer todos los préstamos, firmar y endosar todos los pagarés, pagar todas las sumas, etc.». Había sacado provecho de las lecciones de Lheureux.

Charles, ingenuamente, le preguntó de dónde venía aquel papel.

—Del señor Guillaumin.

Y, con la mayor sangre fría del mundo, añadió:

—No me fío mucho de eso. ¡Los notarios tienen tan mala reputación! Habría que consultar quizá... No conocemos más que... ¡Oh, a nadie!

—A menos que Léon... —replicó Charles, que reflexionaba.

Pero era difícil entenderse por correspondencia. Entonces ella se ofreció a hacer ese viaje. Él le dio las gracias. Ella insistió. Fue un asalto de atenciones mutuas. Por fin, exclamó con un tono de rebeldía fingida:

—No, te lo ruego, iré yo.

—¡Qué buena eres! —dijo él besándola en la frente.

Al día siguiente mismo, se embarcó en *La Golondrina* para ir a Rouen a consultar al señor Léon; y allí permaneció tres días.

III

Fueron tres días plenos, exquisitos, espléndidos, una verdadera luna de miel.

Estaban en el hotel de Boulogne, en el puerto. Y vivían allí, con los postigos cerrados, las puertas cerradas, con flores por el suelo y jarabes helados, que les traían desde por la mañana.

Hacia el atardecer, tomaban una barca cubierta e iban a cenar a una isla.

Era la hora en que se oye, junto a los astilleros, resonar el mazo de los calafates contra el casco de los navíos. El humo del alquitrán se escapaba de entre los árboles, y se veían sobre el río anchas gotas grasientas, ondulando desigualmente bajo el color púrpura del sol, como placas de bronce florentino, que flotaban.

Bajaban por entre las barcas amarradas, cuyos largos cables oblicuos rozaban un poco la parte alta de la barca.

Los ruidos de la ciudad se alejaban insensiblemente, el traqueteo de las carretas, el tumulto de las voces, los ladridos de los perros en el puente de los navíos. Ella se desataba el sombrero y atracaban en su isla.

Se instalaban en la sala baja de una taberna que tenía a la puerta unas redes negras colgadas. Comían fritura de eperlanos, nata y cerezas. Se tumbaban sobre la hierba; se besaban apartados bajo los álamos; y hubieran querido, como dos Robinsones, vivir perpetuamente en aquel pequeño rincón, que en su beatitud les parecía el más magnífico de la tierra. No era la primera vez que veían árboles, un cielo azul, hierba, que oían el agua correr y la brisa soplar en el follaje; pero sin duda nunca habían admirado todo aque-

llo, como si la naturaleza no hubiera existido antes, o no hubiese empezado a ser bella sino desde la satisfacción de sus deseos.

Al anoecer, emprendían el regreso. La barca seguía la orilla de las islas. Se quedaban en el fondo, los dos ocultos por la sombra, sin hablar. Los remos cuadrados sonaban entre los toletes de hierro; y aquello marcaba en el silencio como el compás de un metrónomo, mientras que en la popa la cuerda que arrastraba no interrumpía su leve chapoteo dulce en el agua.

Una vez salió la luna; entonces no dejaron de hacer frases, encontrando el astro melancólico y lleno de poesía; hasta ella se puso a cantar:

Una noche, ¿te acuerdas?, bogábamos, etc.

Su voz armoniosa y débil se perdía sobre las olas; y el viento se llevaba los gorgoritos que Léon escuchaba pasar, como aleteos, a su alrededor.

Ella se mantenía enfrente, apoyada contra el tabique de la chalupa, donde la luna entraba por uno de los postigos abiertos. Su vestido negro, cuyos pliegues se ensanchaban en abanico, la afinaba, la hacía más alta. Tenía la cabeza erguida, las manos juntas, y los dos ojos hacia el cielo. A veces la sombra de los sauces la ocultaba por entero, y luego reaparecía de pronto, como una visión, a la luz de la luna.

Léon, en el suelo, a su lado, encontró bajo su mano una cinta de seda de color amapola.

El barquero la examinó y acabó por decir:

— ¡Ah! Puede que sea de una compañía que paseé el otro día. Vino un montón de bromistas, señores y señoras, con pasteles, champán, cornetines de pistón, todo el tinglado. Había uno sobre todo, un mocetón guapo, de bigotito, que era la mar de divertido. Y decían así: «Vamos, cuéntanos algo..., Adolphe..., Dodolphe..., creo».

Ella se estremeció.

— ¿Te encuentras mal? — dijo Léon acercándose a ella.

— ¡Oh! No es nada. Sin duda, el fresco de la noche.

— Y que tampoco le han de faltar mujeres — añadió con dulzura el viejo marinero, creyendo decir una galantería al forastero.

Luego, escupiéndose en las manos, volvió a coger los remos.

¡Hubo, sin embargo, que separarse! Los adioses fueron tristes. Era en casa de la tía Rollet donde debía enviar sus cartas; y ella le hizo recomendaciones tan precisas a propósito del doble sobre, que él admiró grandemente su astucia amorosa.

—Así pues, ¿me aseguras que todo va bien? —dijo ella en el último beso.

—¡Sí, por cierto! —Pero ¿por qué, pues —pensó él después, volviéndose solo por las calles—, tendrá tanto empeño en ese poder notarial?

IV

Léon, pronto, adoptó ante sus compañeros un aire de superioridad, se abstuvo de su compañía y descuidó por completo los expedientes.

Esperaba sus cartas; las releía. Le escribía. La evocaba con toda la fuerza de su deseo y de sus recuerdos. En vez de disminuir con la ausencia, aquel afán de volver a verla creció, tanto que un sábado por la mañana se escapó de la notaría.

Cuando, desde lo alto de la cuesta, divisó en el valle el campanario de la iglesia con su banderola de hojalata que giraba al viento, sintió aquella delectación mezclada de vanidad triunfante y de enternecimiento egoísta que deben de sentir los millonarios cuando vuelven a visitar su pueblo.

Fue a rondar alrededor de su casa. Una luz brillaba en la cocina. Acechó su sombra tras las cortinas. No apareció nada.

La tía Lefrançois, al verlo, prorrumpió en grandes exclamaciones, y lo encontró «crecido y adelgazado», mientras que Artémise, por el contrario, lo encontró «forzudo y moreno».

Cenó en la salita, como antaño, pero solo, sin el recaudador; pues Binet, cansado de esperar a *La Golondrina*, había adelantado definitivamente su comida una hora, y ahora cenaba a las cinco en punto, aunque aún solía sostener que la vieja carraca llegaba tarde.

Léon, sin embargo, se decidió; fue a llamar a la puerta del médico. La señora estaba en su cuarto, de donde no bajó hasta un cuarto de hora después. El señor pareció encantado de volver a verlo; pero no se movió en toda la velada, ni en todo el día siguiente.

La vio a solas, por la noche, muy tarde, detrás del jardín, en la callejuela; — ¡en la callejuela, como con el otro! Había tormenta, y conversaban bajo un paraguas a la luz de los relámpagos.

Su separación se volvía intolerable.

— ¡Antes morir! — decía Emma.

Se retorció colgada de su brazo, deshecha en llanto.

— ¡Adiós!... ¡Adiós!... ¿Cuándo volveré a verte?

Volvieron sobre sus pasos para besarse aún; y fue entonces cuando ella le hizo la promesa de encontrar pronto, por cualquier medio, la ocasión permanente de verse en libertad, al menos una vez por semana. Emma no lo dudaba. Estaba, además, llena de esperanza. Le iba a llegar dinero.

Así, se compró para su cuarto un par de cortinas amarillas de anchas rayas, cuyo buen precio le había ponderado el señor Lheureux; soñó con una alfombra, y Lheureux, asegurando «que no era pedir la luna», se comprometió amablemente a proporcionarle una. Ya no podía prescindir de sus servicios. Veinte veces al día lo mandaba llamar, y él, al instante, dejaba plantados sus asuntos, sin permitirse un murmullo. Tampoco se entendía por qué la tía Rollet almorzaba en su casa todos los días, y hasta le hacía visitas a solas.

Fue hacia esa época, es decir, hacia el comienzo del invierno, cuando pareció que le entraba un gran ardor musical.

Una noche en que Charles la escuchaba, ella volvió a empezar cuatro veces seguidas la misma pieza, siempre despechada, mientras que él, sin notar diferencia alguna, exclamaba:

— ¡Bravo!... ¡Muy bien!... ¡Haces mal en parar! ¡Sigue, vamos!

— ¡Pues no! ¡Es execrable! Tengo los dedos entumecidos.

Al día siguiente, él le rogó que le tocara algo más.

— ¡Sea, para darte gusto!

Y Charles reconoció que había perdido un poco. Se equivocaba de pentagrama, embarullaba; luego, parándose en seco:

— ¡Ah, se acabó! Tendría que tomar lecciones; pero...

Se mordió los labios y añadió:

—¡Veinte francos la clase, es demasiado caro!

—Sí, en efecto..., un poco... —dijo Charles riendo con necesidad—. Aunque me parece que quizá se podría por menos, porque hay artistas sin renombre que a menudo valen más que las celebridades.

—Búscalos —dijo Emma.

Al día siguiente, al volver a casa, la contempló con ojo taimado, y no pudo al fin contener esta frase:

—¡Qué testaruda eres a veces! Hoy he estado en Barfeuchères. Pues bien, la señora Liégeard me ha asegurado que sus tres señoritas, que están en la Misericordia, tomaban lecciones a cincuenta sueldos la sesión, ¡y de una maestra afamada, además!

Ella se encogió de hombros y no volvió a abrir su instrumento.

Pero, cuando pasaba cerca de él (si Bovary se encontraba allí), suspiraba:

—¡Ay, mi pobre piano!

Y cuando venían a visitarla, no dejaba de hacerles saber que había abandonado la música y que ahora no podía retomarla, por razones de peso. Entonces la compadecían. ¡Era una lástima! ¡Ella, que tenía un talento tan hermoso! Se habló de ello incluso a Bovary. Le hacían sentir vergüenza, y sobre todo el farmacéutico:

—¡Hace usted mal! Nunca hay que dejar en barbecho las facultades de la naturaleza. Además, piense usted, mi buen amigo, que animando a la señora a estudiar, economiza usted para más adelante en la educación musical de su hija. Yo opino que las madres deben instruir ellas mismas a sus hijos. Es una idea de Rousseau, quizá todavía un poco nueva, pero que acabará por triunfar, estoy seguro, como la lactancia materna y la vacunación.

Charles volvió, pues, otra vez sobre la cuestión del piano. Emma respondió, con acritud, que sería mejor venderlo. Aquel pobre piano, que le había proporcionado tantas satisfacciones de vanidad, verlo marcharse era para Bovary como el indefinible suicidio de una parte de ella misma.

—Si tú quisieras... —decía él, de vez en cuando—, una lección, no sería, después de todo, extremadamente ruinoso.

—Pero las lecciones —replicaba ella— solo son provechosas si se siguen con regularidad.

Y así fue como se las arregló para obtener de su esposo el permiso de ir a la ciudad una vez por semana, a ver a su amante. Se comprobó incluso, al cabo de un mes, que había hecho progresos considerables.

V

Era jueves. Se levantaba y se vestía en silencio para no despertar a Charles, que le habría hecho observaciones por prepararse tan temprano. Luego iba y venía de un lado a otro; se ponía delante de las ventanas, miraba la Plaza. La luz del amanecer se colaba entre los pilares del mercado, y la casa del farmacéutico, con los postigos cerrados, dejaba entrever, en el color pálido de la aurora, las mayúsculas de su rótulo.

Cuando el reloj de pared marcaba las siete y cuarto, se iba al León de Oro, cuya puerta le abría, bostezando, Artémise. Esta desenterraba para la señora los carbones sepultados bajo la ceniza. Emma se quedaba sola en la cocina. De cuando en cuando salía. Hivert enganchaba sin prisa, escuchando además a la tía Lefrançois, que, asomando por un ventanillo la cabeza tocada con su cofia de algodón, le encargaba recados y le daba explicaciones capaces de trastornar a cualquier otro hombre. Emma golpeaba con la suela de sus botines los adoquines del patio.

Por fin, cuando había comido su sopa, se había puesto el capote, encendiendo la pipa y empuñado el látigo, se instalaba tranquilamente en el pescante.

La Golondrina partía al trote corto y, durante tres cuartos de legua, se detenía de trecho en trecho para recoger viajeros, que la aguardaban de pie, al borde del camino, ante la cancela de los corrales. Los que habían avisado la víspera se hacían esperar; algunos incluso seguían en la cama, en su casa; Hivert llamaba, gritaba, juraba, y luego bajaba de su asiento e iba a golpear con fuerza las puertas. El viento soplaba por las ventanillas resquebrajadas.

Entre tanto los cuatro asientos se iban llenando, el coche rodaba, los manzanos se sucedían en fila; y el camino, entre sus dos largas cunetas llenas de agua amarilla, iba estrechándose continuamente hacia el horizonte.

Emma lo conocía de punta a punta; sabía que después de un prado había un poste, luego un olmo, un granero o una casucha de peón caminero; a veces, incluso, para darse sorpresas, cerraba los ojos. Pero nunca perdía la noción exacta de la distancia que quedaba por recorrer.

Por fin, las casas de ladrillo se hacían más próximas, la tierra resonaba bajo las ruedas, *La Golondrina* se deslizaba entre jardines donde se entreveían, a través de una verja calada, estatuas, un cenador, tejos recortados y un columpio. Luego, de una sola mirada, aparecía la ciudad.

Descendiendo toda en anfiteatro y anegada en la bruma, se extendía más allá de los puentes, confusamente. Luego la campiña llana ascendía con un movimiento monótono, hasta tocar a lo lejos la base indecisa del cielo pálido. Vista así desde arriba, el paisaje entero parecía inmóvil como una pintura; los barcos fondeados se apiñaban en un rincón; el río redondeaba su curva al pie de las colinas verdes, y las islas, de forma oblonga, parecían sobre el agua grandes peces negros detenidos. Las chimeneas de las fábricas lanzaban inmensos penachos pardos que se deshacían por la punta. Se oía el zumbido de las fundiciones junto con el claro repique de las iglesias que se erguían entre la niebla. Los árboles de los bulevares, sin hojas, formaban espesuras violáceas en medio de las casas, y los tejados, relucientes de lluvia, espejeaban desigualmente, según la altura de los barrios. A veces una ráfaga de viento arrastraba las nubes hacia la costa Sainte-Catherine, como oleadas aéreas que se rompían en silencio contra un acantilado.

Algo vertiginoso se desprendía para ella de aquellas existencias amontonadas, y su corazón se henchía abundantemente, como si las ciento veinte mil almas que palpitaban allí le hubiesen enviado de golpe todo el vaho de las pasiones que ella les suponía. Su amor se agrandaba ante aquel espacio, y se llenaba de tumulto con los rumores vagos que subían. Lo derramaba hacia fuera, sobre las plazas, sobre los paseos, sobre las calles, y la vieja ciudad normanda se extendía ante sus ojos como una capital desmesurada, como una Babilonia en la que entraba. Se asomaba con las dos manos por la ventanilla, aspirando la brisa; los tres caballos galopaban, las piedras crujían en el barro, la diligencia se balanceaba, y Hivert, de lejos, llamaba a voces a los carricoches del camino, mientras los burgueses que habían pasado la noche en Bois-Guillaume bajaban tranquilamente la cuesta, en su cochecito de familia.

Se detenían en la barrera; Emma se desabrochaba los zuecos, se ponía otros guantes, se ajustaba el chal y, veinte pasos más allá, se bajaba de *La Golondrina*.

La ciudad empezaba entonces a despertar. Unos dependientes, con gorro griego, frotaban los escaparates de las tiendas, y unas mujeres que llevaban cestas sobre la cadera lanzaban a intervalos un grito sonoro, en la esquina de las calles. Ella caminaba con los ojos en el suelo, rozando las paredes, y sonriendo de placer bajo su velo negro bajado.

Por miedo a que la vieran, no solía tomar el camino más corto. Se internaba en las callejuelas oscuras, y llegaba, toda sudorosa, hacia la parte baja de la calle Nationale, cerca de la fuente que hay allí. Es el barrio del teatro, de los cafetines y de las mujerzuelas. A menudo pasaba cerca de ella una carreta, llevando algún decorado que temblaba. Unos mozos con delantal echaban arena sobre las losas, entre arbustos verdes. Se olía a ajeno, a puro y a ostras.

Doblaba una calle; lo reconocía por su cabellera rizada que escapaba del sombrero.

Léon, en la acera, seguía caminando. Ella lo seguía hasta el hotel; él subía, abría la puerta, entraba... ¡Qué abrazo!

Luego las palabras, después de los besos, se atropellaban. Se contaban las penas de la semana, los presentimientos, las inquietudes por las cartas; pero ahora todo se olvidaba, y se miraban cara a cara, con risas de voluptuosidad y apelativos de ternura.

La cama era una gran cama de caoba en forma de barquilla. Las cortinas de levantina roja, que caían del techo, se combaban demasiado bajas hacia la cabecera ensanchada; — y nada en el mundo era tan hermoso como su cabeza morena y su piel blanca destacándose sobre aquel color púrpura, cuando, con un gesto de pudor, cerraba los dos brazos desnudos, ocultándose el rostro entre las manos.

El tibio apartamento, con su discreta alfombra, sus adornos juguetones y su luz tranquila, parecía de lo más adecuado para las intimidades de la pasión. Las varillas de las cortinas, rematadas en flecha, las alcayatas de cobre y las gruesas bolas de los morillos relucían de pronto, si entraba el sol. Ha-

bía en la chimenea, entre los candelabros, dos de esas grandes conchas rosadas en las que se oye el rumor del mar cuando se las aplica al oído.

¡Cómo querían aquella buena habitación llena de alegría, pese a su esplendor algo ajado! Siempre encontraban los muebles en su sitio, y a veces unas horquillas que ella había olvidado, el jueves anterior, bajo el pie del reloj. Almorzaban junto al fuego, en un veladorcito taraceado de palisandro. Emma trinchaba, le ponía los trozos en el plato mientras decía toda clase de zalamerías; y reía con una risa sonora y libertina cuando la espuma del vino de Champagne desbordaba de la copa ligera sobre las sortijas de sus dedos. Estaban tan completamente perdidos en la posesión de sí mismos, que se creían allí en su casa particular, y destinados a vivir en ella hasta la muerte, como dos eternos jóvenes esposos. Decían nuestra habitación, nuestra alfombra, nuestros sillones; ella incluso decía mis zapatillas, un regalo de León, un capricho que había tenido. Eran unas zapatillas de raso rosa, ribeteadas de cisne. Cuando se sentaba en sus rodillas, su pierna, entonces demasiado corta, quedaba colgando en el aire; y el delicado calzado, que no tenía talón, se sostenía solo por la punta de los dedos sobre su pie desnudo.

Saboreaba por primera vez la inexpresable delicadeza de las elegancias femeninas. Nunca había hallado aquella gracia del lenguaje, aquella reserva en el vestir, aquellas posturas de paloma adormecida. Admiraba la exaltación de su alma y los encajes de su falda. Además, ¿no era acaso una mujer de mundo, y una mujer casada? ¡Una verdadera amante, por fin!

Con la diversidad de su humor, tan pronto mística como alegre, parlanchina, taciturna, arrebatada, indolente, ella iba despertando en él mil deseos, evocando instintos o reminiscencias. Era la enamorada de todas las novelas, la heroína de todos los dramas, el vago *Ella* de todos los libros de versos. Él reencontraba en sus hombros el color ambarino de la odalisca en el baño; tenía el corpiño largo de las castellanas feudales; se parecía también a la pálida mujer de Barcelona, ¡pero era, por encima de todo, un Ángel!

A menudo, al mirarla, le parecía que su alma, escapándose hacia ella, se derramaba como una onda sobre el contorno de su cabeza, y descendía arrastrada hacia la blancura de su pecho.

Se sentaba en el suelo, delante de ella; y, con los dos codos sobre las rodillas de ella, la contemplaba con una sonrisa, y la frente tensa.

Ella se inclinaba hacia él y murmuraba, como sofocada de embriaguez:

—¡Oh, no te muevas! ¡No hables! ¡Mírame! De tus ojos sale algo tan dulce, que me hace tanto bien.

Lo llamaba niño:

—Niño, ¿me quieres?

Y apenas oía su respuesta, en las prisas de sus labios que subían hasta su boca.

Había sobre el reloj un pequeño Cupido de bronce, que hacía monerías arqueando los brazos bajo una guirnalda dorada. Se rieron de él muchas veces; pero, cuando había que separarse, todo les parecía serio.

Inmóviles el uno frente al otro, se repetían:

—¡Hasta el jueves!... ¡Hasta el jueves!

De pronto ella le tomaba la cabeza entre las dos manos, lo besaba deprisa en la frente exclamando: «¡Adiós!», y se lanzaba escalera abajo.

Iba a la calle de la Comédie, a casa de un peluquero, a que le arreglaran los bandós. Caía la noche; encendían el gas en la tienda.

Oía la campanilla del teatro que llamaba a los cómicos a la función; y veía, enfrente, pasar a hombres de rostro blanco y a mujeres con vestidos ajados, que entraban por la puerta de los bastidores.

Hacía calor en aquel saloncito de techo demasiado bajo, donde la estufa zumbaba entre pelucas y pomadas. El olor de las tenacillas, junto con aquellas manos grasientas que le manejaban la cabeza, no tardaba en aturdira, y se adormecía un poco bajo el peinador. A menudo el mozo, mientras la peinaba, le proponía entradas para el baile de máscaras.

¡Luego se iba! Remontaba las calles; llegaba a la Croix Rouge; recuperaba sus zuecos, que había escondido por la mañana bajo un banco, y se acomodaba en su sitio entre los viajeros impacientes. Algunos se bajaban al pie de la cuesta. Se quedaba sola en el coche.

En cada recodo se distinguían cada vez más todas las luces de la ciudad, que formaban un ancho vapor luminoso sobre las casas confundidas. Emma se ponía de rodillas sobre los cojines, y perdía la mirada en aquel deslum-

bramamiento. Sollozaba, llamaba a León, y le enviaba palabras tiernas y besos que se perdían en el viento.

Había en la cuesta un pobre diablo que vagaba con su bastón, en plena revoltura de diligencias. Un amasijo de harapos le cubría los hombros, y un viejo sombrero de castor deformado, que se curvaba en forma de cuenco, le ocultaba el rostro; pero, cuando se lo quitaba, dejaba ver, en el lugar de los párpados, dos órbitas abiertas y ensangrentadas. La carne se deshilachaba en jirones rojos; y de ella manaban líquidos que se cuajaban en costras verdes hasta la nariz, cuyas fosas nasales negras resoplaban convulsivamente. Para hablar, echaba la cabeza hacia atrás con una risa idiota; — entonces sus pupilas azuladas, girando con un movimiento continuo, iban a chocar, hacia las sienes, contra el borde de la llaga viva.

Cantaba una cancioncilla mientras seguía a los coches:

__A menudo el calor de un día de estío hace soñar a la niña de amorío.__

Y en todo lo demás había pájaros, sol y follaje.

A veces aparecía de pronto detrás de Emma, con la cabeza descubierta. Ella se apartaba con un grito. Hivert venía a bromear con él. Lo animaba a tomar una barraca en la feria de Saint-Romain, o bien le preguntaba, riendo, cómo le iba a su buena amiga.

A menudo, cuando ya estaban en marcha, su sombrero, con un movimiento brusco, entraba en la diligencia por la ventanilla, mientras él se aferraba, con el otro brazo, al estribo, entre las salpicaduras de las ruedas. Su voz, débil al principio y quejumbrosa como un vagido, se volvía aguda. Se arrastraba en la noche, como el lamento indistinto de una vaga desdicha; y, a través del tintineo de los cascabeles, el murmullo de los árboles y el zumbido de la caja hueca, tenía algo de lejano que trastornaba a Emma. Aquello le descendía hasta el fondo del alma como un torbellino en un abismo, y la arrastraba por los espacios de una melancolía sin límites. Pero Hivert, que notaba un contrapeso, descargaba a ciegas grandes latigazos. La tralla lo azotaba en las llagas, y él caía en el barro lanzando un aullido.

Luego los viajeros de *La Golondrina* acababan por dormirse, unos con la boca abierta, otros con el mentón caído, apoyándose en el hombro de su vecino, o bien con el brazo pasado por la correa, oscilando regularmente al vaivén del coche; y el reflejo del farol que se balanceaba por fuera, sobre la

grupa de los caballos varales, penetrando en el interior por las cortinillas de calicó color chocolate, proyectaba sombras sanguinolentas sobre todos aquellos individuos inmóviles. Emma, ebria de tristeza, tiritaba bajo su ropa; y sentía cada vez más frío en los pies, con la muerte en el alma.

Charles, en casa, la esperaba; *La Golondrina* siempre llegaba tarde los jueves. ¡La señora llegaba por fin! Apenas si besaba a la pequeña. La cena no estaba lista, ¡qué importaba! ella disculpaba a la cocinera. Todo le parecía ahora permitido a aquella muchacha.

A menudo su marido, al notar su palidez, le preguntaba si no se encontraba mal.

—No —decía Emma.

—Pero —replicaba él—, ¿estás rara esta noche?

—¡Bah, no es nada! ¡No es nada!

Incluso había días en que, apenas llegada, subía a su habitación; y Justin, que andaba por allí, se movía con pasos silenciosos, más ingenioso para servirle que una excelente camarera. Colocaba las cerillas, el candelero, un libro, disponía su camisa de dormir, abría las sábanas.

—Vamos —decía ella—, está bien, ¡vete!

Porque él se quedaba de pie, con las manos colgando y los ojos abiertos, como enredado en los hilos innumerables de un ensueño repentino.

El día siguiente era horrible, y los que venían después resultaban aún más intolerables por la impaciencia que sentía Emma de recobrar su felicidad, — codicia áspera, inflamada de imágenes conocidas, que, al séptimo día, estallaba con toda libertad en las caricias de León. Los ardores de él se ocultaban bajo expansiones de asombro y de gratitud. Emma saboreaba aquel amor de manera discreta y absorta, lo alimentaba con todos los artificios de su ternura, y temblaba un poco ante la idea de que pudiera perderse más adelante.

A menudo le decía, con dulzuras de voz melancólica:

—¡Ah, tú me dejarás!... ¡Te casarás!... Serás como los demás.

Él preguntaba:

—¿Qué demás?

—Pues los hombres, vamos —respondía ella.

Luego añadía, apartándolo con un gesto lánguido:

—¡Sois todos unos infames!

Un día en que hablaban filosóficamente de los desengaños terrenales, llegó a decir (para poner a prueba sus celos, o cediendo tal vez a una necesidad de desahogo demasiado fuerte) que antaño, antes de él, había amado a alguien, «¡no como a ti!», se apresuró a añadir, jurando por la cabeza de su hija que no había pasado nada.

El joven la creyó, y sin embargo la interrogó para saber a qué se dedicaba aquel hombre.

—Era capitán de navío, amigo mío.

¿No era eso adelantarse a cualquier pesquisa, y al mismo tiempo situarse muy alto, mediante aquella supuesta fascinación ejercida sobre un hombre que debía de ser de natural belicoso y estar acostumbrado a los homenajes?

El pasante sintió entonces la insignificancia de su posición; envidió las charreteras, las cruces, los títulos. Todo aquello debía de gustarle a ella: lo sospechaba por sus costumbres dispendiosas.

Sin embargo, Emma callaba buena parte de sus extravagancias, como el deseo de tener, para que la llevara a Rouen, un tálburi azul, tirado por un caballo inglés y conducido por un lacayo con botas de vuelta. Era Justin quien le había inspirado aquel capricho, suplicándole que lo tomara a su servicio como ayuda de cámara; y si aquella privación no atenuaba, en cada cita, el placer de la llegada, sí aumentaba ciertamente la amargura de la vuelta.

A menudo, cuando hablaban juntos de París, ella acababa murmurando:

—¡Ah, qué bien estaríamos allí para vivir!

—¿Es que no somos felices? —replicaba dulcemente el joven, pasándole la mano por los bandós.

—Sí, es verdad —decía ella—, estoy loca; ¡bésame!

Con su marido estaba más encantadora que nunca, le hacía cremas de pistacho y tocaba valsés después de cenar. Él se consideraba, pues, el más

afortunado de los mortales, y Emma vivía sin inquietud, cuando, una noche, de repente:

—Es la señorita Lempereur quien te da las lecciones, ¿verdad?

—Sí.

—Pues la he visto hace un rato —prosiguió Charles—, en casa de la señora Liégeard. Le he hablado de ti; no te conoce.

Fue como un rayo. Sin embargo, ella replicó con aire natural:

—¡Ah, sin duda habrá olvidado mi nombre!

—Pero tal vez haya en Rouen —dijo el médico— varias señoritas Lempereur que sean profesoras de piano.

—¡Es posible!

Luego, con viveza:

—Sin embargo, tengo sus recibos; toma, mira.

Y fue al escritorio, revolvió todos los cajones, confundió los papeles y acabó por perder de tal modo la cabeza, que Charles le insistió en que no se tomara tanto trabajo por aquellos miserables recibos.

—¡Oh, ya los encontraré! —dijo ella.

En efecto, ya el viernes siguiente, Charles, al calzarse una de sus botas en el cuartito oscuro donde se guardaba la ropa, notó una hoja de papel entre el cuero y el calcetín; la cogió y leyó:

«Recibido, por tres meses de lecciones, más diversos suministros, la suma de sesenta y cinco francos. FELICIE LEMPEREUR, profesora de música.»

—¿Cómo diablos ha ido a parar esto a mis botas?

—Sin duda —respondió ella—, se habrá caído del viejo cartón de las facturas, que está en el borde del estante.

A partir de ese momento, su existencia no fue ya sino un entramado de mentiras, con las que envolvía su amor como en velos, para ocultarlo.

Era una necesidad, una manía, un placer, hasta el punto de que, si decía haber pasado el día anterior por el lado derecho de una calle, había que

creer que había ido por el lado izquierdo.

Una mañana en que acababa de partir, como de costumbre, bastante ligera de ropa, se puso a nevar de pronto; y como Charles miraba el tiempo por la ventana, vio al señor Bournisien en la charrete del tal Tuvache, que lo llevaba a Rouen. Entonces bajó a confiar al eclesiástico un grueso chal para que se lo entregara a la señora en cuanto llegara a la Croix Rouge. Apenas estuvo en la posada, Bournisien preguntó dónde estaba la mujer del médico de Yonville. La posadera respondió que frecuentaba muy poco su establecimiento. Así que, por la noche, al reconocer a la señora Bovary en *La Golondrina*, el cura le contó su apuro, sin parecer, por lo demás, darle importancia; pues se lanzó al elogio de un predicador que por entonces hacía maravillas en la catedral, y al que todas las señoras corrían a escuchar.

No importaba que él no hubiese pedido explicaciones; otros, más adelante, podrían mostrarse menos discretos. Así que ella juzgó útil apearse siempre en la Croix Rouge, de modo que las buenas gentes de su pueblo que la veían en la escalera no sospechaban nada.

Un día, sin embargo, el señor Lheureux se la encontró saliendo del hôtel de Boulogne del brazo de Léon; y ella tuvo miedo, imaginando que iría con chismes. Él no era tan tonto.

Pero tres días después, entró en su habitación, cerró la puerta y dijo:

—Necesitaría dinero.

Ella declaró no poder dárselo. Lheureux se deshizo en lamentos, y le recordó todas las atenciones que había tenido con ella.

En efecto, de los dos pagarés suscritos por Charles, Emma hasta entonces solo había pagado uno. En cuanto al segundo, el comerciante, a ruegos de ella, había consentido en sustituirlo por otros dos, que incluso habían sido renovados a un vencimiento muy largo. Luego sacó del bolsillo una lista de suministros no saldados, a saber: las cortinas, la alfombra, la tela para los sillones, varios vestidos y diversos artículos de tocador, cuyo valor ascendía a la suma de unos dos mil francos.

Ella bajó la cabeza; él prosiguió:

—Pero, si no tiene dinero en efectivo, tiene bienes.

Y señaló una mísera casucha sita en Barneville, cerca de Aumale, que no rentaba gran cosa. Antaño había dependido de una pequeña granja vendida por el señor Bovary padre, pues Lheureux lo sabía todo, hasta la extensión en hectáreas, con el nombre de los vecinos.

— Yo, en su lugar —decía él—, me libraría de deudas, y aún me quedaría de sobra el dinero.

Ella objetó la dificultad de encontrar comprador; él le dio esperanzas de hallar uno; pero ella preguntó cómo hacer para poder vender.

—¿Es que no tiene usted el poder notarial? —respondió él.

Aquella palabra le llegó como una bocanada de aire fresco.

—Déjeme la nota —dijo Emma.

—¡Oh, no merece la pena! —repuso Lheureux.

Volvió la semana siguiente, y se jactó de haber, tras muchas gestiones, acabado por descubrir a un tal Langlois que, desde hacía tiempo, tenía echado el ojo a la propiedad sin dar a conocer su precio.

—¡No importa el precio! —exclamó ella.

Había que esperar, al contrario, tantear a aquel individuo. La cosa merecía la pena de un viaje, y, como ella no podía hacer ese viaje, él se ofreció a ir personalmente al lugar, para entrevistarse con Langlois. De vuelta, anunció que el comprador ofrecía cuatro mil francos.

Emma se iluminó con aquella noticia.

—Francamente —añadió él—, está bien pagado.

Cobró la mitad de la suma inmediatamente, y, cuando fue a saldar su cuenta, el comerciante le dijo:

—Me apena, palabra de honor, verla desprenderse de golpe de una suma tan considerable como esa.

Entonces ella miró los billetes de banco; y, soñando con el número ilimitado de citas que aquellos dos mil francos representaban:

—¡Cómo!... ¡Cómo! —balbuceó.

—¡Bah! —repuso él, riendo con aire bonachón—, en las facturas se pone lo que se quiere. ¿Es que no conozco yo a los matrimonios?

Y la miraba fijamente, mientras sostenía en la mano dos largos papeles que hacía deslizarse entre sus uñas. Por fin, abriendo su cartera, extendió sobre la mesa cuatro pagarés, de mil francos cada uno.

—Fírmeme esto —dijo él— y quédese con todo.

Ella protestó, escandalizada.

—Pero, si le doy a usted el excedente —respondió con descaro el señor Lheureux—, ¿no es hacerle un favor a usted misma?

Y, tomando una pluma, escribió al pie de la cuenta: «Recibido de la señora Bovary cuatro mil francos.»

—¿Qué le preocupa, si dentro de seis meses cobrará usted los atrasos de su casucha, y yo le coloco el vencimiento del último pagaré para después del cobro?

Emma se enredaba un poco en sus cálculos, y le zumbaban los oídos como si unas monedas de oro, reventando sus talegos, hubieran sonado a su alrededor sobre el parqué. Por fin Lheureux explicó que tenía un amigo, cierto Vinçart, banquero en Rouen, que iba a descontar aquellos cuatro pagarés, y que luego él mismo entregaría a la señora el sobrante de la deuda real.

Pero en lugar de dos mil francos, solo trajo mil ochocientos, pues el amigo Vinçart (como era de justicia) había retenido doscientos, por gastos de comisión y descuento.

Luego reclamó, con desenfado, un recibo.

—Ya comprende usted..., en el comercio..., a veces... Y con la fecha, por favor, la fecha.

Un horizonte de fantasías realizables se abrió entonces ante Emma. Tuvo la prudencia suficiente para reservar mil escudos, con los que se pagaron, al vencer, los tres primeros pagarés; pero el cuarto, por azar, cayó en la casa un jueves, y Charles, trastornado, esperó pacientemente el regreso de su mujer para pedirle explicaciones.

Si no le había hablado de aquel pagaré, había sido para ahorrarle preocupaciones domésticas; se sentó en sus rodillas, lo acarició, arrulló, e hizo una larga enumeración de todas las cosas indispensables adquiridas a crédito.

—Al fin y al cabo, reconocerás que, dada la cantidad, no es demasiado caro.

Charles, sin más ideas, pronto recurrió al eterno Lheureux, quien juró calmar las cosas si el señor le firmaba dos pagarés, uno de ellos de setecientos francos, pagadero a tres meses. Para procurarse los medios, escribió a su madre una carta patética. En lugar de enviar la respuesta, ella vino en persona; y, cuando Emma quiso saber si había sacado algo de ella:

—Sí —respondió él—. Pero quiere ver la factura.

Al día siguiente, al rayar el alba, Emma corrió a casa del señor Lheureux a rogarle que rehiciera otra nota, que no pasara de mil francos; pues, para enseñar la de cuatro mil, habría tenido que decir que ya había pagado dos tercios, confesar en consecuencia la venta del inmueble, negociación bien llevada por el comerciante, y que en efecto no se supo hasta más tarde.

A pesar del precio muy bajo de cada artículo, la señora Bovary madre no dejó de encontrar exagerado el gasto.

—¿Es que no se podía pasar sin alfombra? ¿Por qué renovar la tela de los sillones? En mis tiempos, en una casa había un solo sillón, para las personas mayores, — al menos así era en casa de mi madre, que era una mujer honrada, se lo aseguro.

—¡No todo el mundo puede ser rico! ¡Ninguna fortuna resiste el despilfarro! ¡Yo me avergonzaría de mimarme como hace usted! Y sin embargo, yo, que soy vieja, necesito cuidados... ¡Vaya con los arreglos! ¡Vaya con los perifollos! ¡Cómo! ¡Seda para forro, a dos francos!... cuando se encuentra jaconas a diez sueldos, e incluso a ocho sueldos, que sirve perfectamente.

Emma, recostada en la confidente, replicaba lo más tranquilamente posible:

—¡Ea, señora, basta! ¡Basta!...

La otra seguía sermoneándola, prediciendo que acabarían en el hospital. Además, la culpa era de Bovary. Por fortuna, él había prometido anular aquel poder notarial...

—¿Cómo?

—¡Ah, me lo ha jurado! —repuso la buena mujer.

Emma abrió la ventana, llamó a Charles, y el pobre muchacho se vio obligado a confesar la promesa que su madre le había arrancado.

Emma desapareció, y volvió enseguida tendiéndole majestuosamente una gruesa hoja de papel.

—Se lo agradezco —dijo la anciana.

Y arrojó al fuego el poder notarial.

Emma se echó a reír con una risa estridente, estallante, continua: le dio un ataque de nervios.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó Charles—. ¡Tú también tienes la culpa! ¡Vienes a hacerle escenas!...

Su madre, encogiéndose de hombros, sostenía que todo aquello eran aspavientos.

Pero Charles, rebelándose por primera vez, salió en defensa de su mujer, de modo que la señora Bovary madre quiso marcharse. Partió al día siguiente, y, en el umbral, cuando él trataba de retenerla, ella replicó:

—¡No, no! La quieres más que a mí, y tienes razón, está en el orden de las cosas. Por lo demás, ¡peor para ti! ¡Ya verás!... ¡Que sigas bien de salud!... porque no estoy, como dices tú, a punto de venir a hacerle escenas.

Charles no por ello dejó de sentirse muy avergonzado frente a Emma, que no ocultaba el rencor que le guardaba por haber dudado de ella; hicieron falta muchos ruegos antes de que consintiera en recuperar su poder notarial, e incluso él la acompañó a casa del señor Guillaumin para que le hiciera otro igual.

—Lo comprendo —dijo el notario—; un hombre de ciencia no puede enredarse en los detalles prácticos de la vida.

Y Charles se sintió aliviado por aquella reflexión zalamera, que daba a su debilidad las apariencias halagüeñas de una preocupación superior.

¡Qué desbordamiento, el jueves siguiente, en el hotel, en su habitación, con León! Río, lloró, cantó, bailó, hizo subir sorbetes, quiso fumar cigarri-

llos, le pareció extravagante, pero adorable, soberbia.

Él no sabía qué reacción de todo su ser la empujaba cada vez más a precipitarse sobre los goces de la vida. Se volvía irritable, golosa y voluptuosa; y paseaba con él por las calles, con la cabeza alta, sin miedo, decía ella, a comprometerse. A veces, sin embargo, Emma se estremecía ante la idea súbita de encontrarse con Rodolphe; pues le parecía, aunque estuvieran separados para siempre, que no estaba del todo libre de su dependencia.

Una noche no volvió a Yonville. Charles perdía la cabeza, y la pequeña Berthe, que no quería acostarse sin su mamá, sollozaba hasta romperse el pecho. Justin había salido al azar por la carretera. El señor Homais había abandonado su farmacia por ello.

Por fin, a las once, sin poder aguantar más, Charles enganchó su charrete, saltó dentro, fustigó a su bestia y llegó hacia las dos de la madrugada a la Croix Rouge. Nadie. Pensó que quizá el pasante la había visto; pero ¿dónde vivía? Charles, por suerte, se acordó de la dirección de su patrón. Corrió hacia allí.

El día empezaba a despuntar. Distinguió unas placas sobre una puerta; llamó. Alguien, sin abrir, le gritó el dato que pedía, añadiendo además una buena cantidad de injurias contra los que molestaban a la gente durante la noche.

La casa donde vivía el pasante no tenía timbre, ni aldaba, ni portero. Charles dio grandes puñetazos contra los postigos. Pasó por allí un agente de policía; entonces le entró miedo y se marchó.

—Estoy loco —se decía—; sin duda la habrán retenido a cenar en casa del señor Lormeaux.

La familia Lormeaux ya no vivía en Rouen.

—Se habrá quedado cuidando a la señora Dubreuil. ¡Pero si la señora Dubreuil lleva diez meses muerta!...

¿Dónde está, entonces?

Se le ocurrió una idea. Pidió, en un café, el Anuario; y buscó deprisa el nombre de la señorita Lempereur, que vivía en la calle de la Renelle-des-Marouquiers, número 74.

Cuando entraba en aquella calle, Emma apareció ella misma en el otro extremo; él se abalanzó sobre ella más que la besó, exclamando:

—¿Quién te retuvo ayer?

—Estuve enferma.

—¿Y de qué?... ¿Dónde?... ¿Cómo?...

Ella se pasó la mano por la frente, y respondió:

—En casa de la señorita Lempereur.

—¡Estaba seguro! Iba para allá.

—¡Oh, no merece la pena! —dijo Emma—. Acaba de salir hace un momento; pero, en adelante, tranquilízate. No soy libre, ya lo comprendes, si sé que el menor retraso te trastorna así.

Era una especie de permiso que se concedía a sí misma para no cohibirse en sus escapadas. Y así se aprovechó de ello a sus anchas, ampliamente. Cuando le entraban ganas de ver a Léon, salía con cualquier pretexto, y, como él no la esperaba ese día, iba a buscarlo a su notaría.

Fue una gran dicha las primeras veces; pero pronto él ya no le ocultó la verdad, a saber: que su patrón se quejaba mucho de aquellas molestias.

—¡Bah! Ven de todos modos —decía ella.

Y él se escabullía.

Quiso que se vistiera todo de negro y se dejara crecer una perilla en la barbilla, para parecerse a los retratos de Luis XIII. Deseó conocer su alojamiento, lo encontró mediocre; él se sonrojó por ello, ella no le dio importancia, y luego le aconsejó comprar cortinas iguales a las suyas, y como él objetaba el gasto:

—¡Ja, ja! ¡Cómo te apegas a tus escuditos! —dijo ella riendo.

Era necesario que Léon, cada vez, le contara toda su conducta, desde la última cita. Ella le pidió versos, versos para ella, una composición amorosa en su honor; él nunca logró encontrar la rima del segundo verso, y acabó por copiar un soneto de un *keepsake*.

Fue menos por vanidad que con el único fin de complacerla. Él no discutía sus ideas; aceptaba todos sus gustos; se convertía en la querida de ella,

más que ella en la de él. Ella tenía palabras tiernas con besos que le arrebatan el alma. ¿Dónde, pues, había aprendido aquella corrupción, casi inmaterial a fuerza de ser profunda y disimulada?

VI

En los viajes que hacía para verla, Léon había cenado a menudo en casa del farmacéutico, y se había creído obligado, por cortesía, a invitarlo a su vez.

—¡Con mucho gusto! —había respondido el señor Homais—; además, tengo que refrescarme un poco, porque aquí me estoy anquilosando. Iremos al teatro, al restaurante, ¡haremos locuras!

—¡Ay, querido! —murmuró tiernamente la señora Homais, asustada de los vagos peligros que él se disponía a correr.

—Vamos, ¿qué pasa? ¿Te parece que no arruino ya bastante mi salud viviendo entre las emanaciones continuas de la farmacia? Así es, por lo demás, el carácter de las mujeres: están celosas de la Ciencia, y encima se oponen a que uno se tome las distracciones más legítimas. No importa, contad conmigo; cualquier día de estos caigo por Rouen y haremos saltar juntos el dinero.

El boticario, antaño, se habría guardado mucho de tal expresión; pero ahora incurría en un género retozón y parisiense que encontraba de muy buen gusto; y, como la señora Bovary, su vecina, interrogaba al pasante con curiosidad sobre las costumbres de la capital, e incluso hablaba en argot para deslumbrar... a los burgueses, diciendo *turne*, *bazar*, *chicard*, *chicanard*, *Breda-street*, y *Je me la casse*, por: me voy.

Así pues, un jueves, Emma se sorprendió al encontrar, en la cocina de El León de Oro, al señor Homais en traje de viajero, es decir, cubierto con un viejo gabán que nadie le conocía, mientras llevaba en una mano una maleta y, en la otra, el calientapiés de su establecimiento. No había confiado su proyecto a nadie, por miedo a inquietar al público con su ausencia.

La idea de volver a ver los lugares donde había transcurrido su juventud le exaltaba sin duda, pues durante todo el camino no dejó de perorar; y, apenas llegado, saltó vivamente del coche para ponerse en busca de León; y por más que el pasante se resistió, el señor Homais lo arrastró hasta el gran café de Normandie, donde entró majestuosamente sin quitarse el sombrero, por estimar muy provinciano descubrirse en un lugar público.

Emma esperó a León tres cuartos de hora. Al fin corrió a su notaría, y, perdida en toda suerte de conjeturas, acusándolo de indiferencia y reprochándose a sí misma su debilidad, pasó la tarde con la frente pegada a los cristales.

A las dos aún seguían sentados a la mesa, uno frente al otro. La gran sala se iba vaciando; el tubo de la estufa, en forma de palmera, redondeaba en el techo blanco su haz dorado; y cerca de ellos, tras la vidriera, a pleno sol, un pequeño surtidor borboteaba en una pila de mármol donde, entre berros y espárragos, tres bogavantes entumecidos se alargaban hasta unas codornices, todas tendidas en montón, de costado.

Homais se deleitaba. Aunque se embriagaba de lujo más aún que de buena mesa, el vino de Pomard, sin embargo, le excitaba un poco las facultades, y, cuando apareció la tortilla al ron, expuso sobre las mujeres teorías inmorales. Lo que lo seducía por encima de todo era el chic. Adoraba un atavío elegante en un piso bien amueblado, y, en cuanto a las cualidades corporales, no le hacía ascos a un buen bocado.

León contemplaba el reloj de pared con desesperación. El boticario bebía, comía, hablaba.

—Debe de estar usted bien necesitado aquí en Rouen —dijo de pronto—. Por lo demás, sus amores no viven lejos.

Y, como el otro se ruborizaba:

—¡Vamos, sea usted franco! ¿Va a negar que en Yonville...?

El joven balbuceó.

—¿En casa de la señora Bovary no cortejaba usted a...?

—¿Y a quién?

—¡A la criada!

No bromeaba; pero, la vanidad pudiendo más que toda prudencia, Léon, a su pesar, protestó. Por lo demás, él solo amaba a las mujeres morenas.

—Le doy la razón —dijo el farmacéutico—; tienen más temperamento.

Y, inclinándose al oído de su amigo, indicó los síntomas por los cuales se reconocía que una mujer tenía temperamento. Se lanzó incluso a una digresión etnográfica: la alemana era vaporosa, la francesa libertina, la italiana apasionada.

—¿Y las negras? —preguntó el pasante.

—Eso es gusto de artista —dijo Homais—. ¡Mozo! ¡Dos medias tazas!

—¿Nos vamos? —insistió al fin Léon, impacientándose.

—*Yes*.

Pero antes de marcharse quiso ver al dueño del establecimiento y le dirigió algunas felicitaciones.

Entonces el joven, para quedarse solo, alegó que tenía algo que hacer.

—¡Ah! ¡Le acompaño! —dijo Homais.

Y, mientras bajaba las calles con él, hablaba de su mujer, de sus hijos, del porvenir de ambos y de su farmacia, contaba en qué decadencia se hallaba antaño, y el grado de perfección al que la había elevado.

Al llegar frente al hotel de Boulogne, Léon lo dejó bruscamente, subió corriendo la escalera, y encontró a su amante en gran agitación.

Al oír el nombre del farmacéutico, ella se enfureció. Sin embargo, él acumulaba buenas razones; no era culpa suya, ¿acaso no conocía ella al señor Homais? ¿podía creer que él prefiriese su compañía? Pero ella se apartaba; él la retuvo; y, dejándose caer de rodillas, le rodeó el talle con los dos brazos, en una postura lánguida toda llena de concupiscencia y de súplica.

Ella estaba de pie; sus grandes ojos encendidos lo miraban con seriedad y casi de un modo terrible. Luego las lágrimas los ensombrecieron, sus párpados sonrosados se bajaron, ella abandonó sus manos, y Léon se las llevaba a la boca cuando apareció un criado, informando al señor de que le buscaban.

—¿Vas a volver? —dijo ella.

—Sí.

—¿Pero cuándo?

—Ahora mismo.

—Es un truco —dijo el farmacéutico al ver a Léon—. He querido interrumpir esa visita que me parecía incomodarlo a usted. Vamos a casa de Bridoux a tomar una copa de garus.

Léon juró que tenía que volver a su notaría. Entonces el boticario hizo bromas sobre los papeleos, sobre el procedimiento.

—¡Deje usted un poco a Cujas y a Bártolo, qué diablos! ¿Quién se lo impide? ¡Sea usted valiente! Vamos a casa de Bridoux; verá usted su perro. ¡Es muy curioso!

Y como el pasante seguía obstinado:

—Yo también voy. Leeré un periódico mientras lo espero, u hojearé un Código.

Léon, aturdido por la cólera de Emma, la cháchara del señor Homais y quizá el peso de la comida, permanecía indeciso y como bajo la fascinación del farmacéutico, que repetía:

—¡Vamos a casa de Bridoux! Está a dos pasos, en la rue Malpalu.

Entonces, por cobardía, por necesidad, por ese sentimiento inclasificable que nos arrastra a las acciones más antipáticas, se dejó llevar a casa de Bridoux; y lo encontraron en su patiecito, vigilando a tres mozos que jadeaban dando vueltas a la gran rueda de una máquina para hacer agua de Seltz... Homais les dio consejos; abrazó a Bridoux; tomaron el garus. Veinte veces quiso Léon marcharse; pero el otro lo detenía por el brazo diciéndole:

—¡Ahora mismo! Ya salgo. Iremos a *El Fanal de Rouen*, a ver a esos señores. Le presentaré a Thomassin.

Se libró de él, sin embargo, y corrió de un tirón hasta el hotel. Emma ya no estaba.

Acababa de marcharse, exasperada. Ahora lo detestaba. Aquel incumplimiento de la cita le parecía un ultraje, y buscaba aún otras razones para desapegarse de él: era incapaz de heroísmo, débil, banal, más blando que una mujer, avaro además y pusilánime.

Luego, calmándose, acabó por descubrir que sin duda lo había calumniado. Pero el denigrar a quienes amamos siempre nos aparta algo de ellos. No hay que tocar a los ídolos: el dorado se queda pegado a las manos.

Llegaron a hablar más a menudo de cosas indiferentes a su amor; y, en las cartas que Emma le enviaba, se trataba de flores, de versos, de la luna y de las estrellas, recursos ingenuos de una pasión debilitada que trataba de avivarse con toda clase de auxilios exteriores. Ella se prometía continuamente, para su próximo viaje, una felicidad profunda; luego se confesaba a sí misma que no sentía nada extraordinario. Aquel desengaño se borraba pronto bajo una esperanza nueva, y Emma volvía a él más inflamada, más ávida. Se desnudaba brutalmente, arrancando el delgado cordón de su corsé, que silbaba en torno a sus caderas como una culebra que se desliza. Iba de puntillas, con los pies desnudos, a mirar una vez más si la puerta estaba cerrada, luego hacía caer de un solo gesto toda su ropa junta; —y, pálida, sin hablar, seria, se abatía contra su pecho, con un largo estremecimiento.

Sin embargo, había en aquella frente cubierta de gotas frías, en aquellos labios balbucientes, en aquellas pupilas extraviadas, en el abrazo de aquellos brazos, algo extremo, vago y lúgubre, que a Léon le parecía deslizarse entre ellos, sutilmente, como para separarlos.

No se atrevía a hacerle preguntas; pero, al notarla tan experimentada, debía de haber pasado, se decía, por todas las pruebas del sufrimiento y del placer. Lo que antaño lo encantaba lo asustaba un poco ahora. Además, se rebelaba contra la absorción, cada día mayor, de su personalidad. Le guardaba rencor a Emma por aquella victoria permanente. Se esforzaba incluso en no quererla; luego, al crujido de sus botines, se sentía cobarde, como los borrachos ante la vista de los licores fuertes.

Es verdad que ella no dejaba de prodigarle toda suerte de atenciones, desde los refinamientos de la mesa hasta las coqueterías del vestir y las languideces de la mirada. Traía de Yonville rosas en el pecho, que le arrojaba a la cara, mostraba inquietud por su salud, le daba consejos sobre su conducta; y, para retenerlo más aún, esperando que quizá el cielo se entrometiese, le puso al cuello una medalla de la Virgen. Se informaba, como una madre virtuosa, de sus compañeros. Le decía:

—No los veas, no salgas, no pienses más que en nosotros; ¡ámame!

Habría querido poder vigilar su vida, y le vino la idea de hacerlo seguir por las calles. Siempre había, cerca del hotel, una especie de vagabundo que abordaba a los viajeros y que no se negaría... Pero su orgullo se rebeló.

— ¡Bah, tanto peor! Que me engañe, ¿qué más da? ¿Es que me importa tanto?

Un día en que se habían despedido temprano, y ella regresaba sola por el bulevar, divisó los muros de su convento; entonces se sentó en un banco, a la sombra de los olmos. ¡Qué calma en aquel tiempo! ¡Cómo envidiaba los inefables sentimientos de amor que trataba, según los libros, de figurarse!

Los primeros meses de su matrimonio, sus paseos a caballo por el bosque, el Vizconde que valsaba, y Lagardy cantando, todo desfiló de nuevo ante sus ojos... Y León le pareció de pronto en la misma lejanía que los demás.

— ¡Y sin embargo lo amo! — se decía.

¡No importa! No era feliz, no lo había sido nunca. ¿De dónde venía, pues, aquella insuficiencia de la vida, aquella podredumbre instantánea de las cosas en que se apoyaba?... Pero, si en algún lugar existiera un ser fuerte y hermoso, una naturaleza valerosa, llena a la vez de exaltación y de refinamientos, un corazón de poeta bajo forma de ángel, lira de cuerdas de bronce, que hiciese sonar hacia el cielo epitalamios elegíacos, ¿por qué, por azar, no habría de encontrarlo? ¡Oh, qué imposibilidad! Nada, por lo demás, valía la pena de buscarse; ¡todo mentía! Cada sonrisa escondía un bostezo de tedio, cada alegría una maldición, cada placer su hastío, y los mejores besos no dejaban en el labio sino un irrealizable anhelo de una voluptuosidad más alta.

Un estertor metálico se arrastró por el aire y se oyeron cuatro campanadas en la campana del convento. ¡Las cuatro! y le parecía que llevaba en aquel banco desde la eternidad. Pero un infinito de pasiones puede caber en un minuto, como una muchedumbre en un pequeño espacio.

Emma vivía toda ocupada de las suyas, y no se inquietaba por el dinero más que una archiduquesa.

Sin embargo, una vez, un hombre de aspecto enclenque, rubicundo y calvo, entró en su casa, declarándose enviado por el señor Vinçart, de Rouen.

Sacó los alfileres que cerraban el bolsillo lateral de su larga levita verde, se los clavó en la manga y tendió cortésmente un papel.

Era un pagaré de setecientos francos, suscrito por ella, y que Lheureux, pese a todas sus protestas, había endosado a la orden de Vinçart.

Envió a su criada a casa de él. No podía venir.

Entonces, el desconocido, que había permanecido de pie, lanzando a derecha e izquierda miradas curiosas que disimulaban sus gruesas cejas rubias, preguntó con aire ingenuo:

—¿Qué respuesta llevo al señor Vinçart?

—Pues bien —respondió Emma—, dígale... que no lo tengo... Será la semana que viene... Que espere... sí, la semana que viene.

Y el buen hombre se fue sin decir palabra.

Pero, al día siguiente, a mediodía, recibió un protesto; y la vista del papel sellado, donde se desplegaba varias veces y en grandes caracteres: «El señor Hareng, agente judicial en Buchy», la asustó tanto, que corrió a toda prisa a casa del comerciante de telas.

Lo encontró en su tienda, atando un paquete.

—¡Servidor! —dijo él—. Estoy a su disposición.

Lheureux no por ello dejó de continuar su faena, ayudado por una muchacha de unos trece años, un poco jorobada, que le servía a la vez de dependienta y de cocinera.

Luego, haciendo restallar sus zuecos sobre las tablas de la tienda, subió delante de la señora al primer piso, y la introdujo en un gabinete estrecho, donde un grueso escritorio de madera de pino sostenía algunos registros, protegidos transversalmente por una barra de hierro con candado. Contra la pared, bajo unos retales de indiana, se entreveía una caja fuerte, pero de tal tamaño, que debía de contener algo más que pagarés y dinero. El señor Lheureux, en efecto, prestaba sobre alhajas, y allí había puesto la cadena de oro de la señora Bovary, junto con los pendientes del pobre tío Tellier, quien, obligado por fin a vender, había comprado en Quincampoix un mísero fondo de tienda de ultramarinos, donde se moría de su catarro, en medio de sus velas menos amarillas que su cara.

Lheureux se sentó en su ancho sillón de paja, diciendo:

—¿Qué hay de nuevo?

—Tenga.

Y le mostró el papel.

—Bueno, ¿y qué quiere que le haga?

Entonces, ella se enfureció, recordándole la palabra que le había dado de no hacer circular sus pagarés; él lo reconocía.

—Pero yo mismo me vi obligado, tenía el cuchillo en la garganta.

—¿Y qué va a pasar ahora? —insistió ella.

—¡Oh, es muy sencillo: una sentencia del tribunal, y luego el embargo... y listo!

Emma se contenía para no golpearlo. Le preguntó dulcemente si no había manera de calmar al señor Vinçart.

—¡Ah, sí, cómo no! Calmar a Vinçart; usted no lo conoce apenas; es más feroz que un árabe.

Sin embargo, era necesario que el señor Lheureux interviniese.

—¡Escuche usted! Me parece que, hasta ahora, he sido bastante bueno con usted.

Y, desplegando uno de sus registros:

—¡Mire!

Luego, recorriendo la página hacia arriba con el dedo:

—Veamos..., veamos... El 3 de agosto, doscientos francos... El 17 de junio, ciento cincuenta... El 23 de marzo, cuarenta y seis... En abril...

Se detuvo, como temiendo cometer alguna tontería.

—¡Y no digo nada de los pagarés suscritos por el señor, uno de setecientos francos, otro de trescientos! En cuanto a sus pequeños pagos a cuenta, a los intereses, eso no se acaba nunca, uno se hace un lío. ¡Ya no me meto más en esto!

Ella lloraba, e incluso lo llamó «su buen señor Lheureux». Pero él siempre se escudaba en aquel «perro de Vinçart». Además, no tenía un céntimo, nadie le pagaba ahora, le comían la lana del lomo, un pobre tendero como él no podía hacer anticipos.

Emma callaba; y el señor Lheureux, que mordisqueaba las barbas de una pluma, sin duda se inquietó por su silencio, pues continuó:

—Al menos, si uno de estos días tuviera algunos ingresos... Podría...

—Por lo demás —dijo ella—, en cuanto llegue el atrasado de Barneville...

—¿Cómo?...

Y, al enterarse de que Langlois todavía no había pagado, pareció muy sorprendido. Luego, con voz meliflua:

—¿Y convenimos, dice usted...?

—¡Oh, en lo que usted quiera!

Entonces, cerró los ojos para reflexionar, escribió algunas cifras, y, declarando que le costaría mucho trabajo, que la cosa era escabrosa y que se desangraba, dictó cuatro pagarés de doscientos cincuenta francos cada uno, espaciados a un mes de vencimiento entre sí.

—¡Con tal de que Vinçart quiera atenderme! Por lo demás, trato hecho, no me ando con rodeos, soy la franqueza en persona.

Luego le mostró con indiferencia varias mercancías nuevas, aunque ninguna, en su opinión, era digna de la señora.

—¡Cuando pienso que ahí hay un vestido a siete sueldos el metro, y con garantía de buen tinte! ¡Y aun así se lo tragan! No se les cuenta lo que hay de verdad, ya se figura usted —queriendo, con esa confesión de bellaquería hacia los demás, convencerla del todo de su probidad.

Luego la llamó de nuevo, para mostrarle tres varas de guipur que había encontrado últimamente «en una almoneda».

—¡Qué bonito, verdad! —decía Lheureux—; se usa mucho ahora, como cabeceras de sillón, es el estilo.

Y, más rápido que un prestidigitador, envolvió el guipur en papel azul y lo puso en manos de Emma.

—Al menos, ¿sabré cuánto es...?

—¡Ah, más tarde! —replicó él, dándole la espalda.

Esa misma noche, apremió a Bovary para que escribiera a su madre pidiéndole que les enviase cuanto antes todo el atrasado de la herencia. La suegra respondió que ya no tenía nada; la liquidación estaba cerrada, y les quedaba, además de Barneville, seiscientas libras de renta, que les entregaría puntualmente.

Entonces la señora envió facturas a dos o tres clientes, y pronto usó ampliamente de ese medio, que le daba buen resultado. Siempre tenía cuidado de añadir en la posdata: «No le hable de esto a mi marido, ya sabe usted lo orgulloso que es... Discúlpeme... Su servidora...» Hubo algunas reclamaciones; ella las interceptó.

Para hacerse con dinero, se puso a vender sus guantes viejos, sus sombreros viejos, la chatarra vieja; y regateaba con rapacidad, —su sangre de campesina empujándola a la ganancia. Luego, en sus viajes a la ciudad, traficaría con baratijas, que el señor Lheureux, a falta de otros, le compraría seguramente. Se compró plumas de avestruz, porcelana china y arcones; pedía prestado a Félicité, a la señora Lefrançois, a la hotelera de la Croix rouge, a todo el mundo, a cualquiera. Con el dinero que al fin recibió de Barneville, pagó dos pagarés; los otros mil quinientos francos se le escurrieron. Volvió a endeudarse, ¡y siempre así!

A veces, es verdad, trataba de hacer cálculos; pero descubría cosas tan exorbitantes, que no podía creerlas. Entonces volvía a empezar, se enredaba enseguida, lo dejaba todo plantado y no pensaba más en ello.

¡Qué triste estaba la casa ahora! Se veía salir de ella a los proveedores con caras furiosas. Había pañuelos tirados sobre los hornillos; y la pequeña Berthe, con gran escándalo de la señora Homais, llevaba medias agujereadas. Si Charles, tímidamente, aventuraba alguna observación, ella respondía con brutalidad que no era culpa suya en absoluto.

¿Por qué aquellos arrebatos? Él lo explicaba todo por su antigua enfermedad nerviosa; y, reprochándose haber tomado por defectos sus achaques, se acusaba de egoísmo, sentía ganas de correr a abrazarla.

—Oh, no —se decía—, ¡la molestaría!

Y se quedaba quieto.

Después de la cena, paseaba solo por el jardín; tomaba a la pequeña Berthe sobre sus rodillas, y, desplegando su periódico de medicina, trataba de enseñarle a leer. La niña, que nunca estudiaba, no tardaba en abrir unos grandes ojos tristes y echarse a llorar. Entonces él la consolaba; iba a buscarle agua en la regadera para hacer ríos en la arena, o rompía ramas de aligustre para plantar árboles en los arriates, lo cual apenas estropeaba el jardín, todo cubierto de hierbas altas; ¡se debían tantas jornadas a Lestiboudois! Luego la niña tenía frío y pedía a su madre.

—Llama a tu niñera —decía Charles—. Ya sabes, hija mía, que a mamá no le gusta que la molesten.

El otoño empezaba y las hojas ya caían, —¡como hacía dos años, cuando ella estaba enferma!— ¿Cuándo acabará todo esto?... Y seguía caminando, con las dos manos a la espalda.

La señora estaba en su cuarto. No se subía allí. Se quedaba todo el santo día, aletargada, apenas vestida, y, de vez en cuando, haciendo humear pastillas del serrallo que había comprado en Rouen, en la tienda de un argelino. Para no tener por la noche a su lado a aquel hombre tendido que dormía, acabó, a fuerza de melindres, por relegarlo al segundo piso; y leía hasta el amanecer libros extravagantes donde había cuadros orgiásticos con situaciones sangrientas. A menudo la asaltaba un terror, lanzaba un grito, Charles acudía corriendo.

—¡Ah, vete! —decía ella.

O, otras veces, abrasada más fuerte por aquella llama íntima que el adulterio avivaba, jadeante, conmovida, toda deseo, abría su ventana, aspiraba el aire frío, esparcía al viento su cabellera demasiado pesada, y, mirando las estrellas, deseaba amores de príncipe. Pensaba en él, en Léon. Habría dado entonces todo por una sola de aquellas citas, que la saciaban.

Eran sus días de gala. ¡Los quería espléndidos! y, cuando él no podía pagar solo el gasto, ella completaba el resto liberalmente, lo que ocurría casi todas las veces. Él trató de hacerle comprender que estarían igual de bien en otro sitio, en algún hotel más modesto; pero ella encontró objeciones.

Un día, sacó de su bolso seis cucharillas de vermeil (era el regalo de bodas del tío Rouault), rogándole que fuera de inmediato a empeñarlas, por ella, en el monte de piedad; y Léon obedeció, aunque aquel encargo le disgustaba. Tenía miedo de comprometerse.

Luego, al reflexionar sobre ello, encontró que su amante tomaba actitudes extrañas, y que quizá no les faltaba razón a quienes querían apartarlo de ella.

En efecto, alguien había enviado a su madre una larga carta anónima, para prevenirla de que se perdía con una mujer casada; y al instante la buena señora, entreviendo el eterno espantajo de las familias, es decir, la vaga criatura perniciosa, la sirena, el monstruo, que habita fantásticamente en las profundidades del amor, escribió al señor Dubocage, su patrón, quien estuvo perfecto en este asunto. Lo retuvo durante tres cuartos de hora, queriendo abrirle los ojos, advertirle del abismo. Semejante intriga perjudicaría más tarde a su establecimiento. Le suplicó que rompiera, y, si no hacía ese sacrificio por su propio interés, que lo hiciera al menos por él, ¡por Dubocage!

Léon, en fin, había jurado no volver a ver a Emma; y se reprochaba no haber cumplido su palabra, considerando todo lo que aquella mujer podría todavía acarrearle de apuros y de habladurías, sin contar las bromas de sus compañeros, que se soltaban por la mañana, alrededor de la estufa. Además, iba a convertirse en primer pasante: era el momento de ser serio. Así que renunciaba a la flauta, a los sentimientos exaltados, a la imaginación; — pues todo burgués, en el ardor de su juventud, aunque solo fuese un día, un minuto, se ha creído capaz de inmensas pasiones, de altas empresas. El más mediocre libertino ha soñado con sultanas; todo notario lleva dentro de sí los despojos de un poeta.

Ahora se aburría cuando Emma, de repente, sollozaba sobre su pecho; y su corazón, como esas personas que solo pueden soportar cierta dosis de música, se adormecía de indiferencia ante el estrépito de un amor cuyas delicadezas ya no distinguía.

Se conocían demasiado para tener esos deslumbramientos de la posesión que centuplican su gozo. Ella estaba tan hastiada de él como él fatigado de ella. Emma reencontraba en el adulterio todas las insulseces del matrimonio.

Pero ¿cómo librarse de él? Además, por más que se sintiera humillada por la bajeza de tal felicidad, se aferraba a ella por costumbre o por corrupción; y, cada día, se obstinaba más en ello, agotando toda dicha por quererla demasiado grande. Acusaba a Léon de sus esperanzas frustradas, como si él la hubiera traicionado; e incluso deseaba una catástrofe que trajera su separación, ya que no tenía el valor de decidirse a ella.

No por eso dejaba de escribirle cartas amorosas, en virtud de esa idea de que una mujer debe escribir siempre a su amante.

Pero, al escribir, percibía a otro hombre, un fantasma hecho de sus más ardientes recuerdos, de sus lecturas más hermosas, de sus más fuertes codicias; y acababa por hacerse tan verdadero, y accesible, que ella palpitaba maravillada, sin poder no obstante imaginarlo con claridad, de tal modo se perdía, como un dios, bajo la abundancia de sus atributos. Habitaba la comarca azulada donde las escalas de seda se balancean en los balcones, bajo el aliento de las flores, a la claridad de la luna. Lo sentía cerca de ella, iba a venir y la arrebatría entera en un beso. Luego volvía a caer de bruces, quebrantada; pues aquellos arrebatos de amor vago la fatigaban más que grandes desenfrenos.

Sentía ahora una fatiga incesante y universal. A menudo, incluso, Emma recibía citaciones, papel sellado que apenas miraba. Habría querido dejar de vivir, o dormir continuamente.

El día de la media cuaresma, no volvió a Yonville; fue por la noche al baile de máscaras. Se puso un pantalón de terciopelo y medias rojas, con una peluca de coleta y un farolillo sobre la oreja. Saltó toda la noche al son furioso de los trombones; formaban corro a su alrededor; y por la mañana se encontró en el peristilo del teatro entre cinco o seis máscaras, estibadoras y marineros, compañeros de Léon, que hablaban de ir a cenar.

Los cafés de los alrededores estaban llenos. Avistaron en el puerto un restaurante de lo más mediocre, cuyo dueño les abrió, en el cuarto piso, un cuartito.

Los hombres cuchichearon en un rincón, sin duda consultándose sobre el gasto. Había un pasante, dos estudiantes de medicina y un dependiente: ¡vaya compañía para ella! En cuanto a las mujeres, Emma se dio cuenta en-

seguida, por el timbre de sus voces, de que debían de ser, casi todas, de la más baja condición. Tuvo miedo entonces, retiró su silla y bajó los ojos.

Los demás se pusieron a comer. Ella no comió; tenía la frente ardiendo, picores en los párpados y un frío de hielo en la piel. Sentía en la cabeza el suelo del baile, rebotando todavía bajo la pulsación rítmica de los mil pies que bailaban. Luego, el olor del ponche con el humo de los puros la aturdió. Se desvaneció; la llevaron ante la ventana.

El día empezaba a despuntar, y una gran mancha de color púrpura se ensanchaba en el cielo pálido, hacia Sainte-Catherine. El río lívido se estremecía al viento; no había nadie en los puentes; los faroles se apagaban.

Sin embargo, volvió en sí, y llegó a pensar en Berthe, que dormía allá lejos, en el cuarto de su niñera. Pero pasó una carreta llena de largas cintas de hierro, arrojando contra el muro de las casas una vibración metálica ensordecedora.

Se escabulló bruscamente, se libró de su disfraz, dijo a Léon que tenía que volver, y por fin se quedó sola en el hotel de Boulogne. Todo, y ella misma, le resultaban insoportables. Habría querido, escapando como un pájaro, ir a rejuvenecerse en algún lugar, muy lejos, en los espacios immaculados.

Salió, atravesó el bulevar, la place Cauchoise y el arrabal, hasta una calle despejada que dominaba unos jardines. Caminaba deprisa, el aire libre la calmaba: y poco a poco los rostros de la multitud, las máscaras, las cuadri-llas, las arañas de luces, la cena, aquellas mujeres, todo desaparecía como brumas arrastradas. Luego, de vuelta en la Croix rouge, se echó en su cama, en el cuartito del segundo piso, donde estaban las estampas de la Torre de Nesle. A las cuatro de la tarde, Hivert la despertó.

Al llegar a su casa, Félicité le mostró detrás del reloj un papel gris. Ella leyó:

«En virtud de la copia ejecutoria de una sentencia...»

¿Qué sentencia? La víspera, en efecto, habían traído otro papel que ella no conocía; así que se quedó estupefacta ante estas palabras:

«Requerimiento de parte del rey, la ley y la justicia, a la señora Bovary...»

Entonces, saltándose varias líneas, vio:

«Veinticuatro horas de plazo, y no más.» ¿El qué? «Pagar la suma total de ocho mil francos.» E incluso había más abajo: «Se le obligará a ello por toda vía de derecho, y en particular mediante el embargo ejecutivo de sus muebles y efectos.»

¿Qué hacer?... Era dentro de veinticuatro horas; ¡mañana! Lheureux, pensó, quería sin duda asustarla otra vez; pues adivinó de golpe todas sus maniobras, el objeto de sus complacencias. Lo que la tranquilizaba era la exageración misma de la suma.

Sin embargo, a fuerza de comprar, de no pagar, de pedir prestado, de suscribir pagarés, y luego de renovar esos pagarés, que se hinchaban con cada nuevo vencimiento, había acabado por prepararle al tal Lheureux un capital, que él esperaba con impaciencia para sus especulaciones.

Se presentó en su casa con aire despreocupado.

—¿Sabe usted lo que me pasa? ¡Es una broma, sin duda!

—No.

—¿Cómo que no?

Él se volvió lentamente, y le dijo cruzándose de brazos:

—¿Se figuraba usted, mi buena señora, que iba a ser, hasta la consumación de los siglos, su proveedor y su banquero por amor de Dios? Bien tengo que recuperar mis desembolsos, ¡seamos justos!

Ella protestó por la deuda.

—¡Ah, mala suerte! ¡El tribunal la ha reconocido! ¡Hay sentencia! ¡Se la han notificado a usted! Por lo demás, no soy yo, es Vinçart.

—¿Es que no podría usted...?

—¡Oh, nada de nada!

—Pero..., sin embargo..., razonemos.

Y ella divagó sin ton ni son; no había sabido nada... había sido una sorpresa...

—¿Y de quién es la culpa? —dijo Lheureux, saludándola con ironía—. Mientras que yo estoy aquí, trabajando como un negro, usted se lo pasa en grande.

—¡Ah, nada de sermones!

—Nunca está de más —replicó él.

Se rebajó, le suplicó; e incluso apoyó su linda mano blanca y alargada sobre las rodillas del comerciante.

—¡Déjeme, pues! ¡Se diría que quiere usted seducirme!

—¡Es usted un miserable! —exclamó ella.

—¡Oh, oh, qué manera de exagerar! —replicó él riendo.

—Haré saber quién es usted. Le diré a mi marido...

—Pues bien, ¡yo le enseñaré algo a su marido!

Y Lheureux sacó de la caja fuerte el recibo de mil ochocientos francos, que ella le había dado con motivo del descuento a Vinçart.

—¿Cree usted —añadió— que no comprenderá su pequeño robo, ese pobre buen hombre?

Ella se desplomó, más aturdida de lo que habría estado por un golpe de maza. Él iba y venía desde la ventana hasta el escritorio, repitiendo sin cesar:

—¡Ah, ya le enseñaré yo!... ¡Ya le enseñaré yo!...

Luego se acercó a ella, y, con voz suave:

—No es divertido, lo sé; al fin y al cabo, nadie se ha muerto por eso, y, ya que es el único medio que le queda a usted de devolverme mi dinero...

—¿Pero de dónde voy a sacarlo? —dijo Emma retorciéndose los brazos.

—¡Bah! ¡Cuando se tienen amigos como los que tiene usted!

Y la miraba de un modo tan penetrante y tan terrible, que ella se estremeció hasta las entrañas.

—Se lo prometo —dijo ella—, firmaré...

—¡Ya estoy harto de sus firmas!

—Venderé más cosas...

—¡Vamos, por favor! —dijo él, encogiéndose de hombros—, ya no le queda nada.

Y gritó por el ventanillo que daba a la tienda:

—¡Annette! No te olvides de los tres cupones del número 14.

La criada apareció; Emma comprendió, y preguntó «cuánto dinero haría falta para detener todas las diligencias».

—¡Es demasiado tarde!

—¿Pero, si le trajera varios miles de francos, la cuarta parte de la suma, la tercera parte, casi todo?

—¡Eh, no, es inútil!

La empujaba suavemente hacia la escalera.

—¡Se lo suplico, señor Lheureux, unos días más!

Ella sollozaba.

—¡Vaya, ahora lágrimas!

—¡Me está usted desesperando!

—¡Me importa un bledo! —dijo él, cerrando la puerta.

VII

Fue estoica, al día siguiente, cuando el señor Hareng, el agente judicial, se presentó en su casa con dos testigos para levantar el acta del embargo.

Empezaron por el despacho de Bovary y no inscribieron la cabeza frenológica, que fue considerada instrumento de su profesión; pero contaron en la cocina los platos, las cacerolas, las sillas, los candeleros, y, en su alcoba, todas las chucherías de la estantería. Examinaron sus vestidos, la ropa blanca, el gabinete de aseo; y su existencia, hasta en sus rincones más íntimos, quedó, como un cadáver al que se autopsia, expuesta de cabo a rabo a las miradas de aquellos tres hombres.

El señor Hareng, abotonado en un frac negro y estrecho, con corbata blanca, y calzando trabillas muy tirantes, repetía de vez en cuando:

—¿Me permite, señora? ¿Me permite?

A menudo hacía exclamaciones:

—¡Encantador!... ¡Muy bonito!

Luego volvía a escribir, mojando la pluma en el tintero de cuerno que sostenía con la mano izquierda.

Cuando terminaron con las habitaciones, subieron al desván.

Allí guardaba un pupitre donde estaban encerradas las cartas de Rodolphe. Hubo que abrirlo.

—¡Ah, correspondencia! —dijo el señor Hareng con una sonrisa discreta—. Pero permítame, que debo cerciorarme de que la caja no contiene ninguna otra cosa.

E inclinó los papeles, ligeramente, como para hacer caer de ellos napoleones. Entonces la indignación se apoderó de ella, al ver aquella manaza, de dedos rojos y blandos como babosas, posarse sobre aquellas páginas donde su corazón había latido.

¡Por fin se fueron! Félicité entró. La había mandado de centinela para desviar a Bovary; y las dos instalaron rápidamente bajo el tejado al guardián del embargo, que juró quedarse allí.

Charles, durante la velada, le pareció preocupado. Emma lo espiaba con una mirada llena de angustia, creyendo percibir en las arrugas de su rostro acusaciones. Luego, cuando sus ojos volvían a la chimenea guarnecida de mamparas chinas, a las anchas cortinas, a los sillones, a todas aquellas cosas, en fin, que habían suavizado la amargura de su vida, se apoderaba de ella un remordimiento, o más bien un pesar inmenso que irritaba la pasión en lugar de aniquilarla. Charles atizaba el fuego con placidez, los dos pies sobre los morillos.

Hubo un momento en que el guardián, aburrido sin duda en su escondrijo, hizo algo de ruido.

—¿Anda alguien ahí arriba? —dijo Charles.

—¡No! —replicó ella—, es una claraboya que se ha quedado abierta y que mueve el viento.

Partió para Rouen al día siguiente, domingo, para ir a ver a todos los banqueros de quienes conocía el nombre. Estaban en el campo o de viaje. No se desanimó; y a los que pudo encontrar les pedía dinero, alegando que lo necesitaba, que lo devolvería. Algunos se le rieron en la cara; todos la rechazaron.

A las dos, corrió a casa de Léon, llamó a su puerta. No abrieron. Por fin apareció él.

—¿Qué te trae por aquí?

—¿Te molesto?

—No..., pero...

Y confesó que al propietario no le gustaba que recibiera «mujeres».

—Tengo que hablarte —replicó ella.

Entonces él alcanzó su llave. Ella lo detuvo.

—No, allá, a nuestra habitación.

Y fueron a su habitación, en el hotel de Boulogne.

Al llegar bebió un gran vaso de agua. Estaba muy pálida. Le dijo:

—Léon, vas a hacerme un favor.

Y, sacudiéndolo por las dos manos, que apretaba con fuerza, añadió:

—Escucha, ¡necesito ocho mil francos!

—¡Pero estás loca!

—¡Todavía no!

Y, acto seguido, contándole la historia del embargo, le expuso su angustia; pues Charles lo ignoraba todo, su suegra la detestaba, el tío Rouault no podía nada; pero él, Léon, iba a ponerse en marcha para encontrar aquella suma indispensable...

—¿Cómo quieres que...?

—¡Qué cobarde eres! —exclamó ella.

Entonces él dijo, neciamente:

—Exageras el mal. Quizá con un millar de escudos ese tipo tuyo se calmaría.

Razón de más para intentar alguna gestión; no era posible que no se encontraran tres mil francos. Además, Léon podía comprometerse en su lugar.

—¡Ve! ¡Inténtalo! ¡Es preciso! ¡Corre!... ¡Oh, procúralo! ¡Procúralo! ¡Te querré mucho!

Salió, volvió al cabo de una hora, y dijo con rostro solemne:

—He ido a ver a tres personas... ¡inútilmente!

Luego se quedaron sentados el uno frente al otro, en las dos esquinas de la chimenea, inmóviles, sin hablar. Emma se encogía de hombros, pataleando. Él la oyó murmurar:

—Si yo estuviera en tu lugar, ya lo encontraría.

—¿Dónde, pues?

—¡En tu notaría!

Y lo miró.

Una audacia infernal escapaba de sus pupilas encendidas, y los párpados se entornaban de un modo lascivo y alentador; de manera que el joven se sintió flaquear bajo la muda voluntad de aquella mujer que le aconsejaba un crimen. Entonces sintió miedo, y para evitar toda aclaración, se dio una palmada en la frente exclamando:

—¡Morel debe de volver esta noche! No me lo negará, espero (era uno de sus amigos, el hijo de un comerciante muy rico), y te lo traeré mañana —añadió.

Emma no pareció acoger aquella esperanza con tanta alegría como él había imaginado. ¿Sospechaba la mentira? Él prosiguió, ruborizándose:

—Sin embargo, si no me ves a las tres, no me esperes más, cariño. Tengo que irme, discúlpame. ¡Adiós!

Le estrechó la mano, pero la sintió del todo inerte. Emma ya no tenía fuerza para sentimiento alguno.

Dieron las cuatro; y se levantó para volver a Yonville, obedeciendo como un autómata al impulso de la costumbre.

Hacía buen tiempo; era uno de esos días de marzo, claros y ásperos, en que el sol reluce en un cielo todo blanco. Rouaneses endomingados paseaban con aire feliz. Llegó a la plaza del Parvis. Se salía de vísperas; la muchedumbre se derramaba por los tres portales, como un río por los tres arcos de un puente, y, en medio, más inmóvil que una roca, se erguía el pertiguero.

Entonces recordó aquel día en que, ansiosa y llena de esperanzas, había entrado bajo aquella gran nave que se extendía ante ella menos profunda que su amor; y siguió caminando, llorando bajo su velo, aturdida, vacilante, a punto de desfallecer.

—¡Cuidado! —gritó una voz que salía de una puerta cochera que se abría.

Se detuvo para dejar pasar un caballo negro, piafando entre los varales de un tálburi que conducía un gentleman con abrigo de piel de cibelina. ¿Quién era, pues? Ella lo conocía... El coche se lanzó y desapareció.

¡Pero era él, el Vizconde! Se volvió: la calle estaba desierta. Y se sintió tan abatida, tan triste, que se apoyó contra un muro para no caer.

Luego pensó que se había equivocado. Por lo demás, no sabía nada de ello. Todo, dentro de ella y fuera, la abandonaba. Se sentía perdida, rodando al azar por abismos indefinibles; y fue casi con alegría como vio, al llegar a la Croix rouge, a aquel buen Homais que miraba cargar en La Golondrina una gran caja llena de provisiones farmacéuticas. Llevaba en la mano, envueltos en un pañuelo, seis *cheminots* para su esposa.

A la señora Homais le gustaban mucho aquellos panecillos pesados, en forma de turbante, que se comen en cuaresma con mantequilla salada: última muestra de las viandas góticas, que se remonta acaso al siglo de las cruzadas, y con que los robustos normandos se atiborraban antaño, creyendo ver sobre la mesa, a la luz de las antorchas amarillas, entre las jarras de hipocrás y los gigantescos embutidos, cabezas de sarracenos que devorar. La mujer del boticario los masticaba como ellos, heroicamente, a pesar de su detestable dentadura; así, cada vez que el señor Homais hacía un viaje a la ciudad, no dejaba de traerle, comprándolos siempre en casa del gran maestro, en la rue Massacre.

— ¡Encantado de verla! —dijo, ofreciendo la mano a Emma para ayudarla a subir a La Golondrina.

Luego colgó los *cheminots* de las correas de la redecilla, y quedó con la cabeza descubierta y los brazos cruzados, en una actitud pensativa y napoleónica.

Pero, cuando el Ciego, como de costumbre, apareció al pie de la cuesta, exclamó:

— ¡No comprendo que la autoridad tolere todavía industrias tan culpables! ¡Deberían encerrar a esos desdichados, y obligarlos a algún trabajo! El Progreso, palabra de honor, avanza a paso de tortuga; ¡chapoteamos en plena barbarie!

El Ciego tendía su sombrero, que se bamboleaba al borde de la portezuela, como un bolsón de tapicería desclavado.

— Ahí tiene —dijo el farmacéutico— una afección escrofulosa.

Y, aunque conocía a aquel pobre diablo, fingió verlo por primera vez, murmuró las palabras córnea, córnea opaca, esclerótica, facies, y luego le preguntó en tono paternal:

—¿Hace mucho, amigo mío, que tienes esa espantosa enfermedad? En lugar de emborracharte en la taberna, harías mejor en seguir un régimen.

Lo animaba a tomar buen vino, buena cerveza, buenos asados. El Ciego continuaba su canción; parecía, por lo demás, casi idiota. Por fin, el señor Homais abrió su bolsa.

—Toma, ahí tienes un sueldo, devuélveme dos ochavos; y no olvides mis recomendaciones, te irá bien.

Hivert se permitió expresar en voz alta alguna duda sobre su eficacia. Pero el boticario aseguró que él mismo lo curaría, con una pomada antiflogística de su composición, y dio su dirección:

—El señor Homais, cerca del mercado, suficientemente conocido.

—Bueno, para compensar —dijo Hivert—, nos vas a hacer la comedia.

El Ciego se dejó caer sobre las corvas, y, con la cabeza echada hacia atrás, revolviendo sus ojos verdosos y sacando la lengua, se frotaba el estómago con las dos manos, mientras lanzaba una especie de aullido sordo, como un perro hambriento. Emma, presa de asco, le arrojó, por encima del hombro, una moneda de cinco francos. Era toda su fortuna. Le pareció hermoso arrojarla así.

El coche había reanudado la marcha, cuando de pronto el señor Homais se asomó por el ventanillo y gritó:

—¡Nada de harinas ni de lácteos! ¡Llevar lana sobre la piel y exponer las partes enfermas al humo de bayas de enebro!

El espectáculo de los objetos conocidos que desfilaban ante sus ojos apartaba poco a poco a Emma de su dolor presente. Una fatiga intolerable la abrumaba, y llegó a su casa aturdida, desalentada, casi dormida.

—¡Pase lo que pase! —se decía.

Y además, ¿quién sabe? ¿Por qué, de un momento a otro, no habría de surgir un acontecimiento extraordinario? El mismo Lheureux podía morir.

A las nueve de la mañana la despertó un rumor de voces en la plaza. Había un tropel de gente en torno al mercado leyendo un gran cartel pegado a uno de los postes, y vio a Justin, que se había subido a un mojón y rasgaba el cartel. Pero, en ese momento, el guarda rural le puso la mano en el cuello. El señor Homais salió de la farmacia, y la tía Lefrançois, en medio de la multitud, parecía estar perorando.

— ¡Señora! ¡Señora! —exclamó Félicité entrando—, ¡es una abominación!

Y la pobre muchacha, conmovida, le tendió un papel amarillo que acababa de arrancar de la puerta. Emma leyó de una ojeada que todo su mobiliario estaba en venta.

Entonces se miraron en silencio. No tenían, la criada y la señora, ningún secreto la una para la otra. Por fin Félicité suspiró:

— Si yo fuera usted, señora, iría a ver al señor Guillaumin.

— ¿Tú crees?...

Y esa pregunta quería decir:

— Tú, que conoces la casa por el criado, ¿acaso el amo alguna vez habrá hablado de mí?

— Sí, vaya usted, hará bien.

Se vistió, se puso su vestido negro con su capota de abalorios de azabache; y, para que no la vieran (siempre había mucha gente en la plaza), tomó por fuera del pueblo, por el sendero a orillas del agua.

Llegó sin aliento ante la verja del notario; el cielo estaba sombrío y caía un poco de nieve.

Al ruido de la campanilla, Théodore, con chaleco rojo, apareció en la escalinata; vino a abrirla casi familiarmente, como a un conocido, y la hizo pasar al comedor.

Una gran estufa de porcelana zumbaba bajo un cactus que llenaba el nicho, y, en marcos de madera negra, sobre el tapiz de papel color roble, esta-

ban *la Esmeralda* de Steuben, junto con *la Putifar* de Schopin. La mesa puesta, dos calientaplatos de plata, los pomos de las puertas de cristal, el parqué y los muebles, todo relucía con una limpieza meticulosa, inglesa; los cristales de las ventanas estaban decorados, en cada ángulo, con vidrios de color.

—He aquí un comedor —pensaba Emma— como el que a mí me haría falta.

El notario entró, apretando con el brazo izquierdo contra su cuerpo la bata de palmas, mientras se quitaba y volvía a ponerse deprisa con la otra mano el gorro de terciopelo castaño, colocado con afectación sobre el lado derecho, de donde caían las puntas de tres mechones rubios que, tomados del occipucio, rodeaban su cráneo calvo.

Después de ofrecerle asiento, se sentó a almorzar, disculpándose mucho por la descortesía.

—Señor —dijo ella—, quisiera rogarle...

—¿De qué, señora? La escucho.

Se puso a exponerle su situación.

El señor Guillaumin la conocía, pues estaba ligado en secreto con el comerciante de telas, en quien siempre encontraba capitales para los préstamos hipotecarios que le pedían contratar.

Así pues, sabía (y mejor que ella) la larga historia de aquellos pagarés, exigüos al principio, con diversos nombres como endosantes, espaciados a largos vencimientos y renovados continuamente, hasta el día en que, reuniendo todos los protestos, el comerciante había encargado a su amigo Vinçart que hiciera en su propio nombre las diligencias necesarias, no queriendo pasar por un tigre entre sus conciudadanos.

Ella entremezcló su relato con recriminaciones contra Lheureux, recriminaciones a las que el notario respondía de vez en cuando con alguna palabra insignificante. Comiendo su chuleta y bebiendo su té, hundía la barbilla en su corbata azul cielo, prendida con dos alfileres de diamantes unidos por una cadenilla de oro; y sonreía con una sonrisa singular, de un modo dulzón y ambiguo. Pero, al notar que ella tenía los pies húmedos:

—Acérquese pues a la estufa... más arriba..., contra la porcelana.

Tenía miedo de ensuciarla. El notario replicó en tono galante:

—Las cosas bonitas no estropean nada.

Entonces ella trató de conmoverlo, y, emocionándose ella misma, llegó a contarle las estrecheces de su hogar, sus apuros, sus necesidades. Él comprendía aquello: ¡una mujer elegante! y, sin dejar de comer, se había vuelto hacia ella por completo, de modo que rozaba con la rodilla su botín, cuya suela se curvaba humeando contra la estufa.

Pero, cuando ella le pidió mil escudos, apretó los labios, y luego se declaró muy apenado por no haber tenido antaño la dirección de su fortuna, pues había cien medios muy cómodos, incluso para una dama, de hacer fructificar su dinero. Se habría podido, ya fuera en las turberas de Grumesnil o en los terrenos de Le Havre, arriesgar casi con toda seguridad excelentes especulaciones; y la dejó devorarse de rabia ante la idea de las sumas fantásticas que sin duda habría ganado.

—¿Cómo es —prosiguió él— que no ha venido usted a verme?

—No sé bien —dijo ella.

—¿Por qué, eh?... ¿Le daba yo tanto miedo, pues? ¡Soy yo, por el contrario, quien debería quejarse! ¡Apenas si nos conocemos! Le soy, sin embargo, muy devoto; ya no lo duda usted, espero.

Tendió la mano, tomó la de ella, la cubrió con un beso voraz, y luego la retuvo sobre su rodilla; y jugueteaba con sus dedos delicadamente, mientras le contaba mil dulzuras.

Su voz sosa susurraba, como un arroyo que corre; una chispa saltaba de su pupila a través del brillo de sus gafas, y sus manos avanzaban por la manga de Emma, para palparle el brazo. Ella sentía contra su mejilla el aliento de una respiración jadeante. Aquel hombre la incomodaba horriblemente.

Se levantó de un salto y le dijo:

—¡Señor, estoy esperando!

—¿El qué, pues? —dijo el notario, que de pronto se puso extremadamente pálido.

—Ese dinero.

—Pero...

Luego, cediendo a la irrupción de un deseo demasiado fuerte:

—Bueno, ¡sí!...

Se arrastró de rodillas hacia ella, sin miramiento por su bata.

—¡Por favor, quédese! ¡La amo!

La agarró por el talle.

Una oleada de púrpura subió rápidamente al rostro de la señora Bovary. Retrocedió con aire terrible, exclamando:

—¡Se aprovecha usted impúdicamente de mi angustia, señor! ¡Soy digna de lástima, pero no estoy en venta!

Y salió.

El notario quedó muy estupefacto, con los ojos fijos en sus hermosas zapatillas de tapicería. Eran un regalo del amor. Aquella vista acabó por consolarlo. Además, pensaba que una aventura semejante lo habría arrastrado demasiado lejos.

—¡Qué miserable! ¡Qué patán!... ¡qué infamia! —se decía, huyendo con paso nervioso bajo los álamos temblones de la carretera. El desencanto del fracaso reforzaba la indignación de su pudor ultrajado; le parecía que la Providencia se obstinaba en perseguirla, y, enaltecándose de orgullo, nunca había tenido tanta estima por sí misma ni tanto desprecio por los demás. Algo belicoso la transportaba. Habría querido golpear a los hombres, escupirles en la cara, triturarlos a todos; y seguía caminando rápidamente ante sí, pálida, temblorosa, enfurecida, escudriñando con un ojo lloroso el horizonte vacío, y como deleitándose en el odio que la ahogaba.

Cuando divisó su casa, un entumecimiento se apoderó de ella. No podía avanzar; sin embargo, era preciso; además, ¿adónde huir?

Félicité la esperaba en la puerta.

—¿Y bien?

—¡No! —dijo Emma.

Y, durante un cuarto de hora, las dos pasaron revista a las distintas personas de Yonville dispuestas quizá a socorrerla. Pero, cada vez que Félicité

nombraba a alguien, Emma replicaba:

— ¡Imposible! ¡No querrán!

— ¡Y el señor que va a volver!

— Ya lo sé... Déjame sola.

Lo había intentado todo. Ya no había nada más que hacer; y, cuando Charles apareciera, ella iba, pues, a decirle:

— Aléjate. Esta alfombra por la que caminas ya no es nuestra. De tu casa no tienes ni un mueble, ni un alfiler, ni una paja, y soy yo quien te ha arruinado, ¡pobre hombre!

Entonces habría un gran sollozo, luego él lloraría abundantemente, y por fin, pasada la sorpresa, perdonaría.

— Sí — murmuraba ella, rechinando los dientes —, me perdonará, él, que no tendría bastante con un millón que ofrecirme para que yo le perdonase el haberme conocido... ¡Jamás! ¡Jamás!

Aquella idea de la superioridad de Bovary sobre ella la exasperaba. Además, lo confesara o no lo confesara, dentro de un momento, más tarde, mañana, él acabaría por saber la catástrofe; así pues, había que esperar aquella escena horrible y soportar el peso de su magnanimidad. Le vinieron ganas de volver a casa de Lheureux: ¿para qué? de escribir a su padre; era demasiado tarde; y quizá se arrepentía ahora de no haber cedido al otro, cuando oyó el trote de un caballo en la alameda. Era él, abría la cancela, estaba más pálido que la pared de yeso. Lanzándose por la escalera, escapó rápidamente hacia la plaza; y la esposa del alcalde, que charlaba delante de la iglesia con Lestiboudois, la vio entrar en casa del recaudador.

Corrió a contárselo a la señora Caron. Las dos damas subieron al desván; y ocultas por ropa tendida sobre unas varas, se apostaron cómodamente para observar todo el interior de la casa de Binet.

Estaba solo, en su buhardilla, ocupado en imitar, con madera, una de esas piezas de marfilería indescriptibles, compuestas de medias lunas, de esferas huecas metidas unas dentro de otras, todo recto como un obelisco y que no servía para nada; y estaba acabando la última pieza, ¡tocaba ya la meta! En el claroscuro del taller, el polvo rubio volaba de su herramienta, como una cresta de chispas bajo las herraduras de un caballo al galope; las dos ruedas

giraban, zumbaban; Binet sonreía, con la barbilla baja, las narices abiertas, y parecía por fin sumido en una de esas dichas completas que sin duda solo pertenecen a las ocupaciones mediocres, que entretienen la inteligencia con dificultades fáciles, y la sacian con una realización más allá de la cual no cabe soñar.

— ¡Ah, ahí está! —dijo la señora Tuvache.

Pero apenas era posible, por culpa del torno, oír lo que ella decía.

Por fin, aquellas señoras creyeron distinguir la palabra francos, y la tía Tuvache susurró en voz baja:

— Le está rogando, para obtener una prórroga de sus contribuciones.

— ¡Al parecer! —repuso la otra.

La vieron caminar de un lado a otro, examinando contra las paredes los servilleteros, los candeleros, los remates de la barandilla, mientras Binet se acariciaba la barba con satisfacción.

— ¿Vendrá a encargarle algo? —dijo la señora Tuvache.

— ¡Pero si él no vende nada! —objetó su vecina.

El recaudador parecía escuchar, abriendo mucho los ojos, como si no comprendiera. Ella seguía de un modo tierno, suplicante. Se acercó más; su pecho jadeaba; ya no hablaban.

— ¿Le estará haciendo proposiciones? —dijo la señora Tuvache.

Binet estaba rojo hasta las orejas. Ella le cogió las manos.

— ¡Ah, esto ya es demasiado!

Y sin duda le proponía una abominación; pues el recaudador —que era valiente, sin embargo, había combatido en Bautzen y en Lutzen, hecho la campaña de Francia, y hasta propuesto para la cruz—, retrocedió de golpe muy lejos, como ante la vista de una serpiente, exclamando:

— ¡Señora! ¿Se da usted cuenta de lo que dice?...

— ¡A esas mujeres habría que azotarlas! —dijo la señora Tuvache.

— ¿Dónde está, pues? —repuso la señora Caron.

Pues había desaparecido mientras decían esto; luego, al verla enfilarse la Grande-Rue y torcer a la derecha como para dirigirse al cementerio, se perdieron en conjeturas.

—Tía Rollet —dijo al llegar a casa de la nodriza—, ¡me ahogo!... desátame.

Cayó sobre la cama; sollozaba. La tía Rollet la cubrió con una enagua y se quedó de pie junto a ella. Luego, como no respondía, la buena mujer se alejó, cogió su rueca y se puso a hilar lino.

—¡Oh, acabe ya! —murmuró, creyendo oír el torno de Binet.

—¿Quién la molesta? —se preguntaba la nodriza—. ¿Por qué viene aquí?

Había acudido corriendo allí, empujada por una especie de espanto que la echaba de su casa.

Tendida de espaldas, inmóvil y con los ojos fijos, distinguía vagamente los objetos, aunque les aplicaba su atención con una persistencia idiota. Contemplaba los desconchados de la pared, dos tizones humeando por sus extremos, y una larga araña que caminaba sobre su cabeza, por la hendidura de la viga. Por fin, reunió sus ideas. Se acordaba... Un día, con Léon... ¡Oh, qué lejos quedaba aquello!... El sol brillaba sobre el río y las clemátides embalsamaban el aire... Entonces, arrastrada en sus recuerdos como en un torrente que hierve, llegó pronto a recordar la jornada de la víspera.

—¿Qué hora es? —preguntó.

La tía Rollet salió, levantó los dedos de la mano derecha hacia el lado donde el cielo estaba más claro, y entró de nuevo lentamente diciendo:

—Las tres, casi.

—¡Ah, gracias! ¡Gracias!

Porque él iba a venir. ¡Era seguro! Habría encontrado el dinero. Pero quizá iría allá, sin sospechar que ella estuviera aquí; y ordenó a la nodriza que corriera a su casa para traerlo.

—¡Dese prisa!

—Pero, mi querida señora, ¡ya voy! ¡ya voy!

Se asombraba, ahora, de no haber pensado en él desde el principio; ayer había dado su palabra, no faltaría a ella; y ya se veía en casa de Lheureux, extendiendo sobre su mesa los tres billetes de banco. Luego habría que inventar una historia que le explicara las cosas a Bovary. ¿Cuál?

Sin embargo, la nodriza tardaba mucho en volver. Pero, como no había reloj en la choza, Emma temía quizá exagerarse la duración del tiempo. Se puso a dar vueltas paseando por el jardín, paso a paso; fue por el sendero a lo largo del seto, y volvió deprisa, esperando que la buena mujer hubiera entrado por otro camino. Por fin, cansada de esperar, asaltada por sospechas que rechazaba, sin saber ya si llevaba allí un siglo o un minuto, se sentó en un rincón y cerró los ojos, se tapó los oídos. La cancela chirrió: dio un salto; antes de que ella hablara, la tía Rollet le había dicho:

—¡No hay nadie en su casa!

—¿Cómo?

—¡Oh, nadie! Y el señor llora. La llama a usted. La están buscando.

Emma no respondió nada. Jadeaba, girando los ojos a su alrededor, mientras la campesina, asustada por su rostro, retrocedía instintivamente, creyéndola loca. De repente se dio una palmada en la frente, lanzó un grito, pues el recuerdo de Rodolphe, como un gran relámpago en una noche sombría, le había cruzado el alma. ¡Era tan bueno, tan delicado, tan generoso! Y, además, si él vacilaba en hacerle ese favor, ella sabría muy bien obligarlo con solo evocar, en un abrir y cerrar de ojos, su amor perdido. Partió, pues, hacia la Huchette, sin darse cuenta de que corría a ofrecerse a lo mismo que poco antes tanto la había exasperado, ni sospechar en lo más mínimo aquella prostitución.

VIII

Se preguntaba mientras caminaba: «¿Qué voy a decir? ¿Por dónde empezaré?» Y a medida que avanzaba, iba reconociendo los matorrales, los árboles, los juncos marinos de la colina, el castillo allá a lo lejos. Volvía a encontrarse en las sensaciones de su primera ternura, y su pobre corazón oprimido se dilataba amorosamente en ellas. Un viento tibio le soplaba en el rostro; la nieve, derritiéndose, caía gota a gota de los brotes sobre la hierba.

Entró, como antaño, por la portezuela del parque, y llegó luego al patio de honor, que bordeaba una doble hilera de tilos frondosos. Sus largas ramas se balanceaban, silbando. Los perros de la perrera ladraron todos a la vez, y el estruendo de sus voces retumbaba sin que apareciese nadie.

Subió la ancha escalera recta, de balaustres de madera, que llevaba al corredor empedrado de losas polvorientas donde se abrían varias alcobas en fila, como en los monasterios o en las posadas. La suya estaba al fondo, al final del todo, a la izquierda. Cuando fue a poner los dedos en la cerradura, las fuerzas la abandonaron de pronto. Temía que él no estuviese, casi lo deseaba, y sin embargo era su única esperanza, la última posibilidad de salvación. Se recogió un instante y, templando de nuevo su valor en el sentimiento de la necesidad presente, entró.

Estaba ante el fuego, con los dos pies en la repisa, fumando una pipa.

— ¡Vaya, es usted! —dijo él, levantándose bruscamente.

— Sí, soy yo... Quisiera, Rodolphe, pedirle un consejo.

Y a pesar de todos sus esfuerzos, le era imposible despegar los labios.

— Usted no ha cambiado, sigue usted encantadora.

—¡Oh! —replicó ella con amargura—, son tristes encantos, amigo mío, puesto que usted los desdeñó.

Entonces él inició una explicación de su conducta, excusándose en términos vagos, a falta de poder inventar algo mejor.

Ella se dejó prender por sus palabras, más aún por su voz y por el espectáculo de su persona; de modo que fingió creer, o acaso lo creyó, en el pretexto de su ruptura; era un secreto del que dependían el honor y hasta la vida de una tercera persona.

—¡No importa! —dijo ella, mirándolo con tristeza—, ¡he sufrido mucho!

Él respondió con tono filosófico:

—¡La existencia es así!

—¿Ha sido al menos buena con usted —prosiguió Emma— desde nuestra separación?

—¡Oh! Ni buena... ni mala.

—Quizá hubiera sido mejor no separarnos nunca.

—Sí..., ¡quizá!

—¿Tú lo crees? —dijo ella, acercándose.

Y suspiró.

—¡Oh, Rodolphe! Si tú supieras... ¡Te he querido tanto!

Fue entonces cuando ella le tomó la mano, y permanecieron un rato con los dedos entrelazados —¡como el primer día, en los Comicios! Por un gesto de orgullo, él se debatía bajo la ternura. Pero, desplomándose contra su pecho, ella le dijo:

—¿Cómo querías que viviese sin ti? ¡No se puede uno desacostumbrar de la felicidad! ¡Estaba desesperada! ¡Creí morir! Te contaré todo eso, ya verás. Y tú... ¡tú me has huido!...

Pues, desde hacía tres años, él la había evitado cuidadosamente por efecto de esa cobardía natural que caracteriza al sexo fuerte; y Emma continuaba con graciosos movimientos de cabeza, más zalamera que una gata enamorada:

— Amas a otras, confíesalo. ¡Oh! las comprendo, ¿sabes?, las disculpo; las habrás seducido, como me habías seducido a mí. ¡Tú eres un hombre! Tienes todo lo que hace falta para hacerse querer. Pero volveremos a empezar, ¿verdad? ¡Nos amaremos! Mira, me río, ¡soy feliz!... ¡Habla, pues!

Y estaba arrebatadora de ver, con su mirada en la que temblaba una lágrima, como el agua de una tormenta en un cáliz azul.

La atrajo hacia sus rodillas y le acariciaba con el dorso de la mano los bandós lisos, en los que, a la claridad del crepúsculo, brillaba como una flecha de oro un último rayo de sol. Ella inclinaba la frente; él acabó besándola en los párpados, muy suavemente, con la punta de los labios.

— ¡Pero has llorado! —dijo él—. ¿Por qué?

Ella rompió en sollozos. Rodolphe creyó que era el estallido de su amor; como ella callaba, tomó ese silencio por un último pudor, y entonces exclamó:

— ¡Ah, perdóname! Eres la única que me gusta. ¡He sido un imbécil y un malvado! ¡Te quiero, te querré siempre!... ¿Qué tienes? ¡Dilo de una vez!

Se arrodilló.

— Pues bien..., ¡estoy arruinada, Rodolphe! ¡Vas a prestarme tres mil francos!

— Pero..., pero... —dijo él, incorporándose poco a poco, mientras su fisonomía adoptaba una expresión grave.

— Ya sabes —continuaba ella rápidamente— que mi marido había colocado toda su fortuna en manos de un notario; se ha fugado. Hemos pedido prestado; los clientes no pagaban. Por lo demás, la liquidación no ha terminado; ya tendremos algo más adelante. Pero, hoy, por falta de tres mil francos, nos van a embargar; es ahora mismo, en este mismo instante; y, contando con tu amistad, he venido.

— ¡Ah! —pensó Rodolphe, que de pronto palideció mucho—, ¡para eso ha venido!

Por fin dijo con aire tranquilo:

— No los tengo, querida señora.

No mentía. De haberlos tenido, sin duda se los habría dado, aunque generalmente resulte desagradable hacer acciones tan hermosas: una petición de dinero, de todas las borrascas que caen sobre el amor, es la más fría y la más desarraigadora.

Ella se quedó primero unos minutos mirándolo.

— ¡No los tienes!

Repitió varias veces:

— ¡No los tienes!... Debí ahorrarme esta última vergüenza. ¡Nunca me has querido! ¡No vales más que los demás!

Se traicionaba, se perdía.

Rodolphe la interrumpió, afirmando que él mismo se encontraba «apurado».

— ¡Ah! ¡Te compadezco! —dijo Emma—. ¡Sí, muchísimo!...

Y, fijando los ojos en una carabina damasquinada que brillaba en la panoplia:

— ¡Pero, cuando se es tan pobre, no se pone dinero en la culata del fusil! ¡No se compra un reloj con incrustaciones de concha! —continuaba ella, señalando el reloj de Boulle—; ¡ni silbatos de plata dorada para las fustas —los tocaba—, ni dijes para el reloj de bolsillo! ¡Oh, no le falta nada! Hasta una licorera en su alcoba; porque tú te quieres a ti mismo, vives bien, tienes un castillo, granjas, bosques; cazas a caballo con jauría, viajas a París... ¡Eh! aunque no fuera más que esto —exclamó, cogiendo de la repisa de la chimenea sus gemelos—, que la menor de estas tonterías, ¡se puede sacar dinero de ella!... ¡Oh, no los quiero! ¡Quédatelos!

Y lanzó lejos los dos gemelos, cuya cadenita de oro se rompió al chocar contra la pared.

— ¡Pero yo te lo habría dado todo, lo habría vendido todo, habría trabajado con mis manos, habría mendigado por los caminos, por una sonrisa, por una mirada, por oírte decir: «¡Gracias!» ¿Y tú te quedas ahí tranquilamente en tu sillón, como si ya no me hubieras hecho sufrir bastante? Sin ti, ¿sabes?, habría podido vivir feliz. ¿Quién te obligaba a ello? ¿Era una apuesta? Sin embargo, me querías, tú lo decías... Y hace un momento toda-

vía... ¡Ah, más habría valido que me echaras! Tengo las manos calientes de tus besos, y ahí está el sitio, en la alfombra, donde jurabas de rodillas ante mí una eternidad de amor. Me hiciste creerlo: durante dos años me arras-traste por el sueño más magnífico y más dulce... ¡Eh! ¿Nuestros proyectos de viaje, te acuerdas? ¡Oh, tu carta, tu carta! ¡Me destrozó el corazón!... Y luego, cuando vuelvo hacia él, hacia él, que es rico, feliz, libre, para implor-rar un socorro que el primero que pasara me daría, suplicante y trayéndole toda mi ternura, él me rechaza, porque le costaría tres mil francos!

—¡No los tengo! —respondió Rodolphe con esa calma perfecta con que se cubren, como con un escudo, las cóleras resignadas.

Salió. Las paredes temblaban, el techo la aplastaba; y volvió a pasar por la larga alameda, tropezando con los montones de hojas secas que el viento dispersaba. Por fin llegó al foso frente a la verja; se rompió las uñas contra la cerradura, de tanta prisa que se dio por abrirla. Luego, cien pasos más allá, sin aliento, a punto de caer, se detuvo. Y entonces, volviéndose, divisó una vez más el impasible castillo, con el parque, los jardines, los tres patios y todas las ventanas de la fachada.

Se quedó perdida de estupor, sin más conciencia de sí misma que el lati-do de sus arterias, que le parecía oír escaparse como una música ensordece-dora que llenaba el campo. El suelo bajo sus pies era más blando que una ola, y los surcos le parecieron inmensas olas pardas que rompían. Todo cuanto había en su cabeza de reminiscencias, de ideas, se escapaba a la vez, de un solo salto, como las mil piezas de unos fuegos artificiales. Vio a su padre, el despacho de Lheureux, su alcoba allá lejos, otro paisaje. La locura se apoderaba de ella, tuvo miedo, y logró recobrarse, de un modo confuso, es cierto; pues no recordaba en absoluto la causa de su horrible estado, es decir, la cuestión del dinero. Solo padecía por su amor, y sentía que su alma la abandonaba por ese recuerdo, como los heridos, al agonizar, sienten que la existencia se les va por la herida que sangra.

Caía la noche, volaban las cornejas.

Le pareció de pronto que unos glóbulos color de fuego estallaban en el aire como balas fulminantes al aplastarse, y giraban, giraban, para ir a fun-dirse en la nieve, entre las ramas de los árboles. En medio de cada uno de ellos aparecía el rostro de Rodolphe. Se multiplicaron, y se acercaban, la

penetraban; todo desapareció. Reconoció las luces de las casas, que brillaban a lo lejos en la niebla.

Entonces su situación se le representó como un abismo. Jadeaba hasta romperse el pecho. Luego, en un arrebató de heroísmo que casi la volvía alegre, bajó corriendo la cuesta, atravesó la pasarela de las vacas, el sendero, la alameda, el mercado, y llegó ante la tienda del farmacéutico.

No había nadie. Iba a entrar; pero, al ruido de la campanilla, podían venir; y, deslizándose por la cancela, conteniendo el aliento, tanteando las paredes, avanzó hasta el umbral de la cocina, donde ardía una vela puesta sobre el hornillo. Justin, en mangas de camisa, se llevaba una fuente.

— Ah, están cenando. Esperemos.

Él volvió. Ella dio unos golpecitos en el cristal. Él salió.

— ¡La llave! La de arriba, donde están los...

— ¿Cómo?

Y él la miraba, del todo asombrado por la palidez de su rostro, que resaltaba en blanco sobre el fondo negro de la noche. Le pareció extraordinariamente hermosa, y majestuosa como un fantasma; sin comprender lo que ella quería, presentía algo terrible.

Pero ella prosiguió vivamente, en voz baja, con una voz dulce, disolvente:

— ¡La quiero! Dámela.

Como el tabique era delgado, se oía el tintineo de los tenedores contra los platos en el comedor.

Ella pretextó que necesitaba matar las ratas que le impedían dormir.

— Tendría que avisar al señor.

— ¡No! ¡Quédate!

Luego, con aire indiferente:

— ¡Bah! No merece la pena, ya se lo diré luego. Vamos, alúmbrame.

Entró en el corredor donde se abría la puerta del laboratorio. Había, contra la pared, una llave con la etiqueta Cafarnaúm.

—¡Justin! —gritó el boticario, que se impacientaba.

—¡Subamos!

Y él la siguió.

La llave giró en la cerradura, y ella fue derecha hacia el tercer estante, tan bien la guiaba su memoria, cogió el bocal azul, le arrancó el tapón, metió la mano dentro y, sacándola llena de un polvo blanco, se puso a comerlo directamente.

—¡Deténgase! —exclamó él, arrojándose sobre ella.

—¡Calla! Vendrían...

Él se desesperaba, quería llamar.

—No digas nada de esto, ¡todo recaería sobre tu amo!

Luego se volvió, súbitamente apaciguada, y casi con la serenidad de un deber cumplido.

Cuando Charles, trastornado por la noticia del embargo, había vuelto a casa, Emma acababa de salir. Gritó, lloró, se desmayó, pero ella no volvía. ¿Dónde podía estar? Envío a Félicité a casa de Homais, a casa del señor Tu-vache, a casa de Lheureux, al Lion d'or, a todas partes; y, en los intervalos de su angustia, veía su consideración aniquilada, su fortuna perdida, el porvenir de Berthe destrozado. ¿Por qué causa?... ¡Ni una palabra! Esperó hasta las seis de la tarde. Por fin, no pudiendo aguantar más, e imaginando que se había ido a Rouen, salió a la carretera, anduvo media legua, no encontró a nadie, esperó aún y volvió sobre sus pasos.

Ella había vuelto.

—¿Qué ha pasado?... ¿Por qué?... ¡Explícame!...

Ella se sentó a su escritorio y escribió una carta que selló lentamente, añadiendo la fecha del día y la hora.

Luego dijo con tono solemne:

—La leerás mañana; hasta entonces, te lo ruego, no me hagas una sola pregunta... ¡No, ni una!

—Pero...

—¡Oh, déjame!

Y se tendió cuan larga era sobre la cama.

Un sabor acre que sentía en la boca la despertó. Entrevió a Charles y volvió a cerrar los ojos.

Se espiaba a sí misma con curiosidad, para discernir si no sufría. Pero ¡no! Nada todavía. Oía el latido del reloj, el rumor del fuego, y a Charles, de pie junto a su lecho, respirando.

—¡Ah, qué poca cosa es la muerte! —pensaba—. Voy a dormirme, y todo habrá terminado.

Bebió un trago de agua y se volvió hacia la pared.

Aquel horrible sabor a tinta continuaba.

—¡Tengo sed!... ¡Oh, tengo mucha sed! —suspiró.

—¿Qué tienes? —dijo Charles, tendiéndole un vaso.

—¡No es nada!... Abre la ventana..., ¡me ahogo!

Y le sobrevino una náusea tan repentina que apenas tuvo tiempo de coger el pañuelo de debajo de la almohada.

—¡Quítalo! —dijo vivamente—; ¡tíralo!

Él la interrogó; ella no respondió. Se mantenía inmóvil, por temor a que la menor emoción la hiciese vomitar. Sin embargo, sentía un frío de hielo que le subía de los pies al corazón.

—¡Ah, ya empieza! —murmuró.

—¿Qué dices?

Movía la cabeza de un lado a otro con un gesto suave lleno de angustia, y no dejaba de abrir las mandíbulas, como si tuviera sobre la lengua algo muy pesado. A las ocho reaparecieron los vómitos.

Charles observó que en el fondo de la palangana había una especie de gravilla blanca, adherida a las paredes de la porcelana.

—¡Es extraordinario! ¡Es raro! —repitió.

Pero ella dijo con voz fuerte:

— ¡No, te equivocas!

Entonces, con delicadeza y casi acariciándola, le pasó la mano por el estómago. Ella lanzó un grito agudo. Él retrocedió, muy asustado.

Luego empezó a gemir, débilmente al principio. Un gran escalofrío le sacudía los hombros, y se ponía más pálida que la sábana en la que se hundían sus dedos crispados. Su pulso, irregular, era ahora casi imperceptible.

Le sudaban gotas por el rostro azulado, que parecía como cuajado en la exhalación de un vapor metálico. Le castañeteaban los dientes, sus ojos, agrandados, miraban vagamente en torno suyo, y a todas las preguntas no respondía sino sacudiendo la cabeza; incluso sonrió dos o tres veces. Poco a poco sus gemidos se hicieron más fuertes. Se le escapó un aullido sordo; afirmó que se encontraba mejor y que se levantaría dentro de un momento. Pero la asaltaron las convulsiones; exclamó:

— ¡Ah, esto es atroz, Dios mío!

Él se arrojó de rodillas junto a la cama.

— ¡Habla! ¿Qué has comido? ¡Responde, por el cielo!

Y la miraba con unos ojos de una ternura como ella nunca había visto en él.

— Pues bien, ahí..., ¡ahí!... —dijo con voz desfallecida.

Se abalanzó al escritorio, rompió el sello y leyó en voz alta: Que no se acuse a nadie... Se detuvo, se pasó la mano por los ojos, y volvió a leer.

— ¡Cómo!... ¡Socorro! ¡A mí!

Y no podía hacer sino repetir esta palabra: «¡Envenenada! ¡Envenenada!» Félicité corrió a casa de Homais, que la pregonó en la plaza; la señora Le-françois la oyó en el Lion d'or; algunos se levantaron para contársela a sus vecinos, y toda la noche el pueblo estuvo en vela.

Desatinado, balbuciente, a punto de caer, Charles daba vueltas por la habitación. Tropezaba con los muebles, se arrancaba los cabellos, y jamás había creído el farmacéutico que pudiera haber espectáculo tan espantoso.

Él volvió a su casa para escribir al señor Canivet y al doctor Larivière. Perdía la cabeza; hizo más de quince borradores. Hippolyte partió hacia

Neufchâtel, y Justin espoleó tan fuerte el caballo de Bovary, que lo dejó en la cuesta del bosque Guillaume, reventado y muerto en sus tres cuartas partes.

Charles quiso hojear su diccionario de medicina; no veía, las líneas bailaban.

—¡Calma! —dijo el boticario—. Solo se trata de administrar algún antidoto poderoso. ¿Cuál es el veneno?

Charles mostró la carta. Era arsénico.

—Pues bien —prosiguió Homais—, habría que hacer un análisis.

Pues sabía que, en todo envenenamiento, hay que hacer un análisis; y el otro, que no comprendía, respondió:

—¡Ah, hágalo! ¡Hágalo! Sálvela...

Luego, de vuelta junto a ella, se dejó caer al suelo, sobre la alfombra, y permanecía con la cabeza apoyada contra el borde del lecho, sollozando.

—¡No llores! —le dijo ella—. ¡Pronto dejaré de atormentarte!

—¿Por qué? ¿Quién te ha obligado?

Ella replicó:

—Era necesario, amigo mío.

—¿No eras feliz? ¿Es culpa mía? ¡He hecho, sin embargo, todo lo que he podido!

—Sí..., es verdad..., tú eres bueno.

Y ella le pasaba la mano por el cabello, lentamente. La dulzura de esa sensación agravaba su tristeza; sentía todo su ser derrumbarse de desesperación ante la idea de tener que perderla, cuando, por el contrario, ella le confesaba más amor que nunca; y no encontraba nada; no sabía, no se atrevía, y la urgencia de una resolución inmediata acababa de trastornarlo del todo.

Había acabado, pensaba ella, con todas las traiciones, las bajezas y las innumerables codicias que la torturaban. Ya no odiaba a nadie; una confusión de crepúsculo caía sobre su pensamiento, y de todos los ruidos de la tierra Emma ya no oía sino la intermitente lamentación de aquel pobre corazón, dulce e indistinta, como el último eco de una sinfonía que se aleja.

—Traedme a la niña —dijo, incorporándose sobre el codo.

—¿No estás peor, verdad? —preguntó Charles.

—¡No! ¡No!

La niña llegó en brazos de su niñera, con su larga camisa de dormir, de la que asomaban sus pies desnudos, seria y como todavía medio dormida. Contemplaba con asombro la habitación toda en desorden, y parpadeaba, deslumbrada por los candelabros que ardían sobre los muebles. Le recordaban sin duda las mañanas del día de Año Nuevo o de la media Cuaresma, cuando, así despertada temprano a la luz de las velas, iba a la cama de su madre para recibir allí sus aguinaldos, pues se puso a decir:

—¿Dónde está, mamá?

Y como todos callaban:

—¡Pero si no veo mi zapatito!

Félicité la inclinaba hacia la cama, mientras ella seguía mirando hacia la chimenea.

—¿Habrá sido el ama quien se lo llevó? —preguntó.

Y, ante ese nombre, que la devolvía al recuerdo de sus adulterios y de sus calamidades, la señora Bovary volvió la cabeza, como ante el asco de otro veneno más fuerte que le subiese a la boca. Berthe, sin embargo, seguía posada sobre la cama.

—¡Oh, qué ojos tan grandes tienes, mamá! ¡Qué pálida estás! ¡Cómo sudas!...

Su madre la miraba.

—¡Tengo miedo! —dijo la pequeña, apartándose.

Emma le cogió la mano para besarla; la niña se debatía.

—¡Basta! ¡Que se la lleven! —exclamó Charles, que sollozaba en la alcoba.

Luego los síntomas se detuvieron un momento; ella parecía menos agitada; y, a cada palabra insignificante, a cada aliento de su pecho un poco más tranquilo, él recobraba la esperanza. Por fin, cuando entró Canivet, se echó en sus brazos, llorando.

—¡Ah, es usted! ¡Gracias! ¡Es usted bueno! Pero todo va mejor. Mire, mírela...

El colega no fue en absoluto de esa opinión, y, sin andarse, como él mismo decía, por las ramas, prescribió un emético, a fin de despejar por completo el estómago.

No tardó en vomitar sangre. Los labios se le apretaron más. Tenía los miembros crispados, el cuerpo cubierto de manchas pardas, y su pulso resbalaba bajo los dedos como un hilo tenso, como una cuerda de arpa a punto de romperse.

Luego se ponía a gritar, horriblemente. Maldecía el veneno, lo increpaba, le suplicaba que se apresurase, y rechazaba con sus brazos entumecidos todo lo que Charles, más agonizante que ella, se esforzaba por hacerle beber. Él estaba de pie, con el pañuelo en los labios, con estertores, llorando, y ahogado por sollozos que lo sacudían hasta los talones; Félicité corría de un lado a otro por la habitación; Homais, inmóvil, exhalaba grandes suspiros, y el señor Canivet, conservando siempre su aplomo, empezaba, sin embargo, a sentirse turbado.

—¡Diablo!... Sin embargo..., está purgada, y, desde el momento en que la causa cesa...

—El efecto debe cesar —dijo Homais—; es evidente.

—¡Pero sálvela! —exclamaba Bovary.

Así pues, sin escuchar al farmacéutico, que aventuraba todavía esta hipótesis: «Quizá sea un paroxismo saludable», Canivet iba a administrar la triaca, cuando se oyó el chasquido de un látigo; todos los cristales vibraron, y una berlina de posta, que tres caballos enfangados hasta las orejas arrastraban a todo pecho, desembocó de un salto en la esquina del mercado. Era el doctor Larivière.

La aparición de un dios no habría causado más emoción. Bovary alzó las manos, Canivet se detuvo en seco, y Homais se quitó el gorro griego mucho antes de que el doctor hubiese entrado.

Pertenecía a la gran escuela quirúrgica salida del delantal de Bichat, a esa generación, hoy desaparecida, de médicos filósofos que, amando su arte con amor fanático, lo ejercían con exaltación y sagacidad. Todo temblaba en su

hospital cuando se encolerizaba, y sus alumnos lo veneraban de tal modo que se esforzaban, apenas establecidos, por imitarlo lo más posible; de suerte que se los reconocía, por las ciudades de los alrededores, por su largo levitón de merino y su amplio frac negro, cuyas bocamangas desabrochadas cubrían un poco sus manos carnosas, unas manos muy hermosas, que nunca llevaban guantes, como para estar más prestas a hundirse en las miserias. Desdeñoso de las cruces, los títulos y las academias, hospitalario, liberal, paternal con los pobres y practicando la virtud sin creer en ella, habría podido pasar casi por un santo si la finura de su ingenio no lo hubiese hecho temer como a un demonio. Su mirada, más cortante que sus bisturís, le bajaba a uno derecho hasta el alma y desarticulaba toda mentira a través de las alegaciones y los pudores. Y así iba, lleno de esa majestad afable que dan la conciencia de un gran talento, la fortuna, y cuarenta años de una existencia laboriosa e irreprochable.

Frunció el ceño desde la puerta, al percibir el rostro cadavérico de Emma, tendida boca arriba, con la boca abierta. Luego, aparentando escuchar a Canivet, se pasaba el índice por debajo de las ventanas de la nariz y repetía:

—Está bien, está bien.

Pero hizo un lento gesto con los hombros. Bovary lo observó: se miraron; y aquel hombre, tan habituado sin embargo al aspecto del dolor, no pudo contener una lágrima que cayó sobre su chorrera.

Quiso llevarse a Canivet a la habitación contigua. Charles lo siguió.

—Está muy mal, ¿verdad? ¿Y si le pusiéramos sinapismos? ¡No sé qué! ¡Encuentre usted algo, usted que ha salvado a tantos!

Charles le rodeaba el cuerpo con los dos brazos, y lo contemplaba de un modo despavorido, suplicante, medio desmayado contra su pecho.

—Vamos, pobre muchacho, ánimo. Ya no hay nada que hacer.

Y el doctor Larivière se dio la vuelta.

—¿Se marcha usted?

—Voy a volver.

Salió como para dar una orden al postillón, junto con el señor Canivet, a quien tampoco le apetecía ver morir a Emma entre sus manos.

El farmacéutico se reunió con ellos en la plaza. No podía, por temperamento, separarse de la gente célebre. Así que conjuró al señor Larivière para que le hiciese el insigne honor de aceptar a almorzar.

Se envió rápidamente a buscar pichones al Lion d'or, todas las chuletas que había en la carnicería, nata a casa de Tuvache, huevos a casa de Lestiboudois, y el boticario ayudaba él mismo a los preparativos, mientras la señora Homais decía, tirando de los cordones de su camisola:

—Disculpará usted, caballero; porque en este desdichado pueblo nuestro, en cuanto no se está avisado la víspera...

—¡¡¡Las copas de pie!!! —musitó Homais.

—Al menos, si estuviéramos en la ciudad, tendríamos el recurso de las manitas rellenas.

—¡Cállate!... ¡A la mesa, doctor!

Juzgó oportuno, después de los primeros bocados, dar algunos detalles sobre la catástrofe:

—Tuvimos primero una sensación de sequedad en la faringe, luego dolores intolerables en el epigastrio, superpurgación, coma.

—¿Cómo se envenenó, pues?

—Lo ignoro, doctor, y ni siquiera sé muy bien dónde pudo procurarse ese ácido arsenioso.

Justin, que traía entonces una pila de platos, se vio presa de un temblor.

—¿Qué te pasa? —dijo el farmacéutico.

El joven, ante esa pregunta, dejó caer todo al suelo, con gran estrépito.

—¡Imbécil! —exclamó Homais—, ¡torpe! ¡zoquete! ¡asno de mil demonios!

Pero, de pronto, dominándose:

—He querido, doctor, intentar un análisis, y primo, he introducido delicadamente en un tubo...

—Más le habría valido —dijo el cirujano— introducirle a ella los dedos en la garganta.

Su colega callaba, pues hacía un momento había recibido en privado una fuerte reprimenda a propósito de su emético, de modo que aquel buen Canivet, tan arrogante y locuaz en lo del pie zopo, estaba hoy muy modesto; sonreía sin cesar, de manera aprobatoria.

Homais se explayaba en su orgullo de anfitrión, y la afligida idea de Bovary contribuía vagamente a su placer, por un egoísta repliegue sobre sí mismo. Además, la presencia del Doctor lo transportaba. Desplegaba su erudición, citaba en tropel las cantáridas, el upas, el manzanillo, la víbora.

— ¡E incluso he leído que varias personas se habían visto intoxicadas, doctor, y como fulminadas por unas morcillas que habían sufrido una ahumación demasiado vehemente! Al menos, así constaba en un informe muy hermoso, compuesto por una de nuestras eminencias farmacéuticas, uno de nuestros maestros, ¡el ilustre Cadet de Gassicourt!

La señora Homais reapareció, llevando uno de esos vacilantes aparatos que se calientan con espíritu de vino; pues Homais tenía interés en hacer su café en la mesa, habiéndolo por lo demás tostado él mismo, porfirizado él mismo, mixturado él mismo.

— *Saccharum*, doctor — dijo, ofreciendo azúcar.

Luego hizo bajar a todos sus hijos, deseoso de conocer la opinión del cirujano sobre su constitución.

Por fin, el señor Larivière iba a marcharse, cuando la señora Homais le pidió una consulta para su marido. Se le espesaba la sangre de tanto quedarse dormido cada noche después de cenar.

— ¡Oh! No es el sentido lo que le estorba.

Y, sonriendo un poco por aquel juego de palabras que nadie captó, el doctor abrió la puerta. Pero la farmacia rebosaba de gente; y le costó mucho trabajo librarse del señor Tuvache, que temía para su esposa una fluxión de pecho, porque tenía la costumbre de escupir en las cenizas; luego del señor Binet, que a veces sentía hambre repentina, y de la señora Caron, que tenía hormigueos; de Lheureux, que tenía vértigos; de Lestiboudois, que tenía reuma; de la señora Lefrançois, que tenía acedías. Por fin los tres caballos partieron a toda prisa, y en general se consideró que no se había mostrado nada complaciente.

La atención pública se distrajo con la aparición del señor Bournisien, que pasaba bajo el mercado con los santos óleos.

Homais, como debía a sus principios, comparó a los sacerdotes con cuervos a los que atrae el olor de los muertos; la vista de un eclesiástico le resultaba personalmente desagradable, pues la sotana le hacía pensar en el sudario, y execraba la una un poco por espanto del otro.

No obstante, sin retroceder ante lo que él llamaba su misión, volvió a casa de Bovary en compañía de Canivet, a quien el señor Larivière, antes de partir, había instado enérgicamente a dar ese paso; y hasta, de no ser por las objeciones de su mujer, habría llevado consigo a sus dos hijos, a fin de acostumbrarlos a las circunstancias graves, para que fuese una lección, un ejemplo, un cuadro solemne que les quedara más tarde grabado en la cabeza.

La habitación, cuando entraron, estaba toda llena de una solemnidad lúgubre. Había sobre la mesa de labor, cubierta con una toalla blanca, cinco o seis bolitas de algodón en una bandeja de plata, junto a un gran crucifijo, entre dos candeleros encendidos. Emma, con el mentón contra el pecho, abría desmesuradamente los párpados; y sus pobres manos se arrastraban por las sábanas, con ese gesto horrible y suave de los agonizantes que parecen querer ya cubrirse con el sudario. Pálido como una estatua, y los ojos rojos como brasas, Charles, sin llorar, permanecía frente a ella, al pie de la cama, mientras el sacerdote, apoyado sobre una rodilla, musitaba palabras en voz baja.

Volvió el rostro lentamente, y pareció presa de alegría al ver de pronto la estola morada, hallando sin duda, en medio de un sosiego extraordinario, la voluptuosidad perdida de sus primeros impulsos místicos, con visiones de beatitud eterna que empezaban.

El sacerdote se incorporó para coger el crucifijo; entonces ella alargó el cuello como quien tiene sed, y, pegando los labios al cuerpo del Hombre-Dios, depositó en él, con toda su fuerza expirante, el mayor beso de amor que hubiese dado jamás. Luego rezó el Misereatur y el Indulgentiam, mojó el pulgar derecho en el óleo y comenzó las unciones: primero en los ojos, que tanto habían codiciado todas las suntuosidades terrenales; luego en las narices, golosas de brisas tibias y de aromas amorosos; luego en la boca, que se había abierto para la mentira, que había gemido de orgullo y gritado

en la lujuria; luego en las manos, que se deleitaban con los contactos suaves, y por fin en la planta de los pies, tan rápidos antaño cuando corría al hartazgo de sus deseos, y que ahora ya no andarían más.

El cura se secó los dedos, arrojó al fuego las hebras de algodón empapadas en aceite, y volvió a sentarse junto a la moribunda para decirle que debía ahora unir sus sufrimientos a los de Jesucristo y abandonarse a la misericordia divina.

Al terminar sus exhortaciones, intentó ponerle en la mano un cirio bendito, símbolo de las glorias celestiales de las que iba a verse rodeada dentro de poco. Emma, demasiado débil, no pudo cerrar los dedos, y el cirio, de no ser por el señor Bournisien, habría caído al suelo.

Sin embargo, ya no estaba tan pálida, y su rostro tenía una expresión de serenidad, como si el sacramento la hubiese curado.

El cura no dejó de hacer la observación; explicó incluso a Bovary que el Señor, a veces, prolongaba la existencia de las personas cuando lo juzgaba conveniente para su salvación; y Charles recordó un día en que, estando así a punto de morir, ella había recibido la comunión.

—Quizá no había que desesperar —pensó.

En efecto, miró a su alrededor, lentamente, como alguien que despierta de un sueño; luego, con voz clara, pidió su espejo, y se quedó inclinada sobre él un buen rato, hasta que unas gruesas lágrimas le corrieron de los ojos. Entonces echó la cabeza hacia atrás con un suspiro y volvió a caer sobre la almohada.

Su pecho se puso enseguida a jadear con rapidez. La lengua entera le salió de la boca; sus ojos, girando, palidecían como dos tulipas de lámpara que se apagan, hasta el punto de creerla ya muerta, de no ser por la espantosa aceleración de sus costillas, sacudidas por un soplo furioso, como si el alma diese saltos para desprenderse. Félicité se arrodilló ante el crucifijo, y el propio farmacéutico dobló un poco las corvas, mientras el señor Canivet miraba vagamente hacia la plaza. Bournisien había vuelto a rezar, con el rostro inclinado hacia el borde del lecho, y su larga sotana negra arrastrándose tras él por la habitación. Charles estaba al otro lado, de rodillas, con los brazos tendidos hacia Emma. Le había tomado las manos y se las apretaba, estremeciéndose a cada latido de su corazón, como al contragolpe de

una ruina que se derrumba. A medida que el estertor se hacía más fuerte, el eclesiástico apresuraba sus oraciones; se mezclaban con los sollozos ahogados de Bovary, y a veces todo parecía desvanecerse en el sordo murmullo de las sílabas latinas, que tañían como un toque de difuntos.

De pronto, se oyó en la acera un ruido de zuecos toscos, junto con el roce de un bastón; y se alzó una voz, una voz ronca, que cantaba:

A menudo el calor de un día de estío hace soñar a la niña de amorío.

Emma se incorporó como un cadáver al que se galvaniza, con el cabello suelto, la pupila fija, desorbitada.

Para recoger con esmero las espigas que la guadaña siega, mi Nanette se va inclinando hacia el surco que nos las entrega.

—¡El Ciego! —exclamó ella.

Y Emma se echó a reír, con una risa atroz, frenética, desesperada, creyendo ver la cara horrenda del miserable, que se erguía en las tinieblas eternas como un espanto.

Sopló tan fuerte aquel día, ¡y la falda corta voló!

Una convulsión la abatió sobre el colchón. Todos se acercaron. Ella ya no existía.

IX

Siempre hay, después de la muerte de alguien, una especie de estupor que se desprende, tan difícil resulta comprender esa irrupción de la nada y resignarse a creer en ella. Pero cuando, sin embargo, advirtió su inmovilidad, Charles se arrojó sobre ella gritando:

—¡Adiós! ¡Adiós!

Homais y Canivet lo sacaron a rastras de la habitación.

—¡Contrólese!

—Sí —decía él, forcejeando—, seré razonable, no haré ningún daño.
¡Pero déjenme! ¡Quiero verla! ¡Es mi mujer!

Y lloraba.

—Llore —repuso el farmacéutico—, dele curso a la naturaleza, ¡eso le aliviará!

Vuelto más débil que un niño, Charles se dejó llevar abajo, a la sala, y el señor Homais no tardó en volver a su casa.

En la plaza lo abordó el Ciego, que, arrastrándose hasta Yonville con la esperanza de la pomada antiflogística, preguntaba a cada transeúnte dónde vivía el boticario.

—¡Vaya por Dios! ¡Como si no tuviera yo otros perros que azotar! ¡Ah, mala suerte, vuelve más tarde!

Y entró precipitadamente en la farmacia.

Tenía que escribir dos cartas, preparar una poción calmante para Bovary, inventar una mentira que pudiese ocultar el envenenamiento y redactarla en

artículo para el *Fanal*, sin contar con las personas que lo esperaban para obtener información; y, cuando todos los vecinos de Yonville hubieron oído su historia del arsénico que ella había tomado por azúcar al hacer una crema de vainilla, Homais, una vez más, volvió a casa de Bovary.

Lo encontró solo (el señor Canivet acababa de marcharse), sentado en el sillón, junto a la ventana, contemplando con mirada idiota las losas de la sala.

—Habría que fijar ahora usted mismo —dijo el farmacéutico— la hora de la ceremonia.

—¿Por qué? ¿Qué ceremonia?

Luego, con voz balbuciente y asustada:

—¡Oh, no, verdad que no! No, quiero quedármela.

Homais, por hacer algo, cogió una jarra del estante para regar los geranios.

—Ah, gracias —dijo Charles—, ¡es usted bueno!

Y no acabó la frase, sofocado bajo la abundancia de recuerdos que aquel gesto del farmacéutico le traía a la memoria.

Entonces, para distraerlo, Homais juzgó conveniente hablar un poco de horticultura; las plantas necesitaban humedad. Charles bajó la cabeza en señal de aprobación.

—Además, ahora van a volver los días buenos.

—Ah —dijo Bovary.

El boticario, sin más ideas, se puso a apartar suavemente las cortinillas del ventanal.

—Mire, ahí pasa el señor Tuvache.

Charles repitió como una máquina:

—El señor Tuvache que pasa.

Homais no se atrevió a volver a hablarle de las disposiciones fúnebres; fue el eclesiástico quien logró decidirlo a ello.

Se encerró en su despacho, cogió una pluma, y, tras haber sollozado un rato, escribió:

«Quiero que la entierren con su vestido de novia, con zapatos blancos, una corona. Que le extiendan el cabello sobre los hombros; tres ataúdes, uno de roble, uno de caoba, uno de plomo. Que no me digan nada, tendré fuerzas. Que le pongan encima de todo un gran paño de terciopelo verde. Lo quiero. Háganlo.»

Aquellos señores se asombraron mucho de las ideas novelescas de Bovary, y enseguida el farmacéutico fue a decirle:

—Ese terciopelo me parece una superfetación. El gasto, por lo demás...

—¿Es que a usted le importa? —exclamó Charles—. ¡Déjeme! ¡Usted no la quería! ¡Váyase!

El eclesiástico lo tomó del brazo para llevarlo a dar una vuelta por el jardín. Disertaba sobre la vanidad de las cosas terrenales. Dios era muy grande, muy bueno; había que someterse sin murmurar a sus decretos, e incluso darle las gracias.

Charles estalló en blasfemias.

—¡Detesto a su Dios!

—El espíritu de rebeldía sigue en usted —suspiró el eclesiástico.

Bovary estaba lejos. Caminaba a grandes pasos, a lo largo del muro, junto a la espaldera, y rechinaba los dientes, alzaba al cielo miradas de maldición; pero ni una sola hoja se movió por ello.

Caía una lluvia fina. Charles, que tenía el pecho desnudo, acabó tiritando; entró a sentarse en la cocina.

A las seis, se oyó en la plaza un ruido de chatarra: era La Golondrina que llegaba; y él se quedó con la frente pegada a los cristales, viendo bajar uno tras otro a todos los viajeros. Félicité le tendió un colchón en el salón; se echó sobre él y se durmió.

Aunque filósofo, el señor Homais respetaba a los muertos. Así que, sin guardarle rencor al pobre Charles, volvió por la noche para hacer la vela del cadáver, trayendo consigo tres volúmenes y una cartera para tomar notas.

El señor Bournisien se encontraba allí, y dos grandes cirios ardían a la cabecera de la cama, que habían sacado de la alcoba.

El boticario, a quien el silencio pesaba, no tardó en formular algunas lamentaciones sobre «aquella infortunada joven»; y el cura respondió que ya no quedaba sino rezar por ella.

—Sin embargo —repuso Homais—, de dos cosas, una: o murió en estado de gracia (como se expresa la Iglesia), y entonces no tiene ninguna necesidad de nuestras oraciones; o bien falleció impenitente (esa es, creo, la expresión eclesiástica), y entonces...

Bournisien lo interrumpió, replicando con tono brusco que no por eso había que dejar de rezar.

—Pero —objetó el farmacéutico—, puesto que Dios conoce todas nuestras necesidades, ¿de qué puede servir la oración?

—¡Cómo! —exclamó el eclesiástico—. ¡La oración! ¿Es que no es usted cristiano?

—¡Perdone! —dijo Homais—. Admiro el cristianismo. Primero liberó a los esclavos, introdujo en el mundo una moral...

—¡No se trata de eso! Todos los textos...

—¡Oh, oh! En cuanto a los textos, abra usted la historia; se sabe que fueron falsificados por los jesuitas.

Charles entró, y, avanzando hacia la cama, corrió lentamente las cortinas.

Emma tenía la cabeza inclinada sobre el hombro derecho. La comisura de su boca, que permanecía abierta, formaba como un agujero negro en la parte baja de su rostro; los dos pulgares le quedaban doblados en la palma de las manos; una especie de polvo blanco le salpicaba las pestañas, y sus ojos empezaban a desaparecer en una palidez viscosa que parecía una tela fina, como si unas arañas hubieran tejido sobre ellos. La sábana se hundía desde sus pechos hasta sus rodillas, para alzarse luego en la punta de los pies; y le parecía a Charles que masas infinitas, que un peso enorme pesaba sobre ella.

El reloj de la iglesia dio las dos. Se oía el grueso murmullo del río que corría en las tinieblas, al pie de la terraza. El señor Bournisien, de vez en

cuando, se sonaba la nariz ruidosamente, y Homais hacía chirriar su pluma sobre el papel.

—Vamos, buen amigo —dijo—, retírese, ¡ese espectáculo lo destroza!

Una vez que Charles se hubo marchado, el farmacéutico y el cura reanudaron sus discusiones.

—¡Lea a Voltaire! —decía uno—; ¡lea a d'Holbach, lea la *Enciclopedia*!

—¡Lea las *Cartas de algunos judíos portugueses*! —decía el otro—; ¡lea la *Razón del cristianismo*, por Nicolas, antiguo magistrado!

Se acaloraban, se ponían rojos, hablaban a la vez sin escucharse; Bournisien se escandalizaba de tanta audacia; Homais se maravillaba de tanta necedad; y no estaban lejos de dirigirse injurias, cuando Charles, de pronto, reapareció. Una fascinación lo atraía. Subía continuamente la escalera.

Se colocaba frente a ella para verla mejor, y se perdía en aquella contemplación, que ya no era dolorosa de tan profunda.

Recordaba historias de catalepsia, los milagros del magnetismo; y se decía que, queriéndolo con toda su alma, quizá lograría resucitarla. Una vez, incluso, se inclinó hacia ella y gritó muy quedo: «¡Emma! ¡Emma!». Su aliento, fuertemente exhalado, hizo temblar la llama de los cirios contra la pared.

Al alba llegó la señora Bovary madre; Charles, al abrazarla, tuvo un nuevo desbordamiento de llanto. Ella intentó, como había intentado el farmacéutico, hacerle algunas observaciones sobre los gastos del entierro. Él se enfureció tanto que ella calló, y hasta la encargó de ir de inmediato a la ciudad a comprar lo necesario.

Charles se quedó solo toda la tarde: habían llevado a Berthe a casa de la señora Homais; Félicité permanecía arriba, en la habitación, con la tía Lefrançois.

Por la noche recibió visitas. Se levantaba, le estrechaba a uno las manos sin poder hablar, y luego se sentaba junto a los demás, que formaban delante de la chimenea un gran semicírculo. Con el rostro bajo y el tobillo sobre la rodilla, balanceaban la pierna, dejando escapar a intervalos un hondo suspiro; y todos se aburrían de un modo desmesurado; y sin embargo, a cuál más porfiaba en no marcharse.

Homais, cuando volvió a las nueve (no se veía a nadie más que a él por la plaza desde hacía dos días), venía cargado de una provisión de alcanfor, de benjuí y de hierbas aromáticas. Llevaba también un frasco lleno de cloro, para desterrar los miasmas. En ese momento, la criada, la señora Lefrançois y la señora Bovary madre daban vueltas alrededor de Emma, terminando de vestirla; y bajaron el largo velo tieso, que la cubrió hasta los zapatos de satén.

Félicité sollozaba:

— ¡Ah, mi pobre señora! ¡Mi pobre señora!

— Mírenla — decía suspirando la posadera —, ¡qué bonita sigue estando! Cualquiera juraría que va a levantarse dentro de un momento.

Luego se inclinaron para ponerle la corona.

Hubo que levantarle un poco la cabeza, y entonces un chorro de líquidos negros salió, como un vómito, de su boca.

— ¡Ah, Dios mío! ¡El vestido, cuidado! — exclamó la señora Lefrançois —. ¡Ayúdenos, pues! — le decía al farmacéutico —. ¿Es que tiene usted miedo, por casualidad?

— ¿Yo, miedo? — replicó él, encogiéndose de hombros —. ¡Ah, vaya cosa! ¡He visto otras peores en el Hôtel-Dieu, cuando estudiaba farmacia! ¡Hacíamos ponche en el anfiteatro de las disecciones! La nada no espanta a un filósofo; y hasta tengo intención, lo digo a menudo, de legar mi cuerpo a los hospitales, para que sirva más tarde a la Ciencia.

Al llegar, el cura preguntó cómo se encontraba el señor; y, ante la respuesta del boticario, repuso:

— El golpe, ya comprende usted, es todavía demasiado reciente.

Entonces Homais lo felicitó por no estar expuesto, como todo el mundo, a perder a una compañera querida; de lo cual se siguió una discusión sobre el celibato de los curas.

— Pues — decía el farmacéutico —, ¡no es natural que un hombre se prive de mujeres! Se han visto crímenes...

— ¡Pero, sable de madera! — exclamó el eclesiástico —, ¿cómo quiere usted que un individuo metido en el matrimonio pueda guardar, por ejemplo,

el secreto de la confesión?

Homais atacó la confesión. Bournisien la defendió; se extendió sobre las restituciones que hacía llevar a cabo. Citó diversas anécdotas de ladrones convertidos de pronto en hombres honrados. Unos militares, al acercarse al tribunal de la penitencia, habían sentido caérseles las escamas de los ojos. Había en Friburgo un ministro...

Su compañero dormía. Luego, como se ahogaba un poco en la atmósfera demasiado cargada de la habitación, abrió la ventana, lo que despertó al farmacéutico.

—Vamos, ¡una pizca! —le dijo—. Acepte, que despeja.

Unos ladridos continuos se arrastraban a lo lejos, en algún lugar.

—¿Oye usted un perro que aúlla? —dijo el farmacéutico.

—Dicen que los huelen —respondió el eclesiástico—. Es como las abejas: se alejan volando de la colmena cuando fallece alguien. Homais no rebatió aquellos prejuicios, porque se había vuelto a dormir.

El señor Bournisien, más resistente, siguió un rato moviendo los labios en voz baja; luego, insensiblemente, bajó la barbilla, soltó su grueso libro negro y se puso a roncar.

Estaban uno frente al otro, con el vientre hacia adelante, el rostro hinchado, el aire ceñudo, encontrándose por fin, después de tanto desacuerdo, en la misma flaqueza humana; y no se movían más que el cadáver que tenían al lado, que parecía dormir.

Charles, al entrar, no los despertó. Era la última vez. Venía a despedirse de ella.

Las hierbas aromáticas todavía humeaban, y remolinos de vapor azulado se confundían, junto a la ventana, con la niebla que entraba. Había algunas estrellas, y la noche era templada.

La cera de los cirios caía en gruesas lágrimas sobre las sábanas de la cama. Charles los miraba arder, cansándose los ojos con el resplandor de su llama amarilla.

Unos reflejos tornasolados se estremecían sobre el vestido de satén, blanco como la luz de la luna. Emma desaparecía debajo; y le parecía que, de-

ramándose fuera de sí misma, se perdía confusamente en el contorno de las cosas, en el silencio, en la noche, en el viento que pasaba, en los aromas húmedos que subían.

Luego, de pronto, la veía en el jardín de Tostes, en el banco, junto al seto de espinos, o bien en Rouen, por las calles, en el umbral de su casa, en el patio de Les Bertaux. Aún oía la risa de los mozos alegres que bailaban bajo los manzanos; la habitación estaba llena del perfume de su cabellera, y el vestido de ella le crujía entre los brazos con un rumor de chispas. ¡Era la misma, aquella!

Estuvo largo rato recordando así todas las dichas desaparecidas, sus actitudes, sus gestos, el timbre de su voz. A una desesperación sucedía otra, y siempre, inagotablemente, como las olas de una marea que se desborda.

Sintió una curiosidad terrible: lentamente, con la yema de los dedos, palpitante, le levantó el velo. Pero lanzó un grito de horror que despertó a los otros dos. Se lo llevaron abajo, a la sala.

Luego Félicité vino a decir que él pedía un mechón de pelo.

—¡Córtenselo! —replicó el boticario.

Y, como ella no se atrevía, avanzó él mismo, tijeras en mano. Temblaba tan fuerte que pinchó la piel de las sienes en varios sitios. Por fin, sobreponiéndose a la emoción, Homais dio dos o tres tijeretazos grandes al azar, lo que dejó marcas blancas en aquella hermosa cabellera negra.

El farmacéutico y el cura se sumergieron de nuevo en sus ocupaciones, no sin dormirse de vez en cuando, cosa de la que se acusaban recíprocamente a cada nuevo despertar. Entonces el señor Bournisien rociaba la habitación con agua bendita y Homais echaba un poco de cloro por el suelo.

Félicité había tenido el cuidado de dejarles, sobre la cómoda, una botella de aguardiente, un queso y un grueso bollo. Así que el boticario, que ya no podía más, suspiró, hacia las cuatro de la madrugada:

—A fe mía, ¡me sustentaría con gusto!

El eclesiástico no se hizo de rogar; salió a decir su misa, volvió; luego comieron y brindaron, riendo un poco entre dientes, sin saber por qué, excitados por esa alegría vaga que a uno le entra después de las sesiones de tris-

teza; y, al último traguito, el cura le dijo al farmacéutico, dándole una palmada en el hombro:

—¡Al final nos entenderemos!

Se encontraron abajo, en el vestíbulo, con los operarios que llegaban. Entonces Charles, durante dos horas, tuvo que sufrir el suplicio del martillo resonando sobre las tablas. Luego la bajaron a su ataúd de roble, que encajaron dentro de los otros dos; pero, como el féretro era demasiado ancho, hubo que rellenar los huecos con la lana de un colchón. Por fin, cuando las tres tapas estuvieron cepilladas, clavadas, soldadas, la expusieron ante la puerta; abrieron la casa de par en par, y las gentes de Yonville empezaron a afluir.

El tío Rouault llegó. Se desmayó en la plaza al ver el paño negro.

X

No había recibido la carta del farmacéutico hasta treinta y seis horas después del suceso; y, por consideración a su sensibilidad, el señor Homais la había redactado de tal manera que era imposible saber a qué atenerse.

El buen hombre cayó al principio como herido de apoplejía. Luego comprendió que ella no había muerto. Pero podía estarlo... Por fin se había puesto el blusón, cogido el sombrero, enganchado una espuela al zapato y había partido a rienda suelta; y, durante todo el camino, el tío Rouault, jadeante, se devoró de angustia. Una vez incluso se vio obligado a desmontar. Ya no veía, oía voces a su alrededor, sentía que se volvía loco.

Amaneció. Vio tres gallinas negras que dormían en un árbol; se estremeció, espantado por aquel presagio. Entonces prometió a la santísima Virgen tres casullas para la iglesia, y que iría descalzo desde el cementerio de los Bertaux hasta la capilla de Vassonville.

Entró en Maromme dando voces a la gente de la posada, forzó la puerta de un hombrazo, se abalanzó sobre el saco de avena, vertió en el pesebre una botella de sidra dulce, y volvió a montar en su jaco, que echaba fuego por las cuatro herraduras.

Se decía que sin duda la salvarían; los médicos descubrirían un remedio, seguro. Recordó todas las curaciones milagrosas que le habían contado.

Luego se le aparecía muerta. Estaba allí, delante de él, tendida de espaldas, en medio del camino. Tiraba de la brida y la alucinación desaparecía.

En Quincampoix, para darse ánimos, bebió tres cafés uno tras otro.

Pensó que se habrían equivocado de nombre al escribir. Buscó la carta en el bolsillo, la sintió allí, pero no se atrevió a abrirla.

Llegó a suponer que quizá fuera una broma, una venganza de alguien, una fantasía de hombre de juerga; y, además, si hubiera muerto, ¿no se sabría? ¡Pero no! el campo no tenía nada de extraordinario: el cielo estaba azul, los árboles se mecían; pasó un rebaño de ovejas. Divisó el pueblo; le vieron llegar a todo correr, inclinado sobre su caballo, al que aporreaba con grandes golpes, y cuyas cinchas goteaban sangre.

Cuando recobró el conocimiento, cayó deshecho en llanto en brazos de Bovary:

— ¡Mi hija! ¡Emma! ¡Hija mía! ¿Explíqueme...?

Y el otro respondía entre sollozos:

— ¡No lo sé, no lo sé! ¡Es una maldición!

El boticario los separó.

— Estos horribles detalles son inútiles. Ya instruiré yo al señor. Ahí viene la gente. ¡Dignidad, diantre! ¡Filosofía!

El pobre muchacho quiso mostrarse fuerte, y repitió varias veces:

— Sí..., ¡valor!

— Pues bien — exclamó el buen hombre —, lo tendré, ¡vive Dios! Voy a acompañarla hasta el final.

La campana tañía. Todo estaba listo. Hubo que ponerse en marcha.

Y, sentados en una sillería del coro, uno junto al otro, vieron pasar ante ellos y volver a pasar continuamente a los tres chantres que salmodiaban. El serpentón soplaba a pleno pulmón. El señor Bournisien, de pontifical, cantaba con voz aguda; saludaba al sagrario, alzaba las manos, extendía los brazos. Lestiboudois circulaba por la iglesia con su vara de ballena; junto al atril, el féretro reposaba entre cuatro hileras de cirios. Charles sentía ganas de levantarse para apagarlos.

Sin embargo, procuraba excitarse a la devoción, lanzarse a la esperanza de una vida futura en la que volvería a verla. Se imaginaba que ella se había ido de viaje, muy lejos, desde hacía tiempo. Pero, cuando pensaba que estaba allí debajo, y que todo había terminado, que se la llevaban bajo tierra, le entraba una rabia feroz, negra, desesperada. A veces creía no sentir ya nada;

y saboreaba aquel alivio de su dolor, reprochándose a la vez ser un miserable.

Se oyó sobre las losas como el ruido seco de un bastón herrado que las golpeaba a intervalos iguales. Venía del fondo, y se detuvo en seco en las naves laterales de la iglesia. Un hombre con una chaqueta gruesa de color pardo se arrodilló penosamente. Era Hippolyte, el mozo de *El León de Oro*. Se había puesto la pierna nueva.

Uno de los chantres dio la vuelta a la nave para hacer la colecta, y los gruesos cobres, unos tras otros, tintineaban en el plato de plata.

— ¡Dese prisa, pues! ¡Yo sufro! — exclamó Bovary, arrojándole con rabia una moneda de cinco francos.

El hombre de iglesia le dio las gracias con una larga reverencia.

Se cantaba, se arrodillaba, se levantaba, ¡aquello no acababa nunca! Recordó que una vez, en los primeros tiempos, habían asistido juntos a misa, y se habían puesto al otro lado, a la derecha, contra la pared. La campana volvió a sonar. Hubo un gran movimiento de sillas. Los portadores deslizaron sus tres varas bajo el féretro, y salieron de la iglesia.

Justin apareció entonces en el umbral de la farmacia. Volvió a entrar de pronto, pálido, tambaleante.

La gente se asomaba a las ventanas para ver pasar el cortejo. Charles, delante, erguía el talle. Afectaba un aire valeroso y saludaba con un gesto a los que, saliendo de las callejuelas o de las puertas, se sumaban a la multitud.

Los seis hombres, tres a cada lado, caminaban a paso lento y algo jadeantes. Los sacerdotes, los chantres y los dos monaguillos recitaban el *De profundis*; y sus voces se extendían sobre el campo, subiendo y bajando en ondulaciones. A veces desaparecían en los recodos del sendero; pero la gran cruz de plata se alzaba siempre entre los árboles.

Las mujeres seguían, cubiertas de mantos negros con capucha caída; llevaban en la mano un grueso cirio encendido, y Charles se sentía desfallecer ante aquella continua repetición de oraciones y de antorchas, bajo aquellos olores empalagosos de cera y de sotana. Soplabla una brisa fresca, los centenos y las colzas verdeaban, gotitas de rocío temblaban al borde del camino, sobre los setos de espinos. Toda clase de ruidos alegres llenaban el horizon-

te: el traqueteo de una carreta que rodaba a lo lejos por los surcos, el canto de un gallo que se repetía o el galope de un potrillo que se veía huir bajo los manzanos. El cielo puro estaba salpicado de nubes rosadas; humaredas azuladas se abatían sobre las chozas de paja cubiertas de lirios; Charles, al pasar, reconocía los corrales. Se acordaba de mañanas como aquella en que, tras haber visitado a algún enfermo, salía de allí y volvía junto a ella.

El paño negro, sembrado de lágrimas blancas, se levantaba de vez en cuando descubriendo el féretro. Los portadores, cansados, aminoraban el paso, y avanzaba a sacudidas continuas, como una chalupa que cabecea a cada ola.

Llegaron.

Los hombres siguieron hasta abajo, hasta un lugar en el césped donde estaba cavada la fosa.

Se colocaron todos alrededor; y, mientras el sacerdote hablaba, la tierra roja, amontonada en los bordes, se deslizaba por las esquinas, sin ruido, continuamente.

Luego, cuando las cuatro cuerdas estuvieron dispuestas, se empujó el féretro sobre ellas. Él lo miró descender. Seguía descendiendo.

Por fin se oyó un golpe; las cuerdas, rechinando, volvieron a subir. Entonces Bournisien cogió la pala que le tendía Lestiboudois; con la mano izquierda, mientras rociaba con la derecha, empujó vigorosamente una ancha palada; y la madera del ataúd, golpeada por las piedras, produjo ese ruido formidable que nos parece ser el eco de la eternidad.

El eclesiástico pasó el hisopo a su vecino. Era el señor Homais. Lo agitó con gravedad, y luego se lo tendió a Charles, que se hundió hasta las rodillas en la tierra, y arrojaba tierra a manos llenas gritando: «¡Adiós!». Le enviaba besos; se arrastraba hacia la fosa para hundirse allí con ella.

Se lo llevaron; y no tardó en calmarse, sintiendo tal vez, como todos los demás, la vaga satisfacción de haber terminado.

El tío Rouault, al regresar, se puso tranquilamente a fumar una pipa; lo que Homais, para sus adentros, juzgó poco conveniente. Observó asimismo que el señor Binet se había abstenido de presentarse, que Tuvache «se había largado» después de la misa, y que Théodore, el criado del notario, llevaba

un frac azul, «como si no se pudiera encontrar un frac negro, ya que es la costumbre, ¡qué diablos!». Y para comunicar sus observaciones, iba de un grupo a otro. Allí se deploraba la muerte de Emma, y sobre todo Lheureux, que no había dejado de venir al entierro.

— ¡Esta pobre señora! ¡Qué dolor para su marido!

El boticario proseguía:

— Sin mí, ¿saben ustedes?, habría atentado contra sí mismo con algún acto funesto.

— ¡Una persona tan buena! ¡Y pensar que la vi todavía el sábado pasado en mi tienda!

— No he tenido tiempo — dijo Homais — de preparar unas palabras que habría pronunciado sobre su tumba.

Al volver, Charles se desvistió, y el tío Rouault se puso de nuevo el blusón azul. Era nuevo, y, como durante el camino se había enjugado los ojos muchas veces con las mangas, había destiñado sobre su cara; y el rastro de las lágrimas dibujaba líneas en la capa de polvo que lo ensuciaba.

La señora Bovary madre estaba con ellos. Los tres callaban. Por fin el buen hombre suspiró:

— ¿Se acuerda usted, amigo mío, de que fui a Tostes una vez, cuando usted acababa de perder a su primera difunta? ¡Lo consolaba yo entonces! Encontraba qué decirle; pero ahora...

Luego, con un largo gemido que le alzó todo el pecho:

— ¡Ah, esto es el final para mí, ya lo ve! ¡Vi marcharse a mi mujer..., a mi hijo después..., y ahora a mi hija, hoy!

Quiso volverse enseguida a los Bertaux, diciendo que no podría dormir en aquella casa. Se negó incluso a ver a su nieta.

— ¡No! ¡No! Me daría demasiado duelo. Solamente, bésela usted bien de mi parte. ¡Adiós!... ¡Es usted un buen muchacho! Y además, nunca olvidaré esto — dijo golpeándose el muslo —; no tenga miedo, siempre recibirá su pava.

Pero, cuando estuvo en lo alto de la cuesta, se volvió, como en otro tiempo se había vuelto en el camino de Saint-Victor, al separarse de ella. Las ventanas del pueblo estaban todas en llamas bajo los rayos oblicuos del sol, que se ponía sobre la pradera. Se puso la mano delante de los ojos; y divisó en el horizonte un cercado de tapias donde unos árboles, aquí y allá, formaban ramilletes negros entre piedras blancas; luego prosiguió su camino, al trotecillo, pues su jaco cojeaba.

Charles y su madre, a pesar de su cansancio, se quedaron aquella noche mucho tiempo conversando. Hablaron de los días de antaño y del porvenir. Ella vendría a vivir a Yonville, llevaría la casa, ya no se separarían nunca más. Estuvo ingeniosa y cariñosa, regocijándose por dentro de recobrar un afecto que desde hacía tantos años se le escapaba. Sonó la medianoche. El pueblo, como de costumbre, estaba silencioso, y Charles, despierto, seguía pensando en ella.

Rodolphe, que, para distraerse, había batido el bosque todo el día, dormía tranquilamente en su castillo; y León, allá lejos, dormía también.

Había otro que, a esa hora, no dormía.

Sobre la fosa, entre los abetos, un niño lloraba de rodillas, y su pecho, quebrado por los sollozos, jadeaba en la sombra, bajo la presión de un pesar inmenso, más dulce que la luna y más insondable que la noche. La verja crujió de pronto. Era Lestiboudois; venía a buscar la pala que había olvidado hacía un rato. Reconoció a Justin trepando por el muro, y supo entonces a qué atenerse sobre el malhechor que le robaba las patatas.

XI

Charles, al día siguiente, hizo volver a la pequeña. Preguntó por su mamá. Le respondieron que estaba ausente, que le traería juguetes. Berthe volvió a preguntar varias veces; luego, con el tiempo, dejó de pensar en ello. La alegría de aquella niña desgarraba a Bovary, y tenía que soportar los intolerables consuelos del farmacéutico.

Los asuntos de dinero pronto volvieron a empezar: el señor Lheureux azuzaba de nuevo a su amigo Vinçart, y Charles se comprometió por sumas exorbitantes; porque nunca quiso consentir en que se vendiera el menor de los muebles que le habían pertenecido a ella. Su madre se exasperó por ello. Él se indignó más fuerte que ella. Había cambiado por completo. Ella abandonó la casa.

Entonces cada cual se puso a sacar provecho. La señorita Lempereur reclamó seis meses de lecciones, aunque Emma no había tomado ni una sola (a pesar de aquella factura saldada que le había enseñado a Bovary): era un arreglo entre las dos; el dueño del gabinete de lectura reclamó tres años de suscripción; la tía Rollet reclamó el porte de una veintena de cartas; y, cuando Charles pedía explicaciones, ella tuvo la delicadeza de responder:

— ¡Ah, yo no sé nada! Era para sus asuntos.

Con cada deuda que pagaba, Charles creía haber terminado. Surgían otras, continuamente.

Exigió el pago atrasado de antiguas visitas. Le enseñaron las cartas que su mujer había enviado. Entonces hubo que disculparse.

Félicité llevaba ahora los vestidos de la señora; no todos, pues él había guardado algunos, y los iba a ver a su tocador, donde se encerraba; ella te-

nía más o menos su misma talla, y a menudo Charles, al verla por detrás, se sentía preso de una ilusión, y exclamaba:

—¡Oh, quédate! ¡Quédate!

Pero, por Pentecostés, se marchó de Yonville, raptada por Théodore, y robando todo lo que quedaba del guardarropa.

Fue hacia esa época cuando la señora viuda Dupuis tuvo el honor de comunicarle el «matrimonio del señor Léon Dupuis, su hijo, notario en Yvetot, con la señorita Léocadie Lebœuf, de Bondeville». Charles, entre las felicitaciones que le dirigió, escribió esta frase:

«¡Cuánto se habría alegrado mi pobre mujer!»

Un día en que, vagando sin rumbo por la casa, había subido hasta el desván, sintió bajo su zapatilla una bolita de papel fino. La abrió y leyó: «¡Valor, Emma! ¡Valor! No quiero causar la desgracia de su existencia.» Era la carta de Rodolphe, caída al suelo entre unas cajas, que había quedado allí, y que el viento del tragaluz acababa de empujar hacia la puerta. Y Charles quedó inmóvil y boquiabierto en aquel mismo lugar donde antaño, aún más pálida que él, Emma, desesperada, había querido morir. Por fin descubrió una pequeña R al pie de la segunda página. ¿Qué era aquello? Recordó las asiduidades de Rodolphe, su desaparición repentina y el aire cohibido que había tenido al encontrarla después, dos o tres veces. Pero el tono respetuoso de la carta lo engañó.

—Quizá se amaron platónicamente —se dijo.

Además, Charles no era de los que llegan al fondo de las cosas: retrocedió ante las pruebas, y sus celos inciertos se perdieron en la inmensidad de su pesar.

Debieron de adorarla, pensaba. Todos los hombres, sin duda, la habían codiciado. A él le pareció más hermosa por ello; y concibió por ella un deseo permanente, furioso, que inflamaba su desesperación y que no tenía límites, porque ahora era irrealizable.

Para complacerla, como si aún viviera, adoptó sus predilecciones, sus ideas; se compró botas de charol, tomó la costumbre de las corbatas blancas. Se ponía cosmético en el bigote, suscribió pagarés como ella. Ella lo corrompía más allá de la tumba.

Se vio obligado a vender la platería pieza por pieza, y luego vendió los muebles del salón. Todas las habitaciones se despojaron; pero el cuarto, el cuarto de ella, había quedado como antaño. Después de cenar, Charles subía allí. Empujaba hacia el fuego la mesa redonda, y acercaba su sillón. Se sentaba enfrente. Una vela ardía en uno de los candelabros dorados. Berthe, a su lado, coloreaba estampas.

Sufría, el pobre hombre, al verla tan mal vestida, con sus botines sin cordones y la sisa de sus blusones rasgada hasta las caderas, pues la asistenta apenas se preocupaba de ello. Pero era tan dulce, tan graciosa, y su cabecita se inclinaba tan gentilmente dejando caer sobre sus mejillas sonrosadas su hermosa cabellera rubia, que una deleitación infinita lo invadía, placer todo mezclado de amargura como esos vinos mal hechos que saben a resina. Le remendaba los juguetes, le fabricaba muñecos de cartón, o le volvía a coser el vientre desgarrado de sus muñecas. Luego, si sus ojos tropezaban con el costurero, una cinta que andaba por ahí o incluso un alfiler olvidado en una hendidura de la mesa, se ponía a soñar, y tenía un aire tan triste, que ella se ponía triste como él.

Ahora nadie venía a verlos; pues Justin había huido a Rouen, donde se había hecho mancebo de tienda de ultramarinos, y los hijos del boticario frecuentaban cada vez menos a la pequeña, pues el señor Homais no deseaba, dada la diferencia de sus condiciones sociales, que la intimidad se prolongara.

El Ciego, a quien no había podido curar con su pomada, había vuelto a la cuesta del Bois-Guillaume, donde relataba a los viajeros la vana tentativa del farmacéutico, hasta tal punto que Homais, cuando iba a la ciudad, se ocultaba detrás de las cortinillas de *La Golondrina* para evitar encontrarse con él. Lo execraba; y, en interés de su propia reputación, queriendo deshacerse de él a toda costa, montó contra él una batería encubierta, que revelaba la profundidad de su inteligencia y la ruindad de su vanidad. Durante seis meses seguidos, se pudieron leer así en *El Fanal de Rouen* sueltos concebidos de esta manera:

«Todas las personas que se dirigen hacia las fértiles comarcas de Picardía habrán advertido sin duda, en la cuesta del Bois-Guillaume, a un desdichado aquejado de una horrible llaga facial. Los importuna, los persigue y cobra un verdadero impuesto a los viajeros. ¿Estamos todavía en aquellos

tiempos monstruosos de la Edad Media en que se permitía a los vagabundos exhibir por nuestras plazas públicas la lepra y las escrófulas que habían traído de la cruzada?»

O bien:

«A pesar de las leyes contra el vagabundeo, los alrededores de nuestras grandes ciudades siguen infestados de bandas de pobres. Se ven algunos que circulan aislados, y que, quizá, no son los menos peligrosos. ¿En qué piensan nuestros ediles?»

Luego Homais inventaba anécdotas:

«Ayer, en la cuesta del Bois-Guillaume, un caballo espantadizo...» Y seguía el relato de un accidente ocasionado por la presencia del Ciego.

Tan bien lo hizo, que lo encarcelaron. Pero lo soltaron. Él volvió a las andadas, y Homais también volvió a las suyas. Era una lucha. Obtuvo la victoria; pues su enemigo fue condenado a reclusión perpetua en un hospicio.

Aquel éxito lo envalentonó; y desde entonces no hubo en el distrito un perro atropellado, un granero incendiado, una mujer maltratada, de que él no diese inmediatamente cuenta al público, guiado siempre por el amor al progreso y el odio a los curas. Establecía comparaciones entre las escuelas primarias y los hermanos ignorantinos, en detrimento de estos últimos, evocaba la Noche de San Bartolomé a propósito de una subvención de cien francos concedida a la iglesia, y denunciaba abusos, lanzaba *boutades*. Esa era su palabra. Homais socavaba; se estaba volviendo peligroso.

Sin embargo, se ahogaba dentro de los estrechos límites del periodismo, y pronto necesitó el libro, ¡la obra! Entonces compuso una *Estadística general del cantón de Yonville*, seguida de observaciones climatológicas, y la estadística lo empujó hacia la filosofía. Se preocupó por las grandes cuestiones: el problema social, la moralización de las clases pobres, la piscicultura, el caucho, los ferrocarriles, etc. Llegó a avergonzarse de ser un burgués. Adoptó aires de artista, ¡fumaba! Se compró dos estatuillas estilo Pompadour para decorar su salón.

No por eso abandonaba la farmacia; ¡al contrario! Se mantenía al corriente de los descubrimientos. Seguía el gran movimiento de los chocolates. Fue el primero en hacer venir al Sena Inferior el cho-ca y la revalentia. Se entusiasmó por las cadenas hidroeléctricas Pulvermacher; llevaba él mismo una;

y, por la noche, cuando se quitaba el chaleco de franela, la señora Homais se quedaba deslumbrada ante la espiral dorada bajo la cual desaparecía, y sentía redoblarse sus ardores por aquel hombre más atado que un escita y espléndido como un mago.

Tuvo bellas ideas a propósito de la tumba de Emma. Propuso primero un trozo de columna con un paño drapeado, luego una pirámide, después un templo de Vesta, una especie de rotonda... o bien «un montón de ruinas». Y, en todos los planes, Homais no cedía en lo del sauce llorón, que consideraba el símbolo obligado de la tristeza.

Charles y él hicieron juntos un viaje a Rouen para ver tumbas, en casa de un empresario de sepulturas, acompañados de un artista pintor, llamado Vaufraylard, amigo de Bridoux, que estuvo todo el tiempo soltando retruécanos. Por fin, tras haber examinado un centenar de dibujos, haber encargado un presupuesto y haber hecho un segundo viaje a Rouen, Charles se decidió por un mausoleo que debía llevar en sus dos caras principales «un genio sosteniendo una antorcha apagada».

En cuanto al epitafio, Homais no encontraba nada tan hermoso como: *Staviator*, y se quedaba ahí; se devanaba los sesos; repetía continuamente: *Staviator*... Por fin, descubrió: *amabilem conjugem calcas!*, que fue adoptado.

Cosa extraña: Bovary, aun pensando en Emma continuamente, la olvidaba; y se desesperaba al sentir que aquella imagen se le escapaba de la memoria en medio de los esfuerzos que hacía por retenerla. Cada noche, sin embargo, soñaba con ella; era siempre el mismo sueño: se acercaba a ella; pero, cuando llegaba a estrecharla, ella se le deshacía en podredumbre entre los brazos.

Se le vio durante una semana entrar por las tardes en la iglesia. El señor Bournisien llegó incluso a hacerle dos o tres visitas, y luego lo abandonó. Por lo demás, el buen hombre iba derivando hacia la intolerancia, hacia el fanatismo, según decía Homais; fulminaba contra el espíritu del siglo, y no dejaba de contar, cada quince días, en el sermón, la agonía de Voltaire, quien murió devorando sus excrementos, como todo el mundo sabe.

A pesar de la economía en que vivía Bovary, estaba lejos de poder amortizar sus antiguas deudas. Lheureux se negó a renovar ningún pagaré. El embargo se hizo inminente. Entonces recurrió a su madre, que consintió en

dejarle tomar una hipoteca sobre sus bienes, pero enviándole no pocas recriminaciones contra Emma; y pidió, a cambio de su sacrificio, un chal que había escapado a los estragos de Félicité. Charles se lo negó. Se enemistaron.

Ella hizo las primeras propuestas de reconciliación, ofreciéndole llevarse a la pequeña a su casa, donde la ayudaría en las tareas. Charles consintió. Pero, en el momento de la partida, todo el valor lo abandonó. Entonces se produjo una ruptura definitiva, completa.

A medida que sus afectos desaparecían, se estrechaba más íntimamente al amor de su hija. Ella le inquietaba, sin embargo; pues a veces tosía, y tenía manchas rojas en los pómulos.

Frente a él se desplegaba, floreciente y jovial, la familia del farmacéutico, a quien todo en el mundo contribuía a satisfacer. Napoléon lo ayudaba en el laboratorio, Athalie le bordaba un gorro griego, Irma recortaba rodajas de papel para cubrir las confituras, y Franklin recitaba de un tirón la tabla de Pitágoras. Era el más feliz de los padres, el más afortunado de los hombres.

¡Error! Una ambición sorda lo roía: Homais deseaba la cruz. No le faltaban méritos:

1.º Haberse distinguido, durante el cólera, por una abnegación sin límites; 2.º haber publicado, y a mis expensas, diversas obras de utilidad pública, tales como... (y recordaba su memoria titulada: *Sobre la sidra, su fabricación y sus efectos*; además, unas observaciones sobre el pulgón lanígero, enviadas a la Academia; su volumen de estadística, y hasta su tesis de farmacéutico); sin contar con que soy miembro de varias sociedades científicas (lo era de una sola).

— ¡Al fin y al cabo —exclamaba, dando una pirueta—, aunque solo fuera por distinguirme en los incendios!

Entonces Homais se inclinó hacia el Poder. Prestó secretamente al señor prefecto grandes servicios en las elecciones. Se vendió, en fin, se prostituyó. Llegó incluso a dirigir al soberano una petición en la que le suplicaba que le hiciera justicia; lo llamaba nuestro buen rey y lo comparaba con Enrique IV.

Y cada mañana, el boticario se precipitaba sobre el periódico para descubrir en él su nombramiento; este no llegaba. Por fin, sin poder aguantar más, hizo trazar en su jardín un césped que figuraba la estrella del honor, con dos pequeñas trencillas de hierba que partían de la punta para imitar la cinta. Se

paseaba alrededor, con los brazos cruzados, meditando sobre la ineptitud del gobierno y la ingratitud de los hombres.

Por respeto, o por una especie de sensualidad que lo hacía poner lentitud en sus averiguaciones, Charles no había abierto todavía el compartimiento secreto de un escritorio de palisandro que Emma solía usar. Un día, por fin, se sentó delante, giró la llave y accionó el resorte. Allí estaban todas las cartas de Léon. ¡Ya no cabía duda, esta vez! Las devoró hasta la última, hurgó en todos los rincones, todos los muebles, todos los cajones, detrás de las paredes, sollozando, aullando, fuera de sí, loco. Descubrió una caja, la reventó de una patada. El retrato de Rodolphe le saltó a la cara, en medio de las caritas de amor revueltas.

Se extrañaron de su abatimiento. Ya no salía, no recibía a nadie, se negaba incluso a ir a ver a sus enfermos. Entonces se dijo que se encerraba para beber.

Sin embargo, a veces, algún curioso se alzaba por encima del seto del jardín, y veía con estupor a aquel hombre de barba larga, cubierto de ropas sórdidas, huraño, que lloraba en voz alta mientras caminaba.

Por las tardes, en verano, se llevaba consigo a su hijita y la conducía al cementerio. Volvían ya de noche cerrada, cuando en la Plaza no había más luz encendida que la buhardilla de Binet.

Sin embargo, la voluptuosidad de su dolor era incompleta, porque no tenía a nadie a su alrededor que la compartiera; y hacía visitas a la tía Lefrançois para poder hablar de ella. Pero la posadera solo lo escuchaba a medias, teniendo como él sus propios pesares, pues el señor Lheureux acababa por fin de establecer *Las Favoritas del Comercio*, y Hivert, que gozaba de gran reputación para los recados, exigía un aumento de sueldo y amenazaba con ajustarse «a la Competencia».

Un día en que había ido al mercado de Argueil para vender su caballo — último recurso —, se encontró con Rodolphe.

Palidecieron al reconocerse. Rodolphe, que solo había enviado su tarjeta, balbuceó primero algunas excusas, luego se envalentonó e incluso llevó su aplomo (hacía mucho calor, estaban en el mes de agosto) hasta invitarlo a tomar una botella de cerveza en la taberna.

Acodado frente a él, mascaba su puro mientras conversaba, y Charles se perdía en ensoñaciones ante aquel rostro que ella había amado. Le parecía volver a ver algo de ella. Era un asombro. Habría querido ser aquel hombre.

El otro seguía hablando de cultivos, de ganado, de abonos, tapando con frases triviales todos los intersticios por donde pudiera colarse una alusión. Charles no lo escuchaba; Rodolphe se daba cuenta, y seguía en la movilidad de su rostro el paso de los recuerdos. Se iba encendiendo poco a poco, las aletas de la nariz palpitaban deprisa, los labios temblaban; hubo incluso un instante en que Charles, lleno de una furia sombría, clavó los ojos en Rodolphe, quien, presa de una especie de espanto, se interrumpió. Pero pronto la misma lasitud fúnebre reapareció en su rostro.

—No le guardo rencor —dijo.

Rodolphe se había quedado mudo. Y Charles, con la cabeza entre las manos, prosiguió con voz apagada y con el acento resignado de los dolores infinitos:

—¡No, ya no le guardo rencor!

Añadió incluso una gran frase, la única que dijo jamás:

—¡Es culpa de la fatalidad!

Rodolphe, que había conducido aquella fatalidad, lo encontró muy bonachón para un hombre en su situación, cómico incluso, y un poco vil.

Al día siguiente, Charles fue a sentarse en el banco, bajo el emparrado. Unos rayos de luz pasaban por el enrejado; las hojas de la parra dibujaban sus sombras sobre la arena, el jazmín perfumaba el aire, el cielo estaba azul, unas cantáridas zumbaban alrededor de los lirios en flor, y Charles se ahogaba como un adolescente bajo los vagos efluvios amorosos que hinchaban su corazón afligido.

A las siete, la pequeña Berthe, que no lo había visto en toda la tarde, fue a buscarlo para cenar.

Tenía la cabeza echada hacia atrás contra la pared, los ojos cerrados, la boca abierta, y sostenía entre las manos un largo mechón de cabellos negros.

—¡Papá, ven! —dijo ella.

Y, creyendo que él quería jugar, lo empujó suavemente. Él cayó al suelo. Estaba muerto.

Treinta y seis horas después, a petición del boticario, acudió el señor Canivet. Lo abrió y no encontró nada.

Cuando todo estuvo vendido, quedaron doce francos setenta y cinco céntimos, que sirvieron para pagar el viaje de la señorita Bovary a casa de su abuela. La buena mujer murió ese mismo año; como el tío Rouault estaba paralítico, fue una tía la que se hizo cargo de ella. Es pobre, y la envía, para que se gane la vida, a una hilatura de algodón.

Desde la muerte de Bovary, tres médicos se han sucedido en Yonville sin poder prosperar allí, de tal modo los ha combatido enseguida el señor Homais. Tiene una clientela endiablada; la autoridad lo trata con miramientos y la opinión pública lo protege.

Acaba de recibir la cruz de honor.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB